JOHN STEINBECK

POR EL MAR DE CORTÉS

JOHN STEINBECK

POR EL MAR DE CORTÉS

Diario de una expedición realizada a través del Golfo de California, a bordo del *Western Flyer, Por el mar de Cortés* da pie a Steinbeck para escribir uno de los libros de aventuras reales más apasionantes de los últimos años.

Las excepcionales dotes de observación del autor se ponen de manifiesto al describir con su agudeza y sencillez características las relaciones entre los miembros de la expedición y las incidencias, ya dramáticas, ya cómicas, del singular viaje. Destaquemos las páginas dedicadas a Ed Ricketts, compañero de expedición muerto en un trágico y absurdo accidente, dignas de figurar en cualquier antología.

John Steinbeck

Por el mar de Cortés

ePub r1.0
Titivillus 09.11.2017

Título original: *The Log from the Sea of Cortez*
John Steinbeck, 1951
Traducción: M.ª Teresa Gispert
Diseño de cubierta: R. Cobos

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

ED RICKETTS

Al anochecer de un día de abril de 1948, Ed Ricketts terminó su trabajo en el laboratorio de Cannery Row. Enfundó los instrumentos, y guardó sus papeles y fichas en el archivo. Luego, bajándose las mangas de la camisa, se puso un abrigo marrón que le iba ligeramente pequeño y estrecho de hombros. Deseaba un filete para cenar, y conocía el mercado en Nuevo Monterey, donde podría conseguirlo tierno y bien cortado.

Salió a la calle qué oficialmente se llama Ocean View Avenue, pero que es conocida como Cannery Row. Su viejo coche, un gastado sedán, estaba aparcado en la calzada lateral. Siempre le costaba ponerlo en marcha. Necesitaba uno nuevo, pero no podía permitirse el lujo de comprarlo a expensas de otras cosas.

Ed forcejeó con la manivela, hasta que el viejo y oxidado motor rompió en un ronco estrépito, que indicaba estaba funcionando. Entonces, quitó el freno y arrancó, enfilando la calle para dirigirse a la colina, donde la carretera se cruza con la línea ferroviaria Southern Pacific. Era casi de noche, y la luz, mezclada con la oscuridad, hacía difícil la visibilidad. Ed cambió de marcha para subir la colina. El ruido del motor apagaba cualquier otro sonido. A su izquierda, un mohoso almacén de hierro le impedía ver el camino.

El *Del Monte Express,* el tren de la noche procedente de San Francisco, surgió por detrás del almacén y chocó con el viejo auto, arrastrándolo, destrozado, un centenar de yardas. El tren se detuvo.

Ed conservó el conocimiento cuando salió despedido del coche, y cayó sobre la hierba. Al instante, una multitud se reunió a su alrededor… viajeros del tren, y la gente que vivía en las casitas que bordeaban la vía. Poco después llegó un médico. Ed presentaba un triste aspecto. Tenía el cráneo

hundido, los ojos atravesados, la boca llena de sangre, y su cuerpo estaba retorcido como si se contemplara con unos lentes equivocados. El médico se arrodilló, mientras el grupo de gentes permanecía en silencio.

—¿Estoy muy mal? —preguntó Ed.

—No sé —repuso el médico—. ¿Cómo se siente?

—Casi no siento nada —dijo Ed.

Como el doctor le conocía y sabía qué clase de hombre era, dijo:

—Eso es el choque, claro.

—¡Claro! —murmuró Ed; y sus ojos se pusieron vidriosos.

Lo colocaron en una camilla y lo llevaron al hospital. Unos ferroviarios desengancharon el coche, que había quedado cogido en uno de los vagones del tren, y el *Del Monte Express* se dirigió lentamente a la estación de Pacific Grove, que es final de la línea.

Varios médicos habían acudido al hospital, y muchos telefoneaban ofreciendo ayuda, porque todos querían a Ed. Comprendiendo que se trataba de algo muy serio, le dieron éter, y lo condujeron al quirófano para abrirle. Al terminar la operación, supieron que no había ninguna esperanza. Ed estaba muy mal; tenía el brazo roto, las costillas destrozadas, los pulmones perforados y, además, conmoción cerebral. Tal vez habría sido mejor dejarle morir bajo los efectos del éter, pero los médicos no podían cejar en su empeño, como tampoco la gente que se hallaba reunida en la sala de espera del hospital. Algunos hombres que entendían algo en medicina, empezaron a hablar de que podía ocurrir un milagro, recordando casos de gente que había sanado cuando todas las esperanzas estaban perdidas. Los cirujanos limpiaron a Ed por dentro, lo mejor posible, y después lo cerraron. De vez en cuando uno de los médicos salía a la sala de espera. Era como enfrentarse con un jurado. Había muchas personas sentadas allí, esperando, y en todos los ojos se reflejaba una muda interrogación.

Los médicos decían lo que se dice siempre en estos casos: «Hacemos lo que podemos», y «No podemos decir nada todavía, pero parece estar haciendo progreso». Hablaban más de lo necesario, pero la gente no decía ni una sola palabra. Se limitaban a mirar.

La central de teléfonos recibía continuas llamadas de personas que ofrecían sangre.

A la mañana siguiente, Ed había recobrado el conocimiento, pero estaba muy cansado, y atontado por el éter y la morfina. Tenía los ojos desorbitados y hablaba con gran dificultad. Pero a pesar de su estado, repitió su primera pregunta.

—¿Estoy mal?

El médico que se hallaba en la habitación se detuvo en el preciso momento en que iba a consolarle con una mentira piadosa, recordando que Ed era amigo suyo y que siempre había amado la verdad.

—Muy mal —dijo.

Ed no volvió a preguntar, y aún resistió un par de días a causa de su gran vitalidad. En realidad, resistió tanto, que algunos médicos empezaron a creer lo que habían dicho acerca de los milagros, sabiendo que tal posibilidad era una tontería. Notaban que los latidos de su corazón eran más firmes, que sus mejillas adquirían color bajo los vendajes. Hasta algunas personas de las reunidas en la sala de espera se atrevieron a ir a sus casas para dormir un poco.

Y entonces, como les sucede a menudo a los hombres de gran vitalidad, la energía, el color, el pulso y la respiración se desvanecieron silenciosamente, y Ed se murió.

Cuando ocurrió esto, la impresión por el accidente ya se había enfriado en Monterey. Ed estaba muerto y había que desembarazarse de él. La gente quería quitárselo de encima con rapidez y dignidad, para poder venerar su memoria con más tranquilidad.

En una pequeña loma, no lejos de Great Tide Pool, y cerca de Lighthouse Point, hay una capillita y un crematorio. El ataúd cerrado de Ed fue colocado en esa capilla, un día por la tarde. Naturalmente, nadie quería flores, pero todos tenían miedo a que alguien hiciera un discurso, o dijera algo de él… bueno o malo. Por fortuna, la función terminó con tanta rapidez que la gente que suele hacer discursos fue cogida de improviso.

Un gran número de personas entraban en la capilla, miraban durante unos instantes al ataúd, y luego salían. Nadie quería compañía; todos deseaban estar solos. Algunos fueron a la playa, y sentándose sobre la

arena, contemplaron sin fijarse cómo crecía la marea, ocultando las rocas y las algas.

La gente que había conocido a Ed Ricketts se sentía embargada por una especie de anestesia. En realidad, no sentían tristeza, sino un perplejo desamparo. ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo nos las arreglaremos ahora? Todos los que le conocieron se volvieron reservados. Era algo extraño… extraño y silencioso. Estábamos perdidos y no podíamos encontrarnos a nosotros mismos.

Va a ser difícil escribir las cosas que deben ser escritas sobre Ed Ricketts. Cualquiera de los que le conocieron pensaría lo mismo. Tal vez algunos hechos son imaginarios, y quizás algunos acontecimientos hayan crecido de proporción en la mente. También hay que contar con el impacto personal. Estoy seguro de que mucha gente al leer esta narración, comentará: «¡Bah, eso no es verdad! Ed no era así. Era de esta o aquella manera». Y el que lo diga, empezará a describir a una persona a quien este escritor no conoció en absoluto. Pero ninguno de los que le conocieron podrá negar la fuerza e influencia de Ed Ricketts. Todos se sentían profundamente influidos por él. A algunos les enseñó a pensar, a otros a ver o a oír. En la playa, enseñaba a los niños a buscar y encontrar hermosos animales que ellos desconocían. Él enseñaba a todos, sin parecerlo.

Casi todas las personas que le conocían han intentado definirlo. De él se dijeron cosas como que «era medio ángel, medio diablo». Lo cierto es que fue un gran maestro y un gran libertino… un inmortal que amaba a las mujeres. Poseía originalidad y su carácter era único, pero todos los que se referían a él lo hacían de un modo distinto. Era pacífico, pero podía llegar a ser feroz; menudo y ligero, pero fuerte como un toro; era leal, aunque no se podía confiar en él, y generoso, aunque daba poco y recibía mucho. Sus ideas eran tan paradójicas como su vida. Pensaba en términos místicos, pero odiaba y desconfiaba del misticismo. Era un individualista que estudiaba con satisfacción los animales que viven formando colonias.

Todos hemos intentado, con poco éxito, definir a Ed Ricketts. Quizá lo mejor sería anotar la ingente masa de nuestros recuerdos, anécdotas, citas, y acontecimientos. Naturalmente, unas cosas borrarán a las otras, pero así es

como era él. La esencia se halla en alguna parte, y debe de haber algún modo de encontrarla.

Existe una última razón para escribir sobre Ed Ricketts. Él no morirá. Obsesiona a las personas que le conocieron. Está siempre presente, incluso en los momentos en que más sentimos su pérdida.

Una noche, poco después de su muerte, varios de nosotros estábamos bebiendo cerveza en el laboratorio. Nos reíamos y contábamos historias de Ed, cuando de pronto, uno dijo con pena:

—¡Tendremos que dejarle marchar! Tendremos que soltarle y dejar que se vaya.

Y eso era verdad, no para Ed, sino para nosotros. No podemos quedamos con él, y, sin embargo, él no se irá. Tal vez, si escribo todo lo que puedo recordar sobre Ed, el fantasma se desvanecerá. Merece la pena intentarlo. Pero tiene que ser la verdad, porque, de lo contrario, no surtiría efecto. Y no puede ser una conmemoración de sus virtudes, pues como de otro hombre se dijo, él tenía las virtudes con sus correspondientes vicios. No existe fórmula. El camino mejor y más sencillo será recordar lo máximo que pueda.

El *curriculum vitae* de Ed Ricketts diría: nació en Chicago, jugó por las calles, fue a una escuela pública, estudió biología en la Universidad de Chicago. Abrió un pequeño laboratorio comercial en Pacific Grove, California. Se trasladó a Cannery Row, Monterey. Estudios superiores: licenciado en ciencias. Clubs a que pertenecía, ninguno; cargos que ostentaba, ninguno. Prestó servicio militar en las dos guerras mundiales. Muerto a la edad de cincuenta y dos años, arrollado por un tren.

Me hallaba sentado en la sala de espera de un dentista de Nuevo Monterey, esperando que el dentista se hubiera muerto. Me dolían terriblemente las muelas, y no tenía dinero suficiente para que me las arreglaran bien. Mi única aspiración era que el dentista me curara el dolor, sin cargar demasiado la cuenta y sin encontrar otras cosas mal.

Se abrió la puerta del matadero, y salió un hombre menudo con barba. No le miré de cerca a causa de lo que sostenía en la mano: una muela llena de sangre, ensartada en un trozo del hueso de la mandíbula

sorprendentemente grande. Mientras cruzaba la puerta, maldecía en voz baja. Luego, mostrándome aquella sucia reliquia, dijo:

—Mire esta maldita porquería —(yo ya la estaba mirando)—. Ha salido de mí.

—Parece haber más mandíbula que muela —comenté.

—Supongo que se ha puesto impaciente. Me llamo Ed Ricketts.

—Yo soy John Steinbeck. ¿Le duele?

—No mucho. He oído hablar de usted.

—Y yo también de usted. Vamos a beber algo.

Aquélla fue la primera vez que le vi. Sabía de oídas que había un hombre interesante en la ciudad, el cual dirigía un laboratorio comercial, poseía una buena discoteca y tenía otras aficiones, además del estudio de los animales invertebrados. Hacía algún tiempo que deseaba tropezarme con él.

Por aquel entonces, no nos considerábamos pobres. Simplemente no teníamos dinero. Pescando, pensando y con un mínimum de robos, conseguíamos comida más que suficiente. Las diversiones debíamos improvisarlas sin las ventajas que reporta el dinero. Nuestros entretenimientos consistían en conversaciones, paseos, juegos y reuniones con gente en idéntica situación financiera. Una verdadera fiesta se organizaba con un galón de vino de treinta y nueve centavos, y nos lo pasábamos estupendamente bien. No conocíamos a ninguna persona rica, y por esta razón, los ricos no nos gustaban, y nos sentíamos orgullosos y satisfechos de no vivir como *ellos*.

Con Ed Ricketts nos mostrábamos tímidos, porque según nuestros cálculos, él era una persona rica. Esto significaba que Ed ganaba de cien a ciento cincuenta dólares al mes, y que poseía un automóvil. Para nosotros eso era algo fabuloso, y no podíamos comprender cómo alguien podía tener tanto dinero. Pero lo aprendimos.

Conocer a Ed Ricketts era inminente. Desde el primer instante en que le vi, y durante los dieciocho años siguientes, le conocía mejor de lo que conocía a nadie, o tal vez no le conocí en absoluto. Quizás a todos sus amigos les sucedía lo mismo. Ed era distinto a todos, pero todos se encontraban a sí mismos en Ed, y ésta puede ser una de las razones por las

que su muerte causó tal impacto. No era Ed quien había muerto, sino una parte grande e importante de nosotros mismos.

Al principio de conocerle, su laboratorio era una casa vieja de Cannery Row, que había comprado y transformado a su gusto. La entrada era una especie de sala de exposiciones, decorada con ejemplares marinos en frascos de cristal, colocados alrededor de las paredes. Junto a esta habitación, había un pequeño despacho, donde, por alguna razón, las serpientes de cascabel estaban encerradas en jaulas, entre la caja de caudales y los archivos. Encima de la caja de caudales había un montón de papeles y fichas. A Ed le gustaban los papeles y las fichas. Siempre los encargaba en grandes cantidades.

En el lado del edificio que daba al océano, había dos habitaciones más. Una, llena de jaulas con ratas blancas, con centenares de ratas blancas que se reproducían furiosamente. Esta habitación solía oler bastante mal, si no se limpiaba con gran regularidad… lo cual nunca se hacía. La otra contaba con una instalación de microscopios, y el equipo necesario para producir, estudiar y desecar los delicados microorganismos, que jugaban un papel tan importante en los ingresos del laboratorio. En el sótano había un almacén con frascos y cubas para guardar los animales más grandes, y también con un equipo para embalsamar e inyectar gatas, ratones, ranas y otros animales usados en las clases de disección.

Esta pequeña casa se llamaba «Laboratorios Biológicos del Pacífico, S. A.», y su funcionamiento era extraño por cuanto violaba las leyes corporativas de California. Cuando después de la muerte de Ed, la sociedad tuvo que ser liquidada, fue imposible descubrir a quién pertenecía el capital, cuánto había, o si merecía la pena. Ed archivaba cuidadosamente sus notas, pero a veces se pasaba semanas enteras sin abrir ni una sola carta comercial.

Cómo el negocio marchó durante veinte años nadie lo sabe, pero así fue, a pesar de que en determinadas ocasiones se tambaleó un poco. A veces, salía adelante con orden y eficacia, y luego fracasaba fastidiosamente durante algunos meses, mientras los pedidos se apilaban sobre el escritorio. Una vez, durante una de estas épocas de fracaso, alguien envió a Ed un pastel de queso por paquete postal. Ed pensó que era material para el laboratorio, y cuando al fin lo abrió tres meses después, no hubiéramos

podido identificar lo que era, de no ser porque iba incluida una nota que decía: «Cómase este pastel de queso en seguida. Es muy delicado».

A menudo se apilaban tantas cartas sin abrir encima del escritorio, que muchas se caían al suelo. Ed sostenía la teoría de que una carta que no se contesta hasta el cabo de una semana, no requiere respuesta. Pero aún llegaba más lejos. Una carta que no se abre hasta el cabo de un mes, no necesita abrirse.

Cada vez que se establece una regla definitiva como la susodicha, pienso en las excepciones. Ed mantenía correspondencia con varias personas. A éstas les contestaba las cartas rápidamente, usando una máquina de escribir con el mejor carácter de letra para ahorrar espacio. La compra de la máquina de escribir fue un proceso largo, pues muchos signos comerciales tuvieron que ser cambiados por signos biológicos, y además, Ed quiso que se añadieran algunos signos de lenguas extranjeras: tilde para el español, acentos y cedilla para el francés, etcétera. Raramente los usaba, pero le gustaba tenerlos.

Los días del laboratorio pueden dividirse en dos períodos. La época anterior al incendio, y la de después. El incendio fue interesante en muchos aspectos.

Una noche la corriente eléctrica se estropeó. Donde se esperaban 220 voltios, pasaron repentinamente algo así como 2.000. Y como en el pleito subsiguiente la compañía de electricidad fue declarada inocente por los tribunales, esto debe achacarse a la Divina Providencia. Lo que ocurrió fue que, en un momento, una gran parte de Cannery Row estalló en llamas. Cuando Ed se despertó, el laboratorio estaba ardiendo. Agarró su máquina de escribir, corrió al sótano y sacó su coche justo en el preciso instante en que el edificio estaba a punto de derrumbarse. No tenía pantalones, pero sí en cambio transporte y medio de escribir. Siempre admiró su elección. La colección de libros científicos, acumulados con tanta paciencia y alguno de ellos irremplazable, desapareció. Todo el equipo, los microscopios, los frascos… no quedó nada. Pero además de la máquina de escribir y el coche, se salvó otra cosa.

Ed tenía una caja de caudales muy bonita. Era tan buena que temía que algún ladrón romántico pudiera pensar que había algo de valor en ella, y al

intentar abrirla, estropease su hermoso mecanismo. Por eso, no sólo nunca la cerraba con llave, sino que ideó una palanca de madera para que no pudiera cerrarse, y puso una nota encima de la combinación, asegurando a todas las personas que la caja estaba abierta. De todos modos no había nada que meter dentro, y la caja de caudales se convirtió en un depósito de alimentos, que atraían a las moscas de Cannery Row. Había nubes de moscas que no se sentían atraídas por el pescado en conserva, sino que preferían otra clase de comida, pero hay que decir que ninguna logró nunca manejar la caja.

Pero volvamos al incendio. Después que las cenizas se hubieron enfriado, la caja de caudales se encontró en el sótano, adonde había caído cuando cedió el suelo del piso de arriba. Debía de ser una caja excelente, pues al abrirla, encontramos media tarta de piña, un cuarto de libra de queso de Gorgonzola y una lata abierta de sardinas…, todo en buenas condiciones, a excepción de las sardinas, que estaban un poco secas. Ed admiraba su caja de caudales y se refería a ella con afecto. Decía que si hubiera habido algo de valor, se habría salvado.

—Piensa en lo exquisito que es el queso de Gorgonzola —dijo—. No pudo calentarse mucho dentro de la caja. Todavía está delicioso.

A pesar de su gran erudición, o quizás a causa de ella, Ed poseía algunas cualidades ingenuas. Después del incendio hubo un montón de pleitos contra la compañía de electricidad, basados en la teoría —que más tarde se probó era equivocada— de que si los incendios eran causados por error o negligencia de la compañía, ésta debía pagar los daños y perjuicios. Los «Laboratorios Biológicos del Pacífico, S. A.» fueron parte demandante en uno de estos pleitos. Ed tuvo que ir al Tribunal Supremo de Salinas para testificar. Contó la verdad lo más claramente que pudo. Amaba las cosas verdaderas y creía en ellas. En seguida se sintió fascinado por el proceso y el jurado, y pasó mucho tiempo en el Palacio de Justicia, examinando el sistema legal con el mismo objetivo cuidado que hubiera prodigado a una nueva especie de animal marino. Luego, con calma y cierta extrañeza, comentó:

—¿Sabes? Es muy fácil estar completamente equivocado respecto a un asunto. Siempre tuve la convicción, o mejor dicho, la impresión, de que el

sistema legal estaba ideado para llegar a la verdad en cuestión de las relaciones humanas y de la propiedad. Pero había olvidado una cosa. Cada una de las partes quiere ganar, y este factor se aparta de la intención original hasta tal punto, que la verdad objetiva del asunto desaparece. Fíjate en el caso de este incendio —prosiguió—. Las dos partes deseaban ganar, y ninguna sentía el mínimo interés por conocer la verdad. Hasta parecían aborrecerla.

Eso fue un descubrimiento asombroso para él, y necesitaba meditarlo. Como amaba la verdad, creía que a todos les ocurría lo mismo. El hecho de que no fuera así, no le entristecía; simplemente le interesaba. Y emprendió la reconstrucción de su laboratorio y de su biblioteca con la misma metodicidad de una hormiga.

El uso que hacía Ed de las palabras no era ortodoxo, y hasta que no se le conocía, algo alarmante. Una vez, había preparado un catálogo, y quería anunciar al comercio que tenía *hagfish* disponibles en abundancia. El *hagfish* es un animal de lo más repugnante tanto por su aspecto como por su contextura, y algunas de sus costumbres son nauseabundas. Es un bicho horrible. Pero Ed no pensaba lo mismo, porque el *hagfish* realiza ciertas funciones que él hallaba fascinantes. En el catálogo escribió: «Hermoso y delicioso *hagfish,* disponible en grandes cantidades».

Admiraba los gusanos de todas clases, y los encontraba tan deseables, que cuando buscaba algún nombre cariñoso para alguna chica que amara, la llamaba *Gusanito.* La chica se ofendía un poco hasta que se daba cuenta de que Ed no usaba el adjetivo, sino el diminutivo del nombre. El uso de esta palabra significaba que la consideraba guapa, interesante y deseable. Pero, sin embargo, a la chica siempre le sonaba como un adjetivo.

A Ed le gustaba comer, y muchas de las palabras que usaba eran términos alimenticios. Le oí referirse a una chica, a un animal marino y a una canción vulgar, como «deliciosos». Su mente no tenía horizontes. Se interesaba por todo, y existían muy pocas cosas que no le gustaran. Quizás haría bien en escribir lo que no le gustaba, quizás eso sería la clave para descubrir su personalidad, aunque estoy convencido de que tal clave no existe.

Principalmente odiaba la vejez, y no concebía que él pudiera llegar a ser un anciano. Aborrecía a las mujeres viejas hasta tal punto, que no podía estar en una habitación con ellas. Decía que las olía. Poseía un sentido del olfato muy notable. Era capaz de descubrir un ratón en una habitación por el olor, y podía olfatear una serpiente de cascabel en un matorral.

Odiaba a las mujeres con los labios finos, y solía decir:

—Si tienen los labios finos, ¿dónde tendrán abundancia de formas?

Desde luego su observación era física, y accesible a una comprobación, cuya exactitud Ed parecía creer, y yo también, aunque con menos vehemencia. Pero amaba demasiado a las mujeres para tomar en consideración aquel detalle, y si una chica de labios finos se los pintaba para que parecieran gruesos, Ed estaba satisfecho.

—Sus intenciones son buenas —decía—. Existe también una plenitud de forma psíquica, y a veces puede estar muy bien.

Aborrecía la sopa caliente, y siempre echaba agua dentro de la sopera más exquisitamente preparada. También odiaba mojarse la cabeza. Cuando recolectaba animales en la playa, las olas le llegaban hasta las cejas, pero su cabeza estaba invariablemente cubierta y a salvo. En la ducha se ponía un ridículo gorro de goma.

Odiaba el daño que se causaba sin razón. Conduciendo una noche por las calles, vio a un hombre que pegaba a un «setter» rojo con el mango de un rastrillo. Ed paró el coche, atacó al hombre con una llave inglesa y le hubiese matado si el otro no hubiese escapado.

Aunque de peso ligero, Ed, cuando se enfadaba, no tenía miedo y podía llegar a ser realmente peligroso. En una ocasión, uno de nuestros policías estaba pegando culatazos con su pistola a un borracho. Ed se le echó encima con las manos vacías, pero su furia era tan grande que el guardia soltó al borracho.

Pero únicamente sentía odio por la crueldad sin razón, pues cuando el hacer daño era algo necesario, no le sabía mal. Una vez, durante la época de crisis, tuvimos oportunidad de comprar un carnero vivo por sólo tres dólares. Esto puede parecer increíble ahora, pero fue así. Era una ganga enorme encontrar tanta cantidad de comida aquellos días, pero cuando tuvimos el carnero, nadie lo quería matar. Entonces, Ed le cortó el cuello sin

ninguna emoción, e incluso nos explicó que era una muerte sin dolor. El dolor de abrir una vena es ligero, si el instrumento está afilado, y él le había seccionado la yugular al animal con un bisturí. Seguro que nuestro dolor secundario y enfático era mucho más grande que el del carnero.

Sus sentimientos respecto al dolor psíquico de las personas normales, también eran filosóficos. Decía que casi todo lo que le puede suceder a la gente, ya ha sucedido hace un millón de años.

—Por tanto —afirmaba—, para todo lo que pueda pasar, existe una salida o mecanismo en el ser humano, que lo recoge…, un mecanismo usado en la prehistoria y transmitido a través de las generaciones.

El tiempo le disgustaba intensamente, si no formaba parte de una observación o de un experimento. Siempre llegaba tarde a sus citas. Decía que una vez había trabajado en una compañía de ferrocarriles, donde la vida se regulaba con la manecilla del reloj, y que allí fue donde se desarrolló su aversión por la puntualidad. Que yo recuerde, ésta es la única vez que habló de su experiencia ferroviaria. Si le invitabas a cenar a las siete, era capaz de presentarse a las nueve. Si se anunciaba que la marea bajaría a las 6,35, Ed llegaba a la playa a las 6,52.

Cuanto más llegué a conocer sus costumbres, mejor me di cuenta de que en ellas no existía una regla decisiva. Él mismo tenía conciencia de esto, aunque observaba las normas de conducta en la otra gente, con deleite.

Durante muchos años llevó una barba ligeramente puntiaguda, que acentuaba su aspecto de chivo. Había empezado a llevarla porque una chica a quien quería, pensaba que tenía una barbilla enclenque. Eso no era cierto, pero la chica lo creía así, y por tanto se dejó crecer la barba. Esto debió de ser cuando el asunto de los hombres prognatos de Arrow Collar. Muchas chicas después, seguía llevando la barba, porque se había acostumbrado a ella. Se la quitó cuando hizo el servicio militar en la Segunda Guerra Mundial. A veces su barba le causaba molestias. Los chiquillos perseguían a menudo a Ed balando como ovejas, y Ed, en defensa propia, les contestaba el balido.

Ed mantenía una extraña y cortés relación con los perros, aunque nunca tuvo ni deseó ninguno. Si un perro pasaba por la calle, lo saludaba con dignidad, y cuando iba en coche, les sonreía y ladeaba su sombrero. ¡Y

pobres de ellos si no le devolvían la sonrisa! Por otra parte, los gatos no le despertaban ningún entusiasmo. Sólo recordaba a un gato con admiración. Fue en los viejos tiempos anteriores al incendio, cuando el padre de Ed vivía todavía, y realizaba extrañas tareas en el laboratorio. El gato en cuestión cogió manía al padre de Ed, y adoptaba una rencorosa táctica que encantaba a Ed. Se subía en uno de los estantes, y se orinaba encima del viejo cuando éste pasaba por debajo… El gato no lo hizo una vez, sino varias.

Ed respetaba a su padre con afecto.

—Tiene una cualidad propia de un genio —decía Ed—. Siempre se equivoca. Si un hombre toma un millón de decisiones y resoluciones al azar, es quizá matemáticamente defendible que acertará la mitad de las veces, y la otra mitad se equivocará. Pero ahí tienes a mi padre, que nunca acierta en nada. Eso no es cuestión de suerte, sino de selección. Para eso se necesita ser un genio.

El padre de Ed era un hombre silencioso y tímido, que tomaba tantas aspirinas para el dolor de cabeza, que se le había producido una intoxicación crónica. Durante muchos años trabajó en el almacén del sótano, empaquetando ejemplares de muestra para ser embarcados, e incluso preparando algunos de los animales más grandes y menos delicados. Sin embargo, su mayor orgullo lo constituía un feto humano que él había puesto en alcohol en un frasco. Tenía que haber sido el único hijo de una negra y un chino. Cuando la madre sucumbió a causa de una pelea con su amante, y una gran dosis de arsénico suministrada por persona o personas desconocidas, la autopsia reveló su secreto, y dicho secreto fue adquirido por los «Laboratorios Biológicos del Pacífico, S. A.». Estaba demasiado avanzado para constituir un objeto de estudio, y por lo tanto, lo heredó el padre de Ed. El viejo cruzó sus piernecitas en forma de Buda, le arregló las manos en actitud de oración, y lo encerró dentro de un frasco de cristal. Su aspecto era espantoso, pues sus facciones negroides se habían vuelto de color marfil. Pero era el gran orgullo de papá Ricketts. Muchos niños y personas adultas hacían excursiones al sótano para verlo. Se convirtió en algo famoso en Cannery Row.

Un día, una mujer italiana se coló en el sótano. Aunque no hablaba ni una sola palabra de inglés, papá Ricketts pensó naturalmente que había ido a ver su joya, y se la enseñó. Entonces, ante su asombro y turbación, ella se desnudó de repente y le mostró una hermosa cicatriz de una operación de cesárea.

Los gatos eran una fuente de ingresos considerables para los «Laboratorios Biológicos del Pacífico, S. A.». Eran cloroformizados, se les sacaba la sangre, y se les inyectaba líquido embalsamante en las venas y arterias. Una vez arreglados, los vendían a las escuelas para los estudios de anatomía.

Cuando llegaba un pedido de, digamos, veinticinco gatos, sólo había un medio para conseguirlos, pues la «Sociedad Protectora de Animales» no permitía que se criaran gatos para fines de laboratorio. Ed hacía circular la voz entre los chiquillos de la vecindad de que los gatos se pagarían a veinticinco centavos la pieza. Ed se entristecía un poco al ver lo poco que querían a los gatos los niños de Monterey, y cuán susceptibles eran al soborno. Vendían sus gatos, los de sus tías, y los de los vecinos. Durante unos días se oían pasos silenciosos y suaves maullidos, mientras los sacos eran depositados secretamente en el sótano. Luego, aquellos pequeños recogían sus centavos con caras inocentes y corrían a la tienda de Wing Chang, para comprarse gaseosa y balines de pistola.

Una vez, una señora a quien le gustaban mucho los gatos, si eran de buena clase, le dijo a Ed:

—Desde luego, comprendo que estas cosas son necesarias, y soy tolerante. Pero por Dios, no coja gatos de raza.

Ed la tranquilizó diciendo:

—Señora, sólo cojo de esta clase. Los gatos callejeros son demasiado rápidos e inteligentes. Por eso cojo los gatos perezosos y estúpidos de la gente rica. Puede bajar al sótano y ver si todavía tengo el suyo.

Aquella amistad basada en la tolerancia no prosperó.

Si había alguna queja o reconocimiento, Ed devolvía siempre el gato. Una vez, dos chiquillos le hicieron a Ed el mismo timo dos veces, hasta que se dio cuenta. Uno de los niños le vendía el gato y recogía el dinero; luego iba el otro llorando y el gato le era devuelto. Pero tendrían que haber usado

otro gato la tercera vez. Si hubieran sido listos y pacientes, habrían ganado una fortuna, pero hasta Ed fue capaz de reconocer a un gato amarillo brillante con la cola rota, la tercera vez que lo compró.

«Todas las personas —decía Ed— tienen al menos una teoría biológica, y algunos incluso más». Ed era muy tolerante con estos vuelos de la fantasía teórica. Un extraño grupo frecuentaba el laboratorio. Había por ejemplo personas que repentinamente descubrían paralelos en la naturaleza, como el hombre que concibió la idea de que el atún, llamado comercialmente «el pollo del mar», debía de estar relacionado con los pollos, porque, como él decía, «sus ojos eran iguales». La respuesta de Ed a aquel hombre fue que, aunque raramente hacía aseveraciones positivas, en este caso estaba casi convencido de que no existía una relación muy íntima entre los pollos y los atunes.

Un día llegó al laboratorio un joven chino, oliendo a perfume de lirios del valle, que traía con él una atmósfera de misterio. Debía de tener unos treinta y tres años, y hablaba un inglés-americano de escuela superior. Dijo enigmáticamente que deseaba ver a Ed a solas. A Ed le gustó aquel misterio, e indicó que yo era su socio y que compartía sus secretos. Poco después, nos hallábamos hablando en susurros.

—¿Tiene sangre de gato? —preguntó nuestro visitante.

—No, ahora no —replicó Ed—. Cuando diseco gatos, les extraigo la sangre; eso es cierto. ¿Para que la quiere?

—Estoy haciendo un experimento —repuso nuestro visitante herméticamente.

Entonces, para probarnos que podíamos confiar en su entendimiento y experiencia, se levantó la solapa, y nos enseñó la insignia de detective, que había conseguido siguiendo un curso por correspondencia. Luego nos mostró el diploma que respaldaba la insignia. Nos deleitamos con él, pero no nos explicó para qué necesitaba la sangre de gato. Ed le prometió que le guardaría. Nos saludamos con el mismo misterio, y nuestro visitante se marchó silenciosamente, caminando de puntillas.

Los misterios eran constantes en el laboratorio. Una noche sucedió una cosa que más tarde me sirvió para escribir un pequeño cuento. Escribí exactamente lo que ocurrió. No sé lo que significa y ni siquiera contesto a las cartas que preguntan su intención filosófica. Sencillamente es algo que sucedió. En pocas palabras, el incidente es éste: Una noche, llegó una mujer queriendo comprar una serpiente cascabel macho. Por casualidad teníamos una, y además sabíamos que era macho porque hacía poco se había copulado con otra serpiente en la jaula. La mujer pagó, y luego insistió en que debíamos darle alimento, para lo cual nos compró una rata blanca. Ed metió la rata en la jaula. La serpiente la cogió y la mató, dilatando sus mandíbulas para engullirla. Entonces sucedió algo espantoso. La mujer, que había contemplado el proceso con gran atención, movió sus mandíbulas y dilató la boca igual que la serpiente. Luego, pagó por una provisión de ratas para un año, y dijo que volvería. Pero no volvió nunca. Qué es lo que sucedió o el porqué, no tengo ni idea. Si aquella mujer sintió un impulso sexual, religioso, zoofílico o gustatorio, no lo supimos jamás. Cuando escribí lo ocurrido, hubieron reacciones curiosas. Una bibliotecaria escribió diciendo que no sólo era un cuento malo, sino el peor que había leído nunca. Llegaron innumerables pedidos de serpientes. Fui denunciado por una sociedad religiosa, acusado de poseer una imaginación pervertida, y un hombre halló en el relato el símbolo de Moisés golpeando la roca.

Sólo mencionaré algunos de los misterios. Por ejemplo, el de la persecución de flores. Alguien, que debió de haber estado vigilando el laboratorio, esperaba que nosotros saliéramos, y entonces colocaba una línea de flores blancas en el umbral de la puerta. Esto sucedió varias veces, y parecía tener algún significado. Existe una leyenda entre los indios del Norte que dice que quien pisa las flores, se muere. Pero nunca descubrimos quién las ponía y cuáles eran sus intenciones.

Durante la época en que el Ku Klux Klan tenía aterrorizado a todo el país, pequeñas cartulinas rojas eran deslizadas por debajo de la puerta del laboratorio, con la siguiente inscripción: «Os estamos vigilando. K. K. K.».

Los misterios causaban mala impresión a Ed Ricketts. Odiaba todas las ideas y manifestaciones de misticismo con una intensidad que demostraba una creencia básica e invencible en él. No quería nunca que le dijeran la

buenaventura, ni que le leyeran la palma de la mano, aunque fuera en broma. Jugar con un tablero Ouija le producía una ira nerviosa, y las historias de fantasmas le ponían tan furioso, que cuando las oía, abandonaba la habitación donde las estaban explicando.

En el transcurso del tiempo, el padre de Ed murió. Un teléfono interior comunicaba el sótano con el despacho de arriba, y una vez, después de la muerte de su padre, Ed me contó que sufría una pesadilla, soñando que el teléfono sonaba, y que cuando lo descolgaba, oía la voz de su padre al otro extremo del hilo. Este sueño se estaba convirtiendo en una obsesión. Le sugerí que sería una buena idea desconectar el aparato, pero él aún fue más lejos, y quitó toda la instalación.

—Sería peor si estuviesen desconectados —dijo—. No lo podría soportar.

Creo que si alguien le hubiese gastado una broma respecto al teléfono, Ed se habría puesto enfermo del susto. Las flores blancas le perturbaron mucho.

He dicho que su mente no tenía horizontes, pero eso no es cierto. Ed no quería pensar en cuestiones metafísicas, y no podía evitarlo.

La vida en Cannery Row era curiosa, simpática y cruel. Frente a los «Laboratorios Biológicos del Pacífico, S. A.», estaba el burdel más grande, más elegante y más respetado de Monterey. Su dueña era una gruesa mujer, por la que todos sentían cariño y confianza, a excepción de aquellos cuyo entendimiento estaba retorcido por una virtud limitada. Poseía un gran corazón, y era una buena ciudadana en todos los aspectos, excepto uno: violaba las confusas leyes contra la prostitución. Pero como a la policía no parecía importarle, ella se sentía tranquila, e incluso hacía regalos en varios sentidos.

Durante la crisis, *Madam* pagó las cuentas de comestibles de la mayoría de familias necesitadas de Cannery Row. Cuando la «Cámara de Comercio» recolectaba dinero para lo que fuera, mientras los hombres de negocios se suscribían con diez dólares, ella lo hacía con ciento. Lo mismo sucedía con las instituciones de caridad, y con las recaudaciones de ayuda a las viudas y huérfanos de policías y bomberos. Contribuía siempre a todo con una suma diez veces superior a la que daban muchos de los ciudadanos que ignoraban

su existencia. Al mismo tiempo, sabía escuchar con comprensión y tolerancia. Todos le contaban sus cuitas, pero no podían engañarla porque lo descubría siempre.

Ed Ricketts mantenía relaciones de respeto y amistad con *Madam.* No era parroquiano de su casa, porque su vida sexual era demasiado complicada para eso; pero ella le consultaba muchos de sus problemas, y Ed le daba sus mejores consejos y conocimientos, tanto científicos como profanos.

Por lo visto, las chicas de su establecimiento tenían tendencia a la histeria. No sé si son las propensas al histerismo las que eligen la profesión, o si es la profesión la que produce el histerismo. Pero *Madam* enviaba a menudo a alguna chica al laboratorio para que hablara con Ed. Éste escuchaba con gran interés sus problemas, que eran extrañamente complicados, y luego le hablaba con suavidad y ponía alguno de sus discos favoritos en el gramófono. Por regla general, la chica se marchaba reanimada. Ed nunca moralizaba en ningún sentido. Examinaba el problema con cuidado, calma y claridad, y hacía desaparecer los aspectos desastrosos del asunto. La chica descubría de pronto que no estaba sola, que mucha otra gente tenía los mismos problemas en el mundo, que su desgracia no era única… y entonces, generalmente, se sentía mejor.

Existía un tácito pero fuerte afecto entre Ed y *Madam.* Ella no tenía permiso para vender licores. Bastante a menudo, Ed se quedaba sin cerveza a unas horas de la noche tan intempestivas, que todo estaba cerrado, excepto la casa de *Madam:* Entonces realizaban un ritual, con el que los dos disfrutaban mucho. Ed cruzaba la calle y le pedía a *Madam* que le vendiera alguna botella de cerveza. Ella rehusaba invariablemente, explicando que no tenía permiso. Ed se encogía de hombros pidiendo disculpas por la molestia, y regresaba al laboratorio. Diez minutos después, se oían unos pasos silenciosos en la escalera, un ligero golpe en la puerta, y Ed, tras esperar un intervalo decente, encontraba un paquete con seis botellas de cerveza helada en el umbral. Nunca mencionaba esto a *Madam,* porque hubiera sido romper las reglas del juego. Pero la recompensaba dedicándole horas de su tiempo, cuando ella necesitaba su ayuda. Y su ayuda era considerable.

A veces, como sucede incluso en la casa de prostitución más seria, algún sábado por la noche se producía una riña… una de esas peleas que suelen ocurrir cuando se mezcla el vino y el amor. Por cuestión de sensibilidad, *Madam* no quería molestar ni al médico ni a la policía con su pequeño problema. Y entonces, su buen amigo Ed ponía parches en las caras cortadas, en las orejas desgarradas, y en las bocas partidas. Era un buen operador y nunca había quejas, aunque naturalmente, nadie mencionaba el asunto, por cuanto Ed no era médico y no tenía permiso para practicar nada que no fuera la filantropía. *Madam* y Ed se tenían el más grande de los respetos.

—Es una mujer excelente —decía—. Me gustaría que toda la gente fuera tan buena como ella.

Así como *Madam* era el paño de lágrimas de todos los desgraciados, Ed era el hombre otoñal a quien se le consultaban todos los planes ilícitos que podían ser maquinados por los instintos febriles de los habitantes de Cannery Row. La gente del Row quería a Ed de verdad, pero su afecto no les impedía meterle en cualquier lío que se les ocurriera. En casi todos los casos, Ed conocía el resultado de la partida, aun antes de comenzar el juego, pero esperaba cautelosamente el saque antes de entregar su dinero.

—Les produce mucho placer ganarlo —decía.

Ed nunca daba mucho, pero tampoco *tenía* mucho. Y a pesar de su gran experiencia en cuestión de trampas, de vez en cuando se sentía lleno de admiración ante el enfoque audaz e imaginativo de un problema.

Una noche, mientras yo estaba inyectando pequeños cajones en el sótano, llegó uno de sus habituales clientes con la cara llena de alegría.

—Soy un hombre feliz —proclamó, y luego prosiguió explicando cómo había alcanzado la verdadera filosofía del descanso y el placer—. Tú piensas que no tengo nada, Eddie —disertó el hombre—. Pero por mi apariencia no puedes saber lo que tengo dentro. —Ed se movió inquieto, esperando la trampa—. Tengo paz en el corazón, Eddie. He encontrado un lugar para dormir… no es un palacio, pero es cómodo. No paso hambre muy a menudo, y lo mejor de todo, es que tengo amigos. Me parece que por

lo que estoy más contento es por mis amigos. —Ed se dio ánimos. «Ahora llega», pensó—. Algunas noches —prosiguió el cliente— me echo en la cama y doy gracias a Dios por mis bendiciones. ¿Qué necesita un hombre, Eddie? Pocas cosas, desde luego… comida y cobijo, y unos pocos vicios, como licor, mujeres, tabaco…

—No tengo licor —dijo Eddie.

—No bebo ahora —dijo el cliente con dignidad—. ¿Me has oído?

—¿Cuánto? —preguntó Ed.

—Sólo diez centavos, Eddie, muchacho. Necesito un par de paquetes de tabaco. No me importa que los paquetes sean de color marrón. Me *gustan* los papeles marrón.

Ed le dio un cuarto de dólar. Estaba encantado.

—¿En qué otro lugar del mundo puedes encontrar a un hombre que prodigue tanto cuidado, arte y emoción a una moneda de diez centavos? —dijo.

Ed pensaba que aquello merecía más que un cuarto de dólar, pero no se lo dijo a su cliente.

En otra ocasión, Ed se dirigía a la tienda de Wing Chong a comprar dos botellas de cerveza. Otro de sus clientes estaba sentado cómodamente en el arroyo, frente al establecimiento, y miró las botellas de cerveza vacías que Ed llevaba en la mano.

—Eh, viejo —dijo—. Tengo un pequeño problema. Dime, ¿conoces un buen diurético?

Ed cayó en la trampa.

—Nunca he tenido que preocuparme después de beber cerveza —contestó.

El hombre volvió a mirar las botellas que Ed llevaba en la mano, y alzó los hombros con gesto de debilidad. Sólo entonces se dio cuenta Ed de lo que había querido decir.

—Ah, vamos, entra conmigo —dijo.

Y compró cerveza para los dos.

Después había dicho con admiración:

—¿Puedes imaginarte la cantidad de molestias que se tomó por aquella cerveza? Primero tuvo que buscar la palabra diurético, y luego acertar el

momento preciso en que yo iba a buscar la cerveza, para sentarse allí. Además, tuvo que leer un poco mi pensamiento. Si alguna parte de su plan fallaba, se estropeaba todo. Creo que es algo notable.

Lo único que no era notable de todo aquello fue acertar el momento en que Ed iba a buscar la cerveza. Lo hacía muy a menudo. A veces, cuando compraba más de una botella y la cerveza se calentaba, la devolvía a Wing Chong, y éste le daba una botella fría.

Los vagabundos que vivían de su ingenio y de algún trabajo que realizaban en las fábricas de conserva, cuando tenían tiempo, formaban una pandilla realmente asombrosa. Ed en ninguna ocasión lograba sobreponerse a la admiración que sentía por ellos.

—Han agotado mi personalidad y mi resistencia hasta un límite matemático —decía—. Me conocen mejor de lo que yo me conozco a mí mismo, y conste que soy complicado. Su análisis de mis posibles reacciones siempre es exacto.

Normalmente, Ed se sentía encantado cuando conseguía algún pequeño triunfo. Nunca le costaba mucho lograrlo. Siempre trataba de imaginar por adelantado cómo le darían el sablazo, y al menos, conocía el resultado. De vez en cuando, la audacia y el pensamiento e inventiva de su querido enemigo, le dejaban maravillado. A veces, alquilaban a algunos de los muchachos para que le recogiera animales. Les pagaba un precio fijo… tanto por las ranas, tanto por las serpientes, tanto por los gatos…

A uno de estos recolectores le llamaremos Al, aunque éste no era su nombre. A causa de una experiencia, Ed cogió afición a la inventiva de Al. Ed necesitaba gatos con urgencia, y Al se los consiguió rápidamente. Eran unos gatos muy hermosos, y sólo al final de la operación, descubrió Ed que eran machos. Durante mucho tiempo, Al estuvo usando su método, pero al final descubrió su secreto.

—Hice una doble trampa —explicó—. Puse una jaula pequeña dentro de una grande. Luego, metí una gata preciosa dentro de la jaula pequeña, y, ¿sabes Eddie?, a veces llegué a coger diez gatos en una noche. ¡Qué demonios, Ed! Ésa es la misma clase de trampa que me pesca a mí cada sábado por la noche. Así se me ocurrió la idea.

Al era un recolector tan bueno, que después de algún tiempo, empezó a hacer trabajos sueltos para el laboratorio. Ed le enseñó a inyectar lijas, a manejar las probetas para mezclar colores, y a embalsamar a los animales menos delicados. Al se sentía excesivamente orgulloso de su trabajo, empezó a usar un vocabulario científico mal pronunciado, y adoptó un aire profesional que encantaba a Ed. Éste llegó a confiar en Al, aunque sabía que era un alcohólico.

Una vez, llegaron un montón de lijas, y Ed se las dejó a Al para que las inyectara, mientras él se iba a una fiesta. La fiesta terminó tarde, y a su regreso, Ed encontró todas las luces del sótano encendidas. El almacén estaba hecho una ruina. Había cristales rotos por el suelo, se había desparramado un barril de formaldehído, los frascos se habían caído de los estantes. Parecía haber pasado un huracán. Al no estaba allí, pero sí, en cambio, sus pantalones, y un asiento de automóvil, cuya procedencia no pudo explicarse nunca.

Ed, ciego de ira, empezó a barrer los cristales rotos. Cuando estaba casi terminando, entró Al. Llevaba un abrigo que le iba grande y unas botas altas de goma. La furia de Ed era terrible, y se abalanzó sobre él.

—¡Hijo de p…! —chilló—. ¡Creía que podías mantenerte sereno hasta terminar el trabajo!

Al levantó su mano con dignidad senatorial.

—No te detengas, Eddie —dijo—. Llámame lo que quieras, que yo te perdono.

—¿Perdonarme? —gritó Ed, con deseos de cometer un asesinato.

Al le hizo callar con ademán triste.

—Me lo merezco, Eddie —dijo—. Sigue… puedes llamarme un montón de nombres. Sólo lamento que no hieras mis sentimientos.

—¿De qué demonios estás hablando? —inquirió Ed inquieto.

Al se volvió, desabrochándose el abrigo. Iba completamente desnudo, a excepción de las botas de goma.

—Eddie, muchacho —dijo—, he salido a hacer visitas en estas condiciones. Y si he podido hacer eso, es que debo de ser bastante insensible. Nada de lo que me digas atravesará mi piel, y yo te perdono.

La furia de Ed se convirtió en asombro. Más tarde comentó:

—Si ese Al hubiera dedicado su genial inteligencia a otros campos más amplios que mendigar bebidas, no existe límite a lo que podría haber hecho. —Y luego siguió diciendo—: Pero no. Ha escogido un campo difícil y ha tenido éxito. Cualquier otra carrera, banca internacional, por ejemplo, le habría resultado demasiado fácil.

Al estaba casado, pero ni su esposa ni su familia ejercían una influencia moderadora en él. Al final, su mujer usaba el recurso de meter a Al en la cárcel. Una vez Al dijo:

—Cuando en Monterey necesitan un policía nuevo, le hacen una prueba. Le mandan a Cannery Rpw, y si no logra pescarme, no le dan el trabajo.

Al detestaba la vieja cárcel de piedra roja de Salinas. Era triste y poco sana, decía. Pero entonces el condado construyó una prisión nueva muy hermosa, y la primera vez que Al sufrió una condena de dos meses, no salió hasta al cabo de setenta y cinco días. Volvió a Monterey entusiasmado.

—Eddie —dijo—, han puesto radio en las celdas, y el nuevo sheriff es un hacha jugando al póker. Cuando terminó mi condena, me debía ochenta y cinco dólares. No pude librarme del juego; con un sheriff es difícil. Así que tardé quince días en volver a perder el dinero, sin que se viera demasiado que lo hacía expresamente. Pero uno no puede ganarle a un sheriff… si uno espera volver.

Al regresó a menudo, hasta que su mujer cayó en la cuenta de que Al prefería la cárcel a la vida de hogar. Fue a visitar a Ed para pedirle consejo. Era menuda, de ojos rojizos y nariz torcida.

—Trabajo mucho e intento que el dinero me llegue hasta fin de mes —dijo amargamente—. Y Al se pasa todo el tiempo en Salinas, tomando una cura de reposo en la cárcel. No puedo permitir que vaya más allí. Le gusta.

Estaba cansada de tener y soportar a los hijos de Al. Por una vez, Ed no encontró ninguna respuesta.

—No sé lo que puede hacer —dijo—. Estoy desorientado. Podría usted matarlo… pero entonces ya no tendría ninguna diversión.

En Cannery Row existía una complicada estructura social, y uno debía conocerla, si no quería cometer errores en procedimiento y protocolo. No podías hablar con una de las chicas del burdel si te la encontrabas por la calle. Aunque hubieras charlado con ella toda la noche, se consideraba una falta de educación saludarla fuera.

Desde las ventanas del laboratorio Ed y yo contemplábamos una parte de crueldad social. Al otro lado de la calle, en el solar entre el burdel y la tienda de Wing Chong, había varios toneles oxidados, uno o dos calderos enormes, y un montón de maderos, todo echado allí por las fábricas de conserva. Algunos de los vagabundos de Cannery Row dormían en los toneles, y cuando salía el sol, se tumbaban en los maderos como lagartos. Entonces realizaban transacciones comerciales. Se prestaban centavos, compartían el tabaco, y si alguien sacaba a la vista una pinta de licor, eso significaba que deseaba bebería en amor y compañía. Eran una pandilla de hombres harapientos; sus pantalones, de un color azul claro, se habían vuelto casi blancos por el roce en las rodillas y en el trasero. Según Ed, esos vagabundos eran los soñadores de nuestra época, los inconformistas ante el nerviosismo, la ira y la frustración.

Ed miraba a estos hombres con la misma admiración que sentía por cualquier animal, familia o especie, que lograra sobrevivir con éxito y felicidad. Teníamos muchas discusiones sobre ellos. Ed sostenía que, por simple apariencia, uno no podía afirmar si un individuo prosperaba o no.

—Date cuenta —decía—. Si miras superficialmente, dirías que el banquero local, o el propietario de una fábrica de conservas, o incluso el alcalde de Monterey, son individuos de éxito. Pero piensa en sus úlceras de estómago, en sus ataques de corazón y en su presión arterial. En cambio, esos holgazanes de ahí puede que tengan cirrosis hepática, pero nada más. —Chasqueaba la lengua con admiración—. Una de las reglas de la paleontología dice que el exceso de armazón y ornamentación es síntoma de la extinción de una especie. Sólo tienes que considerar a los grandes reptiles, los mamuts, etc. Pero esos vagabundos apenas tienen nada, como no sea un par de tirantes rojos y amarillos aquí y allá. Tal como está nuestra

época, esos hombres pueden ser los que liberten a la especie humana de los enemigos interiores y exteriores que la atacan.

Pero aunque le gustaban mucho los vagabundos, lamentaba su crueldad social hacia George, el correveidile del burdel. George tenía buena figura, vestía con afectación y era muy educado. Poseía completos poderes extralegales sobre las chicas de la casa, y un discutible acceso a cualquiera de ellas. Habría negociado incluso con un amigo. Tenía el pelo oscuro y rizado, un buen sueldo, comía en la casa, y les escatimaba a las chicas su dinero. En otras palabras, era un hombre rico. Con su fanfarronería se había procurado una envidiable reputación en las riñas interiores, y cuando el problema se hacía más confuso, conseguía un récord pegando puntapiés, patadas, puñetazos y amoratando ojos. Uno siempre habría pensado que era un hombre feliz, a menos que uno conociera la verdadera alma de George, como a nosotros nos sucedió.

George se sentía solo. Deseaba la compañía de hombres, la camaradería, el calor, la rudeza y las discusiones masculinas. Estaba muy cansado del mundo femenino de perfumes, períodos, histerismo, misterios y permanentes. Quizá no tenía a nadie con quien alardear de su superioridad sobre las mujeres, y eso le molestaba.

Nosotros contemplamos cómo intentaba hacerse amigo de los vagabundos tumbados al sol en los maderos, y cómo ellos no querían saber nada de él. Consideraban al alcahuete muy por debajo suyo socialmente. Cuando George vagaba por la maleza y se sentaba con los muchachos, éstos se apartaban de él. No le insultaban, ni le decían que se fuera, pero no le ofrecían su amistad. Si al llegar George estaban enzarzados en alguna discusión, se callaban en el acto y se producía un doloroso silencio.

George reconocía su ostracismo y se sentía triste. Nosotros, desde la ventana, podíamos verlo en su figura marchita y en sus gestos serviles; podíamos oírlo en su risa demasiado fuerte y en sus chistes crueles. Ed movía la cabeza ante esta injusticia. Había esperado algo mejor de los muchachos.

—No sé por qué creía que eran mejores —dijo—. Desde luego, el ser vagabundos les proporciona ventajas, pero ¿por qué pensaba yo que por el hecho de serlo estaban por encima de todas las pequeñeces humanas?

Sospecho que era una esperanza romántica. —Y añadió—: Conocí a un hombre que creía que todas las prostitutas eran honradas sólo por el hecho de serlo. De vez en cuando se metía en algún lío… un día una chica hasta le robó sus ropas, pero él seguía firme en su convicción. La había convertido en un artículo de fe, y uno no puede renunciar a una cosa así, porque es parte de uno mismo. Debo volver a examinar mis sentimientos respecto a los muchachos.

Contemplamos cómo George, en su pusilánime soledad, recurría al soborno. Compraba whisky y lo regalaba. Prestaba el dinero como un loco. Y los vagabundos aceptaban los sobornos, pero no aceptaban a George.

Ed Ricketts generalmente no se metía en los asuntos de sus vecinos, pero George le preocupaba. Una tarde se enfrentó con los muchachos.

—¿Por qué no os portáis bien con él? —dijo—. Se siente sólo y quiere ser amigo vuestro. Le estáis marcando una huella que puede torcer y amargar toda su vida. No será bueno para nadie. No me sorprendería que fuerais los responsables de su muerte.

A estas palabras, Whitey n.º 2 (había dos Whiteys, conocidos como Whitey n.º 1, y Whitey n.º 2) replicó:

—Vamos, doctor, no nos estarás pidiendo que nos hagamos amigos de un alcahuete, ¿verdad? A nadie le gustan los alcahuetes.

Debe hacerse notar que cuando los vagabundos hablaban a Ed, le llamaban formalmente doctor. Pero cuando le pedían algo, entonces le llamaban Ed, Eddie, o Eddie muchacho.

No sé si Ed tenía idea de lo exacta que resultó su predicción, pero poco tiempo después, George se suicidó con un trozo de hielo en la cocina del prostíbulo. Y cuando Ed reprendió a los muchachos por haber sido una de las causas de su muerte, Whitey n.º 1 hizo eco a las palabras de Whitey n.º 2.

—Demonio, no lo pudimos evitar. Uno no puede ser amigo de un alcahuete.

Ed caviló tristemente.

—Se me hace difícil creer que los muchachos se sintieron movidos por alguna consideración moral. Más bien debió de ser una barrera social que

ningún argumento podía salvar. —Y añadió—: Los pollos blancos matan siempre al pollo negro, aunque, me parece que no es tan sencillo como eso.

Las relaciones de Ed con Wing Chong, el tendero chino, y más tarde, después de la muerte de éste, con su hijo, eran de respeto mutuo. Ed siempre podía conseguir crédito durante largos plazos de tiempo, y a veces lo necesitaba. Una vez intentamos calcular cuántos galones de cerveza habían cruzado la calle durante los años de nuestra asociación, pero pronto abandonamos nuestro empeño, al ir subiendo las cifras. Ni siquiera queríamos saberlo.

Ed tenía muchos amigos, y además atraía a algunas personas lunáticas, como el detective chino y la mujer reptil. Había otros que lo usaban como fuente de información. Una tarde sonó el teléfono, y habló una voz de mujer:

—Doctor Ricketts, ¿puede decirme el nombré de un pez tropical, con el mismo número de espinas en el dorso que en el vientre? Empieza con L.

—De improviso no lo sé —dijo Ed—, pero lo buscaré, si me quiere volver a llamar dentro de media hora. —Colgó y se puso a trabajar, diciendo—: Bonita voz…

Veinte minutos más tarde, el teléfono sonó de nuevo y la bonita voz dijo:

—No se preocupe, doctor Ricketts. Ya me ha salido haciendo las horizontales.

Ed no conoció nunca a aquella aficionada a los crucigramas que poseía una bonita voz.

Por su apariencia y temperamento Ed no era un hombre militar en absoluto, pero a pesar de esto, fue reclutado en las dos Guerras Mundiales. Uno siempre habría pensado que su completa individualidad y su excepcional enfocamiento de todos los problemas le harían volverse loco en la organizada mediocridad del Ejército. Pero no sucedió así. Ed fue un buen soldado, y el Ejército —al menos la parte en que servía él— fue ganando gradualmente su favor. En las dos guerras, Ed fue feliz.

Su experiencia militar en la Primera Guerra Mundial me la describió con satisfacción.

—Yo entonces era joven —dijo— y estoy sorprendido del buen sentido que demostré. A menudo he pensado —siguió diciendo— que si cualquiera de esas grandes compañías como la «General Motors» o la «Standard Oil», organizaran un ejército privado, ningún ejército público podría contra él. Una compañía privada está organizada para hacer o producir algo, ganancias, oro o acero. Tiene una dirección. Pero un ejército público se compone de millones de individuos que trabajan para sí mismos. Algunos quieren ascensos, otros quieren robar, unos cuantos desean poder o gloria personal, y la mayoría quieren simplemente salir. Muy pocos tienen interés en ganar una guerra. —Me contó entonces su primera experiencia militar—. Pensé mucho antes de decidir lo que quería ser —dijo—. Como he dicho, yo entonces era joven, pero siempre he admirado mi elección. La cultura no era muy alta en 1917, y me fue fácil conseguir un empleo en las oficinas de la compañía, sin correr el peligro de que me mandaran a una escuela de entrenamiento para oficiales. Definitivamente, yo no quería ser oficial, y nadie deseaba trabajar en las oficinas. La gente suele estar ciega —prosiguió—. Los otros hombres, obsesionados con sus ambiciones e intereses, no se dieron cuenta de que el oficinista de la compañía tiene en su mano todos los permisos, pues si al capitán o a los tenientes les gusta el golf o las mujeres, lo dejan todo a su cargo. —Suspiró con placer. Había disfrutado en el Ejército—. En un santiamén corrió el rumor de que a mí me gustaba el whisky. ¿Y sabes una cosa? Cuando fui desmovilizado dejé trescientas pintas, y recuerda que era el tiempo de la ley seca. —Su voz se hizo un poco rencorosa—. Pero había un hijo de puta que se quejó de mí al capitán. ¿Te imaginas? Fue por cuestión moral. Él no bebía. Me pregunto por qué los que no beben son a menudo tan malignos.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Era tonto —dijo Ed—. Durante dieciocho meses no obtuvo ningún permiso, aunque escribió queja tras queja. Era un hombre muy tonto.

—Pero ¿qué ocurría con las quejas?

—Si hubiera pensado un poco, se habría dado cuenta de que las quejas pasan por las manos del oficinista de la compañía. —Se rió—. Yo no

soporto el rencor, pero aquel hombre no me gustaba. Corrió la voz… bueno, ya sabes cómo sé extienden los rumores en el Ejército. Corrió la voz de que el bueno y amable del oficinista estaba siendo perseguido. Me parece que el pobre muchacho se lo debió de pasar muy mal; le vigilaban desde las letrinas hasta la cocina. Aquello arruinó su carrera militar, y estoy seguro de que también su estómago. Era un hombre muy tonto.

Siempre he pensado que el llamar a Ed a filas cuando la Segunda Guerra Mundial fue algo malévolo por parte de la oficina de reclutamiento. Le faltaba una semana para cumplir cuarenta y seis años cuando llegó la orden, y fue examinado después de su cumpleaños. Creo que había gente en Monterey que sentía celos de él. No tenía madera de soldado desde ningún punto de vista. Llevaba una barba que hizo fruncir el ceño a los psiquiatras del Ejército, y el médico que le examinó salió de la entrevista confuso y preocupado, aunque le declaró apto. Entonces el Ejército ordenó a Ed que se afeitara la barba.

No sintió ser reclutado porque recordaba con placer la primera guerra.

—Pensé que con mi experiencia y madurez, estaría muy bien —dijo.

A causa de su larga experiencia en el laboratorio, le encomendaron la sección de enfermedades venéreas del centro de inducción de Monterey. Este trabajo tenía sus compensaciones. Podía irse a casa todas las noches, y tenía a su cargo una provisión inagotable de medicamentos. Tampoco corría el peligro de que le enviaran a una escuela de entrenamiento para oficiales. Ed no deseaba mandar hombres, quería hacerse amigo de ellos. Y como su comandante tenía una afición —si era el golf o las mujeres, eso no lo sé—, dejaba a Ed todo el trabajo.

A Ed le gustaba aquello y realizaba un buen trabajo en su sección. Posiblemente, a causa de las provisiones de medicamentos, un pequeño grupo de apasionados admiradores le protegían y defendían de cualquier posible acusación, tales como que Ed no llegaba al trabajo hasta las diez de la mañana, o que a veces se tomaba unos fines de semana muy largos.

Muy pronto, en su segunda experiencia en el Ejército, Ed empezó a cansarse de la monotonía del alcohol y jugo de pomelo del laboratorio. Con su inagotable provisión de medicinas, comenzó a hacer experimentos, y pronto otro rumor se extendió por Monterey, diciendo que se había

inventado una bebida fabulosa. Aquello causó un efecto extraño. Nadie había probado nada igual. Hasta se decía que el comandante de la unidad, un experto en la materia, después de dos copas, se había dirigido sin tambalearse hacia una pared, y había pronunciado un corto y heroico discurso antes de caerse al suelo.

Una vez Ed fue licenciado, le pregunté acerca de aquella bebida que había alcanzado fama hasta en Chicago, y que era discutida con respeto en las ciudades costeras del Pacífico.

—Era muy sencilla —dijo—. Sus componentes no eran en absoluto complicados, y estaba deliciosa. Nunca pude explicarme por qué producía unos efectos tan curiosos y a veces tan humorísticos. No había más que alcohol, codeína y granadina. Era una bebida estupenda. A su lado, todos los otros licores parecían flojos.

Este relato sobre Ed Ricketts va balanceándose cronológicamente. Cuando empecé a escribir no tenía intención de dividir su personalidad, pero ahora me parece un buen método. Era tan complejo y tan polifacético, que quizás el mejor sistema será ir de un aspecto suyo a otro, para que con todos los fragmentos se pueda construir un retrato exacto.

Ed se divertía más que nadie de los que he conocido, pero también sufría profundas tristezas, que serán tratadas más adelante. Ahora que hemos tocado el aspecto de la bebida, voy a completarlo.

A Ed le gustaba beber, y le gustaba beber por todo. No creo haberle visto nunca borracho, pero en dos ocasiones me dijo que no recordaba cómo había llegado al laboratorio. Incluso aquellas noches, uno tenía que conocerle bien para darse cuenta de que estaba afectado. Las evidencias de la bebida eran sutiles. Sonreía un poco más ampliamente, su voz se hacía más alta, y andaba algunos pasos de puntillas. Le gustaban todas las bebidas que contuvieran alcohol, y a excepción del café, que a menudo mezclaba con whisky, odiaba las que no lo tenían. Un día calculó que hacía doce años que no probaba el agua.

Una vez, una muela mala y un penoso asunto amoroso le produjeron una úlcera en el estómago. Los médicos le pusieron a dieta de leche, y le

ordenaron que no tomara alcohol. Sobre el laboratorio cayó una sombría tristeza. Fue una época horrible. Primero Ed se hallaba en un estado de desaliento considerable, luego su furia se despertó ante la crueldad de su destino. No le gustaba y desconfiaba del agua, pero sentía un odio feroz por la leche. Su color le parecía desagradable y su sabor detestable.

Durante unos días se esforzó en meter un poco de leche dentro de su estómago quejándose amargamente, y al fin volvió a ver al médico, para explicarle que el sabor de la leche le repugnaba. Pensaba que esta aversión por la leche le debía haber inducido a dedicarse a la biología marina, ya que ningún animal marino, a excepción de las ballenas, producía leche, y él nunca había sentido el mínimo interés por los cetáceos. Dijo que temía que la cura de sus dolores de estómago fuera peor que la enfermedad, y finalmente, preguntó si podía añadir unas gotas de ron a la leche, para matar su asqueroso sabor. El médico, pensando quizá que estaba luchando una batalla perdida, le dio permiso para que añadiera las gotas de ron.

Nosotros contemplábamos la cura con fascinación, pues día tras día la proporción de licor aumentaba, hasta que al cabo de un mes, Ed ya no añadía unas gotas de ron a la leche, sino unas gotas de leche al ron. Pero sus dolores de estómago habían desaparecido. Nunca le gustó la leche, pero después de esto, hablaba de ella con admiración, diciendo que era una medicina excelente para las úlceras.

En el laboratorio se celebraban grandes fiestas, algunas de las cuales duraban varios días. En nuestra pobreza llegaba siempre un momento en que necesitábamos una fiesta. Entonces reuníamos todos los peniques que teníamos ahorrados, y que no eran muchos. En Monterey se vendía un vino a treinta y nueve centavos el galón. Su sabor no era muy delicado, y a veces se encontraban cosas muy curiosas en el fondo de la jarra, pero estaba bien. Siempre añadía alegría a una fiesta, y nunca mataba a nadie. Si se reunían cuatro parejas y cada una traía un galón, la fiesta duraba bastante tiempo, y al final, Ed sonreía y danzaba como un ratón.

Más adelante, cuando ya no éramos tan pobres, bebíamos cerveza, o un sorbo de whisky y un sorbo de cerveza, como Ed prefería. Los sabores, decía, se complementaban.

Una vez, dimos una fiesta en el laboratorio para celebrar mi cumpleaños, que duró cuatro días. Necesitábamos verdaderamente una fiesta, así que organizamos una tan grande, que nadie se fue a la cama como no fuera con propósitos románticos. A la madrugada del cuarto día, el feliz grupo se sentía agotado. Hablábamos en susurros, porque nuestras cuerdas vocales se habían enronquecido de tanto cantar. Ed colocó cuidadosamente en el suelo al lado de su cama medio cuarto de cerveza, y se tumbó para echar una siesta. Al instante se quedó dormido. Desde el principio de la fiesta, había consumido quizá cinco galones. Durmió unos veinte minutos, entonces se meneó, y sin abrir los ojos, buscó a tientas la botella de cerveza. Cuando la encontró, se sentó en la cama y se la bebió de un trago. Luego sonrió dulcemente y agitó dos dedos al aire, como dándonos la bendición.

—No hay nada como la cerveza —dijo.

A Ed no sólo le gustaba el licor; aún llegaba más lejos. Sospechaba de la gente a quien no le gustaba. Si uno que no bebía se callaba y se preocupaba de sus propios asuntos, Ed podía ser amable con él. Pero, ¡ay!, eso no era muy corriente entre los abstemios, y en cuanto alguien empezaba a verter su veneno, Ed experimentaba una llamarada de furia y desprecio. Creía que a cualquiera que no le gustara beber, estaba enfermo, o era un loco o tenía algún vicio oscuro. Pensaba que el alma de un abstemio era seca y encogida, que su pose de virtud encubría alguna práctica repugnante.

También pensaba parecido respecto a los que pretendían que no les gustaba el sexo, pero este campo era explorado más tarde.

Si te empeñabas, Ed podía nombrarte a los grandes hombres, a los grandes cerebros, corazones e imaginaciones de la historia del mundo, y no descubría a ninguno de ellos que fuera abstemio. Intentaba incluso recordar a algún hombre o mujer de talento que no bebiese y a quien no le gustara el licor, pero fallaba en su búsqueda. En esas discusiones salía a relucir el nombre de Shaw, y Ed por toda respuesta se reía, pero en su risa no había ninguna admiración hacia aquel viejo caballero abstemio.

El interés de Ed por la música era apasionado y profundo. La consideraba análoga a las matemáticas creadoras, y sus gustos no eran extraños sino

muy lógicos. Le gustaban los cantos gregorianos, y las misas de William Byrd y Palestrina. Escuchaba extasiado a Buxtehude, y una vez me dijo que las fugas de Bach eran quizá la música más grande hasta nuestro tiempo. Siempre usaba la expresión «hasta nuestro tiempo». Nunca consideraba nada terminado o completo, sino siempre continuo. Probablemente su método crítico era el resultado de su observación y práctica biológica. Amaba la pasión secular de Monteverde y la agudeza de Scarlatti. Su amplia apreciación y curiosidad por la música era la misma que sentía por los gusanos. Escuchaba la música con la boca abierta, como si quisiera recibir los sonidos en su garganta, y movía el dedo índice siguiendo el ritmo.

Él no podía cantar, no podía reproducir ni una sola nota con su voz, pero podía oír. Su ineptitud para el canto le entristecía. Una vez, compramos un xilofón e intentamos recordar la escala musical. Ed reconocía todas las notas, pero no podía imitar ninguna. Nunca le oí silbar. Me pregunto si sabía hacerlo. Cuando canturreaba alguna melodía, su propio oído le decía que lo estaba haciendo muy mal, y entonces sonreía desmañadamente.

Pensaba en la música como en algo concreto y querido. Un día que yo había sufrido un trastorno emocional abrumador, fue al laboratorio. Estaba triste y callado, y Ed usó conmigo la música como una medicina. Por la noche, en lugar de irse a dormir, puso música en su gramófono, sabiendo que eso calmaría mi oscura confusión. Primero me ofreció los tranquilizadores cantos llanos, remotos y fríos, y luego, gradualmente, los fue cambiando por piezas de Bach, hasta que yo fuera capaz de volver a pensar y a sentir, hasta que pudiera soportar volver a ser yo mismo. Y cuando llegó el momento, me dio Mozart. Creo que fue el medicamento más cuidadoso que ha sido suministrado nunca.

Las lecturas de Ed eran muy extensas. Naturalmente, leía mucho en materia de invertebratología marina, pero también leía otras cosas. Lo que no sé es de dónde sacaba el tiempo. Puedo juzgar sus gustos por las obras que leía más de una vez: traducciones de Li Po y Tu Fu, los más grandes poetas del amor, las *Caléndulas Negras* y *Fausto*... sobre todo *Fausto.* Así como pensaba que las fugas de Bach eran la música más grande hasta nuestro tiempo, consideraba que *Fausto* era la obra más grande que se había

escrito. Ampliaba sus conocimientos de alemán para poder leer *Fausto,* oír los sonidos de las palabras tal como eran escritas y saborear sus significados. Para mí, Ed poseía una mente independiente del tiempo, ni moderna ni antigua. Le gustaba leer en voz alta a Layamon y Beowulf, y hacía sonar las palabras como si hubieran sido escritas ayer.

No tenía religión en el sentido de credo o dogma. De hecho, desconfiaba de todas las religiones ceremoniosas, sospechando que habían sido ensuciadas por la economía, el poder y la política. No creía en ningún Dios reconocido por alguna secta o culto. Probablemente, su Dios podía expresarse por el símbolo matemático de un universo en evolución. Tampoco creía en otra vida, como no fuera en un sentido químico. Se sentía suspicaz respecto a las promesas de que existía otro mundo después de la muerte, creyendo que eran un soborno a nuestro miedo, o una esperanza artificial.

Por la economía y la política sentía el mismo interés que por las relaciones ecológicas y el equilibrio de las mareas.

Durante algún tiempo después de la Revolución rusa, contempló a los soviéticos con la misma complacida atención con que un terrier observa a su primera rana. Pensaba que debía de haber algo nuevo en Rusia, algún progreso humano que podía ser una mutación en la naturaleza de las especies. Pero cuando la Revolución fue consumada, cesaron los experimentos, y los soviéticos se apoderaron del poder, cuya perpetuación se basó en la ignorancia y en el control dogmático del espíritu creativo humano, perdió todo su interés por el asunto. De vez en cuando, hacía una prueba para verificar sus conclusiones. Su última esperanza por aquel sistema se desvaneció cuando escribió a varios biólogos rusos pidiendo información respecto a sus investigaciones de la distribución de la fauna en el mar Ártico. Descubrió entonces que no sólo no le contestaban, sino que no recibían sus cartas, y Ed pensaba que cualquier restricción o control del conocimiento o conclusión era un pecado horrible, una violación de principios. Perdió su interés por la dialéctica marxista, cuando no pudo comprobarla en la naturaleza perceptible. Contempló con una especie de divertido desprecio, cómo sus adeptos retorcían el mundo para implantar su

doctrina, y al leer las conclusiones de Lysenko, se rió sin hacer ningún comentario.

Por medio de discusiones interminables, de lecturas, observaciones y experimentos, Ed y yo llegamos a varias conclusiones. Trabajábamos en tan estrecha colaboración, que ahora no sé quién empezaba a especular, ya que la última idea era producto de ambas mentes.

Teníamos un juego al que llamábamos metafísica especulativa. Era un deporte que consistía en coger una parte de la realidad, y dejarla moverse y crecer a través del proceso especulativo como un árbol alto y frondoso. Observábamos con placer cómo las ramas del pensamiento se apartaban del tronco de la realidad externa. Creíamos que las leyes del pensamiento eran paralelas a las leyes de las cosas. En nuestro juego no había crítica severa. Era un ejercicio divertido de nuestra mente, con improvisaciones y variaciones sobre un tema, y nos producía el mismo deleite e interés que descubrir música. Nadie puede decir: «Esta música es la única música». Tampoco nosotros decíamos: «Esta idea es la única idea», sino «Ésta es *una* idea, está bien o mal formada, pero es *una* idea, y eso es algo real en la naturaleza».

Una vez un tema era establecido, supeditábamos la naturaleza visible a él. Lo siguiente es un ejemplo de nuestro juego; y ocurrió hace mucho tiempo.

Pensamos que quizá nuestra especie evoluciona de un modo mejor y más creativo, en un estado de semianarquía, gobernado por leyes libres o no practicadas. A esto añadimos la premisa de que la superintegración en grupos humanos puede tener su paralelo en la regla de paleontología que dice que el exceso de caparazón y adornos en los animales marinos es un síntoma de decadencia y desaparición. Naturalmente nosotros pensamos que la superintegración *podría* ser el síntoma de la decadencia humana. Pensábamos: no existe unidad creativa en el ser humano excepto en el individuo que trabaja solo. En la creación pura, en el arte, en la música, en las matemáticas, no hay verdadera colaboración. El principio creativo es solitario e individual. Los grupos pueden correlacionarse, investigar y construir, pero no encontraremos ninguno que haya creado o inventado algo. 1 Además, el primer impulso del grupo parece ser destruir a la

creación y al Creador. Pero la integración o el grupo parecen ser altamente vulnerables.

Con esta estructura especulativa, poníamos ejemplos. Consideremos, decíamos, el Tercer Reich o el Politburó Soviético. La eliminación repentina de veinticinco hombres clave de cada uno de estos sistemas, los estropearía de tal modo, que tardarían largo tiempo en recobrarse, si es que lo conseguían. Para mantenerse a salvo, un sistema de esta clase debe destruir o apartar toda oposición que resulte peligrosa. Pero la oposición es creadora, y la restricción no lo es. La fuerza que alimenta el progreso es por tanto cortada. La tendencia a la integración debe aumentar constantemente, y este progreso debe destruir todas las tendencias hacia la improvisación, todo hábito creativo, ya que esto haría que las bases del sistema fueran de arena. Entonces, si nuestra especulación es exacta, el sistema debe dar vueltas hasta detenerse. El pensamiento y el arte deben desaparecer, hasta dar paso a un serio tradicionalismo. Así jugábamos nosotros con las ideas. Un sistema o sociedad demasiado integrados corren el peligro de destruirse, ya que la eliminación de una de sus unidades puede derrumbar el todo.

Consideremos el desatinado y anárquico sistema de Estados Unidos, la estupidez de algunos de sus legisladores, la reacción violenta, la lentitud de su capacidad para cambiar. Veinticinco hombres clave destruidos podrían hacer tambalear a la Unión Soviética, pero nosotros podíamos perder nuestro congreso, nuestro presidente o nuestro estado mayor, y no sucedería nada. Podríamos seguir adelante. De hecho, quizá saldríamos ganando.

Éste es un ejemplo de nuestro juego. Siempre empezábamos diciendo:

—¡Podría ser así!

A veces, Ed hablaba de un período de su vida que él valoraba. Fue después que dejó su casa y entró en la Universidad de Chicago. No le había gustado mucho la vida de hogar. Las reglas que le habían enseñado le parecieron absurdas desde su infancia.

—Los adultos, en su trato con los niños, son insensatos —decía—. Y los niños lo saben. Los adultos imponen leyes que ellos no siguen, dicen verdades que no creen, y todavía esperan que los niños las sigan, las crean y admiren y respeten a sus padres por estas tonterías. Los niños tienen que ser muy inteligentes y callados para tolerar a los adultos. Pero la tontería más

grande de todas es esperar que los niños crean que la gente aprende por la experiencia. Nunca se ha dicho mentira más grande, y su falsedad es inmediatamente descubierta por los niños, ya que está bien claro que sus padres no han aprendido nada por experiencia. Lejos de aprender, los adultos se convierten en un laberinto de prejuicios, sueños y reglas, cuyos orígenes no conocen y no se atreven a investigar por miedo a que toda la estructura se derrumbe sobre ellos. Me parece que los niños sallen esto por instinto —dijo Ed—. Y los que son Inteligentes aprenden a ocultar su conocimiento. —Cuando dejó su casa, estuvo al fin libre, y recordaba su primera libertad como una especie de gloria—. No sé cuando dormía —explicó—. No tenía tiempo para dormir. Por la mañana temprano, trabajaba en casa; luego iba a clase. Por la tarde tenía prácticas de laboratorio, después me empleaba para hacer recados en una tienda, y luego estudiaba hasta media noche. Por aquel entonces, estaba enamorado de una chica cuyo marido trabajaba por las noches, y naturalmente yo no dormía mucho desde la media noche hasta la mañana siguiente. ¡Qué tiempos aquellos!

Al hacer el retrato de Ed Ricketts es necesario relatar sus relaciones sexuales, por cuanto eran algo muy importante. Su vida estaba saturada de sexo, y el sexo constituía objeto de gran parte del pensamiento y análisis de Ed. No será ninguna indelicadeza tratar de esta parte de su vida, ya que él no sentía ninguna timidez en hacerlo.

Para empezar, Ed tenía la glándula tiroides desarrollada en exceso, y su metabolismo era anormalmente alto. Necesitaba comer a intervalos muy frecuentes, pues de lo contrario su cuerpo se revolvía de dolor y furia. Desde que le conocí, y sospecho que desde siempre, era concupiscente como un *bulldog*. Sus secreciones sexuales eran prodigiosas, y además, sentía una gran preocupación por todos los asuntos del sexo.

En lo que a las mujeres se refería, carecía por completo de lo que generalmente se llama «honor». Esta palabra no significaba nada para él, si implicaba abstinencia. Cualquier hombre que dejara a su esposa al cuidado de Ed, esperando que no sucediera nada, era un idiota. La mujer podía rechazarle, pero el fallo no sería por falta de tentativa.

Al principio de conocerle, se hallaba plenamente sumergido en el proceso de deshonrar a una jovencita. Fue un asunto muy largo, pues no

sólo se sentía atraído en el aspecto sexual, sino que además estaba interesado por la estructura psíquica y física de la virginidad. Creo que allí no entraba el sentido de triunfo del dominio, ni el de ser el primero. La base sensual de Ed era un par de pantalones muy calientes, pero su segundo motivo era un interés activo y altamente intelectual por el estado de la virginidad, y el cambio que se origina al abandonar tal estado. Sus conocimientos de anatomía eran profundos, pero, como él solía decir, el cambio en la constitución era muy grande, incluso dejando fuera las anormalidades, y esta variación proporciona un interés a la función, que es básicamente agradable.

La resistencia de aquella virgen fue sorprendente. Ed no sabía si estaba basada en algún obstáculo, en la aversión de una chica normal hacia la desfloración, o en una repugnancia por su persona. Examinó cada una de estas posibilidades con paciente cuidado, y como no sentía ninguna timidez, no tuvo ningún reparo en discutir su proyecto con sus amigos y conocidos. Quizá fue una suerte que la virgen no oyera las discusiones; podrían haberla avergonzado, cosa que no le ocurrió a Ed. Años después, cuando ella se enteró de todo el asunto, fue de la opinión de que podría ser todavía virgen, si se hubiera oído tan íntimamente discutida. Pero entonces ya era demasiado tarde.

Una cosa es cierta: a Ed le gustaban los asuntos sexuales complicados. Si una chica era libre, complaciente y no tenía problemas, no sentía por ella demasiado interés. Pero si tenía marido, siete hijos, dificultades con la ley, o alguna clase de neurosis en cuestión de amor, entonces Ed se sentía encantado e inmediatamente activo. Si hubiera podido encontrar a una mujer que fuera no sólo casada, sino también madre, reclusa, y una siamesa, se habría sentido feliz.

Va a ser imposible escribir todas las anécdotas concernientes a sus actividades. Los asunto más interesantes eran discutidos con tanta libertad, no sólo por Ed, sino también por un montón de árbitros aficionados, que adquirían una cierta fama local. Esto puede aceptarse como chismorrería, pero impreso resulta infamatorio para los protagonistas.

Le gustaban las mujeres católicas porque había complicaciones, y no le gustaban las que tenían los labios finos. La complexión, color de pelo y

ojos, forma y tamaño, no parecían importarle. Se mostraba singularmente abierto a cualquier insinuación.

Por regla general, Ed era capaz de ver a los seres humanos con una clara objetividad. Podía dar el consejo mejor y más valioso, basado en un gran conocimiento y comprensión. Sin embargo, cuando los fuertes vendavales del amor le sacudían, todo esto cambiaba. Entonces su objetividad desaparecía. El objeto de su afecto no tenía nada que ver con el retrato que hacía Ed. Era sólo el marco con el que envolvía a una mujer. Era como esas grandes muñecas sin rostro, que sirven para hacer vestidos. Él la creaba a su modo, le daba forma, inventaba su apariencia y la adornaba con un talento y sensibilidad, que no sólo resultaban asombrosos, sino que eran categóricamente falsos, Entonces la mujer en proceso llegaba con sorpresa a la conclusión de que le gustaba la poesía que nunca había oído, y se sentía atraída por una música cuya existencia también desconocía. Se volvía hermosa, pero en ninguno de los aspectos que le eran familiares. En cuanto a sus ideas… bueno, sus ideas eran lo que más le sorprendía, ya que no había creído tenerlas.

No creo que esta tendencia de Ed fuera una autosugestión. Creaba simplemente a la mujer que quería, algo así como aquel iluminado caballero del cuento galés que sacaba a su esposa de las flores. A veces, el proceso de construcción duraba un largo tiempo, y cuando terminaba, todos, incluso Ed, se quedaban confusos. Pero otras voces, la fuerza de su estructura cambiaba el material en bruto, y la chica se convertía en lo que pensaba que era. Recuerdo un ejemplo de esto.

Uno de nuestros amigos era pescador de sardinas. Su profesión era interesante y productiva. La estación de la sardina sólo dura parte del año, y por tanto, en los meses de inactividad, la mayoría de los pescadores quedan en una mala situación financiera. Nuestro amigo, sin embargo, nunca estaba inactivo y siempre tenía dinero. Se dedicaba a manejar, proteger, educar y robar a unas cuantas mujeres… nunca a muchas, siempre menos de cinco. Tenía éxito y se sentía feliz con su afición. Era amigo nuestro y le veíamos bastante.

Esta historia es para ilustrar la fuerza y sensatez de la costumbre de Ed respecto a crear mujeres. No sé cómo se aturdió con este asunto, pero lo

hizo y el siguiente relato corrobora mi creencia en su éxito.

Nuestro amigo, en un momento de euforia, trajo a una de sus clientes a una fiesta. Era una rubia menuda, experimentada, aunque no frágil. Ed la conoció, y en un lapsus de su razón, cometió un error con ella. Intentó alejarla de su protector. Tenía la idea de que no sólo era inexperta, sino también completamente tímida… Esta última impresión la sacó, probablemente, porque ella apenas hablaba y no parecía confiar en las palabras como medio de comunicación. Ed pensó que era hermosa, joven y virginal. Se la llevó de vacaciones, la reconstruyó en su mente, e intentó seducirla varonil, persuasiva y filosóficamente. Pero la había construido demasiado bien. La había convencido de que era por lo que él la había confundido, y ella rechazaba sus insinuaciones con fiebre y consistencia virginales. Al cabo de un mes, Ed tuvo que dimitir, sin haberse acostado nunca con ella. Pero le había hecho perder tanto tiempo, que tuvo que trabajar mucho para nuestro amigo cuando terminó la estación de la sardina.

En su éxtasis, Ed era capaz de hacer cosas sin necesidad de una demostración científica. Uno de sus más grandes amores duró varios años. Todas las noches le escribía una carta, a veces de tres líneas, a veces de diez páginas. Me dijo que ella hacía lo mismo, que le escribía todos los días, y lo creía. Pero yo sé que en cinco años no recibió de ella más que ocho notas garabateadas. Y él creía realmente que le escribía cada día.

Los cuadernos científicos de Ed eran muy interesantes. Entre su colección de notas y observaciones zoológicas, había algunas muy indelicadas y atrevidas. Después de su muerte, tuve que examinar estos cuadernos, antes de devolverlos a la «Hopkins Marine Station», departamento de la Universidad de Standford, tal como ordenaba Ed en su testamento. Sentí tener que eliminar un gran número de las anotaciones de los cuadernos, y no lo hice porque carecieran de interés, sino porque pensé que cualquier estudiante que quisiera obtener información en invertebratología de las notas de Ed, podría luego hacer chantaje a la mitad de la población femenina de Monterey. Ed no tenía ninguna clase de reserva respecto a estas cosas. Cogí las notas, pero no las destruí, porque opino que por encima de las personalidades mencionadas, tienen interés. En un futuro, las mujeres complicadas podrán recordar los incidentes.

Detrás de su coche, Ed llevaba una manta vieja, que había sido roja, pero que por el sol y el roce, había adquirido el color rosa salmón. Era una manta de batalla, veterana ya en colinas y playas, y llena de hierbas y algas. No creo que Ed saliera nunca en coche por la noche sin llevar su manta en el asiento de atrás.

Antes de que el amor enturbiara su visión, Ed poseía un ojo agudo para las mujeres. Apreciaba con entusiasmo una boca bien dibujada, un pecho exuberante, un trasero firme, y también se fijaba en otras cosas tales como la forma de los pies, la estructura de los dedos, el lóbulo de la oreja, los dientes, el movimiento de las caderas al andar… Lo contemplaba todo con alegría y agradecimiento. Siempre se sentía satisfecho de que el amor y las mujeres fuesen lo que eran, o lo que él imaginaba que eran.

Pero por encima de todos los placeres de Ed, había una trascendental tristeza en su amor… algo que deseaba o echaba de menos, una búsqueda, que a veces llegaba al pánico. No sé qué era lo que deseaba, pero sé que siempre lo buscaba sin encontrarlo. Tal vez hallara algo en la música. Era como una nostalgia profunda e interminable… una sed y pasión por «regresar a casa».

Se sentía un poco atado, y eso le hacía creer en la filosofía de la «superación», de atravesar el reverso del espejo, y llegar a una clase de realidad que fuera como un sueño. Esta idea le obsesionaba. Hallaba los símbolos de la «superación» en *Fausto,* en la música gregoriana y en la triste poesía de Li Po. De las fugas de Bach decía:

—Bach casi lo logró. Escucha ahora cuánto se acerca, y fíjate en su ira cuando no puede. Cada vez que lo oigo, creo que ha llegado el momento y que penetra a la luz. Pero nunca lo consigue del todo…

Naturalmente, era él mismo quien deseaba alcanzar la luz con desesperación.

Trabajamos y pensamos juntos tantos años, que me acostumbré a fiarme de sus conocimientos y de su paciencia en la búsqueda. Cuando me fui a otra parte del país, eso no sufrió ninguna diferencia. Una vez por semana o una vez cada mes recibía una extensa carta, escrita tan al estilo de su manera de hablar, que podía oír su voz a través de las páginas. Era como si

no me hubiera ido, y ahora, cuando viene el cartero, a veces busco sin pensar algún sobre escrito con su letra.

Ed estuvo muy complacido en realizar el pequeño viaje que describiré en la última parte de este libro, y también le gustó la manera de redactarlo. Lo leía a menudo para recordar.

Su interés científico era esencialmente ecológico. Su mente trataba siempre de agrandar la imagen más pequeña. Recuerdo que decía:

—A primera vista, uno piensa que la serpiente cascabel y la rata son grandes enemigos, puesto que la serpiente caza y se come a la rata. Pero en un sentido más amplio, deben de ser los mejores amigos. La rata alimenta al reptil, y éste selecciona generalmente a las ratas más lentas, débiles y flacas. Así las dos especies pueden sobrevivir. Es muy posible que no pudieran existir la una sin la otra.

Le gustaban los animales que se asocian, particularmente los grupos de especies que contribuyen a la supervivencia de todos. Parecía tan satisfecho con ellos como si los hubiera creado.

Miraba, sentía, olía y saboreaba cualquier alimento o animal nuevo. Una vez, estábamos discutiendo en la playa el interesante hecho de que las esponjas, pese a su color hermoso y brillante, y a su aspecto suave e inofensivo, nunca son comidas por otros animales, que deberían encontrarlas irresistibles. Ed se sumergió en el agua, cogió una hermosa esponja de color naranja, y se la metió en la boca. Al instante hizo una horrible mueca, escupió y vomitó, pero al fin había descubierto por qué los peces las dejaban en paz.

En otra ocasión probó una anémona marina, y el animal le pinchó tanto la lengua, que durante veinticuatro horas apenas pudo cerrar la boca. Pero hubiera hecho lo mismo al día siguiente, si hubiese tenido oportunidad de averiguar algo.

Aunque menudo y bastante ligero de peso, Ed era capaz de realizar prodigios de fuerza y resistencia. Podía conducir horas seguidas para conseguir una buena recolecta cuando la marea era favorablemente baja, trabajar luego como una furia sobre las rocas, y regresar al laboratorio para

preservar su pesca. Podía llevar cargas pesadas sobre la arena inestable, sin dar muestras de cansancio. Poseía una resistencia enorme. Tuvo que matarle un tren. Creo que nada más podría haberlo hecho.

Su sentido del olfato estaba muy desarrollado. Olía toda la comida antes de comerla, y no el plato entero, sino cada cucharada. Olía también todos los animales que recogía en la playa. Hablaba de los olores de las distintas especies, y algunos temperamentos e incluso ideas tenían un aroma característico para él… condicionaba indudablemente a alguna experiencia buena o mala. A menudo se refería a los olores de la gente, a cuán individual era cada uno y cómo estaba sujeto a cambiar. En cuestiones de amor, disfrutaba con su sentido del olfato.

Poseyendo un equipo nasal tan delicado, uno podría pensar que sentía repugnancia por los llamados malos olores; pero eso no era cierto. Ed podía coger un tejido animal en putrefacción, o inclinarse sobre la viscera fétida de un gato, sin sentir ninguna repulsión. Le vi arrastrarse literalmente dentro del esqueleto de un tiburón y sacarle el hígado. Puedo asegurar que despedía un olor horrible.

A Ed le gustaban los buenos instrumentos y herramientas, y, recíprocamente, sentía una amarga aversión por los malos. A menudo hablaba con desprecio de los bienes de consumo, cosas hechas para atraer la vista, para vender más que para usar. Pero otra parte, la manufactura de un buen microscopio le proporcionaba gran satisfacción. Una vez, le traje de Suecia un juego de bisturíes, tijeras quirúrgicas y fórceps. Aún recuerdo su alegría.

Su laboratorio estaba siempre inmaculado, pero sus habitaciones para vivir nunca estaban limpias. Solía decir que la mayoría de la gente paga demasiado por cosas que no desea, que gasta demasiado esfuerzo, tiempo y pensamientos.

—Si un suelo barrido te proporciona placer, entonces bárrelo —decía—. Pero si no ves si está limpio o sucio, entonces no merece la pena que te tomes el trabajo.

Creo que adoptó este procedimiento una vez que estuvo en un aprieto. Se encontró sin un centavo, y con tres niños a su cuidado. De un modo muy escolar, les dijo a los chiquillos cómo debían proceder.

—Tenemos que recordar tres cosas —les dijo—. Os las voy a decir en orden de importancia. Número uno y primera en importancia, debemos divertirnos todo lo que podamos con lo que tenemos. Número dos, debemos comer lo mejor posible, porque si no lo hacemos, no tendremos salud y fuerza para divertirnos. Y número tres, y tercera y última en importancia, debemos mantener la casa en orden, lavar los platos, y todas esas cosas. Pero no debemos impedir que esta última cosa se interfiera con las otras dos.

La actitud de Ed hacia las ropas era interesante. Usaba mocasines de color de ante y muy caros. Le gustaban los calcetines suaves y las camisas de lana. Pero aparte de esto, lo demás no le interesaba. Sus trajes siempre estaban raídos, particularmente en los codos y rodillas. Tenía una corbata colgada en el armario, pero nadie se la había visto llevar nunca; y ninguno de sus abrigos le iba bien. No se sentía avergonzado lo más mínimo por su manera de vestir. Iba a todas partes con el mismo traje, y siempre parecía limpio. Su seguridad interior era tal, que no parecía vestir mal. A menudo, era la gente de su alrededor la que le parecía arreglada en exceso. Las únicas veces que usaba sombrero era cuando temía mojarse la cabeza. Pero fuera lo que fuese lo que llevase, prendía invariablemente en el bolsillo de su camisa unos anteojos de aumento que usaba siempre. Eran una parte muy íntima de su personalidad… una de sus técnicas de visión.

Continuamente hay paradojas en torno a él. Le gustaba bañarse, y, sin embargo, cuando el calentador del laboratorio se estropeaba, se bañaba con agua fría durante un año hasta que lo hacía arreglar. Lo último fue tapar una gotera del depósito del retrete con un trozo de chiclé, que todavía imagino estará allí. Una ventana rota fue reparada con un periódico y no se puso nunca el cristal nuevo.

Le gustaba la comodidad, pero las sillas del laboratorio eran duras. Su cama era un catre de madera roja con un colchón fino encima, y además no era suficiente para dos personas. Las señoras se quejaban amargamente de esta cama, que no sólo era estrecha e incómoda, sino que además crujía al más leve movimiento.

Saqué al laboratorio y al mismo Ed en un libro que escribí y que se llamaba *Cannery Row.* Lo hice para ver si se ofendía, y me ofrecí para

cambiar lo que él quisiera. Ed lo leyó cuidadosamente sonriendo, y cuando hubo terminado, dijo:

—Déjalo así. Está escrito con buena voluntad, y eso no puede estar mal.

Pero fue mal en varios sentidos que ninguno de nosotros pudo prever. Cuando el libro salió a la venta, los turistas empezaron a llegar al laboratorio, primero pocos y luego en grandes cantidades. La gente paraba sus coches y contemplaba a Ed con el mismo interés que si fuera un artista de cine. Centenares de personas fueron al laboratorio para hacer preguntas y curiosear a su alrededor. Aquello era un fastidio para él, pero en cierto modo también le gustaba, pues decía:

—Algunos visitantes son mujeres, y algunas mujeres son muy guapas.

Sin embargo, estuvo contento cuando aquella ráfaga de publicidad terminó.

Nunca se me ocurrió preguntar a Ed sobre su familia y su infancia. Supongo que habría sido fácil averiguarlo. Pero cuando estaba vivo, había muchas otras cosas de las que hablar, y ahora… ya no importa.

Cuando salió el libro *Studs Lonigan,* Ed lo leyó dos veces con gran rapidez.

—Éste es un libro verdadero —dijo—. Yo nací y crecí en esta parte de Chicago, y jugué en esas calles. Las conozco todas, y conozco a la gente. Éste es un libro verdadero.

Y desde luego, para Ed, una cosa que fuera verdadera era hermosa. Después de aquel libro, siguió todas las series de Farrell, y sólo cuando el ambiente se trasladó a Nueva York, perdió su interés. No sabía cosas verdaderas acerca de Nueva York.

Una de las cosas más divertidas que sucedieron en los «Laboratorios Biológicos del Pacífico, S. A.» fue nuestra tentativa de ayudar a la guerra contra Japón, y el completo fracaso que resultó.

Cuando llegamos del viaje que es narrado en la última parte de este libro, comenzamos a trabajar en los miles de animales que habíamos reunido. Nuestro propósito había sido asentar las bases para una nueva geografía de la fauna, más que la búsqueda de nuevas especies. Necesitábamos una gran cantidad de información suplementaria respecto a

la distribución de los animales marinos en ambos lados del océano Pacífico y entre sus islas.

Por aquel entonces, Pearl Harbour había sido atacado, y nosotros estábamos en guerra con el Japón. Pero aun cuando no hubiéramos estado habría habido dificultades. Después de la Primera Guerra Mundial, un gran número de islas del Pacífico fueron donadas al Japón por la Liga de Naciones, y lo primero que hizo dicho país fue correr una cortina de bambú sobre toda el área. Durante veinte años, no se permitiría a ningún extranjero aterrizar en las islas bajo ningún propósito.

Estas islas no habían sido bien conocidas desde el punto de vista zoológico antes del mandato, y desde entonces no se había oído nada de ellas.

Nosotros enviamos las cartas usuales a las universidades, pidiendo información respecto a estas islas. Las contestaciones nos encantaron. Había mucha información disponible.

Lo que había sucedido es esto. Japón había incomunicado las islas, pero quizá con la futura guerra en perspectiva, había querido realizar una inspección de sus nuevas posesiones, para lograr provisiones alimenticias del océano. Los japoneses comen muchos más productos marinos que nosotros. ¿A quién mejor enviar para realizar esta inspección que a unos cuantos zoólogos japoneses de fama internacional?

Lo que siguió es verdaderamente una ópera cómica. Los zoólogos realizaron la inspección… muy en secreto. Luego, como eran unos científicos y especialistas muy buenos, ¿qué más natural que estudiaran sus especialidades juntos en aquel teatro ecológico? Y más tarde, como eran unos buenos hombres, completaron su inspección zoológica.

Una investigación zoológica cuidadosa no sólo observa a los animales, sino también a sus animales vecinos, a sus amigos y enemigos, y las condiciones en que viven. Tales condiciones inri oyen el tiempo, el oleaje, mareas, corrientes, salinidad, arrecifes, cabos, vientos, naturaleza de la costa, naturaleza del fondo del mar, y cualquier otro fenómeno interesante que pueda interferir la producción, crecimiento natural y felicidad de los animales en cuestión. Tales asuntos deben ser mencionados, así como las nuevas plantas químicas que puedan cambiar el equilibrio ecológico.

Habiendo terminado sus informes respecto al alimento marino para el Gobierno japonés, los zoólogos escribieron sus notas sobre las especialidades aún con mayor cuidado. Y entonces, ¿qué más natural que enviar estos documentos a sus colegas del mundo? Japón no estaba en guerra. Ellos sabían que sus hermanos zoólogos estarían interesados, y además muchos de los japoneses habían estudiado en Harvard, en Hopkins, en el «Instituto Tecnológico de California»… de hecho, en todas las universidades americanas. Tenían amigos por todo el mundo, que apreciarían y aplaudirían su trabajo de ciencia pura.

Cuando estos informes comenzaron a llegar, Ed y yo perdimos repentinamente el interés por los animales. En nuestras manos teníamos estudios detallados de la estructura física de una de las partes del mundo menos conocidas, que pertenecía al enemigo. Nos dimos cuenta con excitación, de que si alguna vez teníamos que invadir el Japón, poseíamos toda la información necesaria para realizar desembarcos en las playas… profundidad, mareas, corrientes, arrecifes, naturaleza de la costa, etcétera. No sabíamos si éramos los únicos en nuestro descubrimiento y nos preguntábamos si el servicio de espionaje naval conocía la existencia de estos informes. A menudo una cosa muy clara puede pasar desapercibida. Nos pareció que si nuestro servicio de espionaje lo ignoraba, pronto lo descubriría, y por tanto hicimos duplicados.

Escribimos una carta al Departamento Naval de Washington, explicando el material que teníamos en nuestras manos, su posible uso, y cómo lo habíamos conseguido. Seis semanas más tarde nos contestaron agradeciendo nuestro patriotismo. Ed se lo tomó filosóficamente, pero yo, que no poseía su cinismo y experiencia militar, me volví loco. Escribí al secretario de Marina, entonces el honorable Frank Knox, explicándole de nuevo la información que obraba en nuestro poder. Y luego, cuando la carta estaba cerrada, en un momento de furioso descaro, escribí en el sobre, «Personal».

Durante dos meses no ocurrió nada. Yo estaba fuera cuando sucedió, y Ed me lo contó más tarde. Una tarde, un hombre vestido de paisano entró en el laboratorio y se identificó como un teniente del Servicio de Inteligencia Naval.

—Hemos recibido un mensaje de ustedes —dijo seriamente.

—Ah, sí —dijo Ed—. Es un placer que esté usted aquí.

El oficial le interrumpió:

—¿Sabe hablar o leer japonés? —preguntó suspicazmente.

—No —repuso Ed.

—¿Habla o lee japonés su socio?

—No. ¿Por qué me lo pregunta?

—Entonces, ¿qué es esta información que dicen tener respecto a las islas del Pacífico?

Sólo entonces lo comprendió Ed.

—Pero si están en inglés… ¡los informes están todos en inglés! —gritó.

—¿Cómo en inglés?

—Esos hombres, los zoólogos japoneses, los escribieron en inglés. Habían estudiado aquí. El inglés se está convirtiendo en la lengua científica del mundo.

Ed intentó convencerle con esta idea, pero no llegó a conseguirlo.

—¿Por qué no escriben en japonés? —inquirió el teniente.

—No lo sé. —Ed se estaba cansando—. El hecho es que escriben en inglés… a veces en un inglés muy curioso, pero inglés al fin y al cabo.

Aquella palabra lo estropeó todo, lo mismo que mi «Personal» en el sobre, lo estropeó probablemente en Washington.

El teniente le miró con expresión torva.

—¡Curioso! —dijo—. Ya sabrá algo de nosotros.

Pero nunca supimos nada, y siempre me he preguntado si tenían la información o la consiguieron. Me pregunto si algunos de los soldados cuyas lanchas de desembarco embarrancaron a un cuarto de milla de la playa, y que tuvieron que llegar a tierra bajo el tiroteo, tuvieron la sensación de que el fondo marino y las mareas eran ignoradas. No lo sé.

Ed movió la cabeza después de contarme la visita del oficial.

—No he aprendido —dijo—. Cometí un error, y eso que fui oficinista de la compañía.

Luego me explicó algo sobre las pruebas navales en Bremerton. Estas pruebas se ideaban para conseguir algún material básico o pintura que repeliera a los percebes. El gasto monetario era considerable… se

construían grandes tanques de hormigón, y muestras de pintura, sales minerales, venenos y alquitranes, se sumergían para ver qué era lo más efectivo.

—Un amigo mío, que enseña en la Universidad de Washington —dijo Ed—, es uno de los especialistas del mundo en cuestión de percebes. Resulta que este amigo es una mujer, y al enterarse de estas pruebas, ofreció sus servicios a la Marina. Es tan patriótica como buena científica. Pero tenía dos cosas en contra —siguió diciendo Ed—. Una, que era mujer, dos, que era catedrática. La Armada se mostró galante, pero insensible. Le dieron las gracias y le informaron de que la Marina no estaba interesada por la teoría. Necesitaban hombres prácticos, no teóricos. —Ed me sonrió—. ¿Y sabes una cosa? Al cabo de tres meses, no habían conseguido ningún resultado en las pruebas de materiales. Mi amigo se enteró de esto, y visitó de nuevo la estación. No se atrevió a imponer su teoría, pero en seguida se dio cuenta de lo que iba mal. La Marina es dura de mollera, pero es limpia —prosiguió Ed—. Como ya sabes, el agua de Bremerton está muy sucia, a causa de la basura del puerto, aceite, algas, pescado podrido e incluso restos humanos. A la Marina no le gustaba aquella suciedad, así que filtraban el agua antes de que entrara en los tanques. Los filtros purificaban el agua, pero también impedían el paso de las larvas de los percebes. —Se rió—. Me pregunto si ella se lo dijo alguna vez.

Así fue nuestra impertinente tentativa de cambiar las técnicas de la guerra.

Me asocié en el negocio del laboratorio de una manera muy sencilla. Hace varios años, Ed se vio envuelto en tantas deudas, que el interés del préstamo del Banco sangraba al laboratorio como los gatos en el sótano. Tristemente, se dispuso a liquidar su pequeño negocio y a renunciar a su Independencia… al derecho de irse a dormir tardo, de trabajar hasta tarde, de tomar sus propias decisiones. Cuando iba mal, daba lo suficiente para mantener a Ed, pero no para pagar los intereses del Banco.

En aquel tiempo, yo tenía guardado algún dinero. Pagué parte del préstamo que Ed debía al Banco y reduje los intereses. Sabía que mi dinero

se desvanecería de todos modos. Para asegurar mi préstamo, recibí acciones de la sociedad, y la hipoteca de la propiedad. No entendí mucho aquella transacción, pero el laboratorio pudo trabajar otros diez años. Así me convertí en socio del negocio, pero debo hacer constar que no fui de ninguna utilidad, ni aporté ninguna eficiencia. El hecho de que la institución sobreviviera, debe ser achacado a la magia. No hallo otra explicación razonable. No tenía derecho a sobrevivir. Una reunión de directores difería de otras fiestas sólo en que había más cerveza. Una discusión de negocios se deslizaba siempre al terreno de la hipótesis.

Nuestro viaje al golfo de la Baja California fue una maravilla de eficiencia. Fuimos a donde teníamos intención de ir, logramos lo que queríamos, y trabajamos en ello. Pensábamos realizar una investigación en las islas Aleutianas, cuando la guerra nos cerró aquella área.

Cuando Ed murió, teníamos los planes completos, los billetes comprados y el equipo dispuesto, para realizar un viaje a las islas Reina Carlota, situadas en el interior del Pacífico. Había allí una bahía profunda con una boca larga y estrecha, donde pensábamos que podríamos observar algunos cambios en las formas de animales sometidos a una vida especializada y a un largo período de aislamiento. Ed tenía que haber partido antes de un mes, y yo me hubiera reunido con él. Quizás alguien estudiará esa pequeña isla del océano. Para mí, ha perdido toda su atracción.

Ahora estoy llegando al final de esta narración. No he relatado las relaciones de Ed con sus esposas, ni con sus tres hijos. No hay tiempo, y además, no sé mucho acerca de eso.

Como he dicho, ninguno de los que conocieron a Ed estará satisfecho con este relato. Habrán conocido a innumerables otros Ed. Me imagino que había tantos Ed como amigos de Ed, y me pregunto si existe algún paralelo pensando en su naturaleza y en la razón que causó un impacto en la gente que le conocía. Me pregunto también si puedo hacer alguna clase de generalización que sea satisfactoria.

He intentado aislar y examinar el gran talento que poseía Ed Ricketts, y que le hizo tan querido y necesario, y ahora que está muerto le hace ser tan echado de menos. Era un hombre interesante y encantador, pero tenía otras cualidades que superaban a éstas. He pensado que tal vez era su habilidad

para recibir, para recibir algo de alguien, y hacer que el regalo pareciera muy hermoso. A causa de esto, todos se sentían felices dando algo a Ed… un regalo, un pensamiento, cualquier cosa.

Quizá la más apreciada de nuestra lista de virtudes aparentes es ésa de dar. El dar construye el ego del que da, le hace sentirse superior, más algo y más grande que el que recibe. Casi siempre, el dar es un placer egoísta, y en muchos casos, es algo destructivo. Uno no tiene más que recordar a algunos de nuestros rapaces financieros, que pasan dos tercios de sus vidas amasando su fortuna a costa de la sociedad, y el último tercio, devolviéndola. No es suficiente suponer que su filantropía es una especie de restitución asustada, o que sus naturalezas cambian cuando tienen bastante. Una naturaleza así nunca tiene bastante, y no cambia con tanta facilidad. Yo creo que el impulso es el mismo en ambos casos, pues el dar puede proporcionar el mismo sentido de superioridad que el recibir, y la filantropía puede ser otra clase de avaricia espiritual.

Dar es fácil, y se recompensa con exquisitez. Recibir, en cambio, si se hace bien, requiere un buen equilibrio de autoconocimiento y amabilidad. Requiere humildad, tacto y una gran comprensión de las relaciones humanas. Cuando recibes, no puedes parecer, ni siquiera a ti mismo, mejor, más fuerte o más inteligente que el que te da. Para recibir se requiere un poco de estimación propia, gustarse uno a sí mismo.

Una vez, Ed me dijo:

—Durante mucho tiempo no me gustaba a mí mismo. —No lo dijo con autocompasión, sino como un hecho infortunado—. Fue una época muy difícil y muy dolorosa. No me gustaba a mí mismo por varias razones, algunas de ellas válidas, y otras pura fantasía. No me gustaría volver a aquellos días. Luego —prosiguió— descubrí gradualmente, con sorpresa y placer, que yo gustaba a mucha gente. Y pensé: si les puedo gustar a ellos, ¿por qué no puedo gustarme a mí mismo? Con sólo pensarlo no lo conseguí, pero lentamente aprendí a gustarme a mí mismo, y entonces ya fue todo bien.

Esto no fue dicho con amor propio, sino con autoconocimiento. Había querido decir literalmente, que aprendió a aceptar y a gustar la persona «Ed», tal como gustaba a otra gente. Esto le proporcionó una gran ventaja.

La mayoría de las personas no se gustan, desconfían de ellas mismas, y se colocan máscaras. Se pelean, presumen, disimulan y sienten celos, porque no se gustan a ellas mismas. Pero la mayoría no se conocen lo suficiente para poderse gustar.

Una vez Ed fue capaz de gustarse a sí mismo, fue libertado de la prisión secreta del autodesprecio. Ya no tuvo que probar su superioridad por ninguno de los sistemas ordinarios, incluyendo el de dar. Podría recibir, comprender, y sentirse contento por ello.

El don que tenía Ed para recibir le convirtió en un gran maestro. Los niños le llevaban conchas y le daban información acerca de ellas. Y para hacerlo, tenían que aprender primero.

En las conversaciones, te encontrabas diciéndole cosas, pensamientos, conjeturas, hipótesis, que ignorabas pudiera pensar o saber. Y te causaba tal placer esta sensación de participación con él, que le podías hacer el regalo de tu asombro.

En tales ocasiones, Ed decía:

—Sí, es así. Así es como tiene que ser, y además…

Lo aclaraba, pero no te lo quitaba. Aunque su facultad creadora estaba en su recibir, eso no significaba que guardara las cosas como propiedad. Cuando tenías algo de él, no era suyo, no se lo había arrancado de sí mismo. Cuando tenías una idea suya, una pieza de música, veinte dólares o un filete nada era de él… ya era tuyo, pues lo único suyo era la mano que te lo tendía. Por esta razón nadie se alejaba de él. Asociarse a Ed era participar con él, nunca competir.

Me gustaría que todos fuéramos así. Si pudiéramos aprender, aunque fuera un poco, a gustarnos a nosotros mismos, tal vez nuestra crueldad y nuestra ira desaparecerían. Tal vez no nos haríamos daño los unos a los otros, para mantener nuestras cabezas fuera del agua.

Y aquí está todo lo que puedo escribir sobre Ed Ricketts. No sé si ha salido un retrato claro. Pensar atrás y recordar, no ha dado el resultado que yo esperaba, no ha desvanecido el fantasma.

El cuadro que permanece es obsesionante. Anochece. Puedo ver a Ed terminando su trabajo en el laboratorio. Enfunda los instrumentos y guarda sus papeles. Se baja las mangas de su camisa de lana, y se pone el abrigo

marrón. Le veo salir, meterse en su viejo coche, y conducir lentamente en el anochecer.

Creo que esto estará conmigo toda mi vida.

FIN

POR EL MAR DE CORTÉS

INTRODUCCIÓN

El diseño de un libro es el ejemplo de una realidad controlada y perfilada por la mente del escritor. Esto se comprende perfectamente respecto a la poesía o a la ficción, pero raras veces es comprendido en un libro real. Y, sin embargo, el impulso que empuja a un hombre hacia la poesía mandará a otro a la playa y le obligará a intentar contar lo que ha encontrado allí. ¿Por qué se emprende una expedición al Tibet, o se raga el fondo del mar? ¿Por qué los hombres, sentados al microscopio, examinan las hojas calcáreas de un pepino marino, y encontrando una nueva distribución y ejemplar, se sienten exaltados, dan nombre a la nueva especie, y escriben sobre ella? Sería necesario conocer el impulso verdadero, no confundirse con las perogrulladas de los «servicios a la ciencia».

Tenemos que escribir un libro sobre el golfo de California. Podríamos crear uno basándonos en su configuración, pero vamos a dejar que surja solo. Sus límites, un barco y un mar; su duración, seis semanas; su objetivo, todo lo que podamos ver, pensar e incluso imaginar; sus términos, nosotros mismos, sin reserva.

Realizamos un viaje por el golfo, que en otros tiempos se llamaba mar de Cortés. Éste es el nombre más excitante y que mejor suena. Nos detuvimos en pequeños puertos y en costas inhospitalarias, para recoger y conservar los invertebrados marinos del litoral. Una de las razones que nos dimos a nosotros mismos para hacer este viaje —y cuando usábamos esta razón, llamábamos al viaje expedición— fue observar la distribución de los invertebrados, anotar sus ejemplares y clases, cómo vivían juntos, qué comían y el modo como se reproducían. Ese plan era sencillo, audaz y sólo una parte de la verdad. Pero nos dijimos la verdad a nosotros mismos. Sentíamos curiosidad, y nuestra curiosidad no era limitada; era tan amplia y

tan sin horizontes como la de Darwin, Agassiz, Linneo o Pliny. Deseábamos ver todo lo que nuestros ojos pudieran abarcar, pensar todo lo posible, y aparte de eso, construir alguna clase de estructura, imitando la realidad observada. Sabíamos que lo que viéramos, anotáramos y construyéramos sería desfigurado, como se desfiguran todos los conocimientos, primero por la presión colectiva y la corriente de nuestra época y raza, y luego por el empuje de nuestras personalidades individuales. Pero sabiendo eso, quizá no cayéramos en demasiados errores… podríamos mantener un cierto equilibrio entre nuestra imaginación y la realidad externa. La identificación de estas dos cosas toma algo de cada una de ellas. Por ejemplo: el pez sierra mejicano tiene XVII-15-IX picos vértebras en su espina dorsal. Pueden contarse fácilmente. Pero si dicho pez tira fuerte del anzuelo hasta que nuestras manos arden, si lucha y casi se escapa, y al fin sale a la superficie dando coletazos al aire, ha pasado a ser una nueva exterioridad relacional, una entidad que es más que la suma del pez más el pescador. El único modo de contar las espinas del pez sierra, sin que esté afectado por esta segunda realidad relacional, es iniciar un laboratorio, abrir un frasco de olor nauseabundo, sacar un pez tieso y descolorido de la solución de formol, contar las espinas y escribir la verdad: D-XVII-15-IX. Entonces habrás anotado una realidad que no puede ser atacada… probablemente la realidad menos importante concerniente al pez o a ti mismo.

Es bueno saber lo que estás haciendo. El hombre con su pez en conserva ha escrito una verdad y ha registrado en su experiencia muchas mentiras. El pez no es de ese color, de esa contextura, no muere así, no huele de esa manera.

Durante los meses en que planeamos nuestra expedición pensamos en esas cosas, y estábamos decididos a no dejarnos apasionar por pequeñas verdades. Sabíamos que lo que parecía cierto, podía únicamente ser una verdad relativa. No existe Otra clase de observación. El hombre con su pez en formol ha sacrificado una gran observación sobre sí mismo y el animal: su idea sobre ambos.

Suponíamos que ésta era la provisión mental de nuestra expedición y decíamos:

—Vayamos con los ojos bien abiertos. Veamos lo que vemos, anotemos lo que encontremos, y no nos engañemos con críticas científicas convencionales.

De todos modos no podíamos observar un mar de Cortés completamente objetivo, porque en aquel golfo solitario y deshabitado, nuestro barco y nosotros mismos cambiaríamos en el momento en que entráramos. Yendo allí, llevaríamos un nuevo factor al golfo. Consideremos ese factor, y no nos traicionemos por el mito de la realidad permanente y objetiva.

—Entremos en el mar de Cortés —decíamos— dándonos cuenta de que nos convertiremos para siempre en una parte de él, de que nuestras botas de goma, pisando fuerte las algas, nos liarán verdadera y permanentemente un factor en la ecología de la región. Nos llevaremos cosas de allí, pero también dejaremos algo.

Y aunque parezca un factor pequeño, sin embargo, es de relativa importancia. Tomamos una diminuta colonia de coral, y eso no es de terrible importancia para el mar. Cincuenta millas más lejos, los barcos japoneses están dragando el mar con cucharones recubiertos, suben toneladas de camarones, y destruyen la especie rápidamente, y con la especie estropean el equilibrio ecológico de toda la región. Eso no es muy importante en el mundo. Miles de millas más lejos, se hacen estallar grandes bombas, y las estrellas no se mueven. Nada de eso es importante, o todo lo es.

Decidimos ir con los ojos doblemente abiertos, de modo que al final pudiéramos describir al pez sierra así: D. XVII-15-IX; A. II-15-IX. Pero deseábamos también ver al pez vivo y nadando, notarle tirando del anzuelo, arrastrarlo por la borda y por fin comerlo. Y no existe razón por la que estas dos medidas sean inexactas. Quizá, pensamos, de ambas aproximaciones pudiera salir un retrato más completo. Así que fuimos.

¿Cómo organiza uno una expedición? ¿Qué equipo es necesario? ¿Cuáles son los peligros pequeños y los grandes? Nadie ha escrito nunca sobre esto. La información no es útil. Su organización en cambio es sencilla, tan sencilla como el proyecto de un libro bien escrito. La expedición estará incluida dentro del marco físico de partida, rumbo, puertos de escala y regreso. Todo eso se puede prever con alguna exactitud, y en las partes del mundo mejor conocidas, hasta es posible saber qué tiempo hará en determinada estación, cuánto subirán y bajarán las mareas, y la hora en que tendrán lugar. Puede saberse también qué clase de barco llevar, la cantidad de comida necesaria para la tripulación, qué medicinas se requieren normalmente… todo esto sujeto a accidente, desde luego.

Habíamos leído todos los libros disponibles sobre el golfo, pero eran pocos y en la mayoría de los casos confusos. Hacía varios años que la Carta de Navegación de la Costa no había sido corregida adecuadamente. Unos cuantos naturalistas habían ido al golfo, pero no se habían fijado en nada que no fuera su propia especialidad. Clavigero, un jesuíta del siglo dieciocho, vio más cosas que la mayoría e informó sobre ellas con mayor exactitud. Existían también algunas narraciones románticas relatadas por gente joven, que había ido al golfo en busca de aventuras, y las había encontrado. Pero de toda esta información disponible, sacamos muy poco en claro. El mar de Cortés o golfo de California es una porción de agua larga, estrecha y muy peligrosa, donde hay tempestades de gran intensidad. Los meses de marzo y abril son generalmente tranquilos y seguros. En 1940, las mareas fueron, en estos meses, muy buenas para recolectar por el litoral.

Los mapas de la región se mostraban confiados respecto a los cabos, líneas costeras y profundidad, pero al llegar al borde del litoral, se volvían apologéticos. Hay allí muchas lagunas, y su configuración sólo puede ser supuesta. La Carta de Navegación hablaba de ello como si se tratase de un espejismo. En la obra de Clavigero hallamos relatos de barcos que se habían estrellado y de corrientes perdidas. Eran cincuenta millas de un mar más temido que ningún otro. La Carta de Navegación, al igual que un científico cauteloso, hablaba de barcos y hombres extraviados, y de la inanición en las inhospitalarias costas.

En el mundo moderno, en tiempos de paz, si uno es previsor y cuidadoso, resulta bastante más difícil que se muera o quede mutilado en algún lugar extraño del Globo, que en las calles de nuestras grandes ciudades. Pero la atracción hacia el peligro persiste, y su satisfacción se llama aven tura. Sin embargo, un aventurero no siente ningún placer en cruzar el tráfico de la calle Market de San Francisco, y en cambio se toma grandes molestias para morir en los Mares del Sur. Va en canoa por aguas reputadamente desapacibles; cruza desiertos sin comida adecuada, y expone su sangre a virus extraños. Esto es aventura. Es muy posible que sus antepasados, cansados de los fastidiosos ataques de dolor de muelas, suspiraran por los viejos tiempos de los pterodáctilos.

Nosotros no sentíamos atracción por la aventura. Planeábamos recolectar animales marinos en un remoto lugar, aprovechando los días y las horas indicados por los mapas de las mareas. Para hacer esto, teníamos que evitar en lo posible la aventura. Nuestros planos, provisiones y equipo debían ser adecuados; y ninguno sentía dentro el curioso aburrimiento que crea a los aventureros o a los jugadores de bridge.

Nuestro primer problema consistía en fletar un barco. Tenía que ser lo bastante fuerte y grande como para navegar, cómodo para vivir en él seis semanas, amplio para permitirnos trabajar, y suficientemente poco profundo para entrar en las pequeñas bahías. Los jabegueros de Monterey eran ideales para este propósito. Son unos barcos de trabajo en los que se puede confiar; cuentan con dependencias cómodas y amplias habitaciones de almacenaje. Además, en marzo y abril, la estación de la sardina ha terminado, y están en paro. Pensamos que sería fácil fletar un barco así;

debía de haber cerca de cien, anclados detrás de la escollera. Fuimos al muelle, e hicimos correr la voz de que estábamos buscando un barco de aquella clase. El rumor se extendió, pero no recibimos muchas ofertas. En realidad, ninguna. Poco a poco, descubrimos el estado de ánimo de sus propietarios. Se sentían inquietos por nuestro proyecto. Aquellos italianos, eslavos y japoneses, eran primordialmente pescadores de sardinas, y no aprobaban a los hombres que pescaban otras cosas. Tampoco creían en las actividades de tierra, tales como construir una carretera, trabajos de fábricas y albañilería. Esto no era cuestión de ignorancia por su parte, sino de energía. Todas las ideas y emociones de que esos hombres eran capaces se concentraban en la pesca de la sardina; no había sitio para nada más. Un ejemplo de esto ocurrió cuando estábamos en el mar. Hitler había invadido Dinamarca y se dirigía hacia Noruega. No se sabía cuándo iba a empezar la invasión de Inglaterra. Pero a pesar de que el mundo se estaba convirtiendo en un infierno, nuestra radio no funcionaba. Por fin, en medio de todo el ruido y confusión de la onda corta, uno de nuestros hombres logró establecer contacto con otro barco. La conversación fue la siguiente:

—Aquí el *Western Flyer*. ¿Estás ahí, Johnny?

—Sí. ¿Eres tú, Sparky?

—Sí, aquí Sparky. ¿Habéis pescado mucho?

—Sólo quince toneladas. Hemos perdido un banco. ¿Y vosotros?

—No vamos de pesca.

—¿Por qué?

—Nos dirigimos al golfo, a recoger estrellas de mar, sabandijas y bichos por el estilo.

—¿Ah, sí? Bueno, O. K. Sparky. Voy a cortar.

—Espera, Johnny. ¿Dices que sólo habéis pescado quince toneladas?

—Sí. Si hablas con mi primo, se lo dices, por favor.

—De acuerdo, Johnny. Adiós, corto.

Hitler había invadido Dinamarca y Noruega, Francia había caído, la línea Maginot estaba perdida… Nosotros no nos habíamos enterado de nada, pero en cambio sabíamos la pesca que realizaban diariamente todos los barcos en cien millas a la redonda. Así son las cosas. Cuando quisimos

fletar un barco, los propietarios no desconfiaban de nosotros; ni siquiera nos escucharon, porque no podían creer que existiéramos.

Se nos estaba terminando el tiempo, y empezamos a preocuparnos. Por fin, uno de los propietarios que tenía dificultades económicas, nos ofreció su barco a un precio razonable, y cuando ya estábamos dispuestos a aceptarlo, lo subió de un modo inadmisible. Se sentía aterrorizado por lo que había hecho, y subió el precio, no para estafarnos, sino para que desistiéramos.

El problema del barco se estaba poniendo muy serio, cuando Anthony Berry entró en la bahía de Monterey con el *Western Flyer*. Nuestra idea no sorprendió a Tony Berry; él había alquilado su barco al Gobierno para la pesca del salmón en aguas de Alaska, y estaba acostumbrado a estos disparates. Además, era un hombre inteligente y tolerante. Nos dejaría cometer cualquier locura, siempre que: 1) pagáramos un buen precio; 2) le dijéramos adónde íbamos; 3) no insistiéramos en poner el barco en peligro; 4) volviéramos a tiempo, y 5) no le mezcláramos en ningún lío. Su barco estaba disponible, y él quería acompañarnos. Era un joven tranquilo, muy serio, y un buen capitán. Sabía algo de navegación, cosa rara en la flota pesquera, y poseía una prudencia natural que nosotros admirábamos. Su barco era nuevo, cómodo, limpio, y las máquinas estaban en perfectas condiciones. Fletamos, pues, el *Western Flyer*.

Tenía setenta y seis pies de eslora y veinticinco de manga; su motor, un «Diesel» de ciento sesenta y cinco caballos de vapor, le permitía navegar a una velocidad de diez nudos. En la cubierta había la habitación del capitán, la estación de radio, unos camarotes muy cómodos, y, detrás de todo esto, la cocina. Una compuerta daba al almacén de pescado, y llevaba dos botes salvavidas. Su motor daba gloria verlo, tan limpio, brillando de aceite y recién pintado de verde. La sala de máquinas tenía un aspecto impecable, y todos los instrumentos estaban colocados en su sitio. Sólo con verla, se sentía confianza en el capitán. Habíamos visto otras salas de máquinas de la flota pesquera, y ninguna igualaba la perfección de la del *Western Flyer*.

La tripulación se componía de Tex Travis, maquinista, y Sparky Enea y Tiny Colletto, marineros. Los tres se mostraban reacios a realizar el viaje, ya que les parecía una locura. Ninguno de nosotros había estado en el golfo,

sólo el capitán había llegado hasta el cabo San Lucas. Aunque el golfo tenía muy mala fama, conseguimos convencer a la tripulación.

Nunca supimos cuándo cambió su actitud hacia nosotros, pero sucedió rápidamente. Quizá fue porque Tony Berry era conocido como un hombre cauteloso, que no permitiría ninguna tontería, o quizá su ánimo se había tranquilizado. Pero lo cierto es que, de pronto, recibimos toda clase de ayuda. Incluso hubo hombres que se ofrecieron para venir con nosotros sin cobrar. A Sparky le ofrecieron un trabajo con un sueldo que era mayor al que esperaba conseguir de nosotros. Todo lo que tenía que hacer era aceptar, instalarse en Monterey y gastar el dinero. Pero Sparky rehusó. Nuestro proyecto había llegado a interesarle. Recibimos más ayuda de la que necesitábamos, y consejos suficientes para mover todas las naves del mundo.

No sabíamos lo que nuestra tribulación pensaba de la expedición, pero luego, en el campo de operaciones, demostraron ser excelentes recolectores de animales marinos, aunque a veces algo impetuosos, como cuando Tiny, furioso por haberse clavado un erizo, declaró una guerra de exterminación a toda la especie.

El contrato del barco se firmó con toda solemnidad. Es imposible sentirse optimista ante el contrato de un barco, pues la ley ha previsto o recordado los actos de Dios más arbitrarios y funestos, no como algo posible, sino inevitable. Así, puedes leer lo que hay que hacer en caso de naufragio o embarrancamiento; te enteras de los aspectos más dolorosos y asombrosos de la muerto en el mar, del daño que puede sufrir la quilla o el armazón, de los peligros de quedarse sin agua y provisiones. Después de un contrato matrimonial y una sentencia de muerte, una carta de navegación es el documento más portentoso que ha sido escrito nunca. Allí están registradas todas las penas. Si una mañana te despiertas y encuentras que tu barco está en medio del desierto, no tienes más que mirar a la carta, y encontrarás el delito con su correspondiente pena. Tardamos varias horas en reponernos de la impresión que nos había causado la carta de navegación. Pensamos que podríamos vivir otra vida, y al menos uno de nosotros pensó por un momento en hacer el voto de castidad.

Pero la carta fue firmada y la comida empezó a entrar en el *Western Flyer*. Es sorprendente la cantidad de comida que necesitan siete personas para subsistir seis semanas. Paquetes de *spaghetti,* cajas y cajas de peras y piñas, tomates, quesos, leche condensada, harina, cereales, galones de aceite de oliva, pasta de tomate, latas de mantequilla y jamón, galletas, verduras y sopas en conserva; carretadas de alimentos. Toda esta comida fue almacenada con alegría por la tripulación. La guardaron en pequeños armarios en la cocina, y muchas cajas fueron a la bodega.

Habíamos hecho grandes recolectas de animales marinos en zonas templadas. Así, pues, todo el equipo fue seleccionado basándonos en la experiencia en otras aguas, y en la previsión de posibles dificultades impuestas por un país cálido y húmedo. En algunas cosas acertamos, en otras nos equivocamos.

En un barco pequeño la biblioteca tenía que ser útil y sólida. Para ello, habíamos construido una caja de madera fuerte, reforzada con acero, cuya parte delantera podía ser utilizada como escritorio. Esta caja contenía veinte grandes volúmenes y dos archivos: uno para notas, otro para cartas. En un pequeño estuche de metal había plumas, lápices, gomas, sujetapapeles, cintas de metal, tijeras, etiquetas, aguas, etc. Otro compartimiento contenía sobres, papel para escribir a máquina, papel carbón, una caja de tinta china y pega. Había también sitio para una máquina de escribir portátil, un tablero de dibujo, y mapas. Cerrada, esta sólida caja medía cuarenta y cuatro pulgadas de largo por dieciocho de ancho y dieciocho de altura; llena, pesaba de tres a cuatrocientas libras. Debía ser colocada en una mesa baja o en una litera inservible, y su principal valor era la solidez, perfección y accesibilidad. La subimos a bordo del *Western Flyer,* pero no encontramos ninguna mesa baja o litera donde colocarla. No podíamos ponerla en cubierta, a causa de la humedad. Al fin, tuvo que ser amarrada encima del puente de mando, y cubierta con varias mantas de lona. Siempre que necesitábamos algo, tardábamos diez minutos en sacar las lonas, soltar las cuerdas, abrir la tapa, leer el título del libro que queríamos, sacarlo, y cerrar, atar, y cubrir la caja de nuevo. Pero si hubiera habido una mesa baja o una litera disponible todo habría sido perfecto.

Por pequeños errores como éste, hemos llegado a la conclusión de que todos los viajes a regiones desconocidas deberían hacerse dos veces: una, para cometer equivocaciones, y la otra para corregirlas. Alguna de las más grandes dificultades reside en el hecho de que los recolectores de animales marinos que han realizado el viaje previamente nunca han dejado escrito el equipo que se necesita, y esto conduce al fracaso. Nosotros nos proponemos rectificar esta circunstancia en nuestro relato.

La biblioteca contenía todos los informes entonces disponibles sobre la fauna de Panamá y el golfo. Volúmenes elementales, tales como: John son y Snook, Ricketts y Calvin, Russell y Yonge, Flattely y Walton, *Conchas de la Costa Occidental* de Keep, tres monografías sobre las estrellas de mar de Fisher, otra monografía sobre las agallas de los peces, de Rathbun, *Cetáceos decápodos marinos del sur de California,* de Schmitt, *Las hidras,* de Fraser, *Peces marinos del sur de California,* de Barnhart, *Cartas de navegación* para todas las costas del Pacífico, y mapas en grande y pequeña escala de todo el litoral.

El equipo fotográfico era muy completo, pero nunca se usaba. Constaba de un reflector alemán muy bueno, una cámara de cine de ocho milímetros con trípode, medidores de luz, y todo lo necesario. Pero no teníamos fotógrafo. Durante las mareas bajas todos pescábamos, y no había tiempo para secarse las manos y fotografiar la escena. Luego, el anestesiar, matar, embalsamar y poner rótulos a las especies, era un proceso tan importante, que tampoco sacábamos fotos. Fue un error de personal. Siempre tiene que haber un hombre que no haga otra cosa más que tomar fotografías.

Al menos, nuestro material para recolección era bueno. Teníamos palas, barras, redes, cubos de madera, y linternas para pescar por la noche. Los recipientes parecían interminables en el *Western Flyer.* Había cubetas, veinte barriles de madera de abeto con llantas galvanizadas del tamaño de quince a treinta galones, cajas de frascos de todas las medidas: cuarto, pinta, ocho onzas, cinco onzas, dos onzas; y varios recipientes de unos 100 × 33 milímetros, más ocho con cierre a presión. A pesar de todo esto nos quedamos cortos, y tuvimos que llenar los frascos, lo cual fue una desgracia, ya que muchos animales necesitan estar solos para conservarse.

De productos químicos, metimos en el barco quince galones de ácido fórmico, y otros quince de alcohol desnaturalizado. Pero este alcohol no fue suficiente, y tuvimos que reponer la provisión en Guaymas, donde compramos diez galones de alcohol puro de azúcar. Los dos galones de sales de Epsom también se nos terminaron, y hubo que comprar más en Guaymas. Llevábamos además mentol, ácido crómico y novocaína, todo esto para relajar a los animales. El equipo de preparación constaba de placas y fibras de cristal, cantidades de guantes de goma, graduadores, fórceps y bisturíes. Nuestro microscopio binocular, un «Bausch y Lomb A. K. W.», estaba fijado con una luz de doce voltios, pero el balanceo del barco la hacía tan difícil de manejar, que usábamos una linterna. Teníamos bandejas galvanizadas para los trabajos de preservación, bandejas de cristal para colocar los animales, y un pequeño acuario.

El equipo médico nos había dado mucho que pensar. Se componía de: nembutal, buteno de picrato para las quemaduras del sol, mil cápsulas de quinina, pomada de óxido de mercurio al dos por ciento para los cortes, purgantes, amoníaco, cromato de mercurio, yodo, y por último, algo de whisky con propósitos medicinales, que sobrevivió muy pocos días.

El poco tiempo que no pasábamos haciendo listas, preparando el equipo o durmiendo de mala gana, íbamos al muelle y contemplábamos los barcos amarrados a sus boyas detrás de la escollera… Había algunos sucios, otros limpios y pintados, y cada uno reflejaba la personalidad de su dueño. Allí, donde la disciplina era tan individual, todos los barcos eran distintos unos de otros. Si los mástiles estaban enmohecidos, la cubierta sin lavar, la pintura saltada y los anzuelos apilados sin cuidado, no teníamos necesidad de conocer al propietario; le conocíamos ya. Pero si las redes estaban enrolladas, los cables engrasados, y había unos cuernos de ciervo clavados en la serviola, tampoco necesitábamos verle. Había cuernos de ciervo en muchas de las serviolas y cuando preguntamos por qué razón estaban allí, nos dijeron que traían buena suerte. Era una costumbre peculiar de esa gente procedente la mayoría de ella de Sicilia.

Si les preguntas:

—¿De dónde procede la idea?

El propietario te responderá:

—Trae buena suerte. Siempre los ponemos.

Y hace miles de años esos cuernos ya estaban sobre los mástiles de los barcos de Tiro y Cartago que entraban en los puertos de Sicilia, y ya entonces llevaban buena suerte sin que nadie supiera por qué. Los cuernos proceden del alma esencial de una raza, y no sólo ellos, sino también los mismos barcos. Por eso, para un hombre, para casi todos los hombres, el barco que usa es la pequeña representación de un arquetipo. Existe una «idea» barco que es una emoción, y como esta emoción es tan fuerte, probablemente nada es hecho con tanta honradez como un barco. Se construyen barcos malos, es cierto, pero no muchos. Puede argüirse que un

barco malo no puede resistir las mareas y el oleaje, y que por tanto, no merece la pena construirse, pero lo mismo se puede decir de un automóvil o una carretera en mal estado. Aparentemente, el constructor de un buque actúa bajo una coacción superior a sí mismo. Las vigas son fuertes por definición y tacto; las quillas son sólidas si están bien encofradas y fijas. Un hombre construye lo mejor de sí mismo en un barco… construye muchos de los recuerdos inconscientes de sus antepasados. Una vez, pasando por la sección de barcos de los almacenes «Macy's» de Nueva York, donde hay canoas, botecillos y pequeños cruceros, uno de los autores descubrió que golpeaba con los nudillos todos los cascos que veía. Se estaba preguntando por qué hacía eso, cuando oyó un ruido detrás suyo, y al volverse, vio a otro hombre que estaba haciendo lo mismo que él, y a idéntico compás… tres golpes secos en cada casco. Durante una hora de conversación, no hubo hombre, muchacho o mujer, que al pasar no hiciera aquello. ¿Probaban inconscientemente los cascos? Muchos no debían haber estado en un barco en su vida, quizás algunos chiquillos no habían visto ninguno, y, sin embargo, todos probaban los cascos, golpeándolos para ver si eran sólidos, sin saber siquiera lo que estaban haciendo. El observador pensó que tal vez él y ellos golpearían cualquier objeto grande de madera que pudiera resonar. Fue al departamento de pianos, a la planta de neveras, camas, arcas de cedro, y nadie los golpeaba con los nudillos.

En esto tenemos de nuevo el ejemplo del que da y el que recibe. Un barco ha sido diseñado a través de miles de años de procesos y errores de la conciencia humana, pues no existe ningún duplicado en la naturaleza, como no sea una hoja seca que se cae por accidente en la corriente de un río. Y el hombre recibe del barco algo psíquico; por eso la visión de un barco navegando por las aguas le produce emoción. También un caballo o un perro hermoso pueden producírsela a veces, pero entre las cosas inanimadas, sólo un barco puede hacerlo, y sólo él está personificado en la mente del hombre. Cuando navegamos, el barco parece a veces nervioso e irritable, parece perder su rumbo y romper las olas. Después de una tempestad parece cansado y perezoso, y luego, cuando la luz del sol se refleja de nuevo en las aguas, se siente feliz, su proa se mantiene erguida y su popa se balancea un poco como el orgulloso trasero de una muchacha.

Algunos han dicho que han sentido temblar a un barco antes de estrellarse contra una roca, y llorar cuando llega a la playa y las olas rompen contra su casco. Esto no es cuestión de misticismo, sino de identificación. El hombre, al construir el más grande y personal de todos sus instrumentos, ha recibido a cambio una mente modelada como un barco, y el barco, Un alma humana. Su espíritu y sus sentimientos se concentran tan profundamente en el barco, que la identificación es completa. Es muy fácil comprender por qué los vikingos, al morir, deseaban que su cuerpo partiera en un velero desconocido; y si esto fallaba, que las cosas que más amaban, sus mujeres y sus barcos, yacieran con ellos. En el gran fuego encendido en la playa, los tres partían en la misma dirección, y luego, al reunir la cenizas, ¿quién podía decir dónde terminaban la mujer o el hombre y empezaba el barco?

Esta extraña identificación del hombre con el barco es tan completa, que probablemente nadie ha destruido un buque con una bomba o torpedo sin llevar el crimen en su corazón; y de no ser por el rasgo de autodestrucción característica en nuestra especie, no podría hacerlo. Sólo el instinto criminal que los humanos parecemos tener, puede permitirnos sufrir la enfermiza tristeza de hundir un barco, pues nos hace capaces de matar lo que más amamos, que es, desde luego, nosotros mismos.

Miramos dentro del agua y vemos a los pequeños animales alimentándose, reproduciéndose y matándose por la comida. Les damos un nombre, los describimos y, sin observarlos mucho tiempo, llegamos a algunas conclusiones respecto a sus costumbres. Por eso decimos: «Esta especie hace esto o aquello»; pero en cambio, no observamos objetivamente a la especie humana como especie, aunque conocemos bastante bien a los individuos. Cuando parece que los hombres serán más amables con sus semejantes, que ya no habrá más guerras, ignoramos por completo los antecedentes del ser humano. Si usáramos con nosotros mismos la misma cuidadosa observación que con los cangrejos ermitaños, nos veríamos forzados a decir con la información a mano: «Es un rasgo diagnóstico del *Homo sapiens* el que las masas se infecten periódicamente de un nerviosismo febril, que ocasiona que el individuo se vuelva y destruya no sólo a sus semejantes, sino también a sus obras. No se sabe si esto es causado por un virus, por alguna espora que lleva el aire, o si es una

reacción de la especie ante un estímulo meteorológico todavía indeterminado». La esperanza, que es otra característica del ser humano, no cambia lo más mínimo el pasado y el presente perceptibles. Cuando dos cangrejos de río se encuentran, normalmente luchan. Uno puede decir que tal vez en un tiempo futuro no lo harán, pero esta mutación no cambiará su rasgo característico. Y quizá nuestra especie humana no olvidará la guerra al no se produce un cambio psíquico en ella, lo que de momento no parece inminente. Si uno señala que es delito matar y destruir, basándose en la inseguridad económica, en la falta de igualdad o en la injusticia, expone simplemente su propósito de otro modo. Somos lo que somos. Tal vez el cangrejo de río siente celos, o quizá se siente sexualmente inseguro. El resultado es que lucha. Cuando en un mundo futuro, pasemos veinte, treinta, cincuenta años, sin la evidencia de nuestro rasgo criminal, bajo cualquier sistema de justicia o seguridad económica, entonces quizá tengamos un hábito contrastante para examinar. Pero esta situación no ha llegado aún. La característica criminal de nuestra especie es tan regular y observable como nuestras costumbres sexuales.

En los días anteriores a nuestro viaje al golfo, nos sentábamos en los muelles y contemplábamos cómo los barcos sardineros navegaban entre las flotantes cortezas de toronjas. Normalmente, una escollera es un lugar sucio, como si su interposición en la línea de la costa fuera algo impúdico y poco práctico para la acción purificadora del mar. Allí charlábamos con nuestra futura tripulación. Tex, el maquinista, se sentía muy atraído por la vida del puerto en todos sus aspectos. Había nacido en Panhandle, Texas, y muy pronto comenzó a interesarse por los motores «Diesel», porque le parecían sencillos y potentes, pura lógica en metal brillante. Despertaban los más limpios pensamientos en Tex. Podía mostrarse sentimental e ilógico respecto a algunas cosas, pero le gustaba que las máquinas fueran efectivas y lógicas. Por un accidente posiblemente debido al alcohol, llegó a la costa en un viejo «Ford», se sentó junto a la bahía, y entonces descubrió algo maravilloso. Allí, combinado en una pieza, había los mejores «Diesel» que se podían encontrar en ningún sitio, y barcos. Nunca se recobró de este emocionante placer, nunca pudo dejar el mar, porque en ninguna otra parte podía hallar estas dos cosas tan perfectas juntas. Con una máquina es un hombre seguro. Se identifica con ella, y la maneja sin ver, sin mirar, pero conociéndola. Un fallo del motor le arrastra a la sala de máquinas, aunque esté cansado o dormido, y nosotros creemos que cuando se quema un eje o se estropea el engranaje, siente agudos dolores de estómago.

Hablábamos con Tony, el copropietario del *Western Flyer,* y nuestra satisfacción ante sus dotes de capitán crecía constantemente. Poseía los oscuros ojos de la raza eslava y la nariz puntiaguda de los dálmatas. Apenas hablaba o reía. Era alto, delgado y muy fuerte, y sentía un gran desprecio por las formalidades. Según esto, solía llevar una chaqueta de mezclilla y

un viejo sombrero de fieltro, como si quisiera decir: «Yo conservo el mar en mi cabeza, no en mi espalda como un maldito propietario de yate». Tony tenía una gran pasión: amaba la exactitud y odiaba la equivocación. Pensaba que la especulación es una completa pérdida de tiempo. Con pesar y con alguna pérdida financiera, descubrimos que Tony nunca hablaba a menos que tuviera razón. Era inútil hacer apuestas con él, e imposible discutir. Si sabía que no tenía la razón, nunca abría la boca; pero una vez sabía y decía una verdad, la falsedad opuesta le enfurecía. Para él la inexactitud era como una injusticia ultrajante, y cuando se enfrentaba a ella, casi gritaba y perdía los estribos. Pero no lograba un triunfo personal cuando su punto de vista resultaba cierto. Un buen juez, aunque odie el latrocinio, no considera una victoria sentenciar a un ladrón, y Tony, cuando declara una verdad y derrota una mentira, se siente justo, pero no honrado. Se retira gruñendo tristemente ante la estupidez de un mundo que no puede concebir un error o defenderlo por un momento. Le gustan las cartas de navegación, y hasta que fue al golfo, admiraba la *Guía de la Costa.* Este libro no estaba equivocado, pero las cosas habían cambiado desde que fue corregido, y Tony se siente descontento con los cambios. El pensamiento racional de la psiquiatría moderla le parecía una obscenidad, y rehusaba tener algo que ver con ello. Las paralelas compases y buenos mapas eran cosas en las que se podían confiar. Un círculo es algo verdadero, y una dirección se fija para siempre en la mente como una línea dorada. Más tarde, en el espejismo del golfo, donde la distancia visual es muy variable, nos preguntamos si la seguridad de Tony se podía tambalear. No parecía ser así. Era un buen capitán, y no corría ningún riesgo que pudiera evitar, pues su barco, su vida y nosotros no eran cosas con las que quisiera jugar.

Vamos a hablar ahora de una pieza del equipo que todavía enfurece nuestros corazones y carga nuestra pluma de veneno. Quizá si nos pusieran un pleito, en defensa propia podríamos alegar: «El motor fuera borda mencionado en este libro es completamente imaginario, y cualquier parecido con los motores fuera borda vivos o muertos es pura coincidencia». Para mantener el secreto, llamaremos a este aparato, una deslumbrante pieza de maquinaria toda de aluminio pintado de rojo, «Sea Cow[1] Hansen». La compramos para el botecillo, pues teníamos la

intención de que nos llevara a tierra y condujera el bote entre los estuarios y los bordes de las cuevas. Pero no habíamos contado con una cosa. Recientemente, la civilización industrial ha alcanzado la cima de la realidad, y ahora se dirige hacia algo que se aproxima al misticismo. En la fábrica de motores, donde dedos de acero aprietan tornillos, doblan y modelan, miden y dividen, se ha desarrollado una matemática curiosa. Y ese secreto tanto tiempo buscado se ha encontrado accidentalmente. La vida ha sido creada, la máquina se mueve al fin. Han nacido un alma y una mente maligna. Nuestro «Sea-Cow Hansen» no era sólo una cosa viva, sino algo sucio, irritable, ridículo, perverso, vengativo y odioso. Durante las seis semanas de viaje la estuvimos observando, primero mecánicamente, y luego, cuando sus reacciones vitales se volvieron más y más aparentes, psicológicamente. Y para nuestra satisfacción, decidimos una cosa. Cuando esos pequeños motores parecidos a los vampiros aprendan a reproducirse, la especie humana estará perdida, pues su odio hacia nosotros es tan grande, que una noche, con un estallido de pequeños escapes, nos exterminarán. No creemos que el señor Hansen, inventor del «Sea-Cow», padre del motor fuera borda, supiera lo que estaba haciendo. Pensamos que la creación de ese monstruo fue tan accidental y arbitraria como el principio de cualquier otra vida. Sólo una cosa diferencia al «Sea-Cow» de la vida que nosotros conocemos. Mientras que las formas que nos son familiares, son los resultados de billones de años de cambio y complicación, la vida y la inteligencia surgen simultáneamente en el «Sea-Cow». Es algo más que una especie. Es una nueva definición de la vida. Observamos en él las características siguientes, y pudimos comprobarlas repetidas veces:

1. Increíblemente perezoso, al «Sea-Cow» le gustaba ir en la popa del barco, arrastrando su hélice en el agua, mientras nosotros remábamos.

2. Requería la misma cantidad de gasolina tanto si funcionaba como si no. Al principio de cada viaje, tenía que llenarse el depósito.

3. Aparentemente, poseía poderes clarividentes, pues era capaz de leer nuestros pensamientos, en especial cuando estaban embargados de emoción. Así, siempre que íbamos a destruirlo, empezaba a funcionar con gran ruido y excitación. Esto lo hacía con el doble propósito de salvar su vida, y resucitar en nosotros una falsa confianza.

4. Odiaba a Tex, percibiendo quizá que sus conocimientos de mecánica podrían diagnosticar sus defectos.

5. Se negaba completamente a funcionar: *a*) cuando las olas eran altas, *b*) cuando soplaba viento, *c*) por la noche, por la mañana temprano, y al atardecer, *d*) con lluvia, rocío o niebla, *e*) cuando la distancia que había de recorrer era superior a doscientas yardas. Pero en cambio, en los días cálidos y soleados, cuando el tiempo estaba en calma y la playa cerca —en una palabra, en los días en que habría sido un placer remar—, el «Sea-Cow» empezaba a funcionar y no paraba.

6. No amaba a nadie, no confiaba en nadie. No tenía amigos.

Quizás al final, nuestras observaciones estuvieron un poco influidas por la emoción. De vez en cuando, al aposentarse en la popa, con su linda hélice yaciendo perezosamente en el agua, estaba a punto de morir. Incluso nos habíamos llegado a infectar de su malicia y deshonestidad. Tendríamos que haberlo destruido, pero no lo hicimos. Al llegar a casa, lo volvimos a recubrir de aluminio, lo pintamos otra vez de color rojo y lo vendimos. ¡Y pensar que podíamos haber librado al mundo de ese cáncer mecánico!

Hubiera sido ridículo sugerir que la nuestra no era una expedición provisional. El propietario que alquila su barco para poco tiempo, no desea que se le hagan modificaciones. En un mes o dos, podríamos haber cambiado el Western *Flyer* y convertirlo en el sueño de un coleccionista de animales marinos, pero no teníamos tiempo ni dinero para hacerlo. La época de las mareas bajas se estaba acercando. No teníamos un laboratorio permanente a bordo. Había sitio para instalar uno en el almacén de pescado, pero la humedad hubiera oxidado los instrumentos por la noche. No contábamos tampoco con una habitación oscura, un acuario estable, cubas para guardar a los animales vivos, ni bombas para extraer el agua del mar. Ni siquiera teníamos escritorio, a excepción de la mesa de la cocina. Los microscopios y las cámaras habían sido arrinconados en una litera vacía. Los recipientes esmaltados para embalsamar animales, colocados en un gran cesto junto a las redes de popa, compartían el espacio con los botes. La escotilla del almacén de pescado se convirtió en laboratorio y acuario; el agua del mar para llenar los recipientes la subíamos a cubos. En otra litera vacía colocamos las linternas, medicinas y los productos químicos de más valor. Las redes de inmersión, cubos de madera para la recolección, redomas y frascos, se apilaban en el almacén de pescado. Los barriles de alcohol y ácido fórmico estaban atados a la barandilla de cubierta, pues todos teníamos horror a que se pudieran romper e incendiarse. Trabajando con el ácido fórmico, uno aprende a sentir respeto y aversión por él. Aforturnadamente, ninguno de nosotros sentía alergia por el formol. La pequeña cámara de refrigeración, dotada de un motor de gasolina y diseñada para enfriar el agua del mar para la circulación de los animales vivos, se extendía desde el puente de mando hasta las redes. No era muy

efectiva, pues su motor sufría sacudidas y no tenía suficiente potencia. Pero algunos días, en el golfo, se las arregló para enfriar unas cuantas botellas de cerveza, pues la tripulación había aceptado alegremente nuestra teoría de que no es prudente beber agua sin hervir, pero que, por otra parte, el agua hervida no es buena. La temperatura era demasiado caliente para hervir agua, y además la tripulación deseaba probar concienzudamente esta observación científica, para lo cual redujimos a un mínimo la ración de agua.

Atado a la barandilla de cubierta, había un gran tubo de oxígeno a presión, con sus válvulas y compresas envueltas en una lona. El barco se fue llenando gradualmente, y los materiales se guardaron, algunos para no volverse a sacar. Fue acordado que todos estaríamos de servicio cuando navegáramos día y noche; pero una vez en el golfo, trabajando ya en las zonas señaladas, la tripulación se encargaría del barco, ya que anclaríamos por la noche y sólo navegaríamos durante el día.

Cuando los preparativos estuvieron casi terminados, una especie de histeria se apoderó de nosotros y de nuestros amigos. Hacíamos cientos de viajes innecesarios arriba y abajo. Algunos instrumentos fueron guardados a bordo con tanto ingenio, que nunca los volvimos a encontrar. Toda la ciudad de Monterey se estaba poniendo excitada y alegre… pero no a causa de nuestra marcha. Cuando termina la estación de la sardina, las fábricas de conserva y los propietarios de los barcos organizan festejos. Al extremo del muelle se celebra una gran fiesta con carne de buey, cerveza y ensalada para todos. La flota pesquera es decorada con gallardetes, colgaduras y serpentinas, y el barco que ha conseguido pescar mayor cantidad de sardinas, hace de reina en un extraño desfile. Además, cada barco es una casa abierta, que recibe a los amigos de su propietario y de la tripulación. El vino corre generosamente, y el desfile que comienza con dignidad y precisión, termina a veces con grandes disturbios.

La fiesta tuvo lugar el domingo, y nosotros teníamos que partir el lunes por la mañana. El *Western Flyer,* al igual que los demás, fue decorado con colgaduras y serpentinas rojas y azules. El capitán y la tripulación se habían negado a partir antes de que terminaran los festejos. Participamos en el desfile de barcos, nos hacinamos en el muelle con otras cinco mil personas,

y comimos grandes pedazos de carne, bebimos cerveza y oímos discursos. Fue la fiesta más grande que los pescadores de sardinas habían dado nunca. La ensalada de patatas se servía en tinajas de lavar. Los discursos pronunciados eran tan patrióticos, que Monterey nunca había oído nada igual.

Hay que hacer aquí una mención respecto a los permisos obtenidos del Gobierno mexicano. En la época de nuestros preparativos, México se estaba preparando para unas elecciones presidenciales, y las impresiones hacían temer que se produjera alguna clase de violencia. La nación estaba un poco excitada, y nos pareció prudente ir armados de licencias que nos acreditaran claramente como hombres al margen de la política o intereses económicos. El trabajo que intentábamos llevar a cabo podía levantar las sospechas de algún patriótico oficial de aduanas. Un pequeño barco que se desliza por los lugares deshabitados de una costa inhospitalaria, y un grupo de hombres que pasa el tiempo revolviendo las rocas, pueden resultar algo muy sospechoso. Y si explicábamos en qué consistía nuestro trabajo, hubiera parecido ridículo a la mente militar del oficial el viajar mil quinientas millas con el propósito de revolver las rocas de la playa y recoger pequeños animales, muy pocos de los cuales eran comestibles. Además, nuestro equipo podía haber parecido subversivo a alguien que hubiera visto la secciones de guerra de las revistas *Life, Pic* y *Look.* No llevábamos armas de fuego, a excepción de una pistola del calibre 22, y una escopeta muy oxidada. Pero un soldado rural puede confundir un cilindro de oxígeno con un torpedo, y algunos instrumentos del equipo del laboratorio pueden tener una apariencia mortífera. No nos sentíamos asustados, pero nos veíamos encerrados en algún cenagoso cuartel, mientras llegaban las mareas bajas y las perdíamos. En nuestra ingenuidad, pensamos que nuestro Departamento de Estado, en buenas relaciones con el Gobierno mexicano, incluiría algún párrafo en alguna carta para convencer a México de que nuestras intenciones eran decentes. Escribimos, pues, a Washington explicando el proyecto, e incluyendo también una lista de gente que podía confirmar la pureza de nuestros motivos. Entonces esperamos con una fe infantil que cuando una cosa se declara tan simplemente y la evidencia de su verdad es tan clara, no hay confusión posible. Además, nos decíamos, éramos

ciudadanos americanos, y el Gobierno estaba a nuestro servicio. Pero, ¡ay!, ignorábamos los procedimientos diplomáticos. A su debido tiempo, recibimos una contestación del Departamento de Estado, que en un lenguaje apenas inteligible negaba gentilmente nuestra petición. En primer lugar, el Gobierno *no* estaba a nuestro servicio, y no sentía el mínimo interés por la recolección de animales invertebrados, a menos que fuera llevada a cabo por una institución ilustre, preferentemente con el doctor Butler como presidente. El Gobierno nunca representaba a ciudadanos privados, y por último el Departamento de Estado esperaba que no nos metiéramos en ningún lío y necesitáramos su ayuda. Todo esto estaba escrito en un lenguaje tan hermoso e incomprensible, que empezamos a comprender por qué los diplomáticos dicen que están «estudiando» un mensaje del Japón, Inglaterra o Italia. Examinamos esta carta durante casi una noche entera, redujimos sus frases a palabras, la construimos de nuevo, y dimos con el quid arriba mencionado. «Quid» es una palabra que hace temblar al Departamento de Estado con su vulgaridad.

Así estábamos, sin permisos y con el imaginario soldado inquieto por nuestro tubo de oxigeno. En México, algunos buenos amigos trabajaban para conseguirnos las autorizaciones; el cónsul general de San Francisco nos escribió unas cartas de recomendación, y finalmente, a través de un amigo, logramos ponernos en contacto con el señor Castillo Nájera, embajador de México en Washington. Ante nuestra sorpresa, éste nos envió inmediatamente su respuesta, diciendo que no había ninguna razón por la que no pudiéramos ir y que él se encargaría de que los permisos nos fueran tramitados. Su carta decía eso con toda exactitud, y nos sentimos un poco tristes cuando la leímos. El embajador parecía tan buen hombre, que creíamos era una lástima que no tuviera un futuro diplomático, que nunca pudiera llegar a ninguna parte en el mundo de la política internacional. Entendimos su carta la primera vez que la leímos. Evidentemente, el señor Castillo Nájera es un inconformista y un rebelde. No sólo escribió con claridad, sino que cumplió su palabra. Las autorizaciones nos llegaron con toda rapidez y en regla. Y deseamos hacer constar aquí a este caballero que, cuando el inevitable castigo por su lógica y claridad caiga sobre él, nos

sentiremos muy contentos de ayudarle a iniciarse en cualquier otra profesión.

Cuando llegaron los permisos, estaban tan hermosamente sellados, que incluso un soldado que no supiera leer comprendería que si nosotros no éramos lo que decíamos ser, éramos al menos unos espías y saboteadores lo suficientemente influyentes como para mantenernos fuera de su jurisdicción.

Así, nuestro barco fue cargado, a excepción de los tanques de combustibles que pensábamos llenar en San Diego. Nuestra tripulación tomó parte en las competiciones de la fiesta de la sardina —carreras de botes, andar por una palanca engrasada, etc.—, y aunque no ganaron nada, a nadie le importó. A altas horas de la madrugada, cuando la fiesta hubo terminado, dormimos en tierra por última vez, y nuestros sueños se agitaron con cosas olvidadas. Las latas de cerveza de la fiesta, balanceándose en las olas, se rompían contra la escollera.

Habíamos pensado zarpar alrededor de las diez de la mañana del día 11 de marzo, pero vino tanta gente a vernos partir que no pudimos hacerlo hasta la tarde. El momento de una partida es una de las experiencias humanas más agradables, por cuanto está envuelta de una cálida tristeza. La gente que normalmente no te ve con buenos ojos, se siente llena de afecto. Dijimos adiós una y otra vez, sin decidimos a soltar las amarras y poner los motores en marcha. Sería algo maravilloso vivir en un perpetuo estado de partida, sin partir nunca, sin quedarse nunca, pero permaneciendo suspendidos en esa dorada emoción de amor y deseo; ser echados de menos sin habernos ido, ser amados sin cansancio. ¡Qué hermoso y deseable es uno, porque dentro de pocos momentos habrá dejado de existir! Había allí esposas y novias. ¡Qué bellas eran también! Y contra el casco del barco, las latas de cerveza de la fiesta de ayer tocaban como pequeñas campanillas, mientras las gaviotas revoloteaban alrededor, sin aterrizar. No había sitio para ellas… había demasiada gente viéndonos partir. Incluso algunos extraños se dejaron envolver por aquellos momentos de magia, subieron a bordo, nos estrujaron las manos y entraron en la cocina. Si nuestras provisiones de medicamento hubieran resistido, no habríamos zarpado nunca; pero, a eso de las doce y media, la última dosis fue prescrita, servida

y tomada. Sólo entonces nos dimos cuenta de que, además de nosotros, cincuenta o sesenta habitantes de Monterey podían esperar un largo período de buena salud.

El día de zarpar había llegado. El contrato decía que teníamos que partir el día once, y el capitán era un hombre honrado. Despedimos a nuestros invitados algo a la fuerza. Soltamos las amarras, y nos abrimos camino entre la flota pesquera. Los gallardetes, serpentinas y colgaduras ondeaban todavía en nuestro aparejo, y al soplar el viento, nos parecía que teníamos un aspecto valiente y hermoso. La pequeña campana del arrecife de Cabrillo Point también estaba excitada, pues el viento había arreciado, la boya se balanceaba pesadamente y las cuatro aldabas golpeaban la campana. Permanecimos en pie en el puente de mando y contemplamos cómo la ciudad de Pacific Grove se deslizaba y las colinas cubiertas de pino se perdían en el horizonte como si fueran ellas las que se movían y no nosotros.

Nos sentamos sobre un canasto de naranjas y pensamos lo buenos hombres que son la mayoría de los biólogos, tenores del mundo científico… temperamentales, caprichosos, libertinos, de risa fuerte, y saludables. De vez en cuando, uno piensa en la otra clase —los que en el argot universitario solían llamarse «pelotas secas»—, pero esos hombres no son verdaderos biólogos. Son los embalsamadores que sólo ven la forma preservada de vida, sin considerar ninguno de sus principios. Fuera de sus mentes enquistadas, crean con el ácido fórmico un mundo arrugado. El verdadero biólogo trata con la vida, con una vida que se prolifica bulliciosa, y aprende que la primera regla de esa vida es vivir. Los «pelotas secas» no pueden aprender algo que todas las estrellas de mar saben en el fondo de su alma y en sus vesículas radiales. Como sabe cualquier estrella de mar o estudiante de biología, el biólogo debe reproducirse en todas las direcciones. Poseyendo ciertas tendencias, debe dirigirse hacia el límite de su potencialidad. Nosotros hemos conocido a biólogos que se reprodujeron en todas las direcciones: uno o dos tuvieron alguna molestia a causa de eso. Un verdadero biólogo te cantará un canto tan fuerte como un herrero, porque sabe que las costumbres son a menudo el diagnóstico de una enfermedad de la próstata o de úlceras de estómago. A veces, puede

reproducirse un poco demasiado en todas direcciones, pero se puede matar tan fácilmente como cualquier organismo, y mientras tanto es una buena compañía, y al menos no confunde una productividad baja de hormonas con la ética moral.

El *Western Flyer* se abrió paso entre las olas, dirigiéndose hacia Point Poe, que es el extremo sur de la bahía de Monterey. Había una línea blanca que señalaba el mar abierto, pues soplaba un fuerte viento del Norte, y en aquel arrecife la boya rugía como un toro perplejo y triste. En la carretera de la costa, podíamos ver los coches de nuestros recientes amigos, que seguían nuestros pasos mientras agitaban sus pañuelos sentimentalmente. Todos estábamos un poco sentimentales aquel día. Bordeamos la boya, y dejamos atrás el arrecife, mientras el barco se balanceaba y luego se enderezaba. Tomamos rumbo al Sur, rodeados por una bandada de pelícanos, que volaban casi rozando las olas y actuaban como impelidos por un sistema nervioso. Batían sus poderosas alas al unísono, se deslizaban al unísono, y se mantenían a la altura de las olas para preservarse del viento. No miraban a su alrededor ni cambiaban de dirección. Los pelícanos siempre parecen saber exactamente a dónde se dirigen. De pronto, salió a la superficie una curiosa foca, de aspecto rudo y moreno, con un inclinado bigote y cicatrices de peleas en sus hombros. Nos siguió un rato contemplándonos con curiosidad. Luego, satisfecha, dio un bufido y se dirigió a la playa o a encontrarse con otra foca.

El viento arreciaba y las ventanas de las casas de la costa refulgían a la puesta del sol. El cable delantero del mástil comenzó a silbar con un sonido hondo y penetrante como la cuerda de un violín. El oleaje nos alzaba, nos sostenía y luego nos dejaba caer de nuevo. De la ventanilla de ventilación de la cocina salía el olor a café hirviendo, que nunca abandonó el barco mientras duró nuestro viaje.

Al anochecer, regresamos al puente de mando y empezamos a discutir sobre Neptuno, que podía muy bien ser un mito, pero que mucha gente decía haber visto. Existe alguna cualidad en el hombre que le hace creer en monstruos y otras maravillas del océano, tanto si existen como si no. Deben existir en algún sentido, pues continuamos viéndolos. Una tarde, nos sentamos en el laboratorio de Cannery Row, charlando y bebiendo café con

Jimmy Costello, que es un reportero del *Herald* de Monterey. Sonó el teléfono y el director del periódico le dijo que el cuerpo descompuesto de una serpiente de mar se mecía en las aguas de Moss Landing, una playa que está a medio camino de la bahía. Jimmy tenía que ir a toda prisa a sacarle fotografías. Cuando se acercó al pestilente monstruo, halló una nota prendida en su cabeza que decía: «No se preocupen, es un tiburón. Firmado: *Doctor Ralph Bolin de la Hopkins Marine Station*». No hay duda de que el doctor Bolin había actuado con buena voluntad, porque ama la verdad, pero había causado una gran desilusión a la gente de Monterey. Querían que fuera una serpiente de mar; incluso nosotros esperábamos que lo fuera. Siempre que se halla una verdadera serpiente de mar, un grito de triunfo sacude al mundo. «¿Ves?», dicen los hombres. «Sabía que habían, tenía el presentimiento». Los hombres necesitan realmente monstruos marinos en sus océanos personales. Y Neptuno es uno de esos monstruos. En Monterey puedes encontrar a mucha gente que le ha visto. Tiny Colleto le ha visto muy de cerca, y hasta puede dibujarlo en rasgos generales. Es muy grande. Surge del agua, contempla cómo el barco se va acercando, y luego vuelve a hundirse lentamente. Parece un buzo gigantesco, con grandes ojos y la piel llena de pelo. Hasta ahora, no ha sido fotografiado nunca. Cuando lo sea, probablemente el doctor Bolin lo identificará, y otro hermoso cuento de hadas se habrá destruido. Por esta razón, tenemos la esperanza de que no se le fotografíe nunca, pues si Neptuno resulta ser una gran foca deforme, mucha gente sentirá una aguda pérdida personal… como si perdieran a Santa Claus. Y el océano nada ganará con eso, pues, profundo y negro, se parece a los rincones oscuros de nuestra mente donde se incuban los sueños y a veces los mitos. Un océano sin monstruos desconocidos sería como dormir sin poder soñar. Tiny y Sparky no desconfían de Neptuno porque le han visto. Nosotros tampoco, porque sabemos que está ahí. Aceptaríamos el testimonio de estos muchachos para condenar a un hombre a muerte por asesinato, y, por tanto, creemos que vieron al monstruo y que lo describieron tal como era.

Hemos pasado a menudo en esta masa de recuerdos del mar o ideas del mar que vive en la profundidad de nuestras mentes. Si uno pide una descripción del subconsciente, incluso la respuesta simbólica será que es

como un agua oscura en la que la luz desciende sólo a corta distancia. Y también hemos pensado en que el feto humano tiene, en una etapa de su desarrollo, vestigios de agallas. Si las agallas son un componente del desenvolvimiento humano, no es irrazonable imaginar una mente paralela. Si existe una vida-recuerdo lo bastante fuerte como para dejar su símbolo en forma de huellas de agallas, los símbolos preponderantemente acuáticos de subconsciente individual pueden muy bien indicar la existencia de un grupo psíquico-memorial que es el fundamento de todo el subconsciente. ¡Y qué cosas deben de haber allí! ¡Qué monstruos y enemigos, qué miedo a la oscuridad, a la presión y a la rapiña! Hay numerosos ejemplos donde incluso los invertebrados parecen recordar y reaccionar ante un estímulo que no es lo bastante violento como para causar la reacción. Quizá después del mar, el concepto más fuerte en nosotros es el de la luna. Pero la luna, el mar y la marea es una sola cosa. Incluso en nuestros días, la marea establece, aunque mínima, una diferencia de peso. Por ejemplo, el vapor *Majestic* pesa quince libras menos cuando hay luna llena[2]. Según las teorías de George Darwin (hijo de Charles Darwin), en las épocas precambrianas, hace más de mil millones de años, las mareas eran tremendas, y por tanto, la diferencia de peso debía de haber sido muy considerable. La atracción de la luna debe de haber sido el factor ambiental más importante de los animales del litoral. Su desplazamiento y peso debieron de disminuir o aumentar tremendamente con las rotaciones y fases de la Luna, sobre todo si en aquel tiempo la órbita era elíptica.

Consideremos, pues, el efecto de un descenso de presión en gónadas con huevos o espermas que están a punto de estallar y esperan sólo una pequeña sacudida para hacerlo. (Nótese también la dehiscencia del ovario a través de las paredes del cuerpo de los gusanos poliperos. Estos viejos gusanos proceden de la época cambriana y han cambiado muy poco desde entonces). Si de momento admitimos la potencia del efecto de las mareas, tenemos sólo que añadir el concepto llamado «instinto» para tener una noción de la fuerza del ritmo lunar sobre los animales marinos, sobre especies incluso superiores, y también en el hombre.

Cuando los pescadores encuentran a Neptuno alzándose en la ruta de sus barcos, tal vez estén experimentando una realidad del pasado y del

presente. Puede que no sea una alucinación; de hecho, lo parece más que lo es, pues sus conexiones son demasiado delicadas y complicadas. Los efectos de las mareas son misteriosos y oscuros en el alma, y puede observarse que incluso hoy en día es más valioso, fuerte y extendido de lo que generalmente se supone. Por ejemplo, se ha dicho que la recepción de radio se relaciona con el alza y baja de las mareas de la península del Labrador[3], y que puede existir una conexión entre los flujos de la marea y las fluctuaciones en la velocidad de la luz recientemente observadas[4]. Uno podría decir con seguridad que todos los procesos fisiológicos tal vez están influidos también por las mareas.

Parece ser que la evidencia física de esta teoría de George Darwin es más o menos hipotética, no de hecho, sino por interpretación, y que un razonamiento crítico podría tirar por tierra todo el proceso y con él todas las connotaciones biológicas, a causa de los eslabones y factores desconocidos. Quizá se sabría de otro modo. Los mismos animales podrían ofrecer una sorprendente confirmación de la teoría cosmogónica de las mareas. Uno casi se siente forzado a postular tal teoría, si quiere acreditar con causa su primitiva impresión. Parecería algo traído por los pelos atribuir los fuertes efectos lunares actualmente observables en la cría de animales a las débiles fuerzas de la marea presente o a la coincidencia. Debe enlazarse al más primitivo y poderoso instinto racial o colectivo, a un sentido rítmico o «recuerdo», que afecta a todas las cosas, y que en el pasado fue probablemente más potente que ahora. Sería al menos más plausible atribuir estos profundos efectos a las influencias devastadoras de las mareas, activas durante las épocas formativas de la historia racial del organismo; y tanto si existe como si no algún mecanismo descubierto o por descubrir que lleve esta huella en el plasma de los gérmenes, el hecho es que dicha huella está allí. Está en nosotros y en Sparky, en el capitán del barco, en el gusano, en las larvas de mejillones y en el período mensual de la mujer. La huella yace pesadamente en nuestros sueños y en las delicadas fibras de nuestros nervios, y aunque parece venir de las serpientes de mar o de Neptuno, en realidad eso no es cierto. La cosecha de símbolos de nuestras mentes parece haber sido plantada en la tierra suave y rica de nuestra prehumanidad. El

símbolo, la serpiente, el mar, y la luna, son tal vez la luz indicadora de que la curva psico-fisiológica existe.

Al anochecer el viento aminoró, y aunque el oleaje permanecía fuerte, ya no estaba cubierto de espuma. Unas cuantas marsopas se deslizaban junto a nosotros, nos miraban y luego desaparecían. Hubo cambio de guardia, y luego tomamos nuestra primera comida a bordo, los restos de nuestro piscolabis de despedida. No teníamos ganas de bajar a dormir a las literas. Nos pusimos unas chaquetas gruesas y nos sentamos junto al timonel. La lucecilla de la brújula y de los faros de babor y estribor señalaban nuestras fronteras. Pasamos Point Sur, mientras las olas aumentaban su velocidad. Tony, el capitán, dijo:

—Siempre ocurre lo mismo. El cabo atrae el oleaje.

Otro podría haber dicho: «Las olas se dirigen al cabo»; y en ambas declaraciones habría una buena exposición primitiva de la relación entre el que da y el que recibe. Esta relación sería a través de las olas; de una ola a otra y a otra, cada una de las cuales está conectada por torsión a su compañera cercana a la orilla. Y así sucesivamente hasta la playa, hasta el cabo donde la última ola, si la miras desde el mar, o la primera si la miras desde la costa, toca y se rompe. Y es importante desde dónde la estás mirando.

Habían salido las estrellas, y su brillo hacía relucir la poca espuma que quedaba sobre la oscuridad del agua. Desde el timón, la pequeña bandera del palo de proa ondeaba sobre las estrellas del horizonte, enturbiándolas al pasar. Intentamos tapar una estrella con la bandera, pero esto era imposible; nadie pudo hacerlo, ni siquiera Tony. Pero éste, que conocía su barco muy bien, podía percibir un desvío de la proa antes de que ocurriera, y corregir cualquier error. Esto ni se piensa ni se razona. Uno consigue la misma sensación con un caballo que conoce bien; uno casi nota el estímulo del

caballo en sus rodillas y sabe, aun sin saberlo, cuándo el caballo se va a lanzar y en qué dirección lo hará. El campesino, o el hombre que ha vivido durante largo tiempo en tierra, se muestra torpe con el timón, y en un mar grueso navega con dificultad. Uno se pone en tensión cuando está en el timón, en especial si alguien como Tony te está mirando sardónicamente. Entonces se hace imposible mantener la brújula fija, y la aguja oscila entre los dos y los diez grados. Y mientras la inquietud crece, no es nada extraño olvidar en qué sentido hay que girar el timón, para hacer que la brújula regrese adonde deseas. El timón sólo gira en dos sentidos, derecha o izquierda. La realidad del retraso y de que el barco se balancee tan rápidamente que una corrección lenta permite desviarse al otro lado, se convierte en algo enloquecedor cuando Tony el magnífico se sienta a tu lado. No te corrige, ni siquiera habla. Pero Tony ama la exactitud, y el rumbo es la exactitud. Si el timonel se desvía, le está diciendo a Tony una mentira. Y como el rumbo delinea de una manera hipotética la estela que deja atrás el barco, se evidencia la dirección del navegante. Si uno manejara el timón con una precisión matemática, lo cual, desde luego, es imposible, la estela sería una línea recta; pero aun cuando se trace en línea recia, se curva con las corrientes y las olas, y tu verdadero esfuerzo desaparece. Probablemente, existe una hipótesis eficaz en navegación como en todas las cosas. Los factores internos serán el barco, los controles, las máquinas y la tripulación, pero principalmente el designio y la voluntad del capitán, subdirigidos por su experiencia condicionante, su tristeza, ambiciones y placeres. Los factores externos serán el océano con la tierra que le bordea, las olas y corrientes, y los vientos con su efecto constante y variable, que modifica la influencia del limón contra las tensiones ejercidas sobre él.

Si navegas *hacia un objeto,* no puedes dirigirte en línea recta hacia él indefinidamente. Puedes desviarte a un lado, o atropellarlo. Pero en cambio sí puedes navegar en la dirección que te indica la brújula por tiempo indefinido. Eso no cambia. Por ejemplo, si vas hacia un cabo, puedes dirigirte directamente hacia él mientras estés a distancia, cambiando sólo el rumbo cuando te aproximas. O puedes fijar la dirección de la brújula y corregirla por visión al acercarte. Aquí está la ejecución de lo ideal en lo real… la relación entre lo interior y lo exterior, microcosmos y

macrocosmos. La brújula representa simplemente lo ideal, presente, pero inalcanzable, y la navegación por medio de la vista, un compromiso que permite a tu barco existir.

En el desarrollo de la navegación como idea y emoción, que debe de haber sido un proceso lento y dificultoso, aterrador para sus innovadores y horrible para los miedosos, la mente ha deseado siempre un punto fijo en el horizonte hacia donde dirigirse. ¡Qué sencillo sería si flotara una estrella Inmutable! En las noches claras dicha estrella existe, pero no se puede confiar en ella porque su curso es un arco. El feliz descubrimiento de la Estrella Polar —que, aunque cambia a intervalos, es relativamente constante— fue alentador. Ella puede guiarte, y para muchas mentes debe de haber sido como una diosa de la constancia, una estrella a quien amar y en quien confiar.

Lo que siempre hemos deseado es algo inmutable, y hemos descubierto que sólo una brújula, un pensamiento, un ideal individual, no cambian… El *ideal* de Schiller y Goethe para ser llevado a la realidad. Y a causa de esto, Beethoven escribió la *Novena Sinfonía,* dedicada a la *Oda a la alegría* de Schiller.

Una cueva marina ha sido llamada un mundo bajo una roca, y así, de la navegación podría decirse que «es el mundo dentro del horizonte». En el timón, las influencias externas que hay que superar están en la naturaleza de las oscilaciones, que son de períodos largos o cortos. Los niveles medios de las alzas y bajas extremas de las oscilaciones son opuestos en un sentido hegeliano. No es extraño entonces que, en Física, el símbolo de la oscilación $\sqrt{-1}$, sea fundamental, primordial, ubicuo y decisivo en todas las ecuaciones.

Marzo, 12

Por la mañana habíamos llegado al canal de Santa Bárbara. El agua era lustrosa, gris, rizada con pequeñas olas, y por encima de ella, una ligera capa de neblina ocultaba el vuelo de los cuervos marinos. En seguida, como deslizándose en un oscuro espejo, nos rodearon las marsopas. Se dirigían realmente hacia nosotros. ¡Curiosos animales! Los japoneses se las comen, pero los occidentales raras veces las tocan. De nuestra tripulación, Tiny y Sparky, a quienes les gustaba pescar toda clase de peces, arponear cualquier cosa que nadara, no tenían nada que hacer con las marposas.

—Lloran de un modo… —decía Sparky—. Cuando se sienten heridas, lloran hasta romperte el corazón.

Ésta es una cosa bastante difícil de comprender; una vaca agonizante gime también, y un cerdo acuchillado da gritos taladradores, pero muy pocos corazones se conmueven por ello. En cambio una marsopa llora como un niño lleno de tristeza y dolor. Y nosotros nos preguntamos si el afecto de los primeros por las marsopas no es algo más complicado que el simple temor de oírlas llorar. La naturaleza del animal puede tener un cierto paralelo con algunas características nuestras… su jactancia, su afición a jugar, su alegría por la velocidad. Las hemos contemplado durante muchas horas, haciendo dibujos en el agua, sumergiéndose y volviendo a salir a la superficie, como si quisieran ver si las estamos mirando. En su esfuerzo por ganar velocidad, doblan su espalda y su cola recibe energía de todo el cuerpo. Entonces retroceden con todos los músculos en tensión. Salen a la superficie con los ojos y los orificios de la nariz abiertos, aspiran aire, y

cierran los ojos antes de volverse a sumergir. De pronto, el juego parece cansarles; doblan el cuerpo, baten la cola, y en un instante han desaparecido.

La neblina se levantó del agua, pero la capa grasienta quedó allí, como una nieve recién caída, para guardar las huellas de lo que había sucedido. Cerca de nosotros estaban los restos de comida que un banco de sardinas había estado desmenuzando, y las plumas de las gaviotas que se habían unido a las sardinas en el festín. Pasó un vapor japonés deslizándose rápidamente por el agua, y durante un rato nos mecimos en su estela. Fue un día largo y perezoso. Al llegar la noche, dejamos atrás Los Ángeles y las numerosas pequeñas ciudades de su alrededor. Los faros de reconocimiento de la flota de San Pedro brillaban a intervalos en el mar, y el potente rayo de luz del faro de la costa nos acompañó varias millas, despejando nuestras sombras.

Antes del amanecer entramos en el puerto de San Diego, atravesando un pasaje estrecho y siguiendo las luces del muelle, A nuestro alrededor se respira ambiente de guerra, aunque no estábamos en ella. Acero, pólvora y hombres… éstos preparándose insensatamente, como hombres muertos, para destruir. Los aviones rugían en formación, y los submarinos tenían un aspecto tranquilo, pero siniestro. No existe alegría en un submarino. La mentalidad militar debe limitar su pensamiento para que sea capaz de cumplir su cometido. Así, hablando con un oficial de la Marina que había ganado una competición de tiro con cañones navales de largo alcance, le preguntamos:

—¿Ha pensado lo que sucede en una pequeña calle, cuando estalla una de sus bombas? ¿Ha pensado en las familias que vuelan hechas pedazos, en las miles de generaciones influidas, cuando usted grita *¡Fuego!*?

—Claro que no —respondió—. Esas bombas llegan tan lejos, que no se puede ver dónde aterrizan.

Y tenía razón. Si pudiera ver dónde aterrizan y lo que hacen, si supiera el poder de su mano y de las ondas radiactivas de su cañón, no podría realizar su cometido. Él mismo sería el punto débil de su cañón. Pero sin verlo, enfrentándose tan sólo con un problema de balística y trayectoria, puede ser un buen oficial. Y es demasiado humilde para asumir la

responsabilidad de pensar. Toda la estructura de su mundo estaría en peligro, si se permitiera este lujo. Las piezas deben unirse dentro de un patrón, o de lo contrario todo se derrumba y el objetivo desaparece. Nosotros nos preguntamos si en las normas presentes, las piezas no se esfuerzan por desviarse de la línea; si las paradojas de nuestro tiempo no están llegando a una conclusión ridícula, que hará derrumbarse a toda la estructura. Pues las paradojas son tan grandes, que los caudillos del pueblo deben ser cada vez menos inteligentes para mantener su jefatura.

Aquel año, el puerto de San Diego estaba cargado de explosivos y de medios de transporte para depositarlos en algún país enemigo todavía indeterminado. Los hombres que dirigían este mecanismo eran verdaderos realistas. Sabían que surgiría un enemigo, y cuando esto sucediera, tendrían los explosivos suficientes para destruirlo.

En San Diego llenamos los tanques de combustible y de agua, y metimos en la cámara frigorífica los últimos alimentos frescos: pan, huevos y carne. Éstos no durarían mucho, pues cuando el hielo hubiera desaparecido, sólo la comida en conserva y lo que pescáramos en el mar estarían en buenas condiciones. Fondeamos en el puerto un día y una noche. Nos cortamos el pelo por última vez, y comimos filetes a la parrilla.

Esta pequeña expedición se había convertido en algo tremendamente importante para nosotros; sentíamos un poco como si nos estuviéramos muriendo. Los forasteros iban al muelle para mirarnos, y los chiquillos invadían nuestra cubierta como monos. Esos hombres silenciosos que siempre están en los muelles nos preguntaban adónde íbamos, y cuando decíamos «Al golfo de California», sus ojos brillaban de deseo, porque hubieran querido ir también. Eran como los hombres y mujeres que vagan por los aeropuertos y las estaciones de ferrocarril; quieren partir, y la mayoría desean huir de ellos mismos. Pero no saben que llevarán sus mundos de aburrimiento con ellos, adondequiera que vayan. Un hombre del muelle que quería colaborar, se aseguró de que le sería permitido soltar las amarras. Finalmente, cuando recibió el aviso, soltó la amarra de proa y corrió a soltar la de popa; luego, permaneció contemplando cómo nos alejábamos. ¡Cómo hubiera deseado acompañarnos!

Después de la frontera de México, el agua cambia de color; toma un intenso azul ultramarino, que parece penetrar profundamente en el mar. Los pescadores la llaman «agua del atún». El viernes salimos de Punta Baja. Ésta es la región de las tortugas marinas y los peces voladores. Tiny y Sparky sacaron las cañas de pescar y permanecieron fuera todo el viaje.

Sparky Enea y Tiny Colletto se criaron juntos en Monterey. Fueron unos chiquillos traviesos y felices. Se dice que el Departamento de Policía tenía un destacamento especial para supervisar el crecimiento y desarrollo de Tiny y Sparky. Son menudos, fuertes y casi inseparables. Los dos sienten los mismos impulsos a la vez. Si Tiny se cita con una chica, Sparky lo hace con otra… y entonces se convierte en algo necesario para Tiny conquistar a la chica de Sparky. Pero esto no está mal hecho, porque Sparky ha estado removiendo cielo y tierra para conquistar a la chica de Tiny.

Estos dos hacían guardia juntos, y cuando estaban ellos de vigilancia, a menudo nos desviábamos extrañamente de rumbo sin que nadie supiera por qué. La brújula se les escapaba de las manos de un modo, que el barco tomaba siempre la dirección de la costa. Ponían un cebo artificial emplumado en caña de pescar. En el estay donde estaba atada la jarcia, ellos fijaban la caña y además intercalaban unos tubos interiores de automóvil. El atún tira tan fuerte que algo debe ceder, y si el sedal no se rompe, se desgarran las mandíbulas del pez, tan grande es la combinación de la velocidad del barco y del atún. Los tubos resuelven este problema, aspirando la tensión de la primera gran sacudida, hasta que la dirección y la velocidad se igualan.

Cuando Sparky y Tiny estaban de guardia, se cuidaban de la pesca, y cuando los tubos de goma se agitaban, uno de los dos saltaba abajo y cogía el pez. Si éste era grande o luchador, el pescador prorrumpía en chillidos histéricos. Entonces, el que estaba arriba bajaba a ayudarle, y dejaba el timón libre. Nosotros nos preguntábamos si esta costumbre no era la causa del maravilloso rumbo con que navegábamos algunas veces. No sería nada raro que al regresar al timón, discutiendo y charlando, se olvidaran de fijar la dirección. Probablemente pensaban: «No sería amable por nuestra parte

despertar al patrón, y total, cinco o diez grados no tienen mucha importancia». Si Tony amaba la exactitud por sí misma, Tiny y Sparky le contrapesaban. Tenían poca fe en la exactitud, o en la inexactitud. La policía, que había vigilado su crecimiento, les había proporcionado un delicado aprecio de los variables; probaban todas las cosas para descubrir si eran verdaderas o no. De igual modo, probaban la brújula para averiguar si había en ella la debilidad que sospechaban. Y si Tony decía:

—Os habéis desviado del rumbo.

Ellos contestaban:

—Bueno, pero no hemos chocado con nada, ¿verdad?

Marzo, 16

A las dos de la tarde pasamos por bahía Magdalena. El mar estaba todavía grasiento y suave, y una ligera niebla yacía sobre el agua. Los peces voladores saltaban por la proa a derecha e izquierda. Parece ser, aunque esto no ha sido aún comprobado, que pueden volar más lejos de noche que durante el día. Si, como se supone, su vuelo termina cuando las aletas voladoras se secan en el aire, esta observación estaría justificada, ya que de noche no se secan tan rápidamente. Pero esto puede ser una ilusión óptica. A menudo jugábamos con las linternas y los peces voladores. Quizás el extraño juego de las luces hacía parecer su vuelo más largo.

Tiny es un auténtico arponero: con frecuencia había permanecido inclinado sobre la proa, sosteniendo su lanza, sin que apareciera nada como no fueran marsopas, y a éstas no las quería herir. Pero ahora, las tortugas marinas empezaban a salir en cantidades. Estuvo esperando largo tiempo, y al fin arponeó a una de ellas. Sparky abandonó rápidamente el timón y los dos tiraron hasta sacar una pequeña tortuga, que tenía el caparazón parecido al de las tortugas terrestres[5]. Entonces pudimos observar el tierno corazón de nuestra tripulación. La saeta del arpón había atravesado la tierna concha del animal, y se había clavado en su cuerpo. La tortuga sacudía sus aletas, estiraba su viejo y arrugado cuello, y rechinaba su pico de loro. Sus ojillos oscuros tenían una extraña mirada lastimera, y le brotaba la sangre por el destrozado caparazón. De pronto, Tiny sintió remordimientos, y quiso librar al animal de su dolor. Colocó a la tortuga sobre cubierta y fue a buscar un hacha. Al primer golpe no acertó, pero al segundo le separó la cabeza del

tronco. Entonces, Tiny recordó algo terrible y extraño: las tortugas son muy difíciles de matar, y el cortarles la cabeza no produce un efecto inmediato. El animal estaba tan vivo como antes, y un chorro de sangre salía de su cuello. Agitaba las aletas frenéticamente, pero no con los movimientos reflejos de un animal decapitado. Nosotros estábamos ansiosos por examinar aquella tortuga, y por el momento, dejamos de lado la emoción de Tiny. Había dos larvas de percebes en su caparazón, y varios hidroidos que nos apresuramos a recoger. En la cavidad, al lado de su pequeña cola, hallamos dos cámbaros pelágicos[6], macho y hembra; y por el modo como se escondían en los pliegues de la piel de la tortuga, parecían encontrarse en su casa. Deseábamos examinar también los intestinos, para descubrir el alimento que había comido y buscar alguna posible tenia. Para ello serramos la concha y la abrimos en canal. Desde el esófago hasta el ano, la cavidad intestinal estaba rellena de pequeñas langostas de roca de un rojo brillante[7], algunas de las cuales podríamos conservar. En el esófago había unas espinas de pimía afilada de un tejido especial, lo bastantes fuertes para macerar los pequeños crustáceos con que la tortuga se alimentaba. Un curioso movimiento peristáltico (todavía observable, ya que aun durante la disección los reflejos eran activos) acercaba las puntas de estas espinas y al mismo tiempo bajaba el material estrujado al estómago. El corazón continuaba latiendo regularmente. Lo sacamos y lo colocamos en un frasco de agua salada, donde siguió pulsando durante varias horas. Y un día después, cuando aparentemente se había parado, al tocarlo con una varilla de cristal comenzó a latir de nuevo. A Tiny no le gustaba el proceso de disección. Quería que sus animales murieran y se quedaran muertos cuando los mataba; y cuando cortamos el tejido muscular para cocinarlo, y los pequeños trozos de carne blanca se contraían al ser tocados, Tiny juró que nunca más intentaría arponear tortugas. En su mente, pasaron a acompañar a las marsopas como animales protegidos. Probablemente se identificó con el tejido del animal, y no era capaz de verlo con objetividad.

El guiso resultó un fallo. Hervimos la carne y luego la tiramos porque olía mal. (Más tarde descubrimos que uno tiene que saber cómo se cocina una tortuga). Pero deseábamos conservar el caparazón. Lo rescatamos lo mejor que pudimos y le pusimos sal. Luego lo metimos en agua, esperando

que los isópodos nos lo limpiarían, pero no lo hicieron. Finalmente, lo impregnamos de ácido fórmico, lo pusimos a secar al sol y por último lo tiramos. Tenía un aspecto horrible.

Por la noche, nos cruzamos con un banco de bonitos[8], peces hermosos y bien definidos de la familia de las caballas. Los muchachos que estaban de guardia cogieron cinco, y durante este proceso nos desviamos de mala manera. Intentamos sacar película de su color y del cambio de tonalidad que experimentan estos peces en su lucha de agonía. Cuando golpean la cubierta con sus colas, su color vibra, palidece, se abrillanta y se marchita de nuevo, hasta que, una vez muertos, adquieren una tonalidad completamente distinta. Deseábamos sacar fotografías, a causa de la imposibilidad de retener el color en las especies embalsamadas, y también porque muchos animales, de hecho la mayoría, tienen un color cuando están vivos y otro cuando están muertos. Sin embargo, ninguno de nosotros era experto en fotografía, y logramos un éxito muy mediocre. Los bonitos eran muy buenos para comer, y Sparky nos hizo filetes fritos.

Aquella noche cogimos en la red dos pequeños ejemplares de peces voladores del Norte. Cuando estábamos mirando al libro de Barnhart *Peces marinos del sur de California*[9], Sparky vio un dibujo de un pez-linterna con el subtítulo «*Monoceratias acanthias,* según Gilbert», y preguntó:

—¿Para qué va detrás de Gilbert?[10]

Esta agua azul y suave se aleja del tiempo y se deja envolver por una especie de sueño. Entonces, una caja flotante arrojada por la borda de algún vapor se convierte en algo fascinante, y es casi imposible no abandonar el timón para ir a recogerla. Empezaron a aparecer una nueva clase de marsopas grises. (Las del Norte eran de un color marrón oscuro). Eran delgadas, muy rápidas y de hocico largo. Se movían a grandes bandadas, saltaban fuera del agua y parecían divertirse mucho. La abundancia de vida aquí le da a uno una sensación de plenitud y riqueza. Las juguetonas marsopas, las tortugas, los grandes bancos de pe ces que agitan la superficie del agua como una ligera brisa, producen excitación. A veces, en la distancia, hemos visto una bandada de atunes saltando, y cuando salen del agua, el sol se refleja en ellos por un instante. Aquí, el mar está lleno de vida, y no cabe duda de que el fondo del océano es igualmente rico. En el

microscopio, vemos que el agua lleva plancton. Es el agua del atún… el agua de la vida, completa desde dicho plancton hasta las marsopas grises. La tortuga estaba completa con los pequeños cangrejos viviendo bajo su cola, y los percebes e hidroidos en su espalda. Las langostas de roca siembran el mar de puntos rojos. Había comida en todas partes. Una cosa se comía a la otra con furiosa exuberancia.

Alrededor de las cinco de la tarde del día dieciséis, setenta millas al norte de Point Lazaro, tropezamos con ejércitos de langostas rojas en la superficie, cuyo brillante color resaltaba en el azul ultramarino del agua. No podía haberse elegido un contraste mayor. El mar parecía casi sólido con los pequeños crustáceos, que los mejicanos llaman *langostinos.* Según Stimpson, el 8 de marzo de 1859, cantidades de estos animales fueron arrastrados a tierra en Monterey, California, a cientos de millas de distancia de su radio de actividad habitual. Probablemente, fue durante uno de esos extraños ciclos en que las corrientes realizan cosas sorprendentes. Paramos el motor, y nos dejamos arrastrar lentamente por el agua, mientras pescábamos *langostinos* con redes. Los colocamos en cacerolas de porcelana blanca, y les sacamos fotografías en colores, algunas de las pocas buenas que tomamos durante el viaje. En las cazuelas comprobamos que estos animales no nadan con rapidez, sino que se menean y se arrastran por el agua. Por último, los sumergimos en agua fresca, y cuando hubieron muerto, los guardamos en alcohol, lo que pronto marchitó su brillante color.

Marzo, 11

A las dos de la madrugada pasamos Point Lazaro, uno de los lugares que tienen fama de ser peligrosos en el mundo, como Cedros Passage o Cape Horn, donde el tiempo siempre es malo aun cuando sea bueno en otras partes. Se siente una especie de alivio cuando uno pasa a salvo por estos sitios medio míticos, pues no sólo son tormentosos, sino engañadores, y se despierta de nuevo el atávico temor… el temor que hizo a nuestros antepasados poblar tales lugares con monstruos, y entrar en ellos después de haber rezado. Cuando nosotros pasamos, el tiempo no estaba demasiado desapacible, y al Sur el agua tenía un aspecto tranquilo. A eso de las cinco de la mañana, encontramos una concentración aún más densa de las pequeñas *Pleuroncodes* rojas, nos volvimos a detener, y cogimos una gran cantidad. Mientras estábamos pescando con las redes los *langostinos,* se enganchó en el anzuelo de la caña de pescar un mero que nos comimos para desayunar. Nosotros dijimos que aquel pescado era un *Katsuwonus pelamis,* pero Sparky dijo que era un mero porque él se lo estaba comiendo, y además estaba completamente seguro de que no comería un *Katsuwonus pelamis* en su vida. Pocas horas después, cogimos dos pequeños delfines[11], peces hermosísimos cuyo color también cambiaba a intervalos, Estos peces están distribuidos muy ampliamente.

Estábamos llegando ahora al final de nuestro recorrido día y noche; el motor no había parado de funcionar desde que dejamos San Diego, a excepción de la pausa que nos tomamos con las langostas. La línea de la costa de la península se deslizaba marrón, desolada y seca, con extrañas

montañas chatas y rocas desgarradas por la sequedad. Un resplandor ardiente bañaba la tierra incluso en marzo. Tony nos había mantenido alejados de la costa, y sólo ahora nos acercábamos a ella, porque llegaríamos por la noche al cabo San Lucas, y desde entonces pensábamos navegar únicamente durante el día. Habíamos planeado recolectar animales en algunos lugares determinados, como Pulmo Reef, la bahía de La Paz y la bahía de los Ángeles, pero a excepción de éstos, proyectábamos detenernos dondequiera que la playa resultara interesante. Sin embargo, este pequeño viaje de noventa horas se estaba haciendo cansado, y nos sentíamos contentos de que llegara su fin. Las secas colinas presentaban un color rojo dorado aquella tarde, y por la noche, nadie abandonó el puente de mando. La Cruz del Sur estaba sobre el horizonte, y la atmósfera era cálida y agradable. Tony pasó largo tiempo en la cocina repasando los mapas. Había estado en el cabo San Lucas una vez. Alrededor de las diez, vimos el faro del falso cabo; la noche era extremadamente oscura cuando lo bordeamos, y las grandes rocas llamadas «Los Frailes», apenas se veían. La *Guía de la Costa* hablaba de una luz en el extremo del muelle de San Lucas, pero no vimos ninguna. Tony enfiló el barco lentamente hacia el tenebroso puerto. Durante un instante, brilló una luz en la playa y luego desapareció. Era después de la media noche, y a tales horas era natural que no hubiera luz en una casa mexicana. El faro de reconocimiento de nuestro puente de mando parecía haberse tragado la oscuridad. Sparky comprobó con la sonda que el agua era profunda, y nos movimos lentamente, deteniéndonos, desviándonos y sondeando. Entonces, de pronto, apareció la playa a treinta pies de distancia, cuando la sonda señalaba todavía ocho brazas de profundidad. Retrocedimos un poco, echamos el ancla y esperamos a que se agarrara firme. Luego paramos el motor, y permanecimos sentados largo tiempo en el punte de mando. El viento nos traía la dulce aroma de la tierra, olor a arena, a hierba, a mangle. ¡Se olvida tan fácilmente este olor a tierra! Al cabo de varios días de estar en el mar, esta aroma se ha olvidado tanto, que la primera vez que se vuelve a percibir, trae consigo una profunda nostalgia.

Por la mañana el negro misterio del mar había desaparecido y el pequeño puerto brillaba al sol. La fábrica de conservas de atún sobre las

rocas del cabo y unas cuantas casas junto a la playa era lo único que se presentaba a nuestra vista. Y al llegar el día, las tinieblas de la noche anterior tuvieron su explicación. La *Guía de la Costa* no se había equivocado. Existe una luz al extremo del muelle, pero como la electricidad es generada por las máquinas de la fábrica de conservas, y ésta sólo funciona durante el día, por la noche el muelle no está iluminado. En cambio, durante el día, la luz brilla hasta el atardecer. La *Guía de la Costa* fue absuelta; no había mentido. Incluso Tony, que la noche antes había estado un poco amargado, se vio forzado a revisar su fiera actitud. Quizás eso fue una lección para Tony. La *Guía* decía se encendía una luz… sólo omitía decir cuándo, y nosotros suplimos el fallo.

Las grandes rocas del extremo de la península son casi literarias. Son un adecuado Finisterre, irguiéndose contra el mar, el fin de millas de península y montaña. Buena Esperanza es también un buen nombre, y quizá nosotros tomamos nuestras sensaciones profundas de fin de estas costas, y ellas constituyen nuestros símbolos. Los Frailes se alzaban protectores frente a un mar interminable.

Hace doscientos años, el jesuita Clavigero fue al cabo y a la península. Citamos aquí un párrafo de la traducción de su Historia de la Baja California de Lake y Gray, página 15[12]: «Este cabo es su límite meridional, el río Colorado el oriental, y el puerto de San Diego, situado a 33 grados latitud Norte y a 15 grados de longitud, puede ser llamado su límite occidental. Al Norte y al Nordeste linda con las tierras de unos pueblos salvajes, poco conocidos en las costas y desconocidos absolutamente en el interior. Al Oeste tiene el océano Pacífico, y al Este el golfo de California, llamado también mar Rojo debido a su similitud con este mar asiático, y mar de Cortés, en honor del famoso conquistador de México, que lo ha descubierto y ha navegado por él. La longitud de la península es de unos 10 grados, pero su amplitud varía entre las 30 y 70 millas.

»El nombre de California —sigue diciendo Clavigero— fue aplicado, al principio, a un puerto, pero más tarde se extendió a toda la península. Algunos geógrafos se han tomado la libertad de comprender bajo esta denominación a Nuevo México, el país de los apaches, y a otras regiones

muy apartadas de la verdadera California, que no tienen nada que ver con ella».

Clavigero dice de esta denominación: «El origen de este nombre es desconocido, pero se cree que el conquistador Cortés, que pretendía poseer algún conocimiento de latín, llamó a aquel puerto *Callida fornax,* a causa del gran calor que sufrió allí; y que él mismo, o alguna de las muchas personas que le acompañaban, formaron el nombre de California con estas dos palabras. Si esta conjetura no es cierta, es al menos verosímil».

Nos gustan estas últimas palabras de Clavigero. Era un hombre cuidadoso. Las observaciones escritas en su historia de la Baja California son sorprendentemente correctas, y si no todas son ciertas, son al menos verosímiles. Siempre le da a uno alternativa. Quizá su educación jesuítica nunca se muestra más evidente que en la frase: «Si crees esto —dice en efecto—, tal vez estés equivocado, pero al menos no eres un tonto».

Lake y Gray incluyen una interesante nota al pie de su traducción: «El famoso pirata Drake llamó a California "Nueva Albión", en honor a su tierra natal. El padre Scherer, jesuita alemán y M. de Fer, geógrafo francés, usaron el nombre de "Isla Carolina" para designar a California, y dicho nombre empezó a ser usado en tiempos de Carlos II, rey de España, cuando la península era considerada una isla. Pero estos y otros nombres fueron olvidados pronto, y prevaleció el dado por el conquistador Cortés».

Y en una segunda nota, Lake y Gray continúan diciendo: «Añadiremos la opinión del erudito ex jesuita Dom José Campoi, a la etimología del nombre "California" o "Californias", como dicen otros. Este padre cree que dicho nombre se compone de la palabra española "*Cala*", que significa pequeña ensenada del mar, y de la palabra latina "*fornix*", que significa arco. La razón de estos nombres es que existe una pequeña ensenada en el cabo San Lucas, en cuyo lado occidental cuelga una roca perforada en forma de arco de un modo tan perfecto, que parece hecho por la mano de un hombre. Por esto, Cortés al ver la ensenada y el arco, dio probablemente a aquel puerto el nombre de "California" o *Cala-y-fornix,* hablando medio en español y medio en latín.

»A estas conjeturas podríamos añadir una tercera, compuesta de ambas, diciendo que el nombre se deriva de *Cala,* como cree Campoi, y de *fornax,*

como cree el autor, pues a causa del calor que Cortés sufrió en la ensenada, pudo haber llamado al lugar *Cala y fornax*». Así termina la nota.

Nuestra opinión acerca de esto y de todas las discusiones eruditas sobre el origen de dicho nombre, es que nada es cierto. Los nombres se adhieren ellos mismos a los sitios, y persisten o se desvanecen. Cuando los hombres vayan a vivir a la Antártica, no es probable que hablen de las montañas Rockefeller, o que usen los nombres ideados por las compañías de productos alimenticios. Un nombre surge casi automáticamente, y su relación con la cosa que nombra es muy íntima. Esto parece evidente en la denominación de los lugares del Oeste. De esta conexión hay dos ejemplos: en las Sierras existen dos pequeñas montañas que fueron llamadas por los colonizadores «Maggie's Bubs». Este nombre era satisfactorio y descriptivo, pero pareció vulgar a posteriores y más delicados amantes de la naturaleza, que intentaron cambiarlo numerosas veces sin conseguirlo. Finalmente, se rindieron y las llamaron «The Maggies», explicando que éste era un nombre indio. Del mismo modo, Dog… Point (y soy delicado sólo por esos mismos amantes de la naturaleza) se ha quedado con el nombre de «The Dog»[13]. Este cabo no tiene apariencia de perro, pero sí en cambio parece esa parte de un perro que sugirió su primera denominación. Sin embargo, cualquier persona que contempla dicho cabo recuerda la designación que era anatómicamente acertada, y que no satisface a la facultad de dar nombre. Y esta facultad está muy desarrollada y arraigada en nuestro atavismo. Cuando damos nombre a una cosa, lo hacemos para que nos resulte más familiar y por tanto, menos peligrosa. La palabra «árbol», en abstracto, puede abrigar algún mal hasta que se le da un nombre, pero una vez lo tiene, podemos luchar con él. Un árbol no es peligroso, pero el bosque sí. Entre los salvajes, a veces el mal se escapa por no mencionar su nombre, como en Malasia, donde uno nunca llama a un tigre por su nombre por miedo. Entre otras gentes, incluso entre nosotros mismos, el dar un nombre establece una familiaridad, que vuelve al objeto impotente. Es interesante observar cómo algunos científicos y filósofos, que son una clase emotiva y temerosa, son capaces de protegerse contra el miedo. En el mundo moderno, cuando los horizontes se ensanchan y el filósofo parece que va a fracasar como los marineros de la Edad Antigua, se

puede salvar a sí mismo estableciendo una caja tabú, llamada «misticismo», «supernaturalismo» o «radicalismo». Dentro de esa caja puede tirar todas las ideas que le asustan, y así quedar a salvo de ellas. Pero en la denominación geográfica, parece como si el lugar contribuyera a su propio nombre. Al igual que Tony dice que «el cabo atrae a las olas», nosotros decimos que «el lugar atrae el nombre». No importa lo que significa California; lo que importa es que con todos los nombres otorgados a esa tierra, «California» ha parecido adecuado a quienes la han visto. Y esta palabra sin significado ha retirado completamente de la escena a todas las «Nuevas Albiones» y «Carolinas».

El más extraño caso de apodo que conocemos concierne a un hombre cuyo primer nombre es Copeland. En tres partes distintas del país, adonde ha ido sin conocer a nadie, ha sido llamado primero «Copenhagen», y luego «Hagen». Esto ha sucedido de un modo automático. Él es Hagen. No sabemos qué cualidad de Hagen-*dad* posee, pero debe de existir alguna. ¿Por qué no llamarlo «Copen» o «Cope»? No, él es invariablemente Hagen. Esto, nos damos cuenta, se ha convertido en algo místico, y cualquiera que lo desee puede meterlo dentro de su caja tabú y cerrar la tapa.

En el extremo del cabo San Lucas, donde se alzan los enormes Frailes grises, hay detrás de las rocas una pequeña playa, que es el sueño de piratas de un chiquillo. Parece el lugar ideal para esconderse, y desde donde lanzarse en una pinaza a la conquista del mundo; el lugar para llevar las barras de oro, las joyas, y las hermosas damas. Y esta pequeña playa debe de haber atraído a muchos hombres, pues los nombres de los piratas están todavía en la roca, y los barcos corsarios salían y regresaban allí. Pero ahora, sobre la playa detrás de los Frailes, hay una gran pila de peces martillo en putrefacción, con sus hígados colgando fuera. Algún día, y pronto, la más perfecta piratería tachonará este cabo con monstruos grises y enviará contra los barcos del golfo, no pequeñas bandas de hombres harapientos, sino proyectiles llenos de nitroglicerina. Y esta piratería no esconderá joyas ni hermosas damas detrás de las rocas de la playa.

Aquella mañana nos aseamos y nos afeitamos bien, mientras esperábamos que los oficiales mexicanos salieran y nos dieran el permiso para desembarcar. Tardaron en llegar, porque tenían que buscar sus

uniformes, y también necesitaban afeitarse. Pocos barcos llegaban allí, y no estaría bien perderse la ocasión de visitar uno, aunque fuera un pesquero como el nuestro. Era ya el mediodía cuando aquellos hombres bien vestidos y enfundados en un salacot bajaron a la playa y se dirigieron hacia nosotros en un bote de remo. Iban armados con las automáticas del calibre 45 que usan todos los oficiales en México, y con la cortesía que les es característica. No importa lo que te hagan; te lo hacen de un modo simpático. Aprendimos pronto la rutina de esos puertos. Todos los que tienen o pueden pedir prestado vienen a bordo… El oficial de aduanas, con un uniforme limpio y brillante; el agente de negocios con traje de oficina; luego soldados, si es que hay alguno, y por último los indios, que son los que reman, y quienes raras veces llevan uniformes. Suben a bordo como embajadores. Todos nos estrechamos las manos. La cocina ha sido preparada: el café está a punto y quizás un trago de ron. Se sacan los cigarrillos y entonces empieza el ceremonial de la cerilla. En México los cigarrillos son baratos, pero las cerillas no. Si un hombre desea hacerte los honores, te enciende el cigarrillo, y si tú le has dado uno, debe agradecértelo así. Pero una vez encendido tu pitillo y el suyo, la cerilla todavía está ardiendo, y entonces cualquiera puede hacer uso de ella. En la calle, extraños que necesitan fuego, se te acercan rápidamente, encienden su cigarrillo con tu cerilla, saludan y se van.

Aunque estábamos impacientes, esta vez no tuvimos que esperar mucho tiempo a los oficiales. Resultó que el gobernador del distrito meridional había estado hacía poco en el cabo San Lucas, y justo antes de eso, había fondeado su yate. Esto simplificaba las cosas, pues, habiendo usado recientemente los uniformes, los oficiales sabían dónde encontrarlos y, por suerte, no los habían mandado a lavar antes de subir a bordo. Al mediodía, llegaron en tropel a la playa, espantando a los buitres que revoloteaban alegremente por allí. Llenaron el bote de remo hasta que las bordas se empaparon, y emprendieron la marcha hacia nuestro barco. Realizamos la ceremonia de las presentaciones con alguna dignidad, pues si nosotros les hablamos en un español muy malo, ellos nos hicieron los honores con un inglés pésimo. Bebieron café, fumaron y finalmente se fueron, prometiendo volver. Pero aunque habíamos disfrutado mucho con su visita estábamos

impacientes porque la marea estaba bajando y las rocas tenían un aspecto de poseer gran riqueza de vida animal.

Durante todo el tiempo que duró la entrevista se oían tiros en las rocas, donde varios hombres estaban disparando a cuervos marinos negros; resultaba que todo el mundo en el cabo San Lucas odiaba a estas aves, que acudían allí como moscas. La fábrica de conservas enlata atún, y las vísceras y desperdicios de este pescado se tiran al mar. Estos desechos atraen a bancos de pequeños peces que los pescadores cogen para usarlos como cebo del atún. Pero este círculo cerrado es interferido por los cuervos marinos, que intentan apoderarse de los pequeños peces y, al hacerlo, ahuyentan a los bancos. Por eso son considerados como unas fuerzas intrusas, radicales y subversivas contra el perfecto equilibrio del cabo San Lucas, y son asesinados como todos los radicales tendrían que serlo. Uno de nosotros observó respecto a los cuervos, y puede que tuviera razón:

—Muy pronto querrán votar.

Por fin pudimos emprender la marcha. Desempaquetamos el «Sea-Cow Hansen» y lo sujetamos en la popa del botecillo. Fue la primera vez que usamos el «Sea-Cow». La playa estaba muy cerca, y sólo dando un tirón a la cuerda de arranque, podíamos hacer girar la hélice lo suficiente para llegar hasta allí. El «Sea-Cow» no funcionó aquel día, pero pareció disfrutar con nuestros esfuerzos para ponerlo en marcha.

El equipo para recolectar animales en la playa consiste normalmente en unas cuantas barras pequeñas para partir, cubos de madera con asas, frascos de cuarto de galón, y muchos tubos de cristal. Estos tubos son inestimables para animales pequeños y delicados; la posibilidad de que no se estropeen es mucho mayor si se guardan en recipientes separados. Así, pues, nos llenamos los bolsillos de tubos. Los animales tiernos nunca deben ponerse en el mismo frasco que los fogosos cangrejos, pues éstos sufren un paroxismo de rabia tal, que pinchan a todo lo que está a su alrededor; incluso unos a otros; a veces, hasta a ellos mismos.

Al bajar la marea, las rocas tenían un aspecto de poseer gran riqueza de vida animal; pero eran más que eso, eran hasta feroces de tanta vida. Había una exuberante fiereza allí en el litoral, una competición vital por la existencia. Todo parecía activo; las estrellas y los erizos estaban más

fuertemente prendidos que en otros sitios, y muchos de los univalvos estaban tan fijos en las rocas que las conchas se rompían antes de que los animales se soltaran. Quizá la fuerza del oleaje que golpea esta costa, tiene mucho que ver con la tenacidad de las especies de allí. Es digno de observarse que los animales, en lugar de desertar de esa batida costa y buscar las calas y cuevas resguardadas, aumentan simplemente su tenacidad y luchan contra el mar con una especie de alegre supervivencia. Este cociente de supervivencia feroz nos excita, nos hace sentir bien, y por sus cualidades de lucha y resistencia, los animales parecen estar excitados también.

Mientras el agua bajaba, iniciamos la recolección por el litoral. Nos parecía que no teníamos tiempo suficiente. Cogíamos muestras de todo lo que nos caía a mano. Las rocas más altas estaban infestadas de *Sally Lightfoots,* esos cangrejos hermosos, rápidos y sensitivos, y de caracoles blancos. Debajo, había percebes y caracoles púrpura, más cangrejos y cantidades de lapas. Más abajo, gusanos en tubos calcáreos con hermosas cabezas color púrpura, y estrellas multirradiales, *Heliaster kubiniji* o Xanthus. Con las estrellas había lambién unos cuantos erizos, no muchos, tan metidos en las grietas que resultaba difícil sacarlos. Algunos resistían la barra de acero hasta romperse… con la boca pegada a la roca, mientras su concha se caía. Bajo los arrecifes se balanceaban las oscuras medusas, y debajo de todo había una brillante reunión de animales musgosos conocidos como briozoos, gusanos chatos, cangrejos, grandes pepinos de mar[14], algunas anémonas, y varias esponjas de dos tipos: unas suaves y de color púrpura, y las otras tiesas, blancas y calcáreas. Había también colonias de tunicados, racimos de diminutos animales unidos por una túnica común, y tan parecidos a las esponjas, que incluso un hombre experimentado debe esperar la opinión de un científico para saber si su hallazgo es una esponja o un tunicado. Esto es molesto, porque estando la esponja un escalón más arriba que los protozoos y en el fondo de la escalera de evolución, y los tunicados arriba de todo, bordeando casi los vertebrados, nuestro hombre siente como si una Providencia demasiado democrática le hubiera hecho una mala jugada.

Cogimos muchos caracoles, múrices, un pequeño tectibránqueo rojo, hidroídos, gusanos anélidos, y una estrella roja pentagonal[15]. Había las hordas usuales de cangrejos ermitaños, pero ¡cosa extraña!, no vimos gasterópodos, aunque la región parecía muy apropiada para ellos.

Recolectamos los animales a toda velocidad. Mientras la marea bajaba le llevamos la delantera, vadeando el agua con botes de goma, pero cuando volvió a subir, nos hizo retroceder. El tiempo se nos hizo muy corto. La increíble belleza de las calas, los brillantes colores, y la multitud de especies parecían tragárselo. Y cuando al fin el oleaje de la tarde empezó a batir el litoral cubriéndolo todo de nuevo, nos pareció que habíamos empezado nuestro trabajo. Pero los cubos, frascos y tubos estaban llenos, y cuando terminamos, nos dimos cuenta de que estábamos cansados.

Nuestra recolección acaba de un modo muy distinto a aquellas que se practican como diversión. Actualmente, en la mayoría de los casos, se realizan por hombres especializados en algún grupo de animales. Así si un hombre está interesado por los hidroídos, se moverá por un arrecife, y si su interés es muy agudo, ni siquiera verá otras formas de vida a su alrededor. Para él, la esponja es algo que se interpone en el camino de su hidroído. Recolectar grandes cantidades de animales presenta un aspecto muy distinto, y le hace ver a uno un panorama completamente diferente. Al estar más interesados por la distribución que por los individuos, observábamos las especies dominantes y sus tamaños variables, los grupos que progresaban y aquellos que retrocedían bajo condiciones mutables. En cierto modo, el nuestro es el método más antiguo, algo parecido al de Darwin en su *Beagle.* Fue llamado un «naturalista». Quiso verlo todo, roca, flora y fauna, marina y terrestre. Llegamos a envidiar a este Darwin navegando en su barco. Tenía mucho espacio y mucho tiempo. Podía capturar a sus animales, conservarlos vivos y observarlos. Tenía años disponibles en lugar de semanas, y vio muchas cosas. A menudo envidiábamos también el inadecuado medio de transporté de su época… el *Beagle* no podía navegar a gran velocidad. Se movía lentamente a vela, y nosotros podemos imaginarnos al joven Darwin, apoyado sobre la borda, y sacando medusas con una red de mano. Cuando llegaba a tierra, cabalgaba o paseaba. Éste es el paso adecuado para un naturalista; como se enfrenta

con todas las cosas, no puede darse prisa. Debemos tener tiempo para pensar, observar y meditar. Y el proceso moderno —ese que contempla con rapidez lo general y profundiza luego en lo particular—, fue invertido por Darwing. Tras largas consideraciones de las partes, llegó a hacerse cargo de todo. En los lugares de recolección que nosotros hubiéramos deseado estar un mes y sólo estábamos dos días, Darwin se quedaba tres meses. Es la prisa o la calma lo que cuenta. Y en los escritos de Darwin, al igual que en su pensamiento, se refleja la lentitud de un barco de vela, la paciencia de esperar que llegue una marea. Los resultados están ligados a la velocidad. Nosotros no *podíamos* hacer eso aunque quisiéramos. Hemos pensado muchas veces en esta conexión, en que la prisa, el compás o el tono del escritor moderno, se basa en el nervioso tecleteo de una máquina de escribir; en que el frágil y alucinado pensamiento actual se debe tal vez a la prisa de nuestras escuelas por «producirlo». ¡Producirlo! Usar esta frase en discursos, pero nosotros nos preguntamos: ¿para qué? Y los jóvenes biólogos desgajan a trozos su objeto, jirones de formas de vida, como los tiburones que despedazan un caballo muerto. Éste no es un método ni bueno ni malo; es simplemente el método de nuestra época. Podemos pensar con deseo en Charles Darwin, contemplando el mar sobre la borda de su velero, pero para nosotros, intentar imitar su proceder sería algo romántico y absurdo. Navegar en un velero, luchar contra los vientos y las mareas, recorrer cuatrocientas millas a caballo, pudiendo tomar un avión, no sólo resultaría ridículo, sino inefectivo. Porque nosotros, ante nuestro trabajo, somos productos de nuestro tiempo. Podríamos producir una filosofía nueva, pero sería completamente artificial. Sin embargo, podemos mirar la metódica acumulación de ideas de Darwin con un nostálgico deseo.

Incluso nuestro barco nos apremiaba, y mientras el «Sea-Cow» seguía sin funcionar, él nos contagiaba la idea de su marcha. Teníamos seis semanas, no más. ¿Era extraño que recogiéramos animales furiosamente, que pasáramos todos los momentos en que bajaba la marea sobre las rocas, incluso de noche? Y en los intervalos en que subían las mareas, manteníamos las redes tendidas y las cañas funcionando. Cuando el contrato del barco venciera, tendríamos que dar por terminado nuestro viaje. ¡Qué distinto había sido, cuando John Xantus se instaló en este

mismo lugar, cabo San Lucas! Fue enviado por el Gobierno de los Estados Unidos para observar las mareas, pero como disponía de mucho tiempo, recogió animales para nuestro Museo Nacional.

Las primeras colecciones de especies del golfo, las debemos, pues, a Xantus. Y no creemos dañar su reputación, sino aumentarla, al repetir una anécdota suya. Hablando con el gerente de la fábrica de conservas del cabo, comentamos qué gran hombre había sido Xantus. Mientras otro habría guardado sus mapas de mareas, y hubiera deseado instalarse en el «Hotel Willard», Xantus se había dedicado a recoger animales marinos cuidadosamente. Entonces el gerente nos dijo:

—Oh, todavía hizo algo mejor. —Y señalando a tres chiquillos indios, añadió—: Éstos son nietos de Xantus. En la ciudad hay una familia numerosa de Xantus, y a pocas millas de aquí, en las colinas, encontrarán una tribu entera de ellos.

Nos preguntamos qué biólogos modernos, preocupados por los títulos, ascensos y por los chismes del Claustro de Profesores, habrían tenido el entusiasmo, la liberalidad, o incluso la fecundidad, para dejar tras de sí a «una tribu entera de Xantus». Nos descubrimos ante este hombre por todas sus actividades. Al menos, fue alguien que se reprodujo literalmente en todas las direcciones.

Mucha gente ha hablado de los *Sally Lightfoots*.

De hecho todos los que los han visto, se han sentido encantados con ellos. El mismo nombre con que se les llama refleja su encanto[16]. Estos pequeños cangrejos de brillante caparazón, caminan de puntillas. Tienen los ojos saltones y unas reacciones muy rápidas. A pesar de que infestan las rocas del cabo, y que hay bastantes dentro del golfo, son difíciles de coger. Parece como si pudieran correr en cuatro direcciones, y quizás a causa de sus rápidos reflejos, dan la sensación de que pueden leer la mente del que los persigue. Se escapan de la red, anticipando en qué dirección va a llegar. Si caminas con lentitud, ellos se mueven con lentitud; si corres, corren. Si te sumerges para alcanzarlos, parecen desaparecer entre pequeñas bocanadas de humo azul… y de todos modos, desaparecen. Es imposible trepar sobre ellos. Son muy hermosos y de brillantes colores, rojos, azules, tostados. Durante largo rato intentamos pescarlos. Finalmente, viendo cincuenta o

sesenta en el hueco de una roca, quisimos ser más listos que ellos. Seguro que aunque lentos, éramos más inteligentes. De acuerdo con esto, enfrentamos nuestra clara inteligencia superior, a la no menos clara superioridad física de los *Sally Lightfoots*. Junto a la parte superior de la grieta sobresalía una peña. Uno de nosotros, dando un rodeo secreto, se escondió detrás de ella, red en mano. Quedaba completamente oculto, incluso para los astutos ojos de los cangrejos, que, desde luego, no le habían visto ir allí. La manada de *Sally* estaba adormecida sobre las rocas del fondo de la cueva. Dos más de nosotros nos acercamos desde la playa con parsimonia e ingenuidad. Cualquiera podría haber pensado que estábamos paseando tranquilamente y contemplando el panorama, sin hacer ningún caso de los *Sally Lightfoots*. La bandada se movió a tiempo, uniéndose a nuestra parsimonia. No teníamos prisa, ellos tampoco. Pero cuando pasaran por la boca de la cueva, una gran red caería sobre ellos y los aprisionaría. Y eso lo ignoraban. Avanzaron hasta llegar a cuatro pies del peñasco donde estaba escondido nuestro amigo, pero entonces giraron a la derecha como un solo cangrejo, treparon hasta el borde de la grieta y se tiraron al mar.

El hombre reacciona de un modo peculiar en sus relaciones con los *Sally Lightfoots*. Su tendencia suele ser gritar maldiciones, arrojarse sobre ellos, y salir echando espumarajos de rabia, con todo el pecho magullado. Tiny saltó, resbaló, y al caerse se hirió un brazo. Nunca olvidó ni perdonó a su enemigo. Desde entonces, atacó a los *Lightfoots* con los recursos más sucios que podía idear (y un experto en las luchas callejeras de Monterey está bien preparado para esta clase de batallas). Les tiraba rocas, los machacaba con tablones, e incluso se le había ocurrido la idea de envenenarlos. Logramos coger unos cuantos *Sally* al azar, pero creemos que debían de ser los cojos, ciegos o bobalicones de su especie. Con los *Lightfoots* bien equilibrados y no neuróticos, no teníamos probabilidades.

Regresamos al barco cargados de animales, e inmediatamente los preparamos para conservarlos. Sacamos las cazuelas esmaltadas, las bandejas, potes y frascos de cristal, y los llenamos de agua de mar fresca. Entonces distribuimos en ellos los animales por familias… los cangrejos en un sitio, las anémonas en otro, y los caracoles en otro, y los animales delicados, como los gusanos e hidroidos, los pusimos en recipientes

especiales. Distribuyéndolos así, sería más sencillo separarlos finalmente por especies.

Cuando la pesca estuvo distribuida y clasificada, nos dirigimos a visitar la fábrica de conservas, y más tarde, con Chris, el gerente, y el señor Luis, el capitán del puerto, nos fuimos en coche a la pequeña ciudad de San Lucas. Era una población triste, porque durante el invierno, una tempestad la había destruido en una sola noche. El oleaje había arrasado las casas, y las calles parecían ríos enfurecidos.

—Entonces no había tejados sobre las cabezas de la gente —decía el señor Luis con excitación—. Los bebés lloraban y no teníamos comida. Todo el mundo padecía.

La carretera de la ciudad, llena de polvo y de baches, nos hacía saltar dentro del camión de la fábrica de conservas. A ambos lados, los cactus y arbustos espinosos se calcinaban al sol. Al fin, nos detuvimos delante de una lúgubre cantina, donde unos cuantos jóvenes merodeaban esperando que sucediera algo. Esos guapos muchachos habían esperado largo tiempo —generaciones enteras— que ocurriera algo. En sus ojos no había esperanza. La tormenta del invierno había sido discutida tantas veces, que ya estaba gastada, y además todos sabían lo mismo acerca de ella. Entonces aparecimos nosotros. El camión paró frente a la puerta de la cantina, y salimos nosotros —extraños, extranjeros— formando el grupo de aspecto más estrafalario que había ido nunca allí. Tiny llevaba una gorra blanca de marino que, según dijo, se había agenciado en un lavabo de San Diego. Tony usaba todavía su viejo sombrero de fieltro, y los demás presentábamos una amalgama de gorras de yate, jerseys y pantalones tiesos de sangre de pez. Los jóvenes parecieron cobrar vida durante un rato, pero nosotros no les ofrecíamos bastante interés. La inundación había sido mucho mejor. Y se sumergieron de nuevo en su tristeza.

No existe nada más lúgubre que una pequeña cantina. En primer lugar, está llena de gente que no tiene ningún dinero para tomarse una copa, y que permanece allí esperando un milagro que nunca sucede: que un ángel de alas doradas se instale en la barra y ordene bebidas para todos. Esto no ocurre nunca, pero ¿cómo lo van a saber esos tristes muchachos? ¿Y si sucediera alguna vez y ellos no estuvieran allí? Por eso se apoyan contra la pared, y se sientan en el suelo cuando sale el sol. De vez en cuando, salen y se van a comer a sus casas, pero en esos intervalos se sienten impacientes porque el ángel puede llegar. Su fe no es fuerte, pero es permanente.

Nos dimos cuenta de que no les despertábamos demasiado interés. El propietario de la cantina puso discos en el gramófono, para dar una alegría forzada a su triste establecimiento. Pero tenía cerveza «Carta Blanca», y a nosotros nos gustaba mucho esa marca. No había hielo ni luz eléctrica, y los faroles de gasógeno silbaban y atraían a las chinches de varias millas a la redonda. Las cucarachas, grandes y hermosas, casi con rostros humanos, se apresuraban a salir de sus escondites para ver qué pasaba. La música nos puso más tristes, y los jóvenes nos contemplaban. Cuando levantamos los jarros de cerveza para beber, los ojos de los muchachos se alzaron con nuestras manos, y hasta las cucarachas levantaron la cabeza. No lo pudimos soportar. Ordenamos una ronda de cerveza para todos, pero ya era demasiado tarde. Los jóvenes, sumidos en su profunda melancolía, se la bebieron tristemente. Luego compramos sombreros de paja, porque allí el sol era fulminante. Pero ni siquiera la ridícula diversión que proporciona comprar un sombrero de alas, alegró a aquellos hombres que estaban a punto de llorar. Su ángel dorado había llegado, pero les parecía decepcionante. Nos sentimos como Dios debió de sentirse cuando, después de todos los preparativos del Paraíso, de todos los planes para una eternidad feliz, de pavimentar las calles con oro y entonar hosannas en las alturas, dejó al fin entrar a sus invitados, y éstos, tras echar una ojeada a la ciudad celestial, desearon hallarse de nuevo en Brooklyn. Contamos chistes y anécdotas, sabiendo que no les harían gracia, y cansándonos incluso nosotros antes de terminarlas. Nada resultaba divertido en la pequeña cantina. Nos dispusimos a regresar al barco y creo que aquellos jóvenes se sintieron contentos de vernos marchar, porque, una vez nos hubiéramos ido,

podrían empezar a construirnos en su imaginación dejando correr su fantasía.

En la barra, Chris nos habló de un licor indígena llamado *damiana,* hecho de una infusión de hierbas, y no muy conocido fuera de la Baja California. Chris dijo que era afrodisíaco, y nos contó algunas historias interesantes para probarlo. Nosotros sentimos un científico interés por esos relatos, y compramos una botella de *damiana,* con la intención de someterla a ciertas pruebas bajo condiciones de laboratorio. Pero los oficiales de aduanas de San Diego nos la quitaron, no por su romántico aspecto sino porque contenía alcohol. Por eso nunca pudimos someterla a una comprobación científica. Pensábamos usarla con una rata blanca. Tiny dijo que no quería ningún mejunje parecido cuando se sintiera sensual.

No creo que exista un verdadero afrodisíaco. Hay excitantes como las cantáridas, y ayudas físicas a las dificultades de lesiones psíquicas, como el sulfato de yodo; hay alimentos ricos en proteínas como el *bêche-de-mer,* los erizos de mar, y las apreciadas ostras. Pero a pesar de eso, no parece haber un afrodisíaco, una dulce esencia de la diosa Afrodita que se pueda tomar en una cápsula. Cierta persona dijo una vez que encontraba que el intercambio sexual era un afrodisíaco, y ciertamente es el único efectivo.

Muchas personas se sienten interesadas por este asunto, pero la mayoría de ellas se sienten forzadas a pretender que no. Un hombre, por amor propio, debe estar por encima de su concupiscencia, al menos públicamente. Pero todos los médicos conocen muy bien al «amigo de su cliente» que necesita ayuda. Es el mismo que tiene gonorrea. ¡Y qué no haremos nosotros para ayudar a ese evasivo «amigo» a superar sus dificultades! ¡Cuántas noches de insomnio pasamos preocupándonos por él! Necesita un afrodisíaco y debemos tratar de encontrárselo. Pero el *damiana* que compramos para nuestro «amigo» está ahora en manos de los oficiales de aduana de San Diego. Quizás ellos también lo utilicen. Como les insinuamos las cualidades del *damiana,* es posible que este fascinante licor haya sido entregado a un amigo, o quizás incluso sometido a una investigación.

Nos hemos preguntado la obscenidad que debe tener este libro si ha de ser verdadero. La obscenidad, o vulgaridad —llámelo como quiera— es

algo muy relativo, es una cuestión de actitud. Hace mucho tiempo, conocimos a un hombre que trabajaba en el campo para una rica familia. Una mañana, una de las vacas tuvo un ternero, y los niños de la casa fueron a verla con él. El nacimiento fue normal, una representación perfecta, y la vaca no necesitó ayuda. Los niños hicieron preguntas, y nuestro hombre se las contestaba. Y cuando surgió la cabeza del ternerillo, y su hocico aspiró la primera bocanada de aire, los chiquillos se sintieron fascinados y espantados. En aquel momento llegó su madre gritando por la vulgaridad que significaba permitir que los niños vieran el nacimiento. Esta «vulgaridad» les había proporcionado una sensación de asombro ante la estructura de la vida, mientras que la decencia y el decoro de su madre la había cubierto de suciedad. Si el lector es una persona «decente», entonces éste es un libro vulgar, porque los animales de una ensenada tienen dos preocupaciones primordiales: primera, sobrevivir, y segunda, reproducirse. Se reproducen por todas partes. Retrocedamos a alguna frase oscura, o al griego, o al latín, que por alguna razón protegen al que es delicado. Hubo un tiempo en que los biólogos hacían pequeñas bromas al denominar a los animales. Pero algo más tarde, los hombres hallaron sus métodos vulgares. Verrill, en su obra *Las actinias de las expediciones canadienses árticas,* estalla en protestas. Dice: «El profesor McMurrich ha tratado de rehabilitar para esta especie un nombre (senilis) usado por Linneo para designar a un pequeño animal imperfectamente descrito en 1761… La descripción no se ajusta lo más mínimo a la realidad. Él lo presentó como un ejemplar áspero, sórdido, del tamaño de la juntura de un dedo, y con un manto coriáceo. Pero ese retrato no puede aplicarse a este suave y delicado animal… sería una mera conjetura decir qué especie tenía a la vista… Además, dejando aparte esta incertidumbre, la mayoría de los escritores modernos han rechazado la mayoría de los nombres actinianos de Linneo, por considerarlos obscenos e indecentes. Toda esta confusión demuestra la imposibilidad de fijar un nombre, aunque no fuera en otro aspecto censurable. Tendría que ser olvidado o ignorado, como los nombres genéricos usados por Linneo en 1761, y por otros hombres de la época, para denominar especies de Actinias. Generalmente eran formas latinizadas de nombres vulgares usados

por los pescadores, algunos de los cuales todavía pueden oírse por nuestras costas».

Este extraño esfuerzo por «limpiar» la biología esperamos que no dé resultados. Al menos, conservamos nuestra vulgar capacidad de asombro. No somos mejores que los animales; de hecho, en muchos sentidos, somos peores. Y por eso, dejaremos que el libro salga como pueda.

Abandonamos el camión, y paseamos en la noche por las arenosas colinas. En aquella latitud el firmamento parecía muy negro, y las estrellas muy blancas. Ya no percibíamos el perfume de la tierra, porque nos habíamos acostumbrado de nuevo al olor de la vegetación. La cerveza nos proporcionaba una sensación cálida y agradable, y el aire nos acariciaba con suavidad. En un matorral junto al camino brillaba un pequeño halo de luz, y al acercarnos, vimos una tosca cruz de madera iluminada indirectamente. Los brazos de la cruz estaban sujetos con una correa, y toda ella parecía brillar, sola en la oscuridad. En el suelo había una lata de petróleo con una vela encendida. Nuestro amigo nos contó que un hombre había llegado de un barco pesquero, enfermo, cansado y débil. Intentó llegar a su casa, pero cayó en aquel lugar y murió. Y su familia puso allí una pequeña cruz y una vela para indicar el sitio. Es bueno recordar por un instante el lugar donde un hombre murió. Éste es el único acto solitario de su vida. En todo lo demás, incluso en su nacimiento, está ligado a los demás; pero en el momento de su muerte es él mismo. En casi todo México esos sitios se marcan. Una tumba es algo completamente distinto. En ella la familia de uno presume, miente o se justifica en materia de elegancia y extravagancia. Pero éste es un asunto familiar o social que no concierne en absoluto al muerto. La cruz anónima y la secreta luz son suyas; son como un símbolo de la aguda soledad que reflejan los ojos de un hombre agonizante.

A unos cuantos pies de distancia, la cruz parece vacilar con una pequeña luz amarilla; parecía casi un recuerdo. Y el hombre que intentaba llegar a su casa —nunca le conocimos, pero por alguna razón, permanece en nuestra memoria—, un ente suprapersonal, un símbolo lento y doloroso, de tantas y

tantas generaciones de hombres y mujeres, que luchan siempre por llegar a su casa y nunca lo consiguen.

Regresamos al muelle y nos metimos en nuestro pequeño bote. El «Sea-Cow», naturalmente, no se puso en marcha, y como era de noche, remamos para llegar al *Western Flyer*. Entonces, como por arte de magia, en el extremo del muelle aparecieron los tristes jóvenes de la cantina. Ellos no se habían movido; algún hada los había cogido, transportado y dejado allí. Estuvieron contemplándonos hasta que nos perdimos en la oscuridad, y luego suponemos que regresaron a toda prisa a la cantina, donde el dueño estaba retirando los discos y contando los dólares que le habíamos dejado. En el puerto no brillaba ninguna luz, porque las máquinas de la fábrica de conservas habían parado a la puesta del sol. Nos fuimos a la cama; había una marea aprovechable por la mañana.

En la playa de San Lucas existe una guerra declarada entre los cerdos y los buitres. Unas veces domina un bando, y otras veces el otro. En alguna ocasión los cerdos sienten el dinamismo y el orgullo de su raza, y apartan a los buitres de las basuras. Luego, los buitres se toman la revancha. También hay en la playa unos perros flacos, sin ningún dinamismo u orgullo racial, que, sin embargo, se las componen para conseguir la mejor parte. Cuando el cerdo coge un vientre de pescado, y antes de que pueda chillar su segundo «*Sieg Heil!*», el perro se lo ha quitado.

Marzo, 18

La sucesión de mareas era corta. Por ello, deseábamos cubrir el máximo recorrido posible, establecer los puntos de recolección que pudiéramos, y así poseer una imagen de casi todo el golfo. A la mañana siguiente, emprendimos rumbo a Pulmo Reef, situado en la parte oriental de la península. Hacía un día hermoso, el agua tenía un azul intenso, y las arenosas playas de la costa brillaban con una amarillenta intensidad. A lo lejos, las colinas resaltaban como manchas oscuras. Muchas personas han ido al cabo San Lucas y varias lo han descrito. Nosotros habíamos leído unos cuantos relatos, y, naturalmente, no estábamos de acuerdo con ninguno de ellos. Para el dueño de un yate, es un lugar miserable, infestado de pulgas, pobre y maloliente. Pero para un hombre que haya sido arrojado allí por una tempestad, debe de ser un sitio agradable y cordial. Éstos son los extremos, pero el área entre ellos tiene multitud de condiciones. Una vez, leímos un Diario escrito por un hombre que había llegado a través de Panamá en 1839. Este hombre había leído algo sobre aquel lugar antes de ir allí, pero lo que leyó fue una descripción de la vieja ciudad, y en su Diario, escrito después que la hubo visto, citaba lo que había leído acerca de ella. No sabía que la ciudad del libro había sido destruida, y la nueva no estaba ni siquiera en el mismo sitio, pero él no se alteró por estas discrepancias. Estaba seguro de que la encontraría y la encontró.

Existe la curiosa idea entre los hombres profanos de que en los escritos científicos hay un estrato común de perfeccionismo. Nada está más lejos de la verdad. Los informes de los biólogos son una dimensión, no de la

ciencia, sino de los hombres. Existen tan pocos científicos gigantes como de cualquier otra clase. En algunos informes, es imposible relacionar las descripciones de animales vivos, a causa de la ineptitud de su lenguaje, y en otros, los lugares de recolección aparecen tan mezclados o ignorados, que las especies mencionadas no pueden ser halladas. El mismo condicionante se introduce en la especificación como en cualquier otra clase de observación, y las mismas faltas de negligencia que se encuentran en los informes científicos, se hallan en el banco de testigos de un tribunal criminal. A veces, parece que los hombres, en un trabajo científico, asuman el temor de un sacerdocio para ocultar sus defectos, como hace el médico-brujo con sus orgullosas máscaras y trípodes de barro, como tienen los sacerdotes de todos los cultos con lenguajes y símbolos, secretos y extraños. Normalmente, sólo los hombrecillos obstinados se oponen a lo que se llama «popularización», por la que ellos entienen escribir con claridad comprensible a alguien que no esté familiarizado con las claves y ritos del culto. No hemos conocido ni a un solo gran científico que no pueda disertar con desenvoltura con un niño. ¿Significa esto, tal vez, que los que aborrecen la claridad no tienen nada que decir, no han observado nada, no poseen una idea clara ni tan siquiera de sus propias actividades? Un hombre estúpido es estúpido sea cual sea su profesión, y naturalmente un científico inepto tiene derecho a protegerse con togas y plumajes, emblemas y grados, como hacen otros hombres obtusos, que son potentados y dictadores imperialistas de logias de hombres estúpidos.

Cuando nos acercábamos a Pulmo Reef, Tony envió a un hombre a la torre del mástil para que observara las rocas escondidas. En ese elevado lugar es posible ver el fondo del mar, donde las rocas parecen flotar como sombras oscuras. En aquella área el agua era más verde que azul, y su fondo arenoso podía verse claramente. Nos acercamos a tierra lo máximo que la seguridad permitía y echamos el ancla. A una milla vimos el arrecife; la marea empezaba a bajar. Detrás de la playa blanca había una de esas solitarias y pequeñas rancherías, que más tarde llegamos a conocer. Generalmente tienen plantadas una palmera o dos, y por estos árboles que sobresalen de

los matorrales, uno puede localizar las casas. Suele haber un pequeño corral, con un par de burros, unos cuantos cerdos y algunos pollos flacos. El ganado corretea a sus anchas en busca de comida. En la playa tienen una piragua, porque una buena parte del alimento proviene del mar. Raras veces ves allí alguna luz; la gente se va a dormir al anochecer y se despierta de madrugada. Deben de sentirse muy solitarios, pues siempre que fondea un barco, salen remando a su encuentro. En Pulmo Reef la pequeña piragua fue a darnos la bienvenida. Iban en ella dos hombres y una mujer, desarrapados, con las ropas llenas de remiendos. Los *sarapes*[17] de los hombres estaban tan raídos que la luz se filtraba por ellos, y el rebozo de la mujer había perdido su color. Se aproximaron a la borda del *Western Flyer,* y se cubrieron cuidadosamente con sus grasientas mantas para protegerse de nosotros. El hombre blanco había hecho mucho daño a sus antepasados: su aliento estaba infectado de tuberculosis; dormir con él era envenenar a las generaciones. Dondequiera que instaló sus colonias, los indígenas se marchitaron y murieron. Trajo industria y comercio, pero no prosperidad; trajo riquezas, pero no tranquilidad. Al cabo de cuatrocientos años de su llegada, estas gentes vestían andrajos y sentían la vergüenza de llevarlos; tenían arpones de hierro para sus manos, sífilis y tuberculosis; les quedaban unas pocas neuronas del hombre blanco, y una curiosa devoción por un Dios que había sido sacrificado hacía tiempo en el país de los blancos. Ellos saben que el hombre blanco es venenoso y se cubren para preservarse de él. Nos encuentran fascinantes. Se sientan en la barandilla durante horas, contemplándonos y esperando. Cuando les alimentamos, comen y nos lo agradecen con cortesía; pero no han venido por la comida, no son mendigos. Les damos a los hombres algunas camisas, y ellos las doblan y las ponen en la proa de la piragua, pero no han venido por las ropas. Uno de los hombres nos ofrece al fin una caja de cerillas, en la que hay unas cuantas perlas deformes como pequeños cánceres. Pide cinco pesos por ellas, y sabe que no las valen. Nosotros, aunque no las queremos porque son pequeñas y feas, le damos un cartón de cigarrillos y nos las quedamos. Ahora estos tres tenían que irse, pero no lo hacen. Estarán ahí durante semanas, sin moverse, sin hablar más que de vez en cuando unos con otros con sus voces suaves como susurros. Sus ojos oscuros nunca nos

abandonan. No hacen preguntas, parecen estar soñando. A veces les preguntamos a los indios los nombres locales de los animales que cogemos, y entonces se consultan entre sí. Viven de recuerdos, tan relacionados a la playa, a las colmas rocosas y a la soledad, que se identifican con ellos. Preguntarles por el país, es como preguntar por ellos mismos.

—¿Cuántos dedos tienen tus pies?

—¿Qué dedos? Déjame ver… diez, claro. Los he conocido toda mi vida, nunca he pensado en contarlos. Esta noche va a llover, no sé por qué. Algo me dice que lloverá esta noche. Desde luego soy yo el que lloveré, ahora que pienso en ello.

Sus ojos oscuros tienen unas curiosas lucecitas rojas en las pupilas. Son una gente soñadora. Si quieres escaparte a su mirada, a sus ojos sin tiempo, sólo tienes que decir:

—Adiós, señor.

Y parecen despertar.

—Adiós —dicen suavemente—. Vaya con Dios.

Y emprenden el regreso. Traen con ellos una especie de silencio, y cuando se van, la voz de uno suena fuerte y desagradable.

Cargamos en el botecillo el material para la pesca: recipientes, barras, tubos y cubos. Pusimos el «Sea-Cow» en popa, y éste cometió una de sus pocas equivocaciones. Por lo visto pensó que nos dirigíamos directamente a la playa en lugar de al arrecife, una milla más lejos. Se puso en marcha con un gran rugido, y funcionó un cuarto de milla antes de darse cuenta de su equivocación. Naturalmente, tuvimos que llegar al arrecife remando.

Para recoger animales en esta región, llevábamos siempre botas de goma. Hay algunas especies que pinchan, y una clase de erizo que resulta muy venenoso. Varios gusanos, como los *Eurythoë,* dejan espinas en la piel, que arden de un modo despiadado, e incluso el corte de un percebe se infecta con facilidad. Es imposible usar guantes; uno debe ir con mucho cuidado, y ver dónde pone su dedo antes de hacerlo. Algunos bichos son increíblemente intrépidos y feroces. En cierta ocasión, una morena de unas ocho pulgadas de largo salió por debajo de una roca, mordió a uno de nosotros en el dedo y desapareció. Si uno no es por naturaleza cauteloso, las dolorosas experiencias le enseñan muy pronto a serlo. Las botas protegen

los pies contra casi todo, pero existen unos erizos cuyas espinas son tan afiladas, que traspasan la goma, se clavan en la carne y normalmente producen una infección.

Pulmo es un arrecife de coral[18]. Se ha observado con frecuencia que los arrecifes de corales sólo se hallan en la parte oriental de las grandes extensiones de tierra, y, en cambio, no existen en el lado occidental. Esto ocurre también en Pulmo, y no tiene nada que ver con el oleaje o las corrientes. Su causa debe de ser alguno de esos factores desconocidos, siempre presentes y obsesionantes para el ecólogo.

La complejidad de la norma de vida en Pulmo Reef era aún más grande que en el cabo San Lucas. Colgando en el coral, creciendo en él, escondiéndose en sus cavidades, había una prolífica fauna. Cada trozo del suave material que rompíamos se agitaba y latía con vida… pequeños cangrejos, gusanos y caracoles. Un trozo de coral podía esconder treinta o cuarenta especies, y los colores del arrecife eran de un brillo casi eléctrico. Los erizos de espinas afiladas[19] nos causaron molestias inmediatamente, pues alguno de nosotros, al pisar sin cuidado, nos los clavamos en los pies.

El arrecife fue quedando descubierto gradualmente mientras la marea iba bajando, y en su superficie plana los charcos de agua presentaban un aspecto hermosísimo. Empezamos a recoger animales con la máxima rapidez posible. Había gorgonias colgantes de color púrpura, peces que se hinchan cuando son atacados erizando las espinas de su piel, y numerosas estrellas. Los erizos[20] se hacinaban en las grietas de las rocas; parecían moverse muy poco. Cogimos varias estrellas de color verde y pardo[21], y otras más grandes de cinco radios, con placas bordeando las cavidades ambulacrales[22]. Encontramos cantidades de percebes, y un magnífico múrice, y un caracol semiesférico que estaba tan camuflado entre las algas que casi no se podía ver. Había mejillones y ostras; lapas, esponjas, corales de dos tipos, pepinos de mar, gusanos, y muchos cangrejos, tan apiñados, entre las algas, que hasta que no se movían parecían ser prominencias del arrecife. No faltaban los gusanos, incluyendo a nuestro enemigo *Eurythoë,* que pincha produciendo un gran dolor. Este bicho le hace a uno buscar con mucho tiento. Los racimos de coral estaban habitados por camarones, cangrejos tiernos y rojos[23], y pequeños cangrejos-araña blancos y negros,

cubiertos de pelo[24]. En estas especies el sentido de la autonomía está muy desarrollado. Por último, bajo el arrecife vimos una gran gorgonia o abanico de mar, balanceándose suavemente en el agua clara, pero estaba tan profunda que no la podíamos alcanzar. Uno de nosotros se desnudó y buceó para cogerla, esperando en cualquier momento ser atacado por uno de esos monstruos en los que no creemos. El fondo del arrecife era lóbrego y las esponjas allí tenían un color más brillante. El buzo no permaneció mucho tiempo bajo el agua; soltó el abanico de mar y salió a la superficie. Aunque volvió a sumergirse varias veces, éste fue el único tipo de gorgonia que pudo encontrar, y el único que cogimos en todo el viaje.

Los tubos, frascos y cubos estaban tan llenos de especies, que teníamos que cambiar el agua constantemente para conservarlas vivas. Cogimos grandes trozos de coral, los metimos en los cubos, y más tarde los colocamos en cacerolas con agua de mar. Esto es algo interesante, pues cuando el agua se pasa, los miles de pequeños habitantes que viven en los tubos, cavidades e intersticios del coral, salen de sus escondites en busca de un nuevo hogar. Aparecen gusanos y cangrejos, que entonces se pueden coger muy fácilmente.

El fondo del mar cercano al arrecife era de arena blanca, tachonada de estrellas púrpuras y doradas, de las que cogimos muchas. Y junto a ellas, habían otros racimos de un coral mucho más fuerte y más regularmente formado por el de la superficie[25]. La prisa por recoger lo máximo posible antes de que la marea volviera a cubrir el arrecife nos hizo pescar todo lo que encontrábamos sin distinción, pero esto no importaba. Una vez a bordo del barco, podríamos seleccionarlos, examinar los trozos de coral, e incluso descubrir animales que no sabíamos estaban allí.

Pulmo fue el único arrecife de coral que encontramos en toda la expedición, y su fauna e incluso las algas eran muy especiales. No podía ser golpeado por un fuerte oleaje, porque en su superficie vivían animales en extremo delicados, que hubieran desaparecido de ser muy castigados por el mar. La lucha por la existencia era allí tan grande como en San Lucas, pero nos pareció que se empleaban distintos métodos. Mientras que en el cabo la rapidez y la ferocidad eran los atributos de la mayoría de los animales, en Pulmo empleaban el escondite y el camuflaje. Los pequeños cangrejos

llevaban máscaras de algas, briozoos, e incluso hidroidos, y la mayoría de los animales tenían túneles o algún resguardo por donde meterse. La suavidad del coral hacía esto posible, mientras que el duro granito de San Lucas lo impedía. En algunas ocasiones deseábamos tener un equipo submarino, pero nunca lo deseamos tanto como en Pulmo, pues el arrecife encerraba maravillas que no podíamos ver. No es agradable sumergirse en aguas oscuras, conteniendo la respiración y sin llevar una careta protectora.

El agua que rodeaba el arrecife era muy caliente. Nos sacamos, pues, las botas, y poniéndonos zapatos de tenis para proteger nuestros pies de las espinas de algunos animales, chapoteamos alegremente recogiendo racimos de coral.

De nuevo intentamos poner en marcha el «Sea-Cow»… pero tuvimos que regresar al *Western Flyer* a remo. Una vez allí, nos quejamos tan amargamente a Tex, el maquinista, que éste desmontó el maligno motor, examinándolo pieza por pieza, con una expresión incrédula en sus ojos. Admiraba, creo yo, la ingenuidad con que se podía construir una pequeña máquina tan perfecta, y estaba atónito ante la idea de hacer un motor con el propósito de que no funcionara. Al montarlo de nuevo, hizo un descubrimiento. El «Sea-Cow» funcionaba perfectamente fuera del agua… es decir, en un barril de agua con el propulsor y el canal refrigerador sumergidos. Colocado así, el «Sea-Cow» se ponía en marcha y conseguía un récord de velocidad.

En seguida que llegamos al *Western Flyer* levamos anclas. Era cuestión de ganar tiempo, clasificando y guardando las especies mientras navegábamos, siempre que el mar se mantuviera en calma, y ahora estaba muy tranquilo. La gran recolección que habíamos realizado en el arrecife requirió todos los platos de cristal y cacerolas esmaltadas que poseíamos. Estuvimos ocupados hasta que se puso el sol, e incluso después de que se hizo oscuro, nos sentamos y preparamos las etiquetas para pegarlas en los tubos. Cuando los frascos estuvieron llenos y rotulados, los volvimos a meter en sus cajas de cartón y los guardamos en la bodega. Los tubos de corcho fueron envueltos en papel secante y apilados en cajas. Así no había peligro de que se rompieran o gotearan, y clasificando a los animales el mismo día que los habíamos cogido, nos evitábamos posibles futuras

confusiones. Pero sabíamos ya que habíamos cometido un error: no teníamos suficientes recipientes pequeños. Es mejor colocar a un animal solo en un frasco, pero no es bueno dejarle demasiada libertad de movimientos. La gran cantidad de especies que recogimos agotó nuestros recursos mucho antes de concluir el viaje.

A medida que nos adentrábamos por el golfo, empezamos a ver en tierra el espejismo del que habíamos oído hablar. Mientras que en las costas de Sonora resulta muy peligroso, en la península es lo suficientemente interesante para producir una violenta y extraña sensación en el espectador. Cuando pasas un cabo, éste se raja de pronto, convirtiéndose en una isla, y entonces el agua parece extenderse hacia su interior oprimiéndolo hasta darle forma de hongo, y finalmente lo levanta de la tierra y lo mantiene suspendido en el aire sobre el mar. Incluso a corta distancia de la costa uno no puede decir cómo es la tierra. Las islas lejanas, según los mapas, son visibles, mientras que otras que tendrían que estar cerca no se ven en absoluto, hasta que de pronto surgen rompiendo el espejismo. Toda la tierra de alrededor es inconsistente y mutable. A uno le hace recordar los viejos cuentos de reinos invisibles, donde príncipes, princesas y dragones vivían en alegre compañía; y las historias más modernas, donde los héroes tienen unas dimensiones más complejas. Nosotros estamos bastante acostumbrados a los milagros, desde luego, pero ¿cuáles deberían ser los sentimientos de los descubridores españoles? Los milagros eran acontecimientos diarios para ellos. Quizá por eso sus pies se asentaron más firmemente en el suelo. Sujetos como estaban a las constantes apariciones de santos, y a las procesiones de vírgenes benditas, en sus sueños y embelesamientos, tal vez los espejismos no les resultaban nada extraordinario. Hemos visto muchas figuras milagrosas en México. Generalmente son Cristos que han aparecido de un modo sobrenatural en montañas o cuevas, en las épocas de crisis. Pero es extraño que las autoridades, cuando deseaban que se apareciera una imagen milagrosa, eligieran invariablemente tallas españolas malas del siglo diecisiete. Quizá la crítica de arte del cielo estaba íntimamente relacionada con la sensibilidad de la época; desde luego, habría sido un poco chocante

encontrar bajo un árbol mexicano un Cristo de Epstein, un pájaro de Brancusi, o un *Descenso de la cruz* de Dalí.

Debió de ser una tarea muy difícil para aquellos tenaces padres jesuitas impresionar a los indios del golfo. Allí la misma atmósfera era milagrosa, y los perfiles de la realidad cambian a cada instante. El cielo se traga a la tierra y luego la vomita. Un sueño, una especie de alucinación, envuelve a la región entera. Quizá sólo la talla de madera del siglo diecisiete podría hacer el milagro, pero éste debería ser muy viril, para resultar efectivo.

Tony se puso inquieto con el espejismo, pues allí lo exacto y lo inexacto luchaban ante sus mismos ojos, y ¿cómo podía uno saber dónde estaba el error? Está muy bien decir: «La tierra está aquí, y lo que la empaña es una ilusión óptica, producida por la luz, el aire y la humedad»; pero si uno está gobernando un barco, debe navegar según lo que ve, y si el aire, la luz y la humedad —tres realidades— maquinan y perpetran una mentira, ¿qué es lo que un hombre realista puede creer? A Tony no le gustaba el espejismo en absoluto.

Mientras trabajábamos en las especies, otro mero, grande, gordo y rápido, se enganchó en las cañas de pescar. Corrimos a buscar la cámara porque queríamos sacar película en color del cambio de tonalidades del pez agonizante, pero nos equivocamos al poner el rollo y salió mal, como de costumbre.

Alrededor del barco jugaban algunos peces espada. Parecían hacerlo por pura diversión o exhibicionismo. Se cree que saltan para quitarse los parásitos de encima. A veces, cuando están en el aire, el sol les hace brillar. Aquella tarde vimos también los primeros ejemplares de mantas (rayas gigantes), y preparamos los arpones. Uno atravesó la cola de un pez espada, pero como la púa no había penetrado, no pudimos cogerlo. No perseguimos a las rayas gigantes porque deseábamos anclar aquella noche cerca de Point Lobos, en la isla del Espíritu Santo.

Al atardecer llegamos cerca de allí, pero cuando nos preparábamos a fondear, se levantó un fuerte viento en contra, y Tony decidió correr a resguardarnos en el continente, en Pescadero Point. El viento y el mar parecían crecer por momentos, y los frascos corrían el peligro de volar por la borda. Durante media hora estuvimos atando el equipo, y quitando las

lonas que habíamos tendido para preservar a nuestros animales del sol. Bajo aquel potente vendaval cruzamos el canal que conduce a La Paz, y vimos una luz… La primera que veíamos desde la del falso cabo. Resultaba muy extraña en el golfo. Las olas no eran altas, pero el viento soplaba con gran intensidad, y sólo aminoró cuando llegamos a Pescadero Point. Entramos lentamente, dando señales de aviso. Luego, una vez anclamos, guisamos y nos comimos el delicioso mero. Después de cenar decidimos unir nuestras fuerzas en contra de Tex. Ocurrió como sigue:

No llevábamos cocinero ni lavaplatos, y por tanto, se había acordado que todos ayudaríamos a estos menesteres. Pero hasta entonces Tex se había mostrado reacio a lavar los platos; cuando llegaba la hora de lavarlos, siempre tenía cosas que hacer en la sala de máquinas. Quizás habría tenido éxito en su crimen si hubiera variado su rutina, pero gradualmente empezamos a sospechar que no le gustaba lavarlos. Él lo negó enérgicamente. Dijo que le gustaba mucho hacer aquel trabajo. Apeló a nuestra razón. ¿Nos gustaría, dijo, estar siempre en la sala de máquinas ensuciándonos las manos? Además, había peligro allí abajo; muchos hombres habían sido matados por las máquinas. Él no quería que corriéramos ese riesgo. Nosotros escuchamos sus argumentos en un silencio que le hizo ponerse nervioso. Protestó entonces diciendo que una vez había lavado platos desde Texas a San Diego sin parar, y que le había gustado tanto hacerlo, que no quería mostrarse egoísta ahora. Un círculo de ojos fríos le rodeaba. Empezó a sudar. Dijo que más adelante iba a pedirnos el privilegio de lavar todos los platos, pero que ahora tenía un pequeño trabajo que hacer en la sala de máquinas. Era por la seguridad del barco, dio. Nadie le contestó, y por fin gritó:

—¡Dios mío! ¿Váis a colgarme?

Al fin Sparky habló, con amabilidad, pero inexorable:

—Tex —dijo—, vas a lavarlos o dormirás con ellos.

Tex repuso:

—Tan pronto como termine mi trabajo, estoy dispuesto a lavar cuatrocientos o quinientos platos.

Nosotros cogimos cada uno un montón de platos y los colocamos suavemente en la litera de Tex. Éste se levantó con resignación, los volvió a

sacar y los lavó. No se quejó, pero estaba deshecho. Su alegría había desaparecido y nunca pudo sacar las manchas de salsa de tomate de sus mantas.

Aquella noche Sparky hizo funcionar la radio y estableció contacto con la flota pesquera, que navegaba por la región, desde la isla Cedros hasta el interior del golfo, en busca del atún. Los pescadores no son más felices que los granjeros. Es difícil comprender por qué alguien se hace granjero o pescador. Constantemente les suceden cosas horribles: pierden sus redes, los peces son feroces, las focas se meten en las redes y las desgarran, se hacen nudos, no hay pescado y el precio sube, hay demasiado y el precio baja. Y si se pudiera inventar algún medio para que el pez nadara hasta el barco, se abriera camino hasta el almacén de pescado y se tirara hielo encima con sus propias aletas, las imprecaciones serían terribles. Para los pescadores no existe la felicidad en ninguna parte.

La pauta de un libro, o un día, o un viaje, se convierte en un diseño característico. Los factores de una expedición en barco, las fases personalistas que cambian un poco para fijarse en sus moldes, pero que conservan sus propios ángulos, dan un carácter propio a tu expedición, de tal modo que uno puede decir: «Fue un viaje muy agradable» o «fue una excursión mediocre». El carácter del todo se hace definitivo y definido. Corrimos de un sitio a otro recogiendo animales, y cuando llegó la noche y echamos el ancla, una especie de sosiego envolvió al barco y el viaje durmió. Charlamos, especulamos, y bebimos cerveza. Nuestras discusiones vagaron de la belleza de mujeres recordadas a la complejidad de relaciones en los otros campos. Resulta fácil cansarse recolectando; el período de la marea baja es lo máximo que los hombres pueden resistir. Al principio las rocas son brillantes y cada animal que se mueve atrae la atención. El panorama es amplio, coloreado y hermoso. Pero al cabo de una hora y media, los centros de atención fatigan, los colores se marchitan y el campo de operaciones parece encogerse. Aquí puede uno observar cómo su propio mundo se reduce, hasta que el interés, y con él la observación, vacilan y desaparecen. ¿Y si con los años este cansancio se hace permanente, y la

observación se empaña y no se recobra? ¿Puede ser esto lo que sucede a tantos hombres de ciencia? ¿Es la fatiga que apaga el entusiasmo, el interés, la agudeza, y les hace caer en un didacticismo fácil? Con este cansancio, con este embotamiento de los centros de atención, existe quizás el doloroso y triste recuerdo de lo que fue la vieja excitación, y la pena por haberla perdido puede convertirse en envidia de los hombres que todavía la tienen. Entonces, fuera de la concha del didacticismo, este hombre gastado puede atacar al que todavía no siente cansancio, y tiene en sus manos las armas adecuadas para hacerlo. Parece cierto que para un hombre fatigado un error en cualquier dato estropea toda la corrección, mientras que el infatigable, en su energía y receptividad, considera la pequeña equivocación un producto secundario de su esfuerzo. Estos dos hombres equilibran y generan al fin una cosa más pura que ellos. Son las fuerzas que sostienen la estructura, pero es triste ver cómo su interés enflaquece, se debilita y muere. Hemos conocido a muchos profesores que un día levantaron el entusiasmo de sus oyentes, y que luego se encasillan en conferencias preparadas años antes, sin variarlas nunca. Quizás ésta es la misma estrechez que observamos en nosotros mismos en una ensenada… el hombre, al mirar la realidad, trae sus propias limitaciones al mundo. Si posee fuerza y una inteligencia enérgica, la ensenada se dilata en ambos sentidos, ahonda en los electrones, se abre espacio en el universo, y se libera del momento para entrar en un tiempo no conceptual. Entonces la ecología tiene un sinónimo que es totalidad.

Es extraño cómo el sentido del tiempo cambia con gentes distintas. Los indios que se sentaron en la barandilla del *Western Flyer* poseían un sentido del tiempo diferente al nuestro. Y creemos que nunca podremos introducirnos en ellos, a menos que podamos invadir su «tiempo-mundo», pues éste parece arrastrar a un universo en expansión, o tal vez dirigirlo. Uno considera las duraciones indicadas en geología o enpaleontología, y pensando en nuestro tiempo-mundo con su duración entre tiempo-piedra y tiempo-piedra; dice:

—¡Qué increíble intervalo!

Luego, cuando uno lucha por construir alguna imagen del tiempo astrofísico, se enfrenta con el año-luz, con una duración desconcertante, a menos que la relatividad de todas las cosas intervenga, y el tiempo se

expansione y se contraiga, de acuerdo con las pulsaciones de un universo relativo.

Es sorprendente cómo las estrecheces de las viejas teleologías infectan nuestra observación, cómo el pensamiento casual está retorcido por la esperanza. Se ha dicho que la esperanza es un rasgo diagnóstico humano, y este simple síntoma cortical parece ser un factor primordial en nuestro examen del universo, pues implica un cambio de una condición presente mala a un futuro mejor. El esclavo espera en la libertad, el hombre fatigado en el descanso, el hambriento, en la comida. Y los alimentadores de esperanza, economistas y religiosos, aprovechando estos sencillos forcejeos de insatisfacción, se las han arreglado para crear un mundo del que es muy difícil escapar. El hombre crece hacia la perfección; los animales, hacia el hombre; el mal, hacia el bien, y lo de abajo, hacia arriba, hasta que nuestro pequeño mecanismo, la esperanza, arraigado en nosotros probablemente para amortiguar el golpe del pensamiento, se las ingenia para tergiversar el mundo entero. Quizá cuando nuestra especie desarrolle la costumbre del recuerdo y con ella la proyección contrapesadora llamada «futuro», este choque absorbente, la esperanza, tendrá que ser incluida en la sucesión, a menos que la especie la haya destruido en su desesperación. Pues si alguna vez un hombre estuviera profunda e inconscientemente seguro de que su futuro no iba a ser mejor que su pasado, desearía dejar de vivir. Y fuera de esta cataplasma terapéutica, construimos nuestras teleologías de hierro, y retorcemos el patrón estrella o el patrón ensenada. Para la mayoría de los hombres la declaración más odiosa posible es: «*Una cosa existe porque es*». Incluso aquellos que han conseguido desprenderse de los lazos de una divinidad de escuela dominical, se dejan guiar todavía por la inconsciente teleología de su costumbre desarrollada. Y al decir que la esperanza amortigua el choque de la experiencia, que un golpe equilibra el direccionalismo de otro, se implica una teleología a menos que uno sepa, sienta o piense que *existimos,* y que sin este equilibrio, la esperanza, nuestra especie, en su mutación ciega, podría haberse extinguido como muchas otras. El doctor Torsten Gislén, en su estupenda monografía sobre los equinodermos fósiles llamada *Series evolutivas hacia la muerte y la renovación*[26], ha demostrado que, al menos en el grupo que él ha

estudiado, las mutaciones han tenido valor destructivo más que superviviente. Amplificando esta tesis, es interesante pensar en los cambios de nuestra propia especie. Se dice y se cree que no ha habido ninguno en los tiempos históricos. Sin embargo, nos preguntamos dónde puede tener lugar una mutación en el hombre. El hombre es el único animal cuyo interés y estímulos son exteriores a él. Los otros animales pueden hacer agujeros para vivir en ellos, pueden trenzar nidos o tomar posesión de árboles huecos. Algunas especies, como las abejas y arañas, se fabrican incluso hogares complicados, pero lo hacen con los fluidos y procesos de sus propios cuerpos. No dejan mucha huella en la Tierra. Pero el mundo es surcado y tallado, desgarrado y volado por la mano del hombre. Su flora ha sido arrastrada y cambiada, sus montañas perforadas, sus llanos cubiertos de ruinas. Y estos cambios no han sido realizados porque una habilidad técnica inherente los ha exigido, sino porque el deseo del hombre ha creado esta habilidad. El hombre fisiológico no requiere estos bienes secundarios para existir, pero el hombre completo sí. Es el único animal que vive fuera de sí mismo, cuyo estímulo son las cosas externas… propiedad, casas, dinero, ambición de poder. Vive en sus ciudades y fábricas, en su negocio, trabajo y arte. Pero al haberse proyectado a sí mismo dentro de estas complejidades externas, *es* ellos. Su casa, su automóvil, son una gran parte de él. Esto está muy bien demostrado por algo que saben los médicos: que cuando un hombre pierde sus bienes, una consecuencia muy común es la impotencia sexual. Entonces, si la proyección, la preocupación del hombre yace en las cosas externas, hasta tal punto que su objetividad es un espejo de casas, coches y ascensores, el lugar donde buscar su mutación será en la dirección de su estímulo, o dicho en otras palabras, en las cosas externas con las que trata. Y allí podemos encontrar en seguida evidencia de cambio. La revolución industrial es una verdadera mutación, y la tendencia actual hacia el colectivismo, tanto si se atribuye a Marx o a Hitler o a Henry Ford, puede ser un cambio de la especie tan definitivo, como el alargamiento del cuello de una jirafa en desarrollo. Pues los cambios deben tener lugar en la dirección del estímulo o preocupación del género humano. Entonces, si esta tendencia a la colectivización es una mutación, no hay razón para suponer que sea para conseguir algo mejor. Una regla de la paleontología dice que

los adornos y las complicaciones preceden a la extinción. Y nuestro cambio, del que las asambleas parlamentarias, las granjas colectivas, la mecanización del Ejército y la producción masiva de los alimentos son evidencias e incluso síntomas, podría muy bien ser paralelo al endurecimiento del armazón de los grandes reptiles… una tendencia que sólo puede terminar en extinción. Y si esto es cierto, nada que provenga del pensamiento podrá interferirlo. El pensamiento consciente parece tener muy poca influencia sobre la acción o dirección de nuestra especie. Existe ahora una guerra en la que nadie quiere luchar, en la que nadie puede ver una ganancia…, una guerra de caminantes dormidos, que se escapa a todo control de la inteligencia. Hace algún tiempo, un Congreso de hombres honrados se negó a permitir una incautación de varios cientos de millones de dólares para alimentar a nuestro pueblo. Dijeron que la estructura económica del país se derrumbaría bajo la presión de tal dispendio. Y ahora estos mismos hombres, igualmente honrados, están asignando muchos billones de dólares a la fabricación, transporte y detonación de explosivos para proteger a la gente que no quisieron alimentar. Esto debe ser así. Quizá todo es parte de un proceso de cambio, y éste nos dará por hechos. Nosotros hemos dejado nuestra huella en el mundo, pero en realidad no hemos hecho nada que los árboles, el hielo y la erosión, no puedan remover en poco tiempo. Es extraño, triste y de nuevo sintomático, que la mayoría de la gente cuando lean esta especulación, que es *sólo* especulación, piensen que es una traición a nuestra especie especular así. Porque a pesar de la abrumadora evidencia de lo contrario, el rasgo de esperanza controla todavía el futuro, y el hombre no como especie, sino como raza triunfante, se aproxima a la perfección, y finalmente, rompiendo los lazos que encadenan su libertad, subirá a las estrellas o se colocará en donde por su poder y virtud le pertenece: a la derecha del $\sqrt{-1}$. Desde este lugar majestuoso dirigirá con la inteligencia pura el orden del universo, y tal vez cuando esto ocurra —cuando nuestra especie progrese hacia su extinción, o penetre en la mente de Dios— quedarán atrás algunos grupos degenerados, como esos indios de la Baja California, que se sientan a la sombra de las rocas o permanecen inmóviles en sus piraguas. Puede que subsistan para tomar el sol, comer, morirse de frío, dormir y reproducirse. Tienen leyendas

tan vagas y mágicas como el espejismo. Tal vez cuando sientan otro interés, cuando sean una raza grande y divina que vuele en cuatrimotores con bombas explosivas, Dios los llamará a su seno.

Las noches del golfo son tranquilas y extrañas. El agua parece inmóvil y el rocío empapa la cubierta. El mar roza las playas con un sonido siseante, mientras que los peces saltan y chapotean en la oscuridad. A veces, una raya gigante proyecta su sombra en el aire, y en la superficie, una bandada de peces diminutos susurra y se va. No hay sensación, ni olor, ni vibración de gente en el golfo. Algo le dice a uno que no hay hombres allí, y por ello, a pesar de los ruidos del agua y los peces, uno siente un profundo silencio. Al ancla, con el motor parado, no es fácil dormir; cualquier sonido despierta. La tripulación está inquieta y un poco nerviosa. Si un perro ladra en la playa, o una vaca muge, se tranquilizan. Pero en muchos lugares de anclaje no hay sonidos relacionados con el hombre. La tripulación lee libros de cuya existencia no tenía la mínima idea… Tony lee *Studs Lonigan,* y dice que no le gusta ver tales palabras impresas. Entonces nosotros recordamos que hubo un tiempo en que no nos gustaba oírlas habladas, porque no estábamos acostumbrados a ellas. Tony siguió leyendo *Studs Lonigan,* y aquellas nuevas palabras le dejaron la experiencia de Stud. Tiny también leyó el libro, y dijo:

—Es como algo que me sucedió a mí.

A veces, en la noche, se levanta una ligera brisa, y entonces el barco tira del ancla balanceándose suavemente. No existe nada más apacible que un barco anclado; parece yacer conteniendo el aliento. Uno llega a suspirar por el profundo latido de los cilindros.

Marzo, 20

Habíamos señalado el extremo Sur de la isla del Espíritu Santo para nuestro campo de operaciones. Ésta es una isla larga y estrecha que forma el lado septentrional del canal de San Lorenzo. Es montañosa y se alza sobre el mar alta y enhiesta. Deseábamos recoger animales allí, para poder establecer comparaciones entre la fauna de su parte oriental y la de la protegida bahía de La Paz. Nuestro propósito era trabajar dentro de una misma área, que, sin embargo, presenta contrastes respecto a las condiciones de vida, tales como el oleaje, fondo marino, formación de las rocas, profundidad, etc. De este modo se descubren las más radicales diferencias.

Por la mañana temprano emprendimos la marcha desde Pescadero Point, y cruzamos de nuevo el canal. Fue un recorrido muy corto. Varias rayas gigantes nadaban cerca de la superficie, mostrando los puntas de sus «alas» por encima del agua. Parecían revolotear, y cuando se acercaban demasiado, desaparecían en la azul profundidad. Su incansable velocidad es sorprendente. Cogimos dos atunes de aletas amarillas[27]. Tiraban del sedal tan fuertemente que es imposible comprender cómo no se desgarraron la cabeza.

Anclamos junto a una playa rocosa. Ésta sería nuestra primera parada en el golfo, donde podríamos revolver por las rocas, y el hecho de que hubiera guijarros por la arena señalaba un nuevo sistema ecológico.

Esta vez todos, excepto Tony, fuimos a tierra. Sparky y Tiny se estaban convirtiendo en unos buenos recolectores, y Tex pronto se entusiasmó con el trabajo. Nosotros aceptamos de buena gana su ayuda, pues como

teníamos que cubrir grandes áreas en un mínimo espacio de tiempo, cuantas manos y ojos colaboraran, mejor. Además, estos hombres que vivían junto al mar, sentían un gran respeto por él y todos sus habitantes. La asociación con el mar no engendra desprecio.

En aquella playa las rocas eran de un tamaño perfecto…, lo bastante pesadas para proteger a los animales de ser triturados por las olas, y lo bastante ligeras para ser levantadas con facilidad. Estaban cubiertas de algas y hundidas en la arena. La especie dominante allí era el pepino sulfúrico[28], una holoturia de color verde oscuro que parece espolvoreada de azufre. Cuando bajó la marea, vimos literalmente millones de esos pepinos. Yacen en racimos y montones entre las rocas o bajo ellas, y cuando quedaron al descubierto bajo el sol tropical, muchos de ellos se secaron completamente. La mayoría de estas holoturias tenían de cinco a ocho pulgadas de largo, pero había un gran número de sólo una pulgada. Cogimos una gran cantidad.

El segundo animal más importante de esta costa, en cuanto a cantidad se refiere, era la estrella de vidrio. Habíamos leído que había muchas en el golfo, y allí estaban en racimos gigantes bajo las rocas. Era sencillo coger un centenar a la vez. Había de cinco clases distintas. Su diferencia con las estrellas de mar vulgares se refleja de un modo interesante en los nombres científicos. «Ofio» es una raíz griega que significa serpiente. El cuerpo redondo y compacto, y los largos brazos reptiles de la estrella de vidrio se sugiere en su nombre genérico «ofiuro», mientras que la forma de la estrella vulgar se reconoce en la raíz griega «aster», que está en muchos de sus nombres propios, «Heliaster», «Astrometis», etc. Encontramos tres clases de erizos, entre ellos el venenoso *Centrechinus mexicanus,* de afiladas espinas; diez tipos distintos de cangrejos, cuatro de camarones, unas cuantas anémonas, gran número de gusanos, incluyendo a nuestro enemigo *Eurythoë,* que parecen hallarse por todo el golfo; y varias especies de moluscos sin concha. Las rocas y la arena estaban muy pobladas. Había gasterópodos, lapas, almejas, esponjas, briozoos y numerosos caracoles.

De nuevo los cubos estaban llenos, pero ya habíamos empezado a eliminar animales. Aquel día cogimos pepinos sulfúricos y estrellas de vidrio en cantidad suficiente para cubrir nuestras necesidades. Los

conservamos cuidadosamente, pero cuando volvimos a encontrar en otro lugar, los anotamos en el archivo, a no ser que prevaleciera alguna otra circunstancia, como el cambio de color o variación de tamaño. Así, de un modo gradual, dejamos de recoger ciertas, especies.

A bordo del *Western Flyer,* pusimos otra vez los animales en cacerolas, y los preparamos para anestesiarlos. En uno de los pepinos hallamos un pequeño pez comensal, que vivía dentro del ano. Se movía hacia dentro y hacia fuera con gran facilidad, manteniendo invariablemente la cabeza en el interior. Con una ligera presión desalojamos a este pez del pepino, pero volvió a entrar en el ano con gran rapidez. Su aspecto descolorido y pálido parecía indicar que habitualmente vivía allí.

Es interesante observar que las áreas están a veces dominadas por una o dos especies. En esta playa el pepino verde-amarillo estaba por todas partes, secundado por la estrella de vidrio. Ninguno de estos animales posee alguna propiedad ofensiva efectiva, pero tampoco son una golosina con la que disfruten los demás. Parece existir un equilibrio que permite a un animal dominar numéricamente un área determinada, y cuando se cruza este umbral de reproducción próspera y supervivencia, la zona se convierte en la residencia especial de la especie. Entonces los otros animales que podrían ser hostiles o quizá víctimas de los dominadores, abandonan el lugar. En muchos casos, la llegada y buen éxito de un especie se debe a la casualidad. En algunas áreas del norte, donde el hielo del invierno socava y limpia las rocas anualmente, se ha observado que el verano trae a veces una especie dominantes y a veces otra, cuyo éxito depende de llegar antes[29]. En la fauna marina, igual que con los seres humanos, la prioridad y posesión son algo importante para la supervivencia y la dominación. Pero a veces sucede que el propio éxito de un animal es su ruina. Hay casos en que la provisión de alimento disponible está tan agotada por la rápida y próspera reproducción de la especie, que ésta debe emigrar o morir. Y en otras ocasiones, los mismos subproductos del cuerpo de los animales resultan venenosos para una concentración demasiado elevada de su misma especie.

Al contemplar a las pequeñas bestias, es difícil no trazar paralelos humanos. El peligro más grande para un biólogo especulativo es la analogía. Resulta una trampa difícil de evitar… la industria de las abejas, la

economía de la hormiga, la vileza del reptil, todo en términos humanos, nos han dado un concepto profundamente erróneo de los animales. Pero los paralelos resultan divertidos, si no se toman demasiado en serio como referencias a los animales en cuestión, y son claramente valiosos como opiniones humanas. La rutina del cambio de poder es un caso a propósito. Uno piensa en el dominante ser humano que ha conquistado el lugar, la propiedad y la seguridad. Él domina su área. Para protegerla tiene una policía que le conoce y que depende de él para vivir. Está protegido por la buena ropa, las buenas casas y la buena comida. Está protegido incluso contra la enfermedad. Uno diría que está a salvo, que tendrá muchos hijos, y que su semilla se extenderá en poco tiempo por el mundo. Pero en su lucha por la dominación, ha aplastado a varios de sus semejantes que no eran tan idóneos para dominar, y quizás éstos se han convertido en vagabundos, mal vestidos, poco alimentados, que no poseen seguridad ni una situación estable. Parece que habrían de perecer, pero sucede lo contrio. El hombre dominante, a pesar de su seguridad, se vuelve débil y temeroso. Pasa la mayor parte de su tiempo protegiéndose a sí mismo. En lugar de reproducirse rápidamente, tiene pocos hijos, y los que tiene, son enfermizos y enclenques. El hombre flaco y hambriento crece en cambio fuerte. No teniendo nada que perder y sí mucho que ganar, desarrolla unas técnicas ofensivas más que defensivas, y así un día el hombre poderoso es eliminado, y el hambriento vagabundo ocupa su lugar.

Y el ciclo se repite. El nuevo dominador se encierra en sí mismo y entonces se debilita. La duración de estas familias humanas poderosas es muy corta…, una cuantas generaciones, sólo las suficientes para su desarrollo, prosperidad y caída. A veces, como en el caso de Hearst, la gloria y la decadencia tienen lugar en una generación, y luego no queda nada. Únicamente un factor dominante sobrevive, y éste aún no está bien definido; es el espíritu de mando del individuo. Mientras que la gran fuerza que fue Hearst murió con el hombre y sólo se recuerda como una fábula ridícula y vulgar, el espíritu y pensamiento de Sócrates no sólo ha perdurado, sino que continúa siendo algo vivo.

Existe una extraña dualidad en el ser humano que le conduce a una paradoja ética. Tenemos definiciones de las cualidades buenas y malas que

no han cambiado a través de los siglos ni de las especies. Siempre hemos considerado buenas la sabiduría, tolerancia, amabilidad, generosidad y humildad; en cambio, la crueldad, codicia, egoísmo, rapacidad y envidia son consideradas umversalmente indeseables. Y, sin embargo, en la estructura de nuestra sociedad, las llamadas buenas cualidades conducen por regla general al fracaso, mientras que las malas son la base del éxito. Un hombre, pese a que en abstracto ame lo bueno y deteste lo malo, admira y envidia a la persona que poseyendo las malas cualidades ha prosperado económica y socialmente, y en cambio desprecia a aquella cuyas buenas cualidades han causado su ruina. Cuando este hombre piensa en Jesús, en san Agustín o en Sócrates, los contempla con amor porque son los símbolos del bien que admira. Pero en realidad prefiere tener éxito a ser bueno. En los otros animales podríamos remplazar el término «bueno» por el de «cociente fuerte de supervivencia». Así, el hombre, cuando piensa o sueña, admira el camino hacia la extinción, pero por instinto tiende a sobrevivir. Quizá ningún otro animal se encuentra ante estas alternativas. El hombre podría ser descrito de un modo tan adecuado como sencillo como una paradoja de dos piernas. Nunca se ha llegado a acostumbrar al trágico milagro de su conciencia. Quizá, como se ha insinuado, su especie no está definida, no ha cristalizado, sino que todavía evoluciona, atada por sus recuerdos físicos a un pasado de lucha y supervivencia, limitada ante su futuro por la constante inquietud de su pensamiento y su conciencia.

Al volver al *Western Flyer,* Sparky cocinó el atún con salsa de tomate, cebollas y especias, y comimos estupendamente. Las rocas que tuvimos que levantar no pesaban mucho, pero en total habíamos levantado varias toneladas. Y luego nos quedaba el trabajo de conservar y clasificar los animales; pero antes descansamos bebiendo cerveza.

Mientras estábamos comiendo, se nos acercó un barco y dos indios subieron a bordo. Iban mejor vestidos que la pobre gente del día anterior. Después de todo, estaban a un día de piragua de La Paz, y se les había contagiado un poco la apariencia de aquella ciudad. Sus ropas eran pobres, pero no indicaban decadencia. Dijimos a Tiny y Sparky que les sirvieran vino, y después de dos vasos se volvieron muy expansivos, haciéndonos pensar en la intolerancia de los indios por el alcohol. Más tarde nos

enteramos de que Tiny y Sparky habían mezclado el vino con whisky, lo cual probaba la «tolerancia» de los indios por el alcohol. Ninguno de nosotros podría haber bebido dos vasos de vino y whisky, pero esos hombres lo hicieron, y se pusieron alegres y cordiales. Iban descalzos, llevaban los arpones de hierro de la región, y al fondo de su canoa yacía un pez enorme. Su canoa era típica de allí e interesante. En la parte Sur de la península no hay árboles grandes, por lo que todas las barcas se hacen en el continente, la mayoría cerca de Mazatlán. Se tallan en un solo tronco y van apuntaladas por dentro. A veces llevan una pequeña vela, pero normalmente las reman dos hombres, uno a cada extremo. Son muy rápidas. La madera de dentro y de fuera va cubierta con una fina capa de una argamasa blanca y azul, muy resistente e impermeable, que hacen los mismos indios. No pudimos averiguar cómo se hacía, aunque probablemente mucha gente lo sabe. Con una de estas canoas, un arpón de hierro, un par de pantalones, camisa y sombrero, un joven está bien equipado para la vida. De hecho, la adquisición de una canoa «Nayarit» le proporciona tanta seguridad en sí mismo y le hace tan deseable a los ojos de los demás, que se casa muy pronto.

A menudo se ha dicho con ignorancia que los mexicanos son gente satisfecha y feliz. «No desean nada». Esta frase, desde luego, no es una descripción de la felicidad de los mexicanos, sino de la infelicidad de la persona que la dice. Los americanos, y probablemente todos los hombres del Norte, son una masa de deseos que crecen de una inseguridad interna. La mayoría de nuestro pueblo se resiste a la inseguridad. Se piensa con frecuencia que el interés apasionado por los juegos, por la agilidad mental de una partida de bridge, por golpear una pequeña pelota blanca con un palo para meterla en un agujero, proviene de una esterilidad interna. Pero yo diría que viene de una complicación interna. El aburrimiento no nos invade por no pensar en él, sino por pensar demasiado. El bridge es un medio de olvidar las miles de pequeñas irritaciones de una mente superpoblada de anarquía, pues este juego tiene un propósito, el de hacer las máximas trampas posibles. Su final es claro y muy sencillo, pero nada en la vida de los jugadores está bien definido. Por eso, para librarse de la revuelta complicación de sus vidas, se encierran en un juego. Es posible, aunque no

lo sabemos, que el pobre indio mexicano viva de un modo más ordenado… teniendo un bebé, arponeando a un pez, emborrachándose, apoyando a un candidato político. Cada uno de estos procesos es claro, libre, termina con un resultado. Hemos pensado en esto con relación a los sobornos que a veces aceptan los oficiales mexicanos y que son condenados por todos los americanos. Sin embargo, es un proceso fácil y simple. Se propone un negocio, se fija un precio, se paga el dinero, se cambian cumplidos, se realiza el servicio, y ya está todo. Él no es tu hombre ni tú el suyo. Viene a ser como el anticuado comercio con monedas o productos.

A nosotros nos gusta esta clase de soborno, como contraste con nuestro sistema de crédito. En éste, no se propone ningún negocio, no se fija precio, nada es claro. Vamos a ver a un amigo que conoce a un juez; este amigo va a ver al juez que conoce a un senador, que a su vez conoce al hombre que proporciona contratos. Y así, eventualmente, vendemos cinco cargamentos de madera. Pero el proceso acaba de empezar. Cada miembro de la cadena está ligado al otro. Diez años más tarde, el hijo del adjudicador de contratos debe ser destinado a Annapolis, el senador debe tener pases comerciales asegurados por varios años, el juez tiene una obligación política con tu amigo, y éste te impone indefinidamente a otros amigos que necesitan trabajo. Sería mucho más sencillo y barato dirigirse al adjudicador de contratos, darle una cuarta parte del precio de la madera, y dar por terminado el asunto. Pero eso no es honrado, eso es un soborno. En la cadena de crédito cada uno odia y teme al otro; en cambio en el negocio con soborno, al no existir un mecanismo forzoso, se produce un respeto mutuo. Si el que acepta el soborno te tima, nunca más te dirigirás a él, y tendrá que abandonar el servicio pronto. Pero si cumple su contrato, tienes un nuevo amigo en el que puedes confiar.

No sabemos si los mexicanos son más felices que nosotros; es probable que lo sean igual. Sin embargo, sí sabemos que los cauces de su felicidad o infelicidad son distintos de los nuestros, lo mismo que su sentido del tiempo.

Mientras aquellos hombres seguían en nuestra cubierta bebiendo lo que nosotros creíamos era vino, y ellos consideraban probablemente alguna bebida extranjera cara (debía de tener un sabor lo bastante malo como para

ser muy extranjera y muy cara), revelaron el talento para disertar que hemos observado a menudo en esa gente. Son oradores naturales, llenan sus frases de giros graciosos, símiles y paralelos elegantes. El hombre más viejo nos pronunció un hermoso discurso político. Era un ardiente admirador del general Almazán, entonces candidato a la presidencia de México. Nuestro indio consideraba al general como el dios de la guerra, pero si era Marte o Huitzilopochtli, eso no lo dijo. En belleza física el general vencía a Apolo, pero no el de Belvedere, sino a otro Apolo más robusto. En amabilidad, prudencia y sabiduría, Almazán estaba por encima de las deidades menores. Nuestro hombre habló incluso de sus habilidades en la cama, aunque tampoco dijo cómo lo sabía. Sin embargo, nosotros sospechamos que el general era bien conocido y considerado, a este respecto, por su total distrito electoral femenino.

—Es un hombre fuerte —dijo nuestro orador, apoyándose firmemente en la barandilla.

Uno de nosotros intervino:

—Cuando sea elegido habrá más peces en el mar para la gente pobre de México.

—Así es, amigo —dijo.

Fue más tarde cuando nos enteramos de que el general Camacho, el otro candidato, poseía muchas de las hermosas cualidades del general Almazán. Y como ganó, quizá las tenía más altamente desarrolladas, pues las virtudes políticas siempre triunfan, y cuando dos colosos semejantes se enfrentan, uno puede juzgar sus relativas excelencias, sólo contando el número de votos.

Sabíamos que tarde o temprano tendríamos que dar una explicación de lo que estábamos haciendo, y que ésta habría de ser corta y convincente. No podíamos decir la verdad, porque no convencería a nadie. ¿Cómo puedes decir a una gente que está preocupada por conseguir comida e hijos que has venido a recoger animales inútiles, para engrandecer así tu panorama del mundo? Eso ni siquiera nos convencía a nosotros. Pero tenía que haber una historia para todos los que nos preguntaran. Uno de nosotros había emprendido una vez un largo viaje a pie por el Sur de los Estados Unidos. Al principio, intentaba explicar que hacía eso porque le gustaba andar, y

porque de ese modo veía y sentía el campo mejor. Pero cuando daba esta explicación, nadie le creía, porque parecía una mentira. Finalmente, un hombre le dijo:

—Usted no me toma el pelo; lo está haciendo por una apuesta.

Y después de eso, usó esta explicación y todos le comprendieron desde entonces. Así con aquellos hombres inventamos una historia y perseveramos en ella. Estábamos recogiendo curiosidades, dijimos. Aquellos hermosos animalitos y conchas, mientras que eran tan abundantes y poco apreciados allí, tenían, a causa de su escasez, un cierto valor en Estados Unidos. No nos harían ricos, pero el menos eran productivos, y nos gustaba cogerlos. Una vez inventada esta historia, no volvimos a tener ningún problema. Todos nos comprendían entonces, y nos traían lo que pensaban eran artículos raros para la colección. Pensaban que nos podríamos hacer muy ricos. Menos mal que no saben que cuando regresamos a San Diego, los oficiales de aduanas tasaron nuestros miles de animales en cinco dólares. Esperamos que estos indios no lo descubran nunca: bajaríamos mucho en su estimación.

Nuestros hombres se fueron al fin un poco intoxicados, pero sin olvidarse de un montón de latas vacías de tomate. Dan mucho valor a la hojalata.

No convenía salir para el puerto de La Paz aquella noche, pues el práctico tenía pocas horas, y cualquier barco que pida por él fuera de ellas, debe pagar doble. Pero nosotros sentíamos muchos deseos de llegar a La Paz; se nos había terminado la cerveza, y el agua de los tanques sabía a rancio. Ya nos lo había parecido cuando la metimos y el tiempo no la mejoró. No es que pensáramos morirnos de sed; al segundo o tercer día nos la habríamos bebido. Pero había otras razones por las que suspirábamos por La Paz. Cabo San Lucas no había resultado una ciudad propiamente dicha, y nuestra tripulación pensaba que hacía mucho tiempo que estábamos fuera del contacto de la civilización. Por civilización entendían ellos algunos asuntos que, por cierto, están atenuados en los grupos altamente civilizados. Además, existe la auténtica fascinación de la ciudad de La Paz. Todos en la región conocen la grandeza de La Paz. Allí puedes conseguir todas las cosas del mundo, dicen. Es un lugar enorme…, no tan grande como Guayamas o

Mozatlán, pero hermoso por encima de toda comparación. Los indios reman cientos de millas para estar en La Paz un día de fiesta. Haber nacido allí es un motivo de orgullo, y una especie de encanto flota sobre la ciudad, desde los tiempos en que era el más grande centro perlero del mundo. Los ropajes de los reyes de España y las estolas de los obispos de Roma estaban bordados con las perlas de La Paz. Su nombre suena como una alfombra mágica, y es una ciudad vieja, como lo son todas las ciudades del Oeste, y muy venerable a los ojos de los indios del golfo. Guayamas es más activa, dicen, y quizá Mazatlán más alegre, pero La Paz es *antigua.*

El golfo y sus puertos se han mostrado siempre hostiles a la colonización. Una y otra vez fallaron los esfuerzos al respecto, pues los hombres no son bien acogidos en la península. Pero las ostras perlíferas trajeron gente de todo el mundo a La Paz, y como sucede en todas las concentraciones de riqueza natural, el terror de la avaricia se dejó caer sobre la ciudad una y otra vez. Un caso que ocurrió en La Paz hace pocos años es típico de tales lugares. Un muchacho indio encontró por accidente una perla de gran tamaño, una perla increíble. Él sabía que su valor era tan cuantioso, que no necesitaría trabajar nunca más. Con su perla podría emborracharse cuanto quisiera, casarse con la muchacha que deseara, y hacer también un poco felices a los demás. Esta perla era además su salvación, pues podría comprarse misas por adelantado y saltar del Purgatorio como una pepita de sandía. Incluso podría acercar al Paraíso a unos cuantos parientes difuntos. Marchó a La Paz con la perla en mano, y un claro futuro de eternidad en su corazón. Llevó la, perla a un corredor, y el precio que éste le ofreció le puso furioso porque sabía que le estaba timando. Entonces la llevó a otro corredor, pero le fue ofrecido el mismo precio. Tras unas cuantas visitas parecidas, se convenció de que no le darían más. Se fue a la playa, escondió la perla bajo una piedra, y aquella noche le dieron un golpe que le dejó sin sentido y sus ropas fueron registradas. La noche siguiente durmió en casa de un amigo; los dos fueron lesionados y la casa registrada. Entonces marchó al interior del país para librarse de sus perseguidores, pero le tendieron una emboscada y fue torturado. Estaba furioso. Herido como estaba, se arrastró por la noche hasta La Paz, se escondió en la playa como una zorra acosada, y sacó su perla. Entonces lanzó una maldición, y la

arrojó al canal tan lejos como pudo. De nuevo era un hombre libre, con su alma en peligro y su alimento y cobijo inseguros, pero se rió de buena gana por ello.

Ésta parece ser una historia verdadera, pero se parece tanto a una parábola que no puede ser. El muchacho indio es demasiado heroico, demasiado inteligente. Posee una gran sabiduría y se deja guiar por ella. Va en sentido contrario a la dirección humana. La historia es probablemente cierta, pero no nos la creemos; es demasiado razonable para ser verdad.

La Paz, la gran ciudad, estaba a poca distancia de nosotros ahora; casi podíamos ver sus torres y oler su perfume. Escondida allí, tan lejos del mundo, sólo parecía accesible para los galeones de la imaginación de un chiquillo.

Cuando estábamos anclados en la isla del Espíritu Santo, vimos pasar velozmente un yate negro, en cuya cubierta se sentaban unas señoras y unos caballeros vestidos todos de blanco. Vimos que tenían a su lado unas bebidas frías, y los odiamos un poco porque se nos había agotado la cerveza. El yate se perdió en el horizonte, y en su lugar apareció un horrible barco de carga, sucio y vacilante, que se dirigía dando trompicones hacia el canal de La Paz. Más tarde lo volvimos a ver muy inclinado sobre el agua.

—Se está hundiendo —le dijimos a un hombre de la playa.

—Siempre se hunde —contestó tranquilamente.

Una racha de vanidad había atacado al *Western Flyer*. La ropa fue lavada sin misericordia y tendida sobre los mástiles para que se secara. Los zapatos fueron cepillados, y todo el mundo se bañó y afeitó, mientras el dulce olor de ungüentos y aceites para el pelo, de desodorantes y lociones, llenaban el aire. El espejo que estaba detrás del puente de mando se usaba continuamente. Nos contemplábamos en él con la misma mirada que una corista a punto de salir a escena. Lo que veíamos no nos gustaba demasiado, pero nos habíamos arreglado lo mejor posible, dadas las circunstancias. Queríamos estar atractivos por lo que pudiéramos encontrar en La Paz.

Por la mañana, limpiamos la sangre de pescado de la cubierta, y retiramos el equipo. Luego arrollamos los sedales en hermosas espirales y lavamos todos los platos. Nos parecía que teníamos un aspecto gallardo, y esperábamos que ningún hermoso yate estuviera anclado en La Paz. Si

había alguno, quizás el contraste nos haría salir perdiendo. En nuestra ingenuidad esperábamos incluso ver damas españolas con peineta y mantilla, paseando por la playa. Sería como el primer acto de una producción de Hollywood, *Vida en Latino-América,* con bailarines en primer plano, y detrás un coro que cantara… *Conocí a mi amor en La Paz…*

Nos reunimos en el puente de mando con la *Guía de la Costa* abierta frente a nosotros. Incluso Tony había sucumbido; llevaba una gorra blanca de marino con adorno dorado delante, que parecía una mezcla de la de artillería y la del servicio submarino.

Hemos admirado tan a menudo el estilo literario y las cualidades de la *Guía de la Costa,* que estaría bien transcribir algo de ella aquí. En primer lugar, los compiladores de este libro son unos hombres cínicos. Saben que aunque sus descripciones puedan ser mal interpretadas y entendidas por el lector, el esfuerzo estará hecho. Sienten desprecio por casi todas las cosas. Les gustaría que el océano y la línea de la costa no cambiaran, que las luces y boyas no se oxidaran o desaparecieran, que los vientos y tempestades llegaran a un tiempo determinado, y, finalmente, que los hombres leyeran inteligentemente sus instrucciones. Ninguno de sus deseos es satisfecho. Intentan escribir con calma y objetividad, pero de vez en cuando dejan escapar un poco de amargura, particularmente cuando tratan de luces mexicanas, boyas y facilidades de puerto. El siguiente texto es de H. O. N. º 84, «Cursos de navegación para las costas occidentales de México y Centroamérica, 1937, Correcciones en enero de 1940», pág. 25 según «El puerto de La Paz».

El puerto de La Paz es aquella porción del canal de La Paz comprendida entre el extremo oriental de El Mogote y la playa de la localidad. El Mogote es una península baja, arenosa, cubierta de arbustos, de unas 6 millas de longitud, y milla y media de anchura. Una gran laguna forma el lago septentrional de la Ensenada de Anpe. Esta laguna yace en un llano que está cubierto por una espesa vegetación de árboles, arbustos y cactus. El agua es poco profunda en la mayor parte de la laguna, pero un canal de dos a cuatro brazas de profundidad conduce desde el puerto de La Paz hasta su parte noroeste.

El puerto de La Paz tiene de media a tres cuartos de milla de anchura, pero está lleno de bancos de arena, a través de los cuales hay un canal tortuoso con profundidades de tres a cuatro brazas. Un banco de arena de uno a ocho pies de altura se extiende hacia el Norte desde el extremo oriental de El Mogote hasta 400 yardas de Pietra Point, y así protege el puerto de La Paz del oleaje producido por los vientos del Noroeste.

El Canal de La Paz, que conduce del banco de arena mencionado al continente, y se extiende desde Pietra Point hasta uno de los lados de la ciudad de La Paz, tiene una longitud de tres millas y media de profundidad, al menos incluido en el mapa, de tres brazas y media. Barcos de trece pies de calado pueden cruzar el canal en cualquier período de las mareas. El canal es estrecho, de orillas escarpadas, y su profundidad varía de tres brazas a tres o cuatro pies, dentro de una distancia de veinte yardas. El agua profunda del canal y los puntos salientes de los bancos de arena pueden ser distinguidos desde arriba. En 1934, la sonda registró 16 pies de profundidad.

Un canal de nueve pies, usado frecuentemente por los barcos costeros, conduce a través del banco de arena y del canal de La Paz hasta una milla del sudeste de Pietra Point. Caymancito Rock, en el lado oriental del canal de La Paz, permite el paso por esta parte del canal.

Balizas.—Fuera de Pietra Point, a la entrada del canal que conduce a La Paz, hay tres balizas consistentes en unos tubos de tres pulgadas fijados en el fondo y que se alzan unos pocos pies sobre la superficie. Son difíciles de distinguir durante el día cuando la marea es alta, y no están iluminadas por la noche (aquí el odio se insinúa astutamente).

Balizas con luz.—Tres pares de hileras de balizas de hormigón, en cada una de las cuales hay una luz, señalan el canal de La Paz. La hilera exterior está situada en la playa cercana a la entrada del canal, alrededor de una milla del sudeste de Pietra Point; la del medio está sobre la ladera de una colina, a un cuarto de milla del sudeste de Caymancito Rock; y la hilera interior está emplazada a tres cuartos de milla del nordeste del pontón municipal de La Paz…

Luces del puerto.—Se divisa una luz instalada en un poste de madera de dieciocho pies de alto, y otra en un poste de veinte pies, en los extremos

Norte y Sur respectivamente.

Anclaje.—Los barcos pueden anclar al sur de Pietra Point, a una profundidad de 7 a 10 brazas. También es posible el anclaje al norte de El Mogote, pero está expuesto al viento y el oleaje…

El mejor fondeadero fuera de ciudad está de 200 a 300 yardas al oeste del muelle; tiene una profundidad de tres brazas y media, arena…

El pilotaje es obligatorio para todos los barcos extranjeros. Los prácticos salen en una pequeña motora llevando una bandera blanca con la letra P, y suben a bordo. Aunque los prácticos entran barcos por la noche, no es aconsejable intentar hacerlo después del anochecer.

Ésta es una descripción cuidadosa y buena, escrita por hombres cuyo principal estímulo es la exactitud, y que se enfurecen cuando las mareas o el oleaje estropean su trabajo. Las arenas que se alzan en el canal, las balizas, las luces sobre los postes de madera, ninguna de las cuales ha estado allí por algún tiempo; y, por último, la convicción de que los pilotos no pueden encontrar el canal por la noche, acreditan este cuidadoso y frío informe. Nosotros confiamos en estos hombres. Saben controlarse, y sólo de vez en cuando sus nervios estallan y se les escapa un grito de angustia, como en el «Suplemento» datado en 1940:

Página 109, linea 1.ª, por «luces» léase «luz», y por «hay dos luces», léase «cuando funciona la fábrica de conservas, hay una luz».

Y también:

Página 149, línea 2.ª, intercalar y añadir: «Dos diques sobresalen del muelle permitiendo a los barcos fondear, y excepto en el agua que bordea estos diques, lo demás está lleno de basura».

Estos prácticos de la costa están constantemente enojados; no son hombres felices. Siempre que sucede algo se les da la culpa a ellos, y a causa de eso sus escritos son austeros. No importa que trabajen mucho; la inquietud de la naturaleza y la negligencia del hombre están siempre por encima de ellos.

Nos dirigimos alegremente a Pietra Point, echamos el ancla e izamos la bandera americana. Nos hubiera gustado anunciar nuestra llegada con un

cañonazo, pero sólo teníamos la escopeta del calibre diez y su percutor estaba oxidado. En realidad queríamos hacer una exhibición de fuerza, no llevábamos ningún propósito guerrero. Nos sentamos y esperamos. El lugar era hermoso… A lo lejos podíamos ver la playa de La Paz, que con sus edificios bajos junto al agua, parecía realmente una superproducción de Hollywood. Navegaban pequeñas canoas de Nayarit, y una ligera brisa rizaba el mar. Sacamos algunas fotografías en colores de la escena, pero no salió ninguna.

Después de lo que nos pareció un tiempo muy largo, la pequeña motora mencionada en la *Guía de la Costa,* se puso en marcha hacia nosotros. Pero no llevaba la bandera blanca con la P; había desaparecido lo mismo que el pontón municipal. El práctico, un hombre viejo con traje de trabajo y sombrero oscuro, subió a bordo con gran dignidad. Se negó a beber, aceptó los cigarrillos, tomó su puesto en el timón y nos ordenó seguir. Parecía un almirante en ropas civiles. Dirigía a Tex con mano sensitiva… haciendo un gesto suave en el aire quería decir «adelante», al bajar la mano «despacio», al ponerse el dedo pulgar en el hombro «lo contrario». No era un hombre locuaz; nos condujo a través del canal sin apenas causarnos rozaduras, y nos indicó que echáramos el ancla a 250 yardas del muelle… el mejor sitio del puerto.

Poco después de haber anclado, el capitán del puerto, el agente y el oficial de aduanas subieron a bordo. El capitán leyó nuestros documentos, y quedó tan impresionado que nos asignó inmediatamente un guardia armado —o mejor dicho, tres equipos de guardias armados— para protegernos de los ladrones. Al principio esto no nos gustaba porque teníamos que pagar a aquellos hombres, pero pronto nos dimos cuenta de que era una medida inteligente. De la mañana a la noche teníamos un enjambre de visitas, y los chiquillos se arremolinaban junto a nosotros como moscas. Pero aunque estábamos infestados de niños y gente muy pobre, no perdimos nada, a pesar de que nosotros mismos hubiéramos robado algo de haber tenido oportunidad. Los guardias mantenían simplemente a nuestros visitantes alejados de la cocina y del camarote. Sin embargo, no creemos que impidieran el robo, pues en otros puertos donde no tuvimos guardia, no nos quitaron nada.

Los guardias, hombres altos y agradables con automáticas pesadas, llevaban uniformes limpios y tiesos, y eran serviciales y sociables. Comían y bebían café con nosotros, y nos explicaron muchas cosas valiosas respecto a la ciudad. Al final les dimos a cada uno un cartón de cigarrillos, que parecieron apreciar mucho. Eran, sin embargo, el reverso de lo que normalmente se cree y escribe sobre los soldados mexicanos… eran limpios, eficientes y cordiales.

Con el capitán del puerto vino el agente, probablemente el mejor vestido de todos. Nos lo arregló todo, nos proporcionó provisiones, nos escoltó, nos llevó a cenar, discutía los precios en los almacenes locales, nos prevenía contra algunos sitios y nos aconsejaba ir a otros. Sus honorarios fueron tan bajos que nosotros se los doblamos por puro agradecimiento.

Tan pronto como todo estuvo arreglado, Sparky, Tiny y Tex fueron a tierra y desaparecieron. No los volvimos a ver hasta avanzada la noche, cuando regresaron con los usuales regalos: chales, cuernos de vaca tallados, y pañuelos de colores. Se sentían tan encantados con el cambio de moneda (entonces seis pesos por un dólar), que cargaron pronto de objetos raros. En una sola litera había cinco enormes tortugas de mar, juguetes japoneses, peines de Nueva Inglaterra, chales españoles de Nueva Jersey, y machetes de Sheffield y Nueva York; pero todo aquello, por el mero hecho de haber vivido una temporada en La Paz, había adquirido un definitivo sabor mexicano, Tony, que no confía en los extranjeros, permaneció a bordo, pero más tarde incluso él fue a tierra un rato.

La marea estaba bajando y la costa este de la ciudad empezaba a mostrarse a través de la superficie del agua. Guardamos nuestros regalos y emprendimos la marcha a la playa, esperando encontrar allí una fauna nueva. Aquí en los llanos, el agua es caliente, muy caliente, y no hay oleaje. Habría sido algo extraño si, a pesar de unas cuantas excepciones de animales ubicuos, no hubiéramos hallado un cambio definitivo. El fondo de este llano estaba lleno de escombros, entre los cuales había un gran número de ramas de coral viejo, que proporcionaban un fácil escondite a los animales. Nos movimos por aquel lugar con botas de goma; cuando removíamos una roca o un trozo de coral, la arena fangosa oscurecía el agua. Y como siempre que uno está recogiendo animales, nos vimos

rodeados por un grupo de chiquillos. La misma postura de la búsqueda, el lento movimiento de bajar la cabeza, parecen atraer a la gente.

—¿Qué han perdido? —preguntan.

—Nada.

—Entonces, ¿qué están buscando?

Y ésta es una pregunta embarazosa. Buscamos algo que a nosotros nos parece verdadero; buscamos para comprender; buscamos ese principio que nos conducirá a descifrar la vida, y las relaciones de las cosas, como ese hombre que busca una luz en los ojos de su esposa, y ese otro que quiere hallar el calor de una pelea. Estos chiquillos y muchachos de la playa ni siquiera saben que ellos buscan también esas cosas. Nosotros les decimos:

—Estamos buscando animales pequeños y raros.

Entonces nos ayudan. Son andrajosos, oscuros y todos llevan un pequeño arpón de hierro. Es el juguete de La Paz, tan estimado como los capiteles de mármol lo son en América. Hurgan por las rocas con sus arpones, y de vez en cuando, un pez perezoso siente la mordedura del hierro.

Hay un pequeño camarón fantasma que vive aquí en una madriguera. Se mueve con gran rapidez, y está armado con unas pinzas que cuando pican producen mucho dolor. Se atrinchera en su agujero, por lo que acercarse a él desde arriba es como invitar a que use su arma. Los chiquillos nos resolvieron el problema. Les ofrecimos diez centavos por cada uno que cogieran. Revolvieron por entre los escombros y el coral hasta descubrir los agujeros de los camarones; entonces, punzando con el arpón los hacían salir, y les golpeaban hasta reducir su poder. Nos negamos a comprar los camarones magullados… nos los tenían que conseguir bien vivos. Los chiquillos son los mejores recolectores del mundo. En seguida idearon una técnica para coger a los camarones; las monedas de diez centavos empezaron a salir, y una nube de críos nos trajo especies. Los niños tienen unos ojos muy agudos y se dan cuenta de las cosas. Una vez saben que sientes curiosidad, te traen los objetos más sorprendentes. Tal vez sólo les hacemos practicar una dimensión de su estímulo. Es fácil recordar que cuando éramos pequeños nos recostábamos sobre nuestro estómago en el agua, y estábamos tan absorbidos en esto, que se perdían el tamaño y la

identidad, y el cangrejo ermitaño era como nosotros, mientras que el diminuto pulpo parecía un monstruo. Entonces, las algas nos envolvían, nos escondíamos debajo de una roca en el fondo, y hacíamos saltar al pez. Es muy posible que nosotros, e incluso aquellos que investigan el espacio con ecuaciones, amplifiquemos simplemente esta maravilla.

En las bandas de chiquillos, suele haber siempre uno que es estúpido, que no entiende nada, que trae cosas insípidas, rocas y trozos de hierbajos, y que pretende saber lo que hace. Cuando recordamos La Paz, siempre pensamos en los niños, pues tratamos mucho con ellos en varios aspectos.

El perfil de esta costa era fácil de trazar. Abundan los camarones fantasmas, estaban también nuestros enemigos los gusanos espinosos, y bajo el coral había estrellas de vidrio, aunque no en tanta cantidad como en Espíritu Santo. Unas cuantas esponjas colgaban de las piedras, y pequeños cangrejos se escondían en las grietas. Se arrastraban hermosos gusanos de color púrpura y tunicados; la ostra gigante no era frecuente, pero cogimos algunas. Había algunas clases de coral común, anémonas, coral arteroide, erizos, caracoles y muchos hidrozoarios.

Algunos caracoles estaban tan escondidos por las algas y los hidrozoarios, que no los podíamos ver. Encontramos también un gasterópodo[30] inmóvil parecido a un gusano, varios bivalvos[31] incluyendo la larga almeja en forma de cacahuete[32], grandes nudibranquios[33] de color naranja brillante, cangrejos ermitaños, gusanos[34] que se movían sobre las rocas como gelatinas vivientes, y muchas lapas. Había varias estrellas, pero no tantas ni tan grandes como en el cabo San Lucas.

Los chiquillos corrían arriba y abajo con las manos cargadas, y nuestros cubos pronto estuvieron llenos. Las monedas de diez centavos se agotaron en seguida, y los niños se reunían para cambiarlas por un peso de plata, que más tarde se dividirían. Parecían confiar el uno en el otro para la partición, y además sabían que no había posibilidad de que les robaran. Quizá no están civilizados y no conocen el valor del dinero. Esos pobrecillos salvajes parecían no haber aprendido el gran principio del timo.

La población de niños de La Paz es tremenda, y nosotros tuvimos tratos comerciales con buena parte de ella. Apenas regresamos al *Western Flyer* y

empezamos a tender las especies, fuimos invadidos. Había corrido el rumor de que había una gente chiflada en el puerto que daba dinero por las cosas que un niño podía coger en las rocas. Fuimos más que invadidos… fuimos inundados por chiquillos que nos traían animales. Llegaban en canoas, en balsas, algunos incluso a nado, y todos traían especies. Algunas las queríamos, otras no, y esto les hería sus sentimientos, pero no les causaba amargura. Batallones de muchachos regresaban a las balsas y volvían de nuevo. Al segundo día vinieron incluso niños de las colinas, llevando consigo todas las cosas vivientes imaginables. Si no hubiéramos partido, habrían echado a pique el barco. Entretanto, negociábamos también con los chiquillos en tierra. Llevaban paquetes, hacían recados, nos indicaban las direcciones (la mayor parte de las veces equivocadas), se anticipaban a nuestros deseos. Pero pronto surgió un muchacho distinto a los demás. Sus hombros no eran estrechos, sino anchos, y había un rasgo en su cara y expresión que parecía germano o quizás anglosajón. Mientras que los otros chiquillos vivían pendientes del trabajo y del pago, él inventaba trabajos. Hacía recados que no eran necesarios, se hizo indispensable. Por la noche estaba al acecho, y al amanecer aparecía en nuestra cubierta. Los otros parecían temerle un poco, y gradualmente le dejaron encargado de todo.

Algún día este muchacho será muy rico, y La Paz se sentirá orgullosa de él, porque será dueño de las cosas que otra gente deberá comprar o alquilar. Tiene el aspecto y los métodos que conducen al éxito. Su arte se le subió incluso a la cabeza y empezó a timarnos. A nosotros no nos importaba, porque es una buena cosa ser timados un poco; es algo divertido y puede restringirse con facilidad. Su método era sencillo. Realizaba un trabajo, luego nos pedía el dinero a cada uno por separado, y así cobraba varias veces. Decidimos no utilizarlo más, pero los otros chiquillos tuvieron una idea mejor que la nuestra. Desapareció, y más tarde le vimos en la ciudad, con la nariz y los labios vendados. Nos enteramos de lo sucedido por otro muchacho. Nuestro mago de las finanzas les dijo a sus compañeros que él era nuestro único servidor, y que nosotros habíamos dicho que los demás no vinieran más. Pero descubrieron la mentira, le tendieron una emboscada y le pegaron hasta dejarle hecho un desastre. No era un muchacho muy valiente, pero será rico porque desea serlo. Los otros sólo deseaban caramelos o

pañuelos, pero éste quiere riquezas y los demás no son capaces de competir con él.

En la noche de nuestra partida, tuvimos una experiencia triste con otro niño. Habíamos ido a pasear a tierra, dejando nuestro barco amarrado en la playa. Después de vagar por las calles que ya nos resultaban curiosamente familiares, nos metimos en un bar para beber unos vasos de cerveza. Era un local grande, con techos altos y casi desierto. Mientras estábamos sentados allí, vimos una cara feroz que nos estaba contemplando. Era un muchacho indio, menudo y oscuro, con una expresión de odio en sus ojos. Permaneció mirándonos tanto rato y tan fieramente, que nos terminamos la cerveza y nos levantamos para irnos. Pero afuera comenzó a seguirnos sin decir una sola palabra. Recorrimos de nuevo las calles ahora iluminadas, y al llegar cerca de la playa empezó a jadear. Por fin, cuando estábamos a punto de desamarrar el bote, gritó lleno de pánico:

—¡Cinco centavos! —y dio un paso atrás como si hubiera recibido un golpe.

Entonces casi comprendimos lo que sucedía. Nosotros nos hemos sentido del mismo modo cuando intentamos conseguir un trabajo. Quizás el padre de ese chiquillo le había dicho:

—¡Estúpido! Hay unos extranjeros en la ciudad que están tirando el dinero. Tu padre está sentado aquí con la pierna dolorida, y no haces nada. Los otros chicos se están volviendo ricos, pero tú, a causa de tu pereza, no sacas ningún provecho de este milagro. El señor Ruiz tenía un puro esta mañana y un vaso de cerveza en la cantina, porque su buen hijo no es como tú. ¿Cuándo has visto que yo, tu padre, tenga un puro? Nunca. Ahora vete, y tráete algo de dinero.

Entonces el muchacho se sintió obligado a hacerlo. Nos odiaba, lo mismo que nosotros hemos odiado a los hombres a quienes les hemos tenido que pedir trabajo. Y además tenía miedo porque éramos extranjeros. Lo aplazó tanto como pudo, pero cuando estábamos a punto de irnos, tuvo que pedir y lo hizo muy humilde. Cinco centavos. Nosotros sabíamos cuán duro le había resultado hacerlo. Le dimos un peso, y entonces sonrió ampliamente y buscó algo que pudiera hacer por nosotros. El bote estaba amarrado, y atacó el nudo empapado de agua como un perro, intentando

incluso desatarlo con los dientes. Pero era demasiado pequeño y no pudo. Estaba a punto de llorar. Soltamos el bote, lo empujamos, y vadeando el agua, nos guió un buen trecho. Nos sentíamos buenos y malos; imaginábamos que su padre se comprara un puro y una copa de aguardiente, se pusiera tierno, y dijera a un grupo de amigos:

—Fijaos en Juanito. Pocas veces se ha visto un hijo tan bueno. Este puro es un regalo que le ha hecho a su padre porque se ha hecho daño en la pierna. Me siento muy orgulloso, amigos míos, de tener un hijo como Juanito.

Y suponemos que le dio a Juanito, si éste era su nombre, cinco centavos para que se comprara un helado.

No hay duda de que nos timaron bastante en La Paz. Quizás el barquero nos estafó, y tal vez pagamos demasiado por las provisiones… es difícil de saberlo. Además, éramos tan increíblemente ricos que no teníamos instinto para saber cuándo nos estaban engañando. Allí éramos muy ricos, pero en nuestro país no era así. Los que tienen mucho dinero desarrollan un sexto sentido que les dice cuándo les están timando. Conocimos a un hombre muy rico que poseía varios grandes edificios de oficinas. Una vez, leyendo sus informes, descubrió que dos bombillas eléctricas habían sido robadas de uno de los retretes de su propia oficina. Eso le hirió, y le preocupó durante semanas.

—La civilización está muriendo —dijo—. ¿En quién puedes confiar? Este pequeño robo es una prueba de que la mayoría de la gente está moralmente podrida.

Pero nosotros éramos tan nuevos ricos que no sabíamos nada, y además nos sentíamos un poco halagados. El barquero subió su precio, tan pronto se dio cuenta de que el «Sea-Cow» no funcionaba. Pero, como decía, los tiempos están muy difíciles y no hay dinero.

Marzo, 22

Era Viernes Santo. Nos lavamos bien, nos pusimos nuestras mejores ropas, y fuimos todos a la iglesia. Durante el camino, la gente nos miraba como si estuviéramos desfilando, haciéndonos sentir extranjeros y desplazados. La iglesia era fría y oscura; había mucha gente, viejas envueltas en chales negros, e indios arrodillados en el suelo. Un coro de niños negros hacía las Estaciones de la Cruz. Cantaban una música que parecía los viejos madrigales españoles, y sus voces eran emocionadas y agudas. A veces, vacilaban un poco en la melodía, pero acertaban el principio de cada línea. Cuando hubieron terminado, un joven sacerdote de rostro ascético y ojos ardientes de fervor, predicó por encima de nuestras cabezas. Llenaba toda la iglesia con su fe, y la gente le escuchaba sin aliento. Todas las imágenes parecían borrarse, porque el sacerdote las empalidecía, y en su propia pureza parecía rogar por ellas. Tras un largo rato, nos levantamos, y salimos de la fría oscuridad de la iglesia a la cegadora y radiante luz del sol.

Las calles estaban muy silenciosas en Viernes Santo, ningún viento soplaba entre los árboles, el aire estaba lleno de rumores del día… de una especie de quietud, como si el mundo esperara el terrible experimento de la muerte de Cristo. Y los árboles y las colinas y la gente parecían aguardar, como el hombre que espera cuando su esposa está teniendo un bebé, asustados y medio incrédulos.

Probablemente nos sentíamos un poco afectados por la función religiosa, por la mutilada y dolorida gente que estaba en la iglesia, por los niños medio hambrientos, por las ancianas que miraban con sus ojos llenos

de tragedia a los santos de yeso, como pidiendo algo. Nos gustaba y nos sentíamos en paz con ellos. Paseando por las calles, pensábamos en los espíritus de bondad que periódicamente les dan comida, y en los hombres que trabajan para curarlos de su enfermedad y pobreza.

Y también pensamos en lo que son y en lo que somos nosotros… productos de la tristeza, el hambre y el alcoholismo. ¿Y si existiera una mente privilegiada que nos curara para hacernos sanos y felices durante generaciones? Somos los resultados de nuestras enfermedades y sufrimientos, y éstos son factores tan poderosos como los otros factores genéricos. Curar y alimentar sería cambiar la especie. Quizá no seríamos capaces de tolerar a nuestros semejantes sin una historia de sífilis y tuberculosis. No lo sabemos.

Ciertos comunicantes de las religiones neurológicas condicionantes, practicadas por gente cobarde, que disminuyendo su experiencia emocional esperan ampliar sus vidas, nos hacen pensar que no nos gustaría la nueva especie. Estos religionistas, al tener miedo no sólo al dolor y la tristeza, sino también a la alegría, llegan a protegerse de tal modo a sí mismos, que nos parecen muertos. Y el nuevo animal que resulte de la purificación de la especie, no nos complacerá, porqué las personas se comunican unas con otras por medio de la lucha y la angustia. La inhumanidad del hombre rico, bien alimentado y alegre, contiene una infinita presunción.

En el puerto de La Paz se estaba construyendo un nuevo hotel que parecía muy caro. Probablemente, dentro de poco, llegaría gente de Los Ángeles en avión para pasar el fin de semana, y la hermosa, pobre y vieja ciudad adquiriría la fealdad de las ciudades de Florida.

Oímos piar a unos pollos en un patio, y entonces preguntamos a una mujer si podríamos comprar algunos. Se podían vender, dijo, pero en realidad no estaban en venta. Entramos en el patio y una de las pruebas de que no estaban en venta fue que tuvimos que cogerlos nosotros mismos. Elegimos dos que parecían menos musculosos que los demás, y emprendimos su persecución. Todo lo que se ha dicho, cierto o no, de la indolencia de los hombres de la Baja California, es enteramente falso en los

pollos. Eran unos atletas muy bien entrenados en velocidad y en los métodos de huida. Podían correr, volar, y cuando quedaban acorralados se esfumaban y volvían a aparecer en el otro extremo del patio. Si la propietaria no quería cogerlos, su incertidumbre no era compartida por el resto de La Paz. Llegaron hombres y niños de todas partes, primero para dar excitados consejos y luego para ayudar. Una columna de polvo se levantaba en el patio. Los chiquillos se arrojaban sobre los pollos como si fueran jugadores de fútbol. Más tarde o más temprano estábamos destinados a cogerlos, porque cuando un grupo se cansaba, otro emprendía la caza. Si hubiéramos jugado limpio, dando a los pollos un pequeño descanso, nunca los habríamos alcanzado. Pero al no darles tregua alguna, conseguimos derrotarlos completamente exhaustos y casi sin plumas. Todos los que nos rodeaban se sintieron entonces felices y satisfechos. Pagamos los pollos y nos fuimos.

A bordo, Sparky se encargó de matarlos, aunque odiaba hacerlo. Por fin les cortó la cabeza, y un barco al pasar junto a nosotros, los aplastó. Pero aun entonces permanecieron duros. Tenían los músculos más desarrollados que hemos visto nunca. Sus patas eran como las de una bailarina, y ni siquiera las pechugas eran blandas. Los cocinamos durante varias horas, pero tampoco dio resultado. Sentíamos haberlos matado porque eran unos pollos valientes y hermosos. En nuestro país, hubieran conseguido ganar fácilmente una beca en alguna de las grandes universidades, pues tenían espíritu de lucha y lealtad.

Por la tarde fuimos a recoger animales a El Mogote, una península baja y arenosa de difícil navegación. El nivel de la marea alta estaba definida por la altura de un mangle. Desde donde estábamos anclados el área era visible, y en la arena no había escombros, piedras o coral. Un muchacho alto y guapo de unos diecinueve años, había estado holgazaneando alrededor del *Western Flyer*. Tenía su propia canoa, y se ofreció a llevarnos a remo hasta los bancos. Su nombre era Raúl Vélez; hablaba algo de inglés y nos fue muy útil porque entendía rápidamente y además nos ayudó. Nos dijo los nombres locales de muchos de los animales que habíamos cogido. Al pez martillo le llamaban «cornuda», «burral» a todos los caracoles, pero

especialmente a los de concha grande; «bromas» a los percebes, «hacha» a la almeja grande…

Los bancos de arena eran muy interesantes. Sacamos gran cantidad de Dentaliums, los primeros que habíamos encontrado. Estos animales, que parecen dientes delgados y curvos, pertenecen a una pequeña clase de moluscos, poco conocidos por el vulgo, que se llaman «conchas dentadas».

En el fondo, prendidas a pequeñas piedras, encontramos anémonas de tres clases. Había también anémonas de arena[35]. Cuando las sacábamos tenían un aspecto gris y sucio, pero vistas desde arriba parecían unas hermosas flores rojas. Un gran número de pepinos negros y pequeños, cuya clase no habíamos visto, serpeaba por el fondo. Hallamos muchos erizos, dos clases de ofiuros (estrellas de vidrio) y numerosos gusanos. Las esponjas y tunicados estaban sujetos a las piedras, que en los bancos, es un lugar bastante seguro. Cogimos un ejemplar de látigo de mar, una colonia bastante espectacular de animales que parecen largos látigos blancos. Su parte baja es un tallo córneo, y su parte superior consiste en zoospermos que siguen sus propios procesos de vida, pero conectados por una serie de canales que unen sus cavidades con el tallo principal.

Cuando subió la marea nos acercamos a los mangles. Habían florecido, y el fuerte perfume de sus flores mezclado con el olor sucio del fango, nos hacía marear. Pero es fascinante revolver por allí. Enormes cangrejos ermitaños parecen vivir en sus raíces; el barro negro es un lugar de reunión de los animales marinos y terrestres. Grandes cantidades de moscas e insectos infestan el lodo, y los cangrejos entran y salen por las raíces.

Suponemos que la combinación del mal olor y la impenetrable cualidad de las raíces del mangle, le proporcionan a uno la sensación de asco por esos arbustos de agua salada. Nos sentamos y contemplamos tranquilamente el movimiento de vida de aquellas raíces; nos parecía como si por todas partes hubiera un crimen escondido. Sobre las rocas se desarrollaba una hambrienta y alegre matanza, cometida con energía y ferocidad. De las raíces salían ruidos secos y el olor era nauseabundo. Nos dio la sensación de que estábamos contemplando algo horrible. A nadie le gustan los mangles. Raúl dijo que en La Paz todos los aborrecían.

En los niveles llanos la marea cubre el área con rapidez. En una barca volcada sobre la arena, encontramos cantidades de percebes que vivían en la madera podrida e incluso en el oxidado motor. Fue un día rico en recolección, y con un emocionante principio en la iglesia. A veces, uno tiene una sensación de plenitud, de totalidad, y entonces cada visita, objeto y olor parecen integrarse en un gigantesco conjunto. Aquel día, incluso el mangle era parte de él. Quizás entre las gentes primitivas, el sacrificio humano produce el mismo efecto de crear una totalidad de sentidos y emoción… lo bueno y lo malo, lo hermoso, lo feo y lo cruel, unidos en un todo. Tal vez el hombre íntegro necesita este equilibrio. Y nosotros nos habíamos excitado tanto al encontrar los Dentaliums, como si realmente hubieran sido pepitas de oro.

Raúl tenía en su canoa un arpón de La Paz, y nosotros se lo compramos con la esperanza de llevarlo a casa. Era una lanza de hierro con un aro para el sedal en uno de sus extremos, y, una púa afilada en el otro. Un pequeño cordel sostiene a la púa en la lanza, hasta que el roce de la carne de la víctima lo suelta, y permite que la púa se abra. Deseábamos conservar este arpón, pero más tarde lo perdimos en una raya. A estas horas, hay muchas rayas que cruzan el golfo con nuestros arpones clavados en su piel.

También deseábamos adquirir una de las canoas Nayarit, porque son ligeras y de poco calado, ideales para recoger animales en las lagunas y resistentes incluso en aguas desapacibles. Pero nadie nos quiso vender la canoa. Venían desde muy lejos y las querían demasiado.

Estaba anocheciendo cuando regresamos al *Western Flyer;* en la cubierta nos esperaban un montón de chiquillos, que traían ejemplares triturados y machacados de todas clases. Compramos lo que necesitábamos, y también muchas cosas inútiles. Los muchachos nos estaban esperando desde hacía horas, bajo la severa mirada de nuestro guardia; y era interesante observar cómo amaba el soldado a los desharrapados chiquillos de La Paz. Cuando se le escapaban de las manos o corrían demasiado aprisa por la cubierta, los reprendía, pero sin la fanfarronería de un policía. Y si no hubiéramos estado nosotros delante, se habría unido a ellos, pues ellos eran su gente, y nuestra riqueza no se lo haría olvidar. Llevaba su automática, pero era sólo un símbolo sin ninguna exhibición de fuerza; cuando entraba

en la cocina o se sentaba con nosotros, se quitaba el cinturón y lo colgaba. Nos gustaba el tono de voz que usaba con los chicos. Poseía dignidad y autoridad, y los niños de la ciudad parecían respetarle sin temerle.

Una vez que un chiquillo practicó el timo más antiguo de la lista de trampas infantiles —ése de robar una cosa y volverla a vender—, el soldado le habló con un seco desprecio, y el niño perdió su reputación e incluso a sus amigos.

Un niño tenía prendido en un arpón, un pez que parecía un soplador… era un pez gris y negro con una gran cabeza chata. Cuando se lo quisimos comprar rehusó, diciendo que se lo había encargado un hombre que quería envenenar a un gato, y que le iba a dar por él diez centavos. Este pez era el *botete*[36], y aquella nuestra primera experiencia con él. En La Paz se cree que el veneno se concentra en su hígado, y éste se usa para matar a animales pequeños e incluso moscas. Nosotros no hicimos la prueba, pero encontramos botete por todo el golfo. Probablemente es el pez más común en las lagunas y bancos de anguilas. Yace en el fondo y es casi invisible. A veces se encuentra en una pequeña depresión, lo que indica, aunque no lo prueba, que tiene un permanente lugar de descanso al cual regresa. Cuando uno vadea los bancos, el botete permanece quieto, y luego se escapa levantando una nube de barro tras de sí. Con la prisa de la recolección y conservación de los animales, nos olvidamos de diseccionar su estómago, por lo que no sabemos lo que come.

La literatura sobre el botete está dispersa y es difícil de reunir. Sus congéneres, poseyendo sus mismas cualidades venenosas, están distribuidos por todas las partes del mundo donde el agua es cálida. Siendo este pez tan peligroso para comer, es curioso que se haya escrito tan poco de él. Su carne produce la muerte con agonía. Si fuera raro, se comprendería que apenas haya sido discutido, pero se ha escrito mucho más sobre los peces raros de las grandes profundidades que sobre este destructivo botete. Nosotros nos sentíamos fascinados con él, y cogimos varios ejemplares. A continuación transcribimos algunos de los pocos informes disponibles sobre su naturaleza y malas costumbres, pero todavía no sabemos si mata a las moscas.

En la obra de Herre, leemos que: «Al menos en dos o tres de estos subórdenes, la carne no sólo suele ser delgada, fuerte, amarga y desagradable, sino que también contiene alcaloides venenosos. Estos producen la enfermedad llamada ciguatera, en la que el sistema nervioso es atacado, y pueden originarse violentos trastornos gástricos, parálisis, e incluso la muerte».

En la página 423 habla del Balistidae o pez-gatillo, tal como el puerco del golfo: «Aunque se ven en los mercados de pescado de Oriente, los Balistidae no se usan mucho como alimento humano. Los de tamaño moderado se comen en algunas localidades de Filipinas, pero su venta está aquí prohibida porque su carne es siempre más o menos venenosa. En algunos sitios, como Cuba y Mauricio, su venta no está permitida en los mercados a causa de que produce la ciguatera»[37].

Francis Day dice (*Peces de la India,* 1878, p. 686): «El doctor Meunier considera que la carne venenosa actúa en primer lugar sobre el tejido nervioso del estómago, produciendo violentos espasmos en este órgano, y poco tiempo después actúa sobre todos los músculos del cuerpo. La lengua se espesa, los ojos quedan fijos, la respiración se hace difícil, y el paciente expira en un paroxismo de extremo sufrimiento. El primer remedio que debe darse es un fuerte vomitivo, y luego aceites y demolientes para aliviar la irritabilidad».

En su monografía sobre los animales con espinazo de Abisinia, Rüppel declara que el *Balistes flavomarginatus* es muy corriente en el mar Rojo, cerca de Djetta, donde se lleva a menudo al mercado, aunque sólo los forasteros que no lo conocen lo compran. Prosigue diciendo que el Balistidae no sólo tiene mal sabor sino que es malsano.

Refiriéndose al Tetraodontiae, en la pág. 479, Herre usa el nombre de *batete* o *botete,* corrientes en todas las lenguas filipinas. «Este peligroso grupo de peces —dice—, está ampliamente distribuido en los mares cálidos de todo el mundo, y es muy común en las Filipinas. Aunque la mayoría de la gente conoce las propiedades venenosas de su carne, prácticamente se come en todos los pueblos pescadores filipinos, y cada año se producen varias muertes por su causa».

«Un investigador japonés (no he podido obtener una copia de su artículo, que apareció en *Archivo de Patología y Farmacología*), ha estudiado cuidadosamente el alcaloide de la carne del Tetraodontiae, y ha descubierto que se parece mucho a la mascarina, el activo principio venenoso de la *Amanita Muscaria.* Es un alcaloide cristalino insípido, inodoro y muy venenoso».

Continúa diciendo que los nativos consideran particularmente venenosos la vejiga de la hiel, el bazo y los huevos. Pero en La Paz creían que era el hígado la parte más venenosa. Sólo el hígado se usaba para matar animales y moscas aunque quizás esto se debía a que era el cebo más atractivo.

Herre prosigue en la página 488 refiriéndose a los *Tetraodon:* «El *Periódico médico de Australia* de fecha 1 de diciembre de 1923, cuenta que dos malayos se comieron un ejemplar de Tetraodon, aunque conocían el peligro que esto suponía. Se lo tomaron al mediodía sin que les sucediera nada, pero mientras estaban cenando se sintieron repentinamente enfermos; uno murió al cabo de una hora, y el otro tres horas después». De los Diodontidae (el grupo a que pertenece el pez soplador) dice en la página 503: «Los peces de esta familia tienen una bien ganada reputación de ser venenosos, y su carne no debería comerse nunca».

El botete es perezoso, bastante lento, y no muy inteligente en su escondite, huida o ataque. Es divertido pero inútil especular antropomórficamente como se hace con los pollos en embrión, sobre las relaciones entre sus costumbres y veneno. ¿Produce veneno en su carne como una protección a su falta de velocidad e ingenio, o siendo venenoso y poco atractivo, «se deja ir», abandonando la rapidez y listeza? El protegido ser humano pierde pronto su facultad de defensa y ataque. Quizás el botete, no necesitando cerebro, ni trucos ni técnicas, excepto para protegerse de un hombre que quiere envenenar a su gato, se ha convertido en una vieja regañona.

Al anochecer Tiny regresó al *Western Flyer* trayendo varios ejemplares de *Phthirius pubis,* pero como no había dejado señales en el sitio donde los había encontrado, fue incapaz de recordarlo. Sus características no parecían

tener más cualidades raras que ser miembros de la especie común, tan ampliamente distribuida por el mundo.

Teníamos que zarpar por la mañana temprano y aquella noche paseamos un poco por las débilmente iluminadas calles de La Paz. Nos preguntamos por qué el golfo nos resultaba tan familiar, por qué aquella ciudad daba una sensación de hogar. Nunca habíamos visto ninguna que se pareciera a La Paz, y, sin embargo, el llegar a ella era como volver. Hay algo en el golfo, que cuando uno se encuentra en aquel escenario fantástico y exótico, le hace asentir y decirse interiormente: «Sí, lo conozco». En las playas, las palomas salvajes lloran al anochecer, y entonces una angustia, una especie de vibración emocional y un deseo, llenan el ambiente. Si uno obedeciera a su impulso, se adentraría lentamente por el follaje siguiendo la llamada de las palomas. Recordar el golfo es como recordar un sueño; y esto no es nada sentimental, no tiene nada que ver con la belleza o con el deseo consciente. El golfo ejerce una extraña atracción. Cuando uno navega por él, sabe que volverá. Si fuera un lugar rico y abundante, esto se comprendería, pero es fiero, hostil y sombrío. Las montañas de piedra se alzan hasta el cielo, y hay poca agua fresca. Sin embargo, nosotros sabemos que hemos de volver, y no podemos decir por qué.

Avanzada la noche nos sentamos en cubierta. Las bombas de los barcos mercantes sacaban agua, preparándose para partir a Guaymas en busca de más mercancías. Pero La Paz estaba dormida; no se movía un alma en sus calles. En el canal las olas acariciaban suavemente nuestro casco, y a lo lejos oíamos a los perros ladrar.

Marzo, 23

Zarpamos por la mañana. El viejo práctico subió a bordo y nos guió hasta la salida; luego nos hizo una reverencia y se alejó en la motora que nos había seguido. Bordeando la costa rumbo Norte, el mar era azul, casi negro. Deseábamos fondear cerca de la isla de San José. Era una sensación agradable navegar de nuevo, y sentirse libre de las fijas miradas de aquellos ubicuos chiquillos, que esperaban incansables vemos hacer algo divertido.

A media tarde anclamos en la bahía Amortajada, al extremo sudoeste de la isla de San José. Una islita oscura nos llamó la atención, pues aunque el día era brillante, esta isleta llamada Cayo en el mapa, parecía negra y misteriosa. Tuvimos la sensación de que algo extraño había sucedido allí, de que era el trabajo ruinoso de las manos del hombre. Cayo tiene sólo un cuarto de milla de longitud y un centenar de yardas de anchura. Su extremo norte es un espolón, y su extremo sur una altiplanicie llana de cuarenta pies de altura. Incluso a distancia se veía que estaba calcinada, y uno sabe que encontrará pocos animales en una costa así. Hasta las algas parecen colonizadores perdidos. Si esto es o no el resultado de un química mortífera, no lo sabemos, pero podemos decir que es posible reconocer a lo lejos una playa calcinada, aunque no puedan verse los detalles.

Cayo estaba a una milla y media de donde anclamos, y parecía ennegrecer incluso el aire de su alrededor. Ésta era la primera vez que el «Sea-Cow» podía prestarnos un gran servicio; precisamente para tales ocasiones lo habíamos comprado. Aquel día nos mostramos amables con él… egoístamente, por supuesto. Le dijimos cosas bonitas y lo colocamos

con dulzura en la popa del botecillo, pretendiendo esperar que funcionaría, que ni siquiera soñábamos con que lo hiciera. Pero no lo hizo. Tuvimos que remar el bote —y el «Sea-Cow»— hasta Cayo. Hay mucho de extraño en esa isleta, y vamos a escribirlo. Casi todo son preguntas, pero quizás algún lector sabrá las contestaciones y nos las dirá. No hay ningún sitio para desembarcar; todos los accesos están sembrados de rocas, que incluso con el mar en calma, destrozarían el casco de un barco. En su parte oriental, por donde nos acercamos, se levanta un acantilado detrás de una playa rocosa, donde hay grandes aros de hierro y trozos de cadenas tan oxidados, que se desintegraban en nuestras manos. En el acantilado, a unos ocho pies de altura, había también anillas de hierro de ocho pulgadas de diámetro. Parecían muy antiguas, pero la atmósfera húmeda del golfo y la rápida oxidación causada por ella, hacían imposible determinar sus años. En las cuevas que se abrían en las rocas quedaban restos de chimeneas, y en ellas se apilaban miles de conchas de almejas y tortugas, como si estos animales hubieran llegado allí para quemarse. El misterio de todo se esconde aquí. No hay almejas por las inmediaciones y las tortugas no abundan. Tampoco hay madera en la isla para hacer fuego, ni agua. Cuando se llega no se puede anclar. Por qué la gente ha traído almejas y tortugas, madera y agua en un lugar donde no existe protección, no lo sabemos. Una milla y media más allá habrían encontrado todo lo necesario y habrían podido fondear. Es un enigma que no podemos descifrar, como tampoco podemos adivinar la razón de los grandes anillos de hierro. Era imposible que hubieran servido para amarrar barcos, porque éstos no podían anclar en aquella agua tan poco profunda. Trepamos por el acantilado utilizando una senda tallada en las rocas, y en su cima hallamos unas matas de hierbas color marrón y algún cactus. Nada más. Un cuervo negro, al vernos llegar graznó con antipatía, y cuando nos acercamos a él, echó a volar en dirección a la isla de San José.

Los acantilados tenían un color bruñido. Es imposible saber por qué la distancia hace que Cayo parezca negra. Las rocas y piedras eran de un material rojizo, y la isla, como toda la región, era de origen volcánico.

Como ya sabíamos, en aquellas rocas hallamos una fauna muy infeliz. Los animales eran pequeños. La estrella *Heliaster* era diminuta y pálida. Había anémonas, unos cuantos pepinos, y conejitos de mar. A la única

especie que parecía gustarle el Cayo era a la de los *Sally Lightfoot.* Estos hermosos cangrejos se arrastraban por las rocas y dominaban la vida de la región. Cogimos algunos *Aletes* (caracoles en forma de gusanos), gusanos serpúlidos, dos o tres clases de caracoles, y unos cuantos isópodos.

Subió la marea, poniendo en peligro nuestro bote, que habíamos contrapesado con una roca. Volvimos remando al *Western Flyer,* mientras uno de nosotros tiraba furiosamente en la popa de la cinta del «Sea-Cow». Sentíamos deseos de haberlo dejado colgando por la hélice en una de las anillas del acantilado. A su malvado y misterioso magneto le habría gustado.

Tan pronto como nos alejamos, Cayo parecía negra de nuevo. Tenemos la esperanza de que alguien pueda decirnos algo sobre esta isla.

Cuando estuvimos en el *Western Flyer,* le pedimos a Tex que se llevara el «Sea-Cow», y descubriera de una vez por todas si su fallo era metafísico o algo que podíamos arreglar. Tex lo hizo, y cuando montó las piezas de nuevo y fijó el motor en el bote, funcionó perfectamente. Por fin podríamos confiar en él.

Habíamos anclado muy cerca de la isla de San José, y aquella noche nos visitaron unas pequeñas moscas negras parecidas a los escarabajos, cuyas picadas producían un gran escozor. No servía de nada que nos tapáramos porque se metían por dentro de la cama y nos picaban sin misericordia. Como no podíamos dormir, empezamos a hablar, y Tiny nos contó sus hazañas, que si bien algunas son verdad, las otras parecen de leyenda. Es una pena que no podamos incluirlas aquí, pero la literatura de esta clase no puede escribirse gracias a los esfuerzos combinados de los puritanos y de la reglamentación postal.

Marzo, 24, Domingo de Pascua

La playa era calurosa y amarilla. Nadamos un rato, y luego paseamos por la arena dirigiéndonos al interior por un cerro que bordeaba una gran laguna rodeada de mangles. En su ladera había miles de madrigueras, donde seguramente habría cangrejos de tierra. Las riberas de la laguna rebosaban de pequeños cangrejos y caracoles. El perfume de las flores de los mangles no se mezclaba aquí con la peste de las raíces podridas, y su aroma era fresco y dulce como la hierba recién cortada. Desde donde estábamos veíamos un panorama muy hermoso. El agua parecía un espejo, y el color verde de los mangles contrastaba con el rojo pardo de las lejanas montañas, como un fantástico Doré. El aire era caliente y la superficie de la laguna no se movía excepto cuando saltaba algún pez. Aquél era un curioso y pacífico lugar, y quizás a causa de su calma oíamos en nuestro pensamiento a los niños cantando en la iglesia de La Paz. No trabajamos mucho; estuvimos medio dormidos todo el día, recordando viejas cosas ensimismados. Y más tarde, discutimos los modos y métodos de pensar, especulación que ya no está de moda. En un día así la mente se va muy lejos y se encamina en todas las direcciones. Hablamos de los métodos y accesos intelectuales, y pensamos que a través de la inspección de la técnica del pensamiento, se puede adquirir conscientemente una especie de pureza del acceso… que el concepto no teleológico o el concepto «es», podría ser sustituido en parte por los métodos causa-efecto.

El brumoso golfo, con sus cambios de luz y forma, se parecía bastante a nosotros, intentando aplicar nuestras ideas, pero hallándolas siempre

alejadas y tambaleadas por nuestros cuerpos, nuestras necesidades y saciedades. Quizás estará bien escribir aquí algunas de las discusiones del pensamiento no teleológico.

Durante la crisis hubo, y aún hay, familias no sólo necesitadas sino también manirrotas y poco prudentes; y hemos oído decir a menudo que el Condado tenía que mantenerlas porque estaban desamparadas y eran negligentes. Si sólo se hubieran levantado para llegar a ser alguien, todo habría sido distinto. Incluso Henry Ford, en la gravedad de la crisis, dio la solución a este problema.

—Todo el mundo debería subirse las mangas de la camisa, y ponerse a trabajar.

Esta opinión puede ser correcta, pero nosotros nos preguntamos qué les habría sucedido a aquellos a quienes el desamparo hubiera cambiado su norma de vida… a aquellos cuyos empleos fueron usurpados, porque en aquella época sólo había trabajo para el sesenta por ciento del total de la población empleable, y el resto quedaba bajo la protección del Gobierno.

Esta actitud no ha considerado lo que podría ser si esto o aquello sucediera. Considera meramente las condiciones «como son». No importa cuáles fueron en aquel tiempo la habilidad o agresividad de las unidades separadas de la sociedad, o cuáles son todavía; no importa el gran número de personas necesariamente en paro, ni el hecho de que ese número que incluye a los inadaptados, incompetentes o desgraciados, vaya a la par, en algún sentido, con la esencia del problema. Ninguna casualidad está envuelta en eso; colectivamente es «así», colectivamente se relaciona con el hecho de que los animales producen más descendencia de la que el mundo puede sostener. Las unidades pueden ser culpables como individuos, pero como miembros de la sociedad no pueden serlo. Un individuo dado, es muy posible que pueda pasar del grupo no privilegiado al más afortunado, por buena suerte, o por progresiva agresividad o competencia, pero no todos pueden conseguir este resultado sean cuáles sean sus esfuerzos, y el grueso de la población no se afectará. La proporción setenta-treinta permanecerá igual, con una ligera modificación de las unidades. A estas gentes no se les puede atribuir ninguna culpa, al menos ninguna culpa social; son lo que son «porque» las condiciones naturales son también lo que son. Y en cuanto a lo

que nosotros egoístamente nos concierne, nos alegramos de que ellos, y no nosotros, representen el extremo inferior, puesto que tiene que haber alguno.

Por tanto, si uno es muy agresivo, podrá obtener trabajo, incluso bajo las condiciones económicas más anormales, pero solamente porque hay otros menos agresivos que él, que acuden en su ayuda como protegidos potenciales del Gobierno. Del mismo modo, la vista de un talento mediocre no debe deprimirnos nunca, puesto que su extremo y el extremo de su clase, afectan al nivel medio hasta tal punto que nosotros, sin sombrero, sin chaqueta, a menudo con patillas, somos considerados un poco raros. Y por tanto, no podemos aprobar los manuales que explican a los graduados de nuestras escuelas superiores cómo lograr un empleo, ¡habiendo trabajo sólo para la mitad de ellos!

Esta clase de pensamiento desgraciadamente molesta a mucha gente. En especial provoca la ira de las mujeres, que lo consideran frío, incluso brutal, aunque en realidad es más tierno y comprensivo, más real y menos imaginario, que los métodos más convencionales de reflexión. Y su valor como instrumento para aumentar la comprensión, no se puede negar.

Como un ejemplo más extremo, consideremos la liebre de mar *Tethys,* una blanducha babosa sin concha, en realidad un caracol marino, que se arrastra por los estuarios y parece un conejo en cuclillas. Un biólogo de California calculó que el número de huevos producidos por un solo animal en una sola época de cría, era superior a los 478 millones. ¡Y a veces se encuentran un centenar de adultos! Naturalmente todos estos huevos no pueden madurar, todo su potencial *no debe* convertirse en realidad, pues de lo contrario el océano estaría sólo ocupado por liebres de mar. Esto no resultaría ni siquiera para las mismas liebres de mar, porque en pocas generaciones inundarían la Tierra; nada quedaría para comer el resto de nosotros, ni ellos, a menos que se volvieran caníbales. Por regla general, nadie más que el individuo bíblico adquiere madurez plena. Todos los demás hemos sido comidos en algún lugar del camino de la vida, por aves de rapiña cuyo ciclo vital está postulado por la presencia de abundantes larvas de liebre de mar y otras formas de alimento… toda la misma vida está basada en tal postulado. Ahora imaginemos la combinación madre-

padre liebres marinas (estos animales son hermafroditas, con la normal fertilización cruzada), que bendicen a su vástago con estas palabras: «Trabaja mucho y sé agresivo, para que te conviertas en un hermoso *Tethys* de diez libras como tu padre». ¡Imaginemos al hipócrita, al ilusionista, a Polyana, al mentiroso genial, diciendo eso a millones de huevos en masa, con tal proporción de posibilidades en los dados! Inevitablemente, el 99.999 por ciento está destinado a caer de lado. Ningún profeta podría prever qué individuos específicos van a sobrevivir, pero cualquier estudiante podría decir con certeza que muy pocos lo harán. Un individuo dado no tiene *casi* posibilidades… pero todavía está el «casi», puesto que la raza persiste. E incluso en la exhortación de los padres de la liebre de mar, existe un rasgo de verdad, pues con este diferencial casi infinitesimal, la especie es aún activa y afortunada.

Lo que nosotros concebimos personalmente por el término «pensamiento teleológico», como ejemplificación por la noción del sin trabajo desamparado, se asocia la mayoría de las veces con la valoración de causas y efectos, con la finalidad de los acontecimientos. Esta clase de pensamiento considera los cambios y remedios como lo que «deberían ser» de acuerdo con un fin (que a menudo es una proyección subjetiva o antropomórfica); presume el mejoramiento de las condiciones, con frecuencia desgraciadamente, sin conseguir más que una comprensión superficial de esas condiciones. A veces, en su intolerable negativa a enfrentarse con los hechos como son, las nociones teleológicas pueden sustituir un esfuerzo feroz pero inefectivo, para cambiar las condiciones que se suponen indeseables, en lugar de la comprensión-aceptación que pavimentaría el camino para llegar a cualquier cambio que pudiera ser indicado.

Las ideas no teleológicas derivan del pensamiento «es», asociado con la selección natural, como Darwin parece haber comprendido. Viendo más allá de las proyecciones tradicionales o personales, implican profundidad, fundamentalismo y claridad. Consideran a los acontecimientos como expresiones más que como resultados; a la aceptación consciente como un desiderátum y como un importante requisitivo previo. El pensamiento no teleológico, no se preocupa por lo que sería, podría ser o debería ser, sino

por lo que actualmente «es»… intentando contestar lo mejor posible las difíciles preguntas del *qué* o *cómo* en lugar del *porqué.*

Un interesante paralelo de estas dos clases de pensamiento puede observarse en el microcosmos con su libertad o indeterminación, como contraste con la norma morfológicamente inviolable del macrocosmos. Según las estadísticas, el electrón es libre para ir a donde quiera. Pero el destino de los incontables billones de estas mismas unidades es fijo y determinado, aunque la inevitabilidad pueda retardarlo. La desintegración eventual de un tronco de madera o un trozo de hierro por medio de la partida de los supuestamente inmortales electrones, está asegurada, aun cuando pueda ser retardada por la protección contra la operación de la segunda ley de termodinámica.

A veces los ejemplos clarifican una conclusión, mejor que las explicaciones o definiciones. Vamos a escribir aquí tres situaciones consideradas bajo los dos métodos.

A. *¿Por qué algunos hombres son más altos que otros?*

«Respuesta» teleológica: a causa del mal funcionamiento de las glándulas reguladoras del crecimiento. Esto parece bastante sencillo, pero su simplicidad es meramente una función de incompetencia y de imperfección. La conclusión es sólo aparente. Si a un niño inteligente y claro, se le diera esta respuesta, preguntaría inmediatamente: «Bueno, ¿y por qué funcionan las glándulas mal?», aludiendo en seguida a los métodos no ideológicos, o señalando la rapidez con que el pensamiento teleológico se sobrepone a las tablas de las primeras causas.

En el sentido no teleológico no puede haber «respuesta». Sólo puede haber imágenes que se harán más grandes y significativas a medida que se amplía el horizonte de uno. En esta situación, los pasos podrían ser como sigue:

(1) La variación es un rasgo universal y verdaderamente primitivo. Se produce en cualquier grupo de seres… hojas de afeitar, varas de medir, rocas, árboles, caballos, cerillas u hombres.

(2) En este caso, las pertinentes variaciones de altura se referirán a un nivel medio… el peso de un hombre adulto como determinado por las estadísticas de medidas, o por la observación del sentido común.

(3) En los hombres, las variaciones de altura parecen guardar una constante relación con el mal funcionamiento de las glándulas reguladoras del crecimiento, de tal suerte que uno puede ser considerado como un índice del otro.

(4) Hay otras relaciones consecuentes conocidas respecto a la altura, tales como las regulaciones compensatorias a lo largo de toda la cadena de organismos endocrinos. Pueden existir incluso otros factores poco importantes o todavía sin descubrir, que sean significativos en el conjunto, o cuya integración sirva para borrar algún principio crítico.

(5) Los hombres en cuestión son más o menos altos «porque» coinciden en un grupo dentro del cual existen las relaciones arriba mencionadas. Dicho en otras palabras, «son altos porque son altos».

Esto es lo estadístico o «ser», imagen actual más compleja que la «respuesta» teleológica —que realmente no es una respuesta en absoluto—, pero compleja, sólo en el sentido de que la realidad es compleja. De hecho es simple, considerando como la sencillez de la palabra «es» puede ser comprendida.

Las comprensiones de esta clase pueden ser reducidas al profundo y significativo argumento: «Es así porque es así». Pero las mismas palabras pueden expresar también una actitud apresurada y superficial. No parece existir un método explícito para diferenciar la comprensión participante y sagaz, el «todo-verdad» que admite infinitos cambios o expansiones, cuando las relaciones añadidas se hacen aparentes, a causa de la falta de un interés ulterior que puede ser indicado en las mismas palabras.

B. *¿Por qué unas cerillas son más largas que otras?*

Examinemos de un modo semejante un grupo de cerillas. Al principio todas parecen tener el mismo tamaño, pero para que aparezcan las diferencias, uno no ha de hacer más que medirlas con un compás, o pesarlas en una balanza analítica. Supongamos que los extremos sólo se alejan un 0,001 por ciento del nivel medio (en realidad será mucho más); pues bien, incluso esa ligera diferencia puede ser altamente significativa. Los diferenciales se agruparán dentro las variaciones positivo-negativas de un término medio hipotético, con el cual ningún ejemplo estará exactamente conforme. Por tanto, la ridiculez de la pregunta se hace patente. No existe

una razón *especial.* Es así. En la situación puede haber algún factor o factores más importantes que otros; en la universalidad de la variación (incluso en aquellos mismos factores que «causan» la variación), habrá seguramente algún dominante. Pero la pregunta parece estar fuera de lugar, y la buena respuesta es: «Está en la naturaleza de la bestia». Esto no implica necesariamente depresión; haber comprendido la «naturaleza» de una cosa es en sí mismo un logro considerable.

Pero si las variaciones de tamaño hubieran de ser claras —y especialmente si la uniformidad fuera a ser un desiderátum—, entonces debería existir un factor «causativo» particularmente dominante que pudiera ser buscado. O si una persona necesita tener una «causa» manifiesta —y mucha gente la necesita para conseguir una comprensión emocional, un sentido de relación en la situación, y para dar un nombre a la cosa y así fijarla—, puede examinar la maquinaria automática que fabrica las cerillas, y descubrir en ella la variabilidad que origina las diferencias. Pero haciendo esto, se verá envuelta en el gran principio de la universalidad de la variación, que no tiene nada que ver en absoluto con nuestra idea de la casualidad.

C. *Mando.*

La noción ideológica sería que aquellos que están al frente son los cabecillas en un movimiento dado, y efectiva y conscientemente dirigen y guían a las masas, en el sentido en que un cabo del ejército ordena «Al frente, marchen», y el escuadrón obedece. Uno se refiere así a los jefes eclesiásticos, políticos, y a los líderes del pensamiento científico, y naturalmente existe alguna justificación limitada para tal noción.

Noción no teleológica: que la gente a quienes llamamos jefes son simplemente aquellos que en un momento dado se mueven en la dirección detrás de la cual hallarán el puesto más importante y que representa un futuro movimiento de la masa.

Para tener una imagen más viva de esta clase de asuntos, consideremos los movimientos de una amiba bajo el microscopio. Sus pseudópodos se extienden a varios lugares fuera de la masa principal, y su locomoción se verifica porque el animal se encamina en la dirección de un pseudópodo o de varios adyacentes. Supongamos que las moléculas que están al frente del

pseudópodo por el que el animal progresa estuvieran dotadas de conciencia y se dijeran a sí mismas y a sus compañeras: «Estamos dirigiendo esta gran procesión, nuestro mando origina que todo el resto de la población se mueva en este sentido, la masa sigue el camino que nosotras trazamos». Esto sería equivalente a la actitud con que normalmente consideramos el mando.

En realidad hay tres tipos distintos de pensamiento, dos de ellos teleológicos. La teleología física, que hemos estado considerando, es la más común hoy en día. La teleología espiritual es rara. Antiguamente predominante, ahora se presenta en la metafísica y en la mayoría de las religiones, ya que son popularmente comprendidas (pero no como fueron enunciadas en un principio o como son conocidas todavía por el verdadero adepto). De vez en cuando los tres tipos de pensamiento pueden contrastarse en un solo problema. Vamos a escribir un par de ejemplos:

(1) Precipitación febril de Van Gogh en la época de Arles, culminando en epilepsia y suicidio.

«Respuesta» teleológica: Poco cuidado de su salud durante períodos de tremenda actividad. La exposición al sol y a las inclemencias del tiempo le produjeron la epilepsia y un desánimo que le llevó al suicidio.

Teleología espiritual: Se precipitaba porque de un modo innato preveía su muerte inminente, y deseaba expresar toda su esencialidad posible antes de morir.

Imagen no teleológica: Las dos opiniones arriba mencionadas, junto con otros síntomas y expresiones (algunos de los cuales pueden deducirse de sus cartas), eran partes de su esencialidad, vislumbrable posiblemente lo mismo que su «anhelo de vivir».

(2) El síndrome tiroideo-neurótico.

«Respuesta» teleológica: La excesiva actividad de la glándula tiroides irrita y superestimula al paciente, hasta el punto de producirle un derrumbamiento nervioso.

Teleología espiritual: La neurosis es causativa. Algún trastorno psíquico conduce al paciente a un exceso de irritación mental, que altera el equilibrio

glandular, especialmente el tiroideo, por medio de un choque en el sistema autonómico; una emoción psíquica puede estropear el apetito, o provocar incluso una grave enfermedad. En esta conexión, nótese la aceptación del ejército de la nostalgia extrema como una razón para el licenciamiento.

Imagen no teleológica: Las dos opiniones mencionadas son segmentos discretos de un círculo vicioso, que puede también incluir otros factores como segmentos adicionales, símbolos o quizá partes de una norma fundamental pero no teleológica, que los comprende a ellas y a muchos otros, cuyas ramificaciones son *n,* y que sólo se relacionan con la causalidad por reflejo.

El pensamiento teleológico puede aún resultar más engañoso, especialmente cuando se aproxima al superficial pero corriente principio de *post hoc, ergo propter hoc*. Consideremos la situación con referencia a hacer estallar dinamita en una cantera. Antes de encender una carga, el capataz avisa emitiendo un silbido característico, y la gente que vive en la vecindad se reúne, porque sabe que casi inmediatamente oirá el sonido de una explosión. Habiendo experimentado esto muchas veces sin un contacto más íntimo, una persona ingenua e irreflexiva podría sacar la conclusión, no sólo de que existe una relación causa-efecto, sino también de que es en realidad el silbido lo que produce la explosión. Un persona ligeramente más inteligente insistiría en que la explosión causa el silbido, pero no podría explicar la trasposición del elemento tiempo. El adulto normal reconocería que ni el silbido provoca la explosión ni ésta produce el silbido, pero sí en cambio que ambos son partes de un todo más amplio, del que se podría postular un «porqué», en especial para el silbido. Un observador decidido a alcanzar el sentido causa-efecto del asunto tendría que ser muy inteligente para seguir el intrincado proceso de la causa, desde la fundamental hasta la primaria, incluso en esas series inventadas por el hombre, respecto a las cuales creemos saber los motivos, causas y ramificaciones. Eventualmente se encontraría en un mar de pensamientos en producción, en posesión de los medios de producción, en una confusión de por qués y consecuentes, sobre los que existe muy poco acuerdo.

El ejemplo citado es obvio y sencillo. La mayoría de las cosas son más sutiles, y se relacionan y originan en otras, cuyo acceso es más difícil que

dar un silbido para avisar a los mirones que va a estallar una explosión. En realidad, sabemos bastante poco de los procesos humanos como éste, y mucho menos de los fenómenos puramente naturales que puedan ser analizados teleológicamente.

Normalmente parece ser cierto que cuando las situaciones causa-efecto más definitivas son examinadas a la luz de un conocimiento más amplio, el aspecto causa-efecto se hace menos significativo y los aspectos estadísticos o relativos adquieren mayor importancia. Puede decirse con certeza que el razonamiento no ideológico es más «último» que el teleológico. Por tanto, se puede probar que éste es limitado, excepto cuando se usa ocasionalmente. Pero si bien es cierto que el razonamiento no teleológico es más abierto, por esta misma razón su empleo requiere mayor disciplina y cuidado.

Sin embargo, una respuesta verdaderamente definitiva parece originarse con frecuencia por medio de los métodos teleológicos. En parte se debe a la ilusión llena de deseo. Cuando en una situación dada una persona pregunta «¿Por qué?», normalmente espera y recibe una respuesta relativa, en lugar del «porqué» definitivo que cree desear. Pero acepta por costumbre esta respuesta relativa (no puede ser nada más, o menos que comprendiera el todo que es deconocido), como un «porqué» definitivo. El pensamiento con deseo alienta probablemente ese error, pues todos buscamos de continuo absolutos (por ejemplo, el valor cifrado en diamantes, que son las cosas físicas más permanentes del mundo), e imaginamos que los encontramos. Para ser más exactos, la imagen relativa tendría que ser considerada sólo como un reflejo —un desafío para considerar también el resto de las relaciones mientras estén disponibles— para hacerse cargo de todo el panorama con habilidades y datos dados. Pero uno acepta esto en lugar de un «porqué» real, le da un nombre, y luego pierde interés y sigue con otra cosa.

Sin embargo, parecemos llegar ocasionalmente a respuestas definitivas, por medio de otro principio primitivo: la universalidad de los *quanta*[38]. Ninguna cosa se absorbe gradualmente en otra; los pasos son discontinuos, pero a menudo tan al minuto, que parecen continuos. Si la investigación es lo bastante profunda, el factor en cuestión, en lugar de poder ser

representado en una gráfica como un proceso continuo, será dibujado como una línea con espacios e interrupciones, como sucede con los *quanta* de energía y ondulaciones de la luz. La respuesta aparentemente definitiva se produce cuando las causas y efectos surgen en el mismo plano, que está ligado al escarpado escalón que anuncia el plano siguiente. Si la investigación se extiende lo suficiente, el plano distante se hallará inevitablemente; la respuesta que primero parecía definitiva, ahora se considerará un poco inadecuada, y la imagen tendrá que ser ampliada para incluir el plano próximo. Todas las cosas tropiezan con otras y con frecuencia en sistemas radicalmente distintos, aunque en tales casos con ligereza. Dudamos que existan «sistemas cerrados». Aquellos que se llaman así representan reinos de una gran continuidad, ligados por la discontinuidad súbita que eventualmente debe ser unida a cualquier hipótesis. Por ejemplo, el océano, con referencia a las olas y al agua, podría ser considerado como un sistema cerrado. Pero quien haya vivido en Pacific Grove o Carmel durante las tempestades de invierno, habrá notado que la casa tiembla, ante el impacto de las olas, que a media milla de distancia golpean a un sistema «cerrado» totalmente distinto.

Pero el mayor sofisma, o mejor dicho la más grande objeción del pensamiento teleológico, está en conexión con la satisfacción emocional, con la confianza. La gente llega a creer e incluso a declarar las respuestas aparentes, a las que han llegado sufriendo restricciones mentales y cerrando su mente a otras «respuestas» opuestas, que pueden ser halladas con un esfuerzo honesto…; respuestas que, si se miran de un modo realista, originarían una pelea y un posible nacimiento nuevo, que enfocarían todo el problema con una luz más significativa. Concedamos por un instante que entre los estudiantes de endocrinología pudiera surgir un escuela de pensamiento, centrado en la etiología, o en la creencia de que todo el crecimiento anormal se origina por el desequilibrio glandular. Tal posición, al hacerse formal y poderosa, tendería, por desprecio y oposición, a donde cualquier punto de vista contrario pudiera descubrir un indicio para llegar a un factor «causativo» opuesto de igual importancia médica. Tal situación no parece surgir normalmente en un campo tan vigoroso como el de la

endocrinología, con su insistencia relacional, pero hemos querido ilustrar el principio con un ejemplo.

Es un hecho significativo en esta conexión que puedan surgir conflictos entre dos o más «respuestas», producidas por cualquiera de las teleologías o entre dos teleologías mismas. Pero no puede haber conflicto entre éstas y la imagen no teleológica. Por ejemplo, en la condición llamada hipertiroidismo, los tratamientos aconsejados por los que creen en la etiología psíquica o neurótica pueden chocar con aquellos que se basan en la creencia en una causa puramente física. Incluso dentro del grupo de la teleología física pueden haber conflictos entre aquellos que creen que la condición se debe a un trastorno estrictamente tiroideo, y aquellos que consideran que la causa se deriva de un desequilibrio general de las glándulas. Pero no puede existir roce entre estos factores y la imagen no teleológica, porque ésta los incluye… los valora relacionalmente, o quizá sólo los acepta como verdades situadas en el tiempo. Las «respuestas» teleológicas deben ser incluidas en el método no teleológico, tan pronto como sus cualidades de relatividad sean reconocidas. Incluso las creencias erróneas son algo real, y deben ser consideradas proporcionales a su extensión o intensidad. El «todo-verdad» debe abarcar todos los errores existentes, conocerlos como tales en relación al todo, y permitir sus efectos.

El criterio de validez en el manejo de datos parece ser éste: que el sumario significativa y comprensiblemente dirá en sustancia: «Es así porque es así». Por desgracia las mismas palabras podrían deducirse de una ojeada más superficial, lo mismo que un niño podría aprender a repetir de memoria las más abstractas ecuaciones de Dirac. Pero conocer una cosa repentina y significativamente es algo más, incluso aunque la comprensión pueda ser expresada con las mismas palabras que usamos de un modo superficial. En el siguiente ejemplo percibiremos el profundo significado de lo urgente, como contraste con la original comprensión ingenua que se creía satisfactoria, pero que resulta ahora incorrecta. En cierta época una importante ave de caza de Noruega, la perdiz blanca, estaba tan amenazada con extinguirse, que se creyó prudente establecer medidas de protección, y otorgar concesiones respecto a su principal enemigo el halcón. Cantidades de halcones fueron exterminados, pero pese a tan drástico proceder la

perdiz blanca desapareció más rápidamente que antes. El remedio aplicado había resultado un fracaso. Pero en lugar de desalentarse y dejar que esta ave siguiera el camino del palomo viajero, las autoridades ampliaron la extensión de sus investigaciones hasta hallar la explicación para dicha anomalía. Un análisis ecológico dentro de los aspectos relacionales de la situación, reveló que una enfermedad parásita, la coccidiosis, era epizoótica entre las perdices blancas. En sus etapas incipientes, esta enfermedad reducía la velocidad del vuelo de estas aves hasta tal punto, que se convertían en fácil presa para los halcones. Viviendo a costa de las perdices enfermas, los halcones les impedían desarrollar la enfermedad hasta su intensidad máxima y transmitirla a las aves sanas. Así, los presuntos enemigos de las perdices blancas, al controlar los aspectos epizoóticos de la enfermedad, resultaban ser amigos ocultos.

Resumiendo la situación expuesta, la medida de validez no sería suponer que, incluso en el bien entendido factor de la coccidiosis, tenemos la «causa» real de cualquier condición beneficiosa o desfavorable, sino decir que en esta fase poseemos un aspecto relacional de la situación altamente significativo y posiblemente de gran importancia.

Sin embargo, mucha gente se muestra reacia a probar las nociones a veces aparentemente crueles, que pueden surgir por medio de los procedimientos no teleológicos. Temen incluso usarlas por cuanto pueden quedar suspendidas en el espacio, privadas del apoyo emocional que tendrían si se basaran en una creencia irreflexiva en el valor probado del control de la peste en la conservación de las aves de caza; en las instituciones tradicionales, religión, ciencia, seguridad del hogar o de la familia, o en una cuenta bancaria. Pero en este asunto, las emancipaciones en general parecen ser sostenidas con terror por aquellos que no las han conseguido todavía. Pensemos en el fascinado horror, o mejor en la tolerancia, con que las niñas pequeñas contemplan a sus hermanos que han dejado de creer en Santa Claus; o en el miedo del devoto clérigo joven por el decano de la universidad que ha dejado de depender de la seguridad de la religión.

En realidad, quienquiera que emplee esta clase de pensamientos con otros que no sean amigos íntimos, será calificado de desapegado, corazón

duro e incluso cruel. Pero parece ser cierto lo contrario. Los métodos no teleológicos más que ningunos otros, son capaces de gran ternura, de un abrazo universal. Consideremos, por ejemplo, el hecho de que una vez una situación dada se ha comprendido profundamente, no se requieren apologías. Existen incluso amplias dificultades para comprender las condiciones como son. Una vez eso se ha efectuado, el «porqué» de ello (conocido ahora como una relación, aunque probablemente cercana e importante) ya no parece importante. No necesita ser condonado o atenuado, simplemente «es». Se ve como una imagen más o menos oscura. Un ejemplo: Una mujer que se hallaba cerca de nosotros en los bosques de Carmel estaba trastornada porque su perro había sido envenenado… Asustada de pasar las noches sola, después de gozar durante años de la compañía del animal, telefoneó para preguntar si con las ventanas cerradas oiríamos el sonido de la campanilla que ella tocaría como señal de que los ladrones habían cortado su hilo telefónico, como preparativo para robarla. Desde luego, esto era una contingencia improbable contra la que prevenirse. Un hombre habría dicho que aquello era un miedo neurótico y absurdo. Y así era. Pero uno podía decir amablemente: «Podemos oír la campanilla muy bien, pero si lo desea alteraremos nuestras horas de sueño, para poder acudir al instante en caso de que nos necesite»; sin pararse a considerar si aquello era un miedo absurdo, o si lo era juzgándolo como algo secundario. Y si la mujer hubiera dicho apologéticamente: «Oh, deben perdonarme; sé que mis temores son absurdos, pero ¡estoy tan preocupada!», la respuesta inteligente habría sido: «Querida, no hay nada que perdonar. Si usted tiene miedo, es que existe; es una cosa real y debe ser considerada. Si son absurdos o no, eso no importa. Lo que son no cuenta respecto al hecho de que existen». En otras palabras, la maldad o bondad, la teleología de los temores, era decididamente secundaria. Toda la idea podía ser transmitida por una sonrisa o por una entonación agradable, mejor que con las palabras mismas. El procedimiento teleológico que uno podría haberse sentido tentado a emplear dadas las circunstancias, habría primero recalcado el hecho de que los temores eran absurdos…, hubiera dicho con una gran exhibición de justicia objetiva: «Bueno, no sirve de nada que *nosotros* hagamos algo; *su* miedo es absurdo e improbable. Sobrepóngase a él (como

un juez diría: “Entre en el tribunal con las manos limpias”); entonces, si hay algo *sensato* que podamos hacer, ya veremos». Y lo diría con un afectado reproche en cada palabra. O, más amablemente, trataría de razonar con la mujer, intentando ayudarla a superarse…, el clásico negocio de la propaganda que se dirige hacia un cambio, antes de comprender plenamente la situación (quizá como un perezoso sustituto de la comprensión). O quizás aún con más amabilidad, el método teleológico trataría de comprender el miedo de un modo casual. Pero en el procedimiento no teleológico, sólo existe el amor y la comprensión de la aceptación instantánea; después de que se ha llevado a cabo lo realmente fundamental, el próximo paso, si es que es necesario alguno, puede ser considerado más sensatamente.

Para ser exactos, el término pensamiento no teleológico no debería ser aplicado a lo que tenemos en la mente. Ese término es inadecuado, porque implica algo más que el pensamiento. *Modus operandi* sería mejor… un método de manejar datos de cualquier clase. El ejemplo citado concierne más al sentimiento que al pensamiento. El método se extiende más allá de la mente, incluso para vivir por sí mismo; de hecho, por definición deducida, trasciende al dominio de las posibilidades del pensamiento, postula «vivir dentro».

En el ejemplo no empleado, el pensamiento, al ser la función evaluatoria principalmente comprometida, era el punto de partida, «el caparazón para romper». El acercamiento con reproche consideraba la situación de un modo teleológico limitado e inadecuado. El método no teleológico incluye ese punto de vista como correcto, pero restringido. Sin embargo, llegando a los aspectos sentimentales de una situación relacional humana, calmaría probablemente los temores de la mujer con amor y comprensión, mientras que el procedimiento teleológico estropearía las cosas con su sofisticado modo de actuar.

Incidentalmente, puede notarse en esta conexión una similitud etiológica entre la causa en el pensamiento y el reproche en el sentimiento. Uno percibe que sus vecinos van a ser reprendidos por su odio, ira o miedo. Uno piensa que los pavimentos pobres son «originados» por la política. En ambos casos la imagen no teleológica es la que va más allá de la culpa o de la causa. Y la opinión no causativa o no reprobativa, parece representamos

relativamente a menudo la «cosa nueva», el «Cristo Niño» hegeliano, que surge de la unión de dos puntos de vista opuestos, tales como las teleologías física y espiritual, en especial si existe un conflicto como el de la causación entre las dos, o dentro de cada una de ellas. La idea nueva arroja muy frecuentemente luz sobre una imagen más amplia, proporcionando una llave que puede abrir planos no accesibles a ninguna de las opiniones teleológicas. Aquí existen interesantes paralelos: el triángulo y la idea cristiana de la trinidad, la dialéctica de Hegel y la metafísica de Swedenborg del amor divino (sentimiento) y de la sabiduría divina (idea).

Los factores que hemos estado considerando como «respuestas», parecen ser meramente símbolos o índices, aspectos relativos de las cosas —de las cuales son parte integrante— que no deben ser considerados en términos de causas y efectos. La más auténtica razón del ser de algo, es que *es.* Esto es una razón más válida y clara que otras razones separadas o que no corresponden al todo. Cualquier cosa menos que el todo forma parte de la imagen solamente, y el todo infinito resulta desconocido, excepto *siéndolo,* viviendo dentro de él.

Una cosa puede ser así «a causa» de mil razones de mayor y menor importancia, al igual que el tamaño desmesurado de un hombre se debe a la insuficiencia glandular. La integración de estas muchas razones, que están en la naturaleza de las relaciones, es que *es.* Las razones separadas, no importa lo válidas que puedan ser, sólo son partes fragmentarias de la imagen. Y el todo incluye necesariamente lo objetivo y subjetivo, en ondas que disminuyen con la distancia, o que dependen de la intensidad original del vórtice.

Las frecuentes alusiones a una norma fundamental no implican misticismo, excepto cuando se considera que la norma comprende infinitos factores y símbolos que podrían llamarse místicos. Pero la infinidad usada aquí se presenta también en los aspectos matemáticos de la fisiología y la física, ambas ciencias muy alejadas del término que ordinariamente se usa como misticismo. En realidad, la norma fundamental no es nada más que una integración de dichos símbolos, índices y puntos de referencia mutua como ya son conocidos, excepto que su potencia es *n.* Tal integración no podría incluir nada más espectacular de lo que sabemos. Pero igualmente

podría incluir cualquier cosa, incluso acontecimientos y entidades tan distintos a los ya conocidos, como los vectores, tensores, escalas, e ideas de cargas eléctricas en la física matemática, se diferencian del mundo mecánico de los científicos victorianos.

En dicha norma, la causalidad sería meramente el nombre de algo que sólo existe en nuestras parciales y oblicuas reconstrucciones mentales. Sin embargo, la norma sería real, pero no intelectualmente perceptible, porque una norma va a todas partes, lo es todo, y no puede ser sitiada por la mente finita o por cualquier clase de vida.

Los residuos psíquicos o espirituales que quedan después del más cuidadoso análisis físico, o los restos físicos obvios, todos indican una norma particularmente para nosotros, la gente del siglo veinte; y lo hacen con las más honestas y disciplinadas especulaciones espirituales de los filósofos medievales. Esos residuos, esos diminutos diferenciales, los porcentajes 0.001 que son suficientes para conservar las razas de los animales marinos, se consideran las cosas más importantes del mundo, no por su tamaño, sino porque están en todas partes. El diferencial es el universal auténtico, el verdadero catalizador, el disolvente cósmico. Cualquier investigación profunda hallará estos residuos, o mejor los dejará intactos, como Emerson observó hace cien años… chocando contra la pared de ladrillos de la *imposibilidad* de la perfección, mientras al mismo tiempo insiste en la *validez* de la perfección. Las anomalías testifican esta estructura; son los vehículos intelectuales más comunes para romperla; son todas salvables en el sentido de que cada *una* es comprensible, pero esa una conduce con la potencia *n* a más profundas anomalías.

Esta norma fundamental deducida por el pensamiento no teleológico está en todas partes… como algo relativo, que relaciona factores opuestos en distintos planos, lo mismo que la realidad y lo posible están relacionados. Pero no debe ser considerada como causativa; simplemente existe, *es;* las cosas son expresiones suyas, cómo ella es expresión de las cosas. Y también las cosas *son.* Al igual que Swinburne, cuando exalta a la diosa de la Tierra, le hace decir: «El hombre, igual y unido a mí, el hombre que es hecho de mí, el hombre que es yo», así todas las cosas que son *eso* —que es todo— pueden ser igualmente ensalzadas. Esta norma se

materializa en todas partes, en el sentido en que Eddington halla el número no integral *q* en todos los sitios, en el fondo de todas las ecuaciones fundamentales[39]; en el sentido en que la velocidad de la luz, constante a pesar de las mezclas y sustracciones, parece estar conspirando a un tiempo contra la investigación.

El todo es necesariamente cada cosa, el mundo entero de la realidad y la fantasía, cuerpo y psiquis, hecho físico y verdad espiritual, individualidad y colectividad, vida y muerte, macrocosmos y microcosmos, consciente e inconsciente, sujeto y objeto. Toda la imagen está retratada por el «ser», la palabra más profunda de la realidad última, no superficial o parcial como son las razones, sino honda y participante.

Todo esto lo meditamos en aquella playa calurosa el domingo de Pascua. Nuestro pequeño viaje se estaba convirtiendo en algo dual, al unir la recolección, el comer y el dormir, con la actividad especuladora-reflexiva. La luz del sol, el azul del agua, los motores del barco y nosotros mismos, éramos todos partes de un todo más amplio, del que empezábamos a percibir su naturaleza, aunque no su tamaño.

Al mediodía salimos de la resguardada y tranquila bahía Amortajada, y nos dirigimos hacia Marcial Reef, que habíamos señalado como nuestra próxima parada. Llegamos a media tarde, y aprovechando la última marea, recogimos animales en las rocas que formaban el centro del arrecife. Éste estaba al sur del cabo Marcial, que señala el límite meridional de la bahía Agua Verde.

No era una buena marea para la recolección, a pesar de que el mapa decía lo contrario. El agua no bajaba lo suficiente y no podíamos realizar una búsqueda minuciosa. Había unos cuantos policlados encima de las rocas. Encontramos dos gasterópodos grandes y muchos pequeños… la primera vez que los habíamos descubierto en cantidades. Vimos erizos, pero estaban demasiado profundos bajo la superficie para alcanzarlos. Las larvas de camarones nadaban en pequeños círculos. La recolección no fue un éxito desde el punto de vista del número de especies cogidas.

Aquella noche bajamos por la borda una lámpara protegida con un papel cónico y la colgamos muy cerca del agua para que la luz se reflejara hacia abajo. Los isópodos pelágicos acudieron inmediatamente al círculo iluminado, y tras ellos varios peces grandes que iban en su persecución y centelleaban en el anillo de luz. De vez en cuando interrumpíamos esta danza loca con redes de mano, y echábamos la pesca en las cacerolas de porcelana para estudiarlas detenidamente. Sacamos animales pequeños o transparentes que nunca habíamos observado antes en el mar.

Como no tuvimos buena marea en el arrecife, nos levantamos a las cuatro de la mañana y nos pusimos a trabajar de nuevo en la oscuridad. Llevábamos siete grandes linternas. En algunos aspectos la recolección resultaba más interesante que durante el día, porque al tener un campo de

observación más limitado, podíamos percibir más detalles. Había además otra razón por la que preferíamos recolectar por la noche… algunos animales demuestran mayor actividad a esas horas, y parecen no alterarse o asustarse demasiado por la luz artificial. Esta vez la marea era favorable. La linterna enfocó una langosta monstruo[40] que estaba en una grieta del arrecife. Era de color azul y naranja, con manchas marrón. El cogerla requería mucha cautela, porque estas grandes langostas son muy fuertes y van tan armadas de pinchos y espinas que en la lucha las manos pueden cortarse. Nos acercamos con cuidado, nos inclinamos y la agarramos con las dos manos por el centro de su cuerpo. No se resistió. Debía de estar enferma o herida por el oleaje.

En las cuevas de Marcial Reef se hacinaban gran cantidad de erizos de espinas agudas que ya nos habían herido más de una vez. Había también abanicos de mar, dos estrellas vulgares y una clase nueva de ellas, que más tarde encontramos a menudo por el norte del golfo. Cogimos una gran cantidad, y también una especie de pepino chato[41]. Ésta era la primera vez que recolectábamos por la noche, y a la luz de nuestras linternas vimos al pez soplador alimentándose perezosamente junto a la superficie del agua. En el fondo, las estrellas de vidrio, que siempre habíamos encontrado bajo las rocas, se arrastraban como pequeños reptiles. Raras veces se mueven a la luz del día. Dondequiera que los rayos de las linternas enfocaban, podíamos ver a esos hermosos animales sepeando y alimentándose de invertebrados. Pero trabajar con linternas es difícil, a menos que lo hagan dos personas juntas… una para sostener la luz, y la otra para recoger los animales. Además, a causa del constante contacto con agua salada, la vida de una linterna es muy corta.

La enorme y hermosa langosta era la pieza de más valor que cogimos en todo el viaje. Intentamos sacarle película en color, y como siempre nos salió mal. Pero conseguimos una buena fotografía de sus extremidades, lo cual significaba un progreso.

Cogimos varios ejemplares de gasterópodos y una gran cantidad de tunicados. Había gusanos turbelarios, pero como se disuelven antes de que se puedan conservar, teníamos muchas dificultades con ellos. En las cacerolas pusimos las estrellas de vidrio, pequeños cangrejos, camarones,

hidrozoarios, bivalvos de varias clases, caracoles y algunos erizos. Había también gusanos, cangrejos ermitaños, esponjas, larvas de camarones, e isópodos pelágicos (crustáceos diminutos parecidos a las cochinillas). En aquella área el agua parecía particularmente poblada de pequeños animales pelágicos… «cochinillas», como decían los muchachos. En todas partes había cochinillas volando, arrastrándose y nadando. La poca profundidad y la temperatura cálida del mar en aquella zona promovían una vida competitiva asombrosa.

Después de desayunar levamos anclas, y nos dirigimos de nuevo rumbo Norte. La norma de la técnica del viaje se había establecido por sí sola como una costumbre: recolectar, marchar a un nuevo sitio, y volver a recoger. El agua era de un azul intenso, y a lo lejos podíamos ver el chapoteo de grandes bancos de atún. Los peces espada saltaban a nuestro alrededor, y alguien estaba siempre en la proa intentando arponear a alguno sin conseguirlo. Nunca nos acercábamos lo suficiente.

Mientras navegábamos realizamos los trabajos de conservación y clasificación, y como el agua estaba en calma no tuvimos dificultad con los animales delicados. Si el barco se balanceaba, las especies retráctiles, como las anémonas, se retiran dentro de sí mismas y se niegan a relajarse bajo el tratamiento de las sales Epsom. Pero el mar estaba liso como un césped, y la estela del *Western Flyer* se extendía varias millas atrás como un abanico.

En las cañas de pescar cogimos un mero y un pez sierra mexicano. Éste, de color dorado con manchas azules, tiene forma de trucha. Su tamaño oscila de quince pulgadas a dos pies; es delgado y un nadador muy rápido. El pez sierra no parece viajar en bancos compactos como el atún. Aunque pertenece a la especie de la caballa, su carne es blanca, delicada y sabrosa. Frito a grandes rodajas, es el pescado más delicioso de todos.

Marzo, 25

Al mediodía llegamos a Puerto Escondido, un lugar de magia. Si uno deseara diseñar una bahía secreta personal, construiría probablemente algo parecido a este pequeño puerto. Un espigón forma una ensenada circular rodeada de mangles, y sólo cuando se entra en ella, puede verse que hay una segunda ensenada larga y estrecha, con una entrada no más amplia de cincuenta pies. Los mapas señalaban que el centro de dicha entrada tenía tres brazas de profundidad, pero el flujo de la marea era tan frenético, que no intentamos hacer entrar al *Western Flyer,* sino que lo anclamos detrás del primer espigón llamado Piedra de la Marina. Allí había más de diez brazas de agua, y Tony se sintió más tranquilo.

A distancia y procedente del Sur, una canoa con vela bordeaba la costa. Los indios hacen grandes recorridos en sus diminutas embarcaciones. Tan pronto como echamos el ancla preparamos las cañas de pescar, y cogimos en seguida varios peces martillo. El aire era caliente, agobiante por el olor de las flores de los mangles. La pequeña ensenada, enfangada, rodeada de rocas y llena de algas, fue nuestro primer campo de operaciones. En su fondo podíamos ver largos animales parecidos a un reptil, de color gris con manchas negras, y cabezas naranja-púrpura parecidas a crisantemos. Medían unos tres pies de longitud, y eran nuevos para nosotros. Vadeamos el agua con botas de goma, capturamos algunos, y resultaron ser *Euapta godeffroyi,* gusanos gigantes parecidos a los pepinos de mar. Eran extraños y producía temor cogerlos, porque se pegaban a cualquier cosa que tocasen, como si estuvieran cubiertos de innumerables células de succión. Al

sacarlos del agua quedaban reducidos a la piel, pues su forma corporal se mantiene por la corriente que ellos mismos atraen. Una vez en la mano, cuelgan tan lacios como pellejos de Salchichas. Como nos resultaban nuevos y fascinantes, cogimos varios ejemplares, subiéndolos con suavidad hasta la superficie, y pasándolos aprisa a cubos de madera sumergidos para preservarlos de la desecación. En el fondo serpeaban lentamente, mientras la corriente de agua, pasando a través de sus cuerpos, llevaba alimento a sus estómagos. Cuando subimos a bordo, descubrimos que poseían en alto grado la costumbre de muchos holoturias: destriparse. Esos *Euapta* eran unos animales nerviosos. Intentamos relajarlos con las sales Epsom para poderlos matar con las cabezas extendidas, pero las sales, a pesar de ser cuidadosamente administradas, les hacían encoger la cabeza y poco después echar el estómago al agua. La palabra «estómago» está usada aquí irreflexivamente, porque lo que en realidad vomitan es la región intestinal y el aparato respiratorio.

Los intoxicamos con oxígeno puro y luego probamos las sales, pero el resultado fue el mismo. Por fin, administrándoles las sales en cantidades mínimas y con mucha lentitud, pudimos preservar algunos ejemplares, pero ninguno con la cabeza extendida. La película en color de estos animales vivos, aunque no era muy buena, mostraba al menos el color, forma y movimiento de sus cabezas. Habíamos conseguido de nuevo fotografías de una extremidad, pero esta vez de la más importante.

En la pequeña ensenada había muchos lepidósteos o peces aguja de color verde brillante, pero eran demasiado rápidos para nuestras redes y no pudimos cogerlos. También el botete, el pez venenoso, se hallaba allí en grandes cantidades, y los muchachos percaron algunos con una pequeña jábega. Encontramos dos nuevas estrellas de mar y numerosas anémonas *Cerianthus.*

Mientras estábamos recolectando en la playa, Tiny se adentró en un agua un poco más profunda con el pequeño bote de remo. Llevaba un arpón de tres púas, con el que de vez en cuando cogía una estrella del fondo. Le oímos gritar, y vimos que se dirigía hacia él una raya gigante, con las puntas de las aletas separadas más de diez pies. Era raro verla en un agua tan poco profunda. Cuando pasó bajo el bote, le gritamos que la arponeara, porque

deseábamos tenerla, pero se limitó a sentarse contemplando el pez y renegando de nosotros. Durante largo rato permaneció inmóvil, sin creer lo que había visto. La raya podría haber lanzado a Tiny y al bote al aire, con sólo un coletazo. Tiny deseaba seguir sentado meditando, y así lo hizo. Una hora después sólo sabía repetir:

—¿Habéis visto a aquel maldito bicho?

Y desde aquel momento, la ambición de Tiny fue pescar y matar a una raya gigante.

La canoa que había subido por la costa se acercó, y un hombre y un chiquillo nos abordaron. Traía consigo lo que ellos llamaban «abalón», gigantescas conchas muy buenas para comer. Tenían también varias almejas «hachas», ostras perlíferas, que casi no se encuentran, y enormes caracoles. Les compramos lo que llevaban, y les pedimos que nos consiguieran más crustáceos grandes. Nosotros podíamos estar buscando durante semanas animales que ellos encontraban en un instante. En todas partes sucede lo mismo: si un animal es bueno para comer, venenoso o peligroso, los nativos los conocen y saben dónde viven. Pero si no tiene ninguna de estas cualidades, pueden no haberlo visto en su vida, aunque sea hermoso y de bonito color.

En el arenal que forma la parte sur del verdadero Puerto Escondido, había un nuevo edificio de piedra solitario. Por el espigón llegaba un gran bote de remo, impulsado por un motor fuera de borda, de clase distinta al «Sea-Cow», porque parecía controlado y dominado por su dueño. En este barco iban varios indios y tres hombres vestidos con pantalones de montar y botas altas. Subieron a bordo y se presentaron como Leopoldo Pérpuly, que poseía un rancho al borde de Puerto Escondido, Gilbert Baldibia, maestro de escuela de Loreto, y Manuel Madinabeitia, capitán del servicio de aduanas, también de Loreto. Estos dos últimos estaban de vacaciones y se dedicaban a la caza. Eran unos hombres fuertes y de buen ver, que llevaban las clásicas automáticas del calibre 45 del servicio del Gobierno. Les ofrecimos ensalada de frutas en lata, discutimos con ellos el país que habíamos recorrido, y nos invitaron a ir a la caza del carnero que empezaba aquella tarde y terminaría al día siguiente. Había que ir por las tremendas y asoladas montañas de piedra y acampar allí. Aceptamos inmediatamente y

nos fuimos con ellos al pequeño rancho enclavado a media milla de Puerto Escondido. No deseábamos matar ningún carnero, pero sí queríamos ver el país. En realidad ninguno de aquellos tres hombres —el ranchero, el maestro o el oficial de aduanas— tenía ninguna intención de matar a un carnero.

El pequeño rancho estaba rodeado de matorrales, y se regaba por medio de pozos de agua marronosa y salobre, que se sacaba a cubos; las mulas movían las norias. El ranchero ha cavado en el desierto pozos de sesenta pies de profundidad, cultiva tomates, y ha plantado muchas vides. Pero la tierra es tan seca, que unas pocas semanas sin agua destruirían todo el trabajo. Las casas del rancho eran de palmeras trenzadas, suficientes para guarecer del viento, pero no para tapar el aire. Los suelos eran de tierra pisada y barrida. Había una atmósfera de confort en aquel lugar. Los obreros indios trabajaban muy lentamente y sus pequeños nos atisbaban desde las casas. Íbamos a ir a las montañas montados en mulos y un caballo pequeño, mientras dos indios caminarían delante. Sentíamos pena por ellos, hasta que descubrimos el hecho de que su principal irritación era causada por la lentitud de los animales. Desaparecían a menudo, y luego los encontrábamos sentados en el camino esperándonos. Nuestro trayecto empezaba en una carretera sin fin, que eventualmente iba a Loreto. Los duros y espinosos matorrales y cactus habían sido arrancados, pero todavía quedaban las raíces. Era un país fantástico, lleno de plantas xerofíticas, cactus, mimosas, arbustos con espinas y árboles crepitantes de calor. Había líquines, que sangraban con un color rojo brillante al partirlos y que sirvieron de tintura antes de que se desarrollaran las anilinas, y arbustos venenosos de los que nos habían prevenido, pues si uno los toca y luego se frota los ojos, se produce la ceguera. Aprendimos algunos de los usos de las plantas de este país. El culantrillo de pozo se hierve en una infusión y se les da a las mujeres después de dar a luz. Se dice que con este tratamiento no se origina ninguna hemorragia. Cabalgábamos por un paraje rocoso y desolado, luego dejamos la carretera, y tomamos una senda que conducía a las montañas de piedra. Aquí nuestros indios se impacientaron aún más, porque los mulos caminaban con mayor lentitud.

«Mi mulo era un quejica. Durante un rato pensé que yo no le gustaba, pero ahora creo que miraba al mundo con ojos amargados. A cada paso gruñía tan lastimeramente, que una vez hasta saqué la silla de montar para ver si le había hecho daño. No gimió, pero de su barriga salieron grandes quejidos como si fuera un alma agonizante abandonada en el Purgatorio. Es imposible comprender por qué hizo eso, pues desde luego ningún mexicano le creería y nunca había llevado antes a un individuo de la raza del Norte que es más sentimental. A mí se me partía el corazón, pero no lo suficiente para descabalgar y andar. Los dos sufrimos mucho el camino, él con dolor y yo con pena». (Extraído del Diario personal de uno de nosotros).

El camino se cortaba varias veces, y las desnudas montañas se alzaban como gigantes sobre nosotros. A lo lejos, podíamos ver las aguas brillantes del golfo, flotando sobre ellas un fantástico espejismo.

En nuestro grupo había un caballo, un pequeño animal de patas espigadas, ancas reducidas, y ojos obsesionados por su inadaptación social; era un caballo castrado en medio de una sociedad de mulos. Pensamos en lo a menudo que un mulo se rinde ante caballos dominantes, llenos de gracia y conscientes de su poder y hermosura. En este ejemplo el mulo ha desarrollado su autosuficiencia antisocial. Sabe que puede superar en inteligencia a un caballo, y se siente seguro de que supera también a un ser humano. En ambos aspectos está en lo cierto. Y así, tu socialmente desarraigado mulo vive encerrado en sí mismo, en una burlona intelectualidad; su patrón mental, condicionado por siglos de este intelectualismo cínico, está definido, y el animal es completo, sombrío, pérfido, egoísta, egocentrista y no ama a nadie. Pero aquel caballo, al no poseer este fondo, no podía hacer el cambio en una sola generación. Rodeado de mulos, se afligía, desfallecía y sus ojos estaban tristes. La rigidez había desaparecido de sus orejas, y la boca le colgaba abierta. Despojado de sus insignias reales y títulos, se hallaba en un estado lastimoso. Los príncipes exiliados suelen convertirse en camareros, pero este pobre caballo ni siquiera podía ser eso. Y así como uno se irrita con un gran duque, si éste no lleva insignias y condecoraciones de metal esmaltado, nos encontramos con que no nos gustaba aquel pobre caballo. Él lo sabía y eso no le ayudaba.

Llegamos al fin a un sendero lleno de piedras rotas y cascajos tan empinado, que los mulos no nos pudieron transportar más. Desmontamos y arrastramos a los cuatro animales. Tras una corta subida, llegamos a un lugar llano en una profunda hendedura entre las montañas de granito. En esta quebrada un arroyo caía cientos de pies de hoyo en hoyo, Había palmeras, vides salvajes, grandes helechos, y el agua era fría y dulce. Aquella pequeña corriente, viniendo de las montañas y cayendo tan lejos, nunca tenía la dignidad final de llegar al océano. El desierto la chupaba, el calor la secaba y en el llano desaparecía en una ligera neblina de frustración. Nos sentamos junto a un charco de la cascada, mientras los indios nos hacían café y desempaquetaban la comida. Uno de los platos de esta comida estaba tan delicioso, que hubiéramos querido repetir de nuevo. Se hace de este modo: se extiende sobre una tortilla caliente judías bien cocinadas, se coloca encima otra tortilla, encima otra capa de judías, y así sucesivamente hasta que tiene diez o doce hileras. Luego se envuelve con un trapo, y antes de comerla se corta a rebanadas como si fuera un pastel. Es un plato exquisito y llena mucho. Mientras comíamos, los indios nos hicieron las camas en el suelo, y nosotros disparamos unos cuantos tiros a una roca que estaba al otro lado del desfiladero. Cuando anocheció nos tumbamos sobre las mantas y empezamos a charlas. Empezaron a salir historias divertidas, que suponíamos no eran limpias, aunque no estábamos demasiado seguros. Casi todas empezaban así: «Una vez había una maestra de escuela de grandes ojos negros y muy simpática…». La simpatía es un estado pasivo de receptividad, pero el ser simpática es ser más activa y cooperadora, incluso a veces un poco descarada. De todos modos, esta «simpática» maestra tiene invariablemente entre sus alumnos a «un muchacho alto y fuerte, con cojones, pero cojones…» esto último lo decían haciendo un gesto que se podía ver muy bien a la luz del fuego. Las historias avanzaban hasta llegar a su punto culminante; nosotros nos esforzábamos por entender los chistes, pero eran demasiado familiares, y además la risa del narrador nos impedía descifrar las palabras. No cogimos ninguno, y naturalmente se levantaron nuestras sospechas. Sabíamos que algo tenía que suceder cuando una maestra «muy simpática» pide a un

muchacho «con cojones» que se quede con ella después de clase, pero si ocurrió alguna vez o no, eso no lo sabemos.

La noche era fría y los mosquitos no tenían misericordia con nosotros. En esta región tan escasamente poblada, la sangre humana debe de ser una curiosidad. Nosotros éramos un postre exquisito, y los bichos zumbaban, gritaban, atacaban, y picaban. La visibilidad era buena y pudimos hacer excelentes blancos. Sólo cuando el frío se volvió intenso se alejaron.

Hemos observado muchas veces cuán ligeramente duermen los indios mexicanos. A menudo se despiertan por la noche para fumar un cigarrillo y charlar en voz baja durante un rato; luego se vuelven a dormir, como los pájaros inquietos que cantan en la oscuridad, soñando que ya es de día. Se despiertan así media docena de veces en una noche, y es agradable oírlos, porque hablan tan quedamente como si estuvieran soñando.

Al amanecer, nuestros indios nos hicieron café y comimos algo que había quedado del día anterior. Luego, con algo de ceremonia, el dueño del rancho presentó un «Winchester 30-30» con la culata rota a los indios, y éstos se dirigieron directamente a la ladera de la montaña. Esta primera cacería del carnero fue la mejor a que habíamos asistido nunca. No dimos golpe en todo el viaje. Además, a nosotros no nos gusta matar cosas… lo hacemos cuando es necesario, pero no nos proporciona ningún placer; y aquellos indios lo hicieron por nosotros, mientras permanecíamos sentados junto a la pequeña cascada discutiendo cosas con nuestros anfitriones… cómo todos los americanos son ricos y tienen «Ford» nuevos, cómo en Estados Unidos no hay pobreza y todo el mundo va al cine cada noche, y se emborracha tan a menudo como desea; cómo no existe animosidad política, ni necesidad, ni miedo, ni fracaso, ni paro, ni hambre. Nosotros veníamos de un país maravilloso, y nuestros anfitriones sabían muchas cosas de él y nos las explicaban. No podíamos estropear su hermoso sueño. Después de cada una de sus aseveraciones, decíamos:

—¡Cómo no!

Esta expresión es la más cauta que se puede usar, puesto que no significa nada en absoluto. Es un comentario educado que se hace en el transcurso de una conversación. Sentados en aquel sitio tan frío, contemplábamos a través de la cálida y desierta región, el agua azul del

golfo. Al cabo de dos horas, los indios regresaron; no traían ningún carnero, pero uno de ellos tenía el bolsillo lleno de excrementos. Había llegado el momento de emprender el regreso al barco. De ahora en adelante teníamos intención de ir de caza del mismo modo. El dueño del rancho comentó un poco tristemente:

—Si hubieran matado a alguno, nos podríamos haber sacado fotografías.

Pero excepto por esto, no hubo ninguna pérdida, pues a nadie de nosotros le gusta tener alrededor cuernos de animales muertos.

Sentados junto al pequeño charco, contemplábamos las ranas, los gusanos de las crines de los caballos, y los escribanos de agua, preguntándonos cómo habían llegado hasta allí. Nos parecía que la vida en cada una de sus formas está incipientemente en todas partes esperando una oportunidad para arraigarse y empezar a reproducirse; huevos, esporas, semillas, bacilos… Cae una gota de lluvia y se llena de la vida que espera. Todo está en todas partes, y nosotros, al ver la desierta región, la cálida extensión sin agua, y sabiendo lo lejos que está ésta, decimos con una especie de incredulidad:

—¿Cómo han llegado aquí estos pequeños animales?

Y hasta que no podemos atacar con nuestra pobre arma de la razón ese proceso casual y reducirlo, no creemos en los gusanos y en las ranas. La gran realidad es que están allí. Viendo un banco de peces inmóviles en el agua, con todas las cabezas señalando en una misma dirección, uno dice: «Es raro que sea así»; pero no es raro en absoluto. Empezamos por el extremo equivocado. Yacen simplemente de esa manera, y nos extraña sólo porque con nuestra herramienta despuntada, no podemos tallar una razón humana. Todo está potencialmente en todas partes… el cuerpo es canceroso en potencia, tísico, fuerte para resistir, o débil para recibir. Cuando oscila la balanza, la vida que espera se agarra, toma posesión y crece fuerte, mientras nuestra propia química individual se falsea pasado el punto donde puede mantener su equilibrio. A esto lo llamamos morir, y en el proceso no hacemos ofertas, sino que somos tomados por una vida multiforme y usados para su proliferación. Estas cosas están equilibradas. Un hombre también es potencialmente todo, avaro y cruel, capaz de gran amor o gran odio, de

emociones equilibradas o desequilibradas. Es así… un factor en una ola de esfuerzos. Y continúa preguntando «por qué», sin admitir primero su identidad cósmica. Hay allí colonias de tunicados pelágicos[42], que han tomado la forma de dedos de guante. Cada miembro de la colonia es un animal individual, pero también lo es la colonia misma, no como suma de sus individuos. Algunos de los animales coloniales, cercando el extremo abierto, han desarrollado uno contra otro la habilidad de hacer un movimiento pulsatorio parecido a la acción muscular. Otros recogen alimento y lo distribuyen, y la superficie del guante está endurecida y protegida contra el contacto exterior. Hay dos animales, y, sin embargo, son una misma cosa… algo que la Iglesia primitiva se vería forzada a llamar misterio. Cuando la Iglesia primitiva daba a algún asunto el nombre de «misterio», aceptaba plena y profundamente la cosa como era, pero la consideraba inaccesible para la razón. Por eso, un hombre de razón individualista, si pregunta: «¿Cuál es el animal, la colonia o el individuo?», debe abandonar esta clase particular de razón y decir: «¡Caramba! Son dos animales y no se parecen más que las células de mi cuerpo se parecen a mí, y según creo, ellas son mucho más que una división mía». No existe apatía en tal aceptación, sino mejor la base para una comprensión más profunda de nosotros mismos y de nuestro mundo. Y ahora esto está ya dispuesto para la caja tabú.

No es suficiente decir que no podemos saber o juzgar, porque toda la información no está dentro. El proceso de reunir conocimientos no conduce al saber. El mundo de un niño se extiende tan sólo un poco más allá de su comprensión, mientras que el de un gran científico es inconmensurablemente amplio. Una respuesta da siempre origen a una gran familia de nuevas preguntas. Así nosotros atraemos mundos y los fijamos como trazos contra el mundo que nos rodea; los arrugamos cuando no se ajustan y atraemos otros nuevos. La rana del charco del desfiladero de la montaña, si hubiera estado dotada de razón humana, al encontrar una colilla de cigarrillo en el agua, podría haber dicho: «Esto es imposible. No hay tabaco ni papel por los alrededores. Aquí hay una evidencia de fuego, y no ha habido fuego. Esto no puede volar, ni arrastrarse, ni hincharse con el viento. En realidad, esto no puede existir y yo voy a negar su existencia,

porque si la admito, todo el mundo de las ranas estará en peligro y de ahí hay sólo un paso para llegar al anti-batracismo». Así aquella rana intentará olvidar para el resto de su vida que algo que es, existe.

A nuestro regreso de la montaña, uno de los indios nos ofreció los excrementos de carnero, y nosotros aceptamos unos pocos, porque no tenía muchos y probablemente sus parientes los querrían. Volvimos a Puerto Escondido a través del calor y la sequedad, y nos pareció ridículo que el *Western Flyer* hubiera estado allí todo el tiempo. Nuestros anfitriones habían sido tan amables y considerados con nosotros, como sólo pueden serlo los mexicanos. Además nos habían enseñado el mejor sistema para ir de caza, y nunca más pensábamos usar otro. Sin embargo, hemos introducido una pequeña mejora en su método: no llevamos escopeta, para evitar así la más remota posibilidad de asustar a la caza. Nunca hemos comprendido por qué los hombres montan las cabezas de los animales y las cuelgan para que contemplen a sus conquistadores. Posiblemente les hace sentir bien a esos hombres el sentirse superiores a los animales, pero parece que si se sintieran seguros de ello, ya no tendrían que probarlo. Con frecuencia, un hombre que tiene miedo debe demostrar constantemente su valor, y en el caso del cazador, debe guardar un recuerdo tangible de su valentía. Nosotros hemos montado en una placa de madera un perfecto excremento de carnero. Y donde otro hombre puede decir: «Existía un animal, pero como soy más grande que él, ha muerto y yo estoy vivo, y aquí está su cabeza para probarlo», nosotros podemos decir: «Había un animal y por lo que sabemos todavía existe, y aquí está la prueba de ello. Estaba muy sano cuando oímos hablar de él por última vez».

Después de la sequedad de la montaña, era agradable regresar de nuevo al mar. El que ha nacido junto al océano, no puede sentirse feliz si está lejos de él durante mucho tiempo.

Sparky nos hizo un gran plato de sus spaghetti, los verdaderos spaghetti Enea, y comimos hasta hartamos.

Nuestro equipo empezaba ya a dar muestras de debilidad. La válvula del tubo de oxígeno no funcionaba debido a la humedad. La instalación refrigeradora no era lo bastante potente, y en lugar de enfriar el agua del

mar, todo lo que podía hacer era mantener las cervezas frescas. Además, se estropeaba muy a menudo.

Algunos animales empezaban a resultar ubicuos. La *Heliaster kubiniji,* la estrella de sol, estaba virtualmente en todas partes, pero observamos que cuanto más nos adentrábamos por el golfo, más pequeñas eran. Los *Eurythoë,* gusanos con pinchos, se presentaban en todas las rocas o corales bajo los cuales se pudieran esconder. En esta conexión es interesante observar que en la descripción que de este gusano hace Chamberlin[43], el único punto completamente ignorado es el más importante para el recolector… que pincha como el diablo, dejando una quemadura en las manos que no desaparece en mucho tiempo. Tiny, que es capaz de traducir la experiencia en emoción, descubrió que el *Eurythoë* no se dejaba dominar por la ira, y desde entonces sintió un gran respeto por este gusano, hasta el punto de adoptar la usual cautela de no poner nunca las manos donde no se ha mirado antes.

El erizo púrpura de espinas agudas[44] se hallaba dondequiera que hubiera rocas o arrecifes, expuestos al choque de las olas o a la acción socavadora de las corrientes. Había percebes y lapas en la parte alta del litoral, donde podían usar su sistema de alternar aire y agua. Las anémonas estaban también por todas partes, y desde luego los cangrejos de porcelana, cangrejos ermitaños y pepinos de mar.

Habíamos cogido muchos animales, y comparado con el trabajo de otras expediciones caras, y bien equipadas, nuestro resultado nos hada preguntarnos qué métodos usaban aquellos colectores. Por ejemplo, los mejores informes que poseemos (con la posible excepción de los de la expedición Hancock, y éstos son tan caros y raros que un aficionado no puede permitírselos, e incluso las bibliotecas de las universidades no siempre los tienen) son los de una conocida expedición científica por el golfo realizada hace unos treinta años. Iban ocho naturalistas a bordo de un vapor construido y equipado especialmente, y contaban con una tripulación diestra y completa. En los dos meses que estuvieron fuera de San Francisco ocuparon treinta y cinco estaciones de recolección, y cogieron un total de 2.351 ejemplares de 118 especies de equinodermos, tanto en agua profunda (incluyendo redadas a 1.760 brazas de profundidad), como al lado de la

costa, y en dos grandes zonas de fauna. Sólo 39 especies provenían de agua superficial, y de éstas, 31 eran del golfo. Nosotros en nueve días de trabajo por la única provincia zoogeográfica del golfo, habíamos recogido casi el doble de equinodermos que ellos, y habíamos empezado a refrenar nuestro entusiasmo, debido a la falta de recipientes. Trabajábamos mucho, pero de un modo razonable, y nuestro asombro no era causado por las grandes cantidades de animales que cogíamos, sino por los pocos que cogieron ellos. Teníamos tiempo de jugar, de hablar, e incluso de beber un poco de cerveza. (Tomamos 2.160 botellas de dos clases de cerveza).

Las costas del golfo, tan ricas en fauna, deben de estar todavía bastante intactas. Nosotros no teníamos tiempo para realizar la cuidadosa recolección que es necesaria, antes de establecer la verdadera imagen de la vida. Corríamos de un lado a otro, porque era todo lo que nos podíamos permitir hacer, pero nuestros resultados parecían indicar que la energía y el entusiasmo pueden compensar la falta de equipo y personal.

Marzo, 27

Habíamos trabajado intensamente en las partes exteriores de Puerto Escondido, pero no en el interior de la bahía. A las cinco de la madrugada, hora mexicana, emprendimos su recorrido con el botecillo. Había una buena marea baja, y nos movíamos lentamente junto a la costa, uno remando mientras el otro inspeccionaba el fondo con una luz. La superficie del agua no se movía. En la costa oriental dominaba la enorme y chata holoturia[45] de color chocolate. Había centenares de ellas deslizándose por el fondo, y eclipsaban en número a los otros animales de la zona. Había también muchas almejas rugosas[46] con un duro, macizo y ondulado caparazón. La fauna de debajo de las rocas no era muy rica. Las playas orientales y septentrionales estaban llenas de cantos de rocas, cuyas aristas eran agudas, y en aquella tranquila bahía las olas no podían suavizarlas. Los mangles bordeaban el agua y el aroma de sus flores era fuerte y agradable. En el fondo, se movían varios gusanos gigantes de aquellos que habíamos cogido en la ensenada pequeña. Al girar hacia la parte occidental, nos encontramos con bancos de arena y un cambio de fauna, puesto que allí no vivían los grandes pepinos de color marrón. Estaba amaneciendo. Al borde del agua había dos animales tan grandes como pequeños perros pastores, de color oscuro y andar de gato. A media luz no podíamos verlos con claridad, y cuando nos acercamos se adentraron por los mangles. Posiblemente eran algo parecido a las civetas gigantes, y habían estado pescando. En el fondo suave y arenoso de esta área, había racimos y nudos de coral verde

(seguramente *Porites porosa*), pero a excepción de unos cuantos *Cerianthus* y bivalvos, la zona parecía estéril.

Bordeando el extremo sur de la bahía, llegamos de nuevo a la estrecha entrada donde el agua se precipitaba dentro al subir la marea; allí encontramos una rica fauna. En el fondo rocoso se amontonaban hermosas estrellas rojas y verdes. Encontramos montones de una clase de coral suave y solitario[47], y cogido entre las rocas, un celentéreo pelágico muy grande, parecido a la anémona, y con tentáculos de color naranja y rosa, aparentemente no retráctiles. Al cogerlo nos pinchó. Sus células urticantes traspasaban incluso las callosidades de las palmas de las manos y dañaban como el calostro. En esta entrada cogimos también varias liebres de mar gigantes[48], unas cuantas almejas y un pequeño ejemplar de la variedad de éstas, llamada hacha. El pinchazo de la anémona duró varias horas. Muchos animales son venenosos y dañinos en las aguas del golfo: erizos, rayas, morenas, anémonas, etc. Uno se vuelve muy asustadizo después de un tiempo. Los cortes de percebes, que son imposibles de evitar, producen heridas dolorosas. Los dedos y las palmas de las manos se llenan de rasguños, y luego, debido posiblemente a mojarlas en agua salada, se cubren de unos callos duros casi córneos.

La estación de Puerto Escondido era una de las más ricas que habíamos visitado, porque combinaba varias clases de medio ambiente en un área muy pequeña; fondo arenoso, costa de piedra, rocas, coral, lugares tranquilos, cálidos y poco profundos, mareas… Es probable que una recolección cuidadosa y extensa demostrara que las especies de la fauna total de Panamá, pueden ser halladas en este diminuto mundo. Salvo el arrecife, todos los factores ambientales se producen en esos pocos acres… son como un libro de texto expuesto para los ecologistas.

Cogimos isópodos de roca, esponjas, tunicados, turbelarios, gasterópodos, bivalvos, caracoles, cangrejos ermitaños y de otras clases, Heteroneroidos, pequeños ofiuros, lapas, e incluso apuntamos en las notas del día los gusanos que habíamos encontrado en la pequeña cascada de las montañas[49]. Conseguimos también ocho ejemplares de pepinos y once estrellas de mar.

Cuando regresamos de nuestra pesca matinal, zarpamos inmediatamente para el puerto de Loreto. Nos sentíamos impacientes por ver esta ciudad, pues era el primer poblado próspero de la península, y su iglesia, la misión más antigua. Por fin allí la inhospitalidad de la Baja California había sido conquistada, y una colonia había echado raíces enfrentándose con el hambre y la desgracia. Desde el mar, la ciudad aparecía enterrada en una arboleda de palmeras y follaje. Echamos el ancla y exploramos la costa con los anteojos. En la playa había una hilera de canoas, y junto a ellas, unos hombres sentados que nos miraban; eran unos hombres de aspecto perezoso y comodón, que iban vestidos de blanco. Cuando echamos el ancla, se levantaron y se encaminaron a la ciudad. Naturalmente tenían que encontrar sus uniformes, y como Loreto no era visitada a menudo y el gobernador no había estado allí hacía poco, eso no sería fácil. Puede que mandaran a niños de casa buscando cinturones, chaquetas o camisas limpias. El señor oficial tenía que afeitarse, perfumarse y vestirse, y todo esto lleva tiempo. El barco tenía que esperar en el puerto. No es que se pareciera mucho a un barco, pero al menos lo era.

Una cosa buena de los oficiales mexicanos es que saludan a un barco pesquero con la misma ceremonia que usarían para el *Queen Mary,* y el *Queen Mary* tendría que esperar igual. Esto nos proporcionaba una sensación agradable y nos impedía revelamos por la cuota de entrada del puerto. Llegábamos a ellos y nos hacían sentir, no como gente voluminosa en un jabeguero, sino como embajadores de ultramar trayendo cartas de saludo. No es extraño que también nosotros nos apresuráramos a buscar camisas limpias, que Tony se pusiera su gorra de capitán, y que Tiny sacara brillo a la insignia naval que había adquirido en San Diego. No éramos muy elegantes, pero íbamos limpios y olíamos bastante bien. Sparky nos roció con loción de afeitar y llenamos el aire de olor a flores. Si el doble abrazo debía ser indicado por un sentimiento incontrolado de buena voluntad, nosotros estábamos dispuestos.

Los hombres regresaron a la playa vestidos de uniforme, remaron hasta nosotros y pasamos la ceremonia de introducción. Loreto, aquella hermosa ciudad con jardines en cada cercado y las calles blancas y calientes, estaba dormida al sol. Los jóvenes nos observaban desde la segura sombra de la

cantina y nos saludaron al pasar, mientras un grupo de muchachas doblaba corriendo una esquina. ¡Qué extraños resultábamos en Loreto! Nuestros pantalones eran oscuros, no blancos, y las absurdas gorras que llevábamos eran tan ridículas que ninguna tienda de la ciudad las hubiera vendido. No éramos soldados ni marineros… Podíamos oír las risas sofocadas de las chiquillas en la esquina. De vez en cuando se asomaban para asegurarse por sí mismas de nuestra ridiculez, y luego se reían de nuevo entre dientes con desaprobación. Una mujer que se hallaba de pie en un hermoso jardín, sombreado con buganvillas, explicó:

—Todo el mundo sabe lo tontas que son las chicas. Deben perdonar sus malos modales; se sentirán avergonzadas más tarde.

Pero nosotros pensábamos que aquellas chicas tontas, tenían algo que merecía la pena en su actitud. Se estaban divirtiendo. Suele suceder a menudo, particularmente en nuestro país, que la primera reacción ante algo extraño es de miedo y aversión; nosotros preferíamos la risa. Ni siquiera creemos que fuera una desatención… simplemente, es que no habían visto nada más divertido en su vida.

Como era usual, un chiquillo serio se unió a nosotros. Habría sido interesante comprobar si una nación gobernada por los niños de México no sería mejor y más feliz, que aquellas regidas por hombres viejos, cuyos prejuicios pueden o no estar condicionados por úlceras de estómago, y quizá por un poco de sequedad de la corriente del amor.

Aquel chiquillo podría haber sido embajador en casi todos los países del mundo. Sus ojos oscuros de mirada recta eran corteses, pero firmes. Era un niño amable y grave. Nos contó algo de Loreto, de su pobreza y de cómo habían derribado ahora la iglesia; nos llevó a la misión destruida. El tejado se había caído y el cuerpo principal del edificio era un montón de escombros. De las paredes colgaban trozos de viejas pinturas, pero el campanario estaba intacto, y subimos a él para contemplar las viejas campanas y tocarlas suavemente con las palmas de las manos. Desde allí veíamos los tejados y los jardines de la ciudad. La blanca luz del sol no podía meterse dentro y una sombra letárgica yacía sobre ellos.

En la iglesia quedaba intacta una pequeña capilla, pero su puerta estaba vallada con una verja de madera, y tuvimos que atisbar por la pequeña,

oscura y fría habitación. Había pinturas por las paredes, una de las cuales queríamos ver más de cerca porque se parecía mucho a las de El Greco, y probablemente no era suya. Las campanas de la torre fueron el regalo especial del trono de España a aquella leal ciudad. Pero la pintura nos llamaba la atención. La Virgen, Nuestra Señora de Loreto, estaba en una caja de cristal y rodeada de azucenas de la Pascua pasada. A la oscura luz de la capilla parecía muy hermosa. Para la gente de Loreto, y principalmente para los indios, debe de ser la cosa más bella del mundo. No importa que nuestros ojos, críticos y llenos de *buen gusto,* la encontraran chillona. Y en realidad no fue así; también nosotros la consideramos hermosa en su oscura capilla y con los lirios de Pascua a su alrededor. Aquél era un lugar muy sagrado, y ponerlo en duda sería como desconfiar de un hecho tan probable como la marea. ¡Cuán fácil y rápidamente nos deslizamos en nuestro patrón-raza, a menos que mantengamos intacto el ciego patrón de la reciente educación intelectual!

Esta Señora, de yeso, madera y pintura, es uno de los fuertes factores ecológicos de la ciudad de Loreto, y no conocerla a ella o a su fuerza es no conocer Loreto. Uno no podría ignorar un monolito de granito en la trayectoria de las olas. Dicha roca, rompiendo las precipitadas aguas, produciría un efecto sobre la distribución animal, radiándola en círculos, como la piedra que se tira en un estanque. También esa Señora de yeso produce un efecto poderoso en la profunda agua negra del espíritu humano. Puede desaparecer y su nombre perderse, como la Magna Mater ha desaparecido. Pero algo muy parecido a ella ocupará su lugar, y los deseos que la crearon, hallarán en alguna parte del mundo un altar similar donde derramar su fuerza.

Regresamos lentamente por las desiertas calles de Loreto, caminando como si estuviéramos sumergidos en una capilla oscura.

Subimos algunas provisiones a bordo, levamos ancla y tomamos de nuevo rumbo Norte. En el camino cogimos un pez sierra mexicano[50] y otro que aparentemente era un cruce entre un atún de aleta amarilla y una albacora[51]. Tiny y Sparky, que han pescado mucho en aguas del atún,

dicen que este pez se encuentra a menudo, aunque nunca en grandes cantidades.

Pudimos anclar en el extremo septentrional de isla Coronado, e inmediatamente nos fuimos a recolectar animales por un largo saliente de tierra. Aquel arrecife de piedras cubiertas de agua no era muy rico. Nos movíamos lentamente con botas de goma, revolviendo las rocas y las algas. Encontramos muchos corales solitarios[52], que cogimos con gran dificultad, porque son muy fuertes y se rompen con facilidad cuando se tocan. Si uno pudiera aserrar la pequeña sección de roca a la que están sujetos, sería más sencillo apoderarse de ellos. Otro sistema bueno es usar un cuchillo fino y muy agudo, y tratándolos como si fueran joyas delicadas, sacarlos de su ancladero. Incluso actuando con cuidado, sólo uno de cada cinco resulta ileso. Encontramos también dos tipos de anémonas, unas mucho más grandes que las otras, y una gran cantidad de esponjas amarillas semiesféricas, que estaban anotadas en los informes como «sorprendentemente similares a las *Tethya aurantia* o *Geodia* en la bahía de Monterey». Esta similitud es en cierto modo explicable, puesto que resultaron ser *¡Tethya aurantia* y *Geodia!* Nuestra pesca incluyó la usual variedad de especies, desde los cangrejos que se colocan algas en la espalda para protegerse, hasta los briozoos que parecen musgo más que animales. Pero a pesar de todo, la región no era rica, sino «calcinada», y de nuevo tuvimos la misma sensación que experimentamos en la extraña isleta de Cayo… un resentimiento de la costa hacia la vida animal, una inhospitalaria cualidad de las piedras que haría pensar dos veces a un animal antes de vivir allí.

Esta condición de quemado es tan extraña… Hemos visto sitios que también parecen hostiles a la vida humana. Hay algunos en la costa de California. Es como si ya estuvieran habitados por otras especies invisibles a quienes ofendieran los hombres. Quizás estos lugares están quemados para nosotros, y un petrologista podría decirnos por qué. ¿No podría haber en tales sitios una radioactividad benigna que le pusiera a uno nervioso y le hiciera decir, intentando expresar en palabras sus sensaciones: «Este lugar es hostil. ¿Hay algo aquí que no tolerará a mi especie?». Mien-[53]

bras sus sensaciones: «Este lugar es hostil. Hay algo aquí que no tolerará a mi especie»? Mien-

los experimentos con moscas de frutas), podría muy bien haber otras que produjeran el efecto contrario.

Pequeños fragmentos de información aparentemente inconexa, se acumulan a veces en un proceso especulativo hasta que surge una hipótesis defendible. Nosotros habíamos llegado a un enigma en nuestras lecturas sobre el golfo, y ahora podíamos verlo en los animales. Existe un diferencial geográfico observable en la fauna del golfo de California. El área cabo San Lucas-La Paz es fuertemente panameña. Muchos moluscos y crustáceos de agua caliente no se presentan en cantidades en el norte de La Paz o del cabo San Lucas. Pero en cambio, la región septentrional de Santa Rosalía y Puerto Escondido, está habitada por animales de agua fría, incluyendo el *Pachy grapsus crassipes,* el cangrejo de playa más común de California, que se extiende al Norte hasta Oregón. Estos animales están aparentemente cogidos en un callejón sin salida.

El problema es: «¿Cómo llegaron allí?». En 1895 Cooper adelantó una explicación. Refiriéndose a la parte septentrional del golfo, observó: «Parece ser que las especies encontradas allí pertenecen más a la fauna templada, y que la mayoría de ellas son idénticas a aquellas que se hallan en la misma latitud en la costa occidental de la península. Esto indica que la cordillera divisoria, ahora a tres mil pies de altura, fue cruzada por uno o más estrechos dentro de los más recientes períodos geológicos»[54].

Este diferencial que nosotros también vimos, ha sido observado numerosas veces en la literatura de la región, especialmente por los conquiliólogos. Eric Knight Jordan, hijo de David Starr Jordan, un joven y prometedor paleontólogo que se mató hace años, estudió la presente distribución geológica de los moluscos a lo largo de la costa occidental de la Baja California. Dice: «Existen dos faunas distintas en la costa occidental de la Baja California, que se extiende ahora desde Point Conception hasta la isla de los Cedros… probablemente hasta un poco más lejos… La fauna del golfo de California se distribuye hacia el Norte por la costa occidental de la península, hasta la laguna de Scammon, que está un poco más lejos de la isla de los Cedros»[55]. Las áreas geográficas actuales están determinadas

por ciento veinticuatro especies, cogidas en los lechos cuaternarios en la bahía Magdalena, y que hoy todavía viven, aunque más al Norte. Dos páginas después observa: «Parece ser que cuando estos lechos cuaternarios se posaron, hubo un desplazamiento de líneas isotermas hacia el Sur, que fue suficiente para llevar las condiciones que hoy prevalecen en Cedros, hasta la latitud de la bahía Magdalena».

Habiendo revisado la literatura, podemos confirmar el significado del complejo de la isla de los Cedros, como un horizonte crítico actual (lo mismo que Carpenter hizo hace ochenta años), donde la fauna del Norte y del Sur se entremezclan hasta cierto punto. Aparentemente, ésta es la misma condición obtenida en bahía Magdalena cuando los lechos cuaternarios se fueron posando. El llano de Magdalena actual, que se extiende hasta La Paz por el lado del golfo, estaba sumergido en aquella época. Entonces era lo bastante frío como para permitir la reunión de especies de agua fría y caliente en aquel punto. Es una hipótesis defendible que cuando las líneas isotermas retrocedieron al Norte, los animales de agua fría ya no pudieron habitar las costas de la Baja California, que incluían la entonces entrada del golfo. En aquellas aguas progresivamente cálidas hubieran parecido, o habrían sido empujados al Norte, en donde se habrían refugiado para siempre dentro del golfo. En este último caso las olas migratorias de animales procedentes del Sur, que estaban invadiendo el golfo, se habrían apropiado de las especies del Norte en los lugares más extremos, donde han permanecido hasta nuestros días. Estos animales, cercados allí por las aguas tropicales y competidores afortunados, se han mantenido durante miles de años, aunque en la lucha han sufrido modificaciones tendentes a la pauperización.

Esta hipótesis parece equilibrar la suposición de Cooper de que existe un estrecho a través de las cordilleras a 350 millas al Norte, que no muestra signos de sumergencia cuaternaria.

Es interesante el que un paleontólogo, al trabajar en un área, trace los cimientos para una hipótesis muy razonable respecto a la distribución de las animales. Sin embargo, esto es sólo un ejemplo entre los muchos de oblicuidad que ofrece la investigación y el cociente accidental que envuelve. La literatura científica está llena de respuestas halladas cuando la

pregunta propuesta, se dirigía hacia una dirección y fin completamente distintos.

Existe una gran dificultad para llegar a una buena hipótesis. Cuando ésta es completa y categórica, sus ángulos suaves y su contenido cohesivo y consecuente, parece convertirse en algo por sí misma, en una obra de arte. Entonces es como un soneto terminado o una pintura completa. Uno odia alterarla, incluso si la información subsiguiente abriera una grieta en ella; uno aborrece derribarla porque era hermosa y completa. Uno de nuestros científicos más importantes, habiendo deducido que existía un arrecife en el Pacífico, fue incapaz durante mucho tiempo de persuadirse de que no había ninguno, como indicaban los sondímetros, pues su mente le decía que estaba allí. Algo parecido ocurrió hace algunos años. Una docta institución envió una expedición hacia el Sur, uno de cuyos objetivos era comprobar si la nutria de mar se había extinguido. A su debido tiempo regresó con la información de que aquello era cierto. Uno de nosotros, hablando algún tiempo después con una mujer de la costa de Monterey, se quedó atónito al oírla describir unos animales que sólo podían ser nutrias de mar, pues ella no podía haberlos descrito tan bien de no ser por observación. Un informe de esto enviado a la institución en cuestión, no obtuvo respuesta. Habían decidido que las nutrias de mar estaban extinguidas, y tenía que ser así. Sólo cuando un reportero de uno de nuestros más desacritados periódicos fotografió a aquellos animales, el público fue informado.

Todavía no se sabe si la institución ha sido vencida o no.

La crítica no lo ha decidido; no es sencillo pronunciarse sobre algo, aunque sea sobre las nutrias de mar, y una vez decidida la posición, es aún más difícil abandonarla. Cuando una hipótesis está arraigada profundamente, sólo una clase determinada de cirugía la puede amputar. Así, las creencias persisten mucho tiempo después que sus bases han sido removidas, y las costumbres basadas en ellas continúan, aunque estas creencias que las han estimulado, hayan sido olvidadas. Es considerado a menudo, especialmente por los reformadores y legisladores, que la ley estimula la acción o la inhibición de ella, cuando en realidad ocurre todo lo contrario. La ley es simplemente la publicación de una costumbre practicada por la mayoría de individuos de una sociedad, y por ello los que

difieren, deben conformarse y son eliminados. Hemos tenido muchos ejemplos de que la ley intenta ser el resorte de la acción, pero las leyes prohibitivas demuestran lo engañosa que es esta teoría.

Las cosas de nuestra mente tienen para nosotros mayor fuerza que la realidad externa. Uno de nosotros lleva barba, y una noche en que éste estaba de guardia en el timón, los demás nos sentamos en la cocina bebiendo café. Estábamos discutiendo si había lobos, y su casi universal aparición en la literatura regional. Partiendo de este principio, jugamos con una idea macabra.

—Pronto será luna llena —decíamos— y éste de la barba empezará a sentir su atracción. Anoche oímos arañazos de garras en cubierta. Cuando le vemos ponerse de cuatro patas, y veamos una luz roja en sus ojos, entonces huyamos porque nos degollará.

Estábamos entusiasmados con aquel juego. Comentamos la tendencia de nuestro compañero a llevar barba, que sus dientes, al menos los caninos, se habían desarrollado últimamente, y que la semana pasada había desgarrado con ellos la comida. Era de noche cuando hablábamos sobre esto, la cubierta estaba oscura y soplaba el viento. De pronto apareció en el umbral de la puerta, con la barba y el pelo revuelto por el viento, y sus ojos enrojecidos. Al subir los escalones de la cocina, parecía hacerlo de cuatro patas, y cada unos de nosotros se levantó, sintiendo que se le ponían los pelos de punta. Nos habíamos embebido tanto en el juego, que tardamos un rato en volver a la realidad.

Estas cosas de la mente son muy fuertes; algunas lo son tanto, que borran completamente la realidad.

Marzo, 28

Después de recolectar en isla Coronado el día veintisiete y de conservar y clasificar los animales, nos sentimos muy cansados. Habíamos trabajado constantemente. Nos pasamos la mañana del veintiocho durmiendo. Nos haría mucho bien; los ojos se fatigaban de tanto mirar cosas nuevas, y dormir hasta tarde, dijimos, tiene su genuino valor terapéutico. Era lo mejor que podíamos hacer, para poder trabajar con más efectividad. Tenemos la ligera duda de que todo esto fuera cierto, pero desearíamos poder encontrar un razonamiento así cada vez que nos sentimos perezosos, porque en algún sentido terrible, esta estupenda holgazanería se ha procurado mala fama. Es fácil comprender, sin embargo, que la pereza caería en descrédito si su consecuencia fuera el hambre. Pero raras veces es así. El hambre la hace imposible. Ser perezoso se ha convertido en algo pecaminoso, y nosotros nos preguntamos por qué. Uno podría sostener, especialmente si tiene tendencia a la pereza, que ésta es una relajación preñada de actividad, un sentido del descanso del cual puede surgir un esfuerzo directo, por cuanto la mayoría de las ocupaciones son simplemente una clase de tic nervioso. Conocemos a una señora que está obsesionada con la idea de que los ceniceros estén limpios. No es perezosa; pasa buena parte de su tiempo asegurándose de que no quedan cenizas en ningún cenicero, y para mantenerse ocupada los tiene en gran cantidad. Otro conocido se dedica a enderezar las alfombras y cuadros, y a arreglar los libros y revistas en ordenados montones. Tampoco él es perezoso; está siempre muy ocupado. ¿Con qué fin? Si descansara con los pies encima de una silla y un vaso de

cerveza helada a su lado —no fría, sino helada— si contemplara desde esta posición una alfombra arrugada o un cuadro torcido, probablemente se diría a sí mismo entre sorbo y sorbo de cerveza (preferentemente «Carta Blanca»): «Esta alfombra me irrita por alguna razón. Si estuviera bien puesta, me sentiría cómodo; pero sólo existe una posición correcta entre todas las posibles posiciones (y éste es desde luego, mi punto de vista personal respecto a la corrupción). Estoy intentando, en efecto, imponer mi voluntad, mi aislado sentido de la exactitud, a una alfombra, que por sí sola no puede poseer tal sentido, ya que parece igualmente satisfecha tanto si está derecha como torcida. Supongamos que yo intentara enderezar a la gente —y aquí bebe un gran sorbo—. Helen C., por ejemplo, no es perfecta… —se sumerge en un sueño—, pero ¡qué hermoso está con el pelo revuelto, qué encantadora cuando se excita y respira por la boca!». Vuelve a levantar su vaso, y a los pocos minutos coge el teléfono. Se siente feliz, y tal vez Helen C. también. La alfombra no tiene ya ninguna importancia.

¿Cómo es posible que tal proceso se haya convertido en una vergüenza o en un pecado? Solamente en la pereza puede uno conseguir un estado de contemplación que es un equilibrio de valores, una medida de uno contra el mundo, y del mundo contra sí mismo. Un hombre ocupado no encuentra tiempo para tal equilibrio. Nosotros no creemos que un hombre perezoso pueda cometer crímenes, grandes robos o dirigir a una multitud. Es más probable que pensara sobre ello y se riera. Y una nación de hombres contemplativos, sería incapaz de luchar en una guerra, a menos que su misma pereza fuera atacada. Las guerras son un producto de la actividad.

Ante estos razonamientos, dormimos hasta las nueve de la mañana. Entonces pusimos en marcha los motores y nos dirigimos hacia la bahía de la Concepción. El mar, con la excepción de un vendaval a las afueras de La Paz, había estado muy tranquilo. Aquel día soplaba un ligero viento sobre el agua. Grandes cantidades de peces espadas saltaban y jugaban a nuestro alrededor. Colocamos en proa nuestro arpón más pequeño con un carrete de sedal de algodón al lado, y permanecimos alerta durante horas. El timonel cambiaba de rumbo una y otra vez, intentando acercar la proa a los peces, pero éstos parecían esperar hasta que estaban a tiro, y entonces se sumergían tan rápidamente que casi se perdían de vista. Realizamos muchos

lanzamientos con ferocidad, y una vez logramos atravesar la cola de uno de aquellos monstruos, pero el animal tiró con fuerza y se escapó. Había bancos de atún a nuestro alrededor, y cuando nos cruzamos con ellos, lográbamos coger hermosos ejemplares.

Habíamos colocado un barril de sal en popa; cortamos el pez a trozos, y lo metimos allí para llevárnoslo a casa. Lo que sucedió fue que, como cada uno de nosotros habíamos añadido sal, al regresar del viaje el pescado estaba incomible.

Cuando doblamos Punta Aguja y nos dirigimos hacia el Sur por dentro de la bolsa que forma la bahía de la Concepción, pudimos ver la pequeña ciudad de Mulege en la costa septentrional. No habíamos planeado detenernos allí, pues corrían rumores de que los derechos del puerto eran ruinosos. Nosotros no sabemos que esto sea así, pues se dice muy a menudo de Mulege. También puede haber malaria. Habíamos seguido el rastro de la malaria durante mucho tiempo. En el cabo decían que allí no la había, pero en La Paz era muy severa, aunque sus habitantes aseguraban que la malaria estaba en Loreto. En Loreto declaraban que Mulege estaba lleno, y allí debe permanecer, pero como no nos detuvimos, no sabemos lo que dicen de ello los mulegeños. Más tarde volvimos a encontrar malaria en el otro lado, bajando desde Topolobambo.

Una península que señala al Norte es el límite exterior de la bahía de la Concepción. Su entrada tiene tres y un cuarto de milla de amplitud, y se extiende veintidós millas hacia el Sur, variando de anchura desde las dos a las cinco millas. La costa oriental, a lo largo de la cual recolectamos, tiene un contorno regular, con escarpadas playas de arena y guijarros, billones de conchas blanqueadas, muchas almejas y grandes caracoles. Desde la costa, el ascenso es gradual hasta las montañas que forman la pequeña península y protegen a este menudo golfo del golfo de California. A lo largo de la costa hay muchas ensenadas de agua muy salada, donde miles de cangrejos se esconden en sus húmedas madrigueras y burbujean cuando uno se acerca. La playa era muy hermosa con las conchas blancas y rosas de los múrices[56]. Sparky los encontró tan bonitos que cogió un cubo lleno y los guardó en la bodega. E incluso luego, de regreso en Monterey, vio que no tenía bastantes para sus amigos.

Detrás de la playa, había una pequeña porción de tierra llana, arenosa y seca, cubierta de cactus y arbustos espesos. Más allá, las colinas, donde las palomas salvajes nos llamaban de nuevo con su canto de nostalgia. El deseo que envuelve este sonido es curioso y fuerte; da la sensación de un día que agoniza. Uno querría caminar hacia él olvidándose de todo lo demás. Sin duda hay símbolos sonoros en el subconsciente, lo mismo que hay símbolos visuales… sonidos que llevan una respuesta, un pequeño espasmo de miedo, una especie de sensualidad, o, lo mismo que las palomas, una nostálgica tristeza. Quizás en nuestra prehumanidad, este canto de las palomas era la señal de que el día había terminado y de que llegaba una noche de terror… una noche que quizás esta vez era permanente. Unida al símbolo visual de la puesta del sol y al símbolo olfativo de la tierra enfriándose, todo esto podía causar el pequeño espasmo de tristeza. El olor a almizcle de una cabra no está en nuestra experiencia, pero está en alguna, pues ni tenuemente ni en perfume se huele sin su efecto. Pero algunos grupos de pastores deben de haber conocido este olor y su resultado, y la excitación de la cabra debe de haberles sugestionado. Incluso un hombre de la ciudad se perturba profundamente cuando huele este perfume en el pelo de una chica. Se dice que nosotros no producimos almizcle ni nada parecido, pero no creemos en esto. Uno sufre una y otra vez la experiencia de volverse y seguir con los ojos a alguna chica especial entre otras muchas. Esta chica puede no ser guapa, y de hecho, con frecuencia no lo es. ¿Cuál puede ser el estímulo si no es el perfume? Si uno sigue tal impulso hasta su conclusión, no suele equivocarse. Pues si en el subconsciente hay símbolos visuales viriles y fuertes, debe de haber otros engendrados por los demás sentidos. Los puntos sensitivos del cuerpo, yemas de los dedos, lóbulo de la oreja, piel de las costillas, muslos y labios, deben de tener también sus recuerdos. Y cuando los sentidos se derriten, el aroma de las flores en primavera, el perfume de una mujer, el olor de los reptiles y de la muerte, están hondamente metidos en nuestro subconsciente. A veces podemos decir con certeza: «Este hombre va a morir». ¿Olemos sus células que se desintegran? ¿Vemos que el pelo pierde su brillo, y que el color de la piel palidece? No conocemos estas reacciones una por una, pero en cambio podemos decir cuándo un hombre, un perro, un gato o una vaca va a morir.

Si las pulgas del perro lo saben y le abandonan por adelantado, ¿por qué no podemos saberlo nosotros también? La proximidad de la muerte, las células agonizantes, previenen a las pulgas y a nosotros.

El agua que baña la costa de la bahía de la Concepción estaba llena de dólares de arena, dos especies comunes[57] y otra muy rara[58]. Había también arborescencias de esponjas de un rojo brillante[59], que crecían en las piedras, o en racimos de coral viejo, y que son unas importantes señaladoras del horizonte. En otras rocas embutidas en la arena, encontramos hachas gigantes apilándose con tunicados, y sosteniendo en su concha los usuales ofiuros pequeños y cangrejos. Una de estas almejas llevaba encima un grupo de corales solitarios. Cerca de la orilla había caracoles grandes y brillantes, cuyas conchas habían conmovido tanto a Sparky. En esta área recolectábamos desde el bote, inclinándonos sobre la borda, subiendo los animales en las redes, ensartándolos a veces con un pequeño tridente, y saltando de vez en cuando al agua para alcanzar una hermosa esponja.

El hielo que habíamos subido a bordo en La Paz ya había desaparecido. Pusimos en marcha nuestro pequeño motor, que funcionó durante horas para enfriar la caja refrigeradora, pero el calor que hacía en cubierta no permitiría bajar la temperatura más de treinta y ocho grados Farenheit, y el pequeño motor se paraba a menudo, como si odiara funcionar. Sonaba cansado, sudoroso y disgustado. Al anochecer comimos pescado frito que habíamos pescado aquel día, y luego iluminamos la cubierta, poniendo nuestra lámpara reflectora sobre la borda. Cogimos una anguila, pensando al ver sus movimientos lentos y retorcidos en el agua, que sería uno de esos auténticos reptiles viperinos que son corrientes en el Sur. Aquella noche también capturamos algunos peces voladores.

Usábamos redes con mangos largos en el agua iluminada, y preparamos las cacerolas esmaltadas para que los pequeños animales pelágicos pudieran ser echados directamente en ellas. Se llenaron inmediatamente. Había *heteronereis* (especie de gusanos reptiles que desarrollan unas colas como remos, según su madurez sexual), cangrejos nadadores, anélidos, y peces-

cinta, que no se veían porque eran perfectamente transparentes. No habríamos sabido que estaban allí, si no hubieran proyectado ligeras sombras en el fondo de las cacerolas. Metidos en alcohol, perdían su transparencia y podían verse con facilidad. Los recipientes pronto estuvieron llenos de pequeños animales, porque cada redada subía muchas especies. Cuando colocamos la luz más cerca del agua, acudieron los ejemplares más diminutos, que iniciaron una danza vertiginosa, trazando líneas absurdas. Entonces los peces pequeños empezaron a saltar adentro y afuera de esta concentración, y de vez en cuando los peces grandes se los zampaban. Cogimos varias anguilas más con manchas de color crema. Eran muy parecidas a un reptil y tenían unos pequeños y brillantes ojos azules. No nadaban como los peces, sino que se retorcían en el agua.

Mientras trabajábamos en la cubierta, bajamos al fondo redes para pescar cangrejos, poniéndoles como cebo las cabezas y entrañas de los pescados que habíamos tomado para cenar. Al subirlas, estaban cargadas de grandes caracoles de ojos furtivos y erizos con espinas. La parientes de estos dos animales de agua más fría se mueven con lentitud, pero éstos lo hacían con gran rapidez y eran completamente voraces. Una red dejada en el fondo cinco minutos, al subirla tenía al menos veinte erizos, todos atacando el cebo. Y además de la velocidad con que se mueven, dichos erizos son listos y sensitivos a causa de sus espinas. Cuando están en peligro, las largas y agudas púas se mueven cubriendo el cuerpo del animal, hasta que está armado como una falange macedónica. Las espinas eran de un color blanco amarillento, pero a media pulgada de las puntas eran azul oscuro. Su pinchazo escocía como el del aguijón de una abeja. Parecían vivir en grandes cantidades a cuatro brazas de profundidad; no sabemos hasta dónde se extienden, pero sus habilidades físicas y su voracidad indican que hasta bastante lejos. En las mismas redes cogimos cangrejos dromiáceos[60], reminiscencias de los ermitaños, que se han adaptado a vivir en la mitad de la concha de un bivalvo[61], y para ello ha cambiado la forma de su cuerpo.

Es probable que ningún tejido animal se destruya en esta agua. Los furiosos apetitos que abundan hacen que un animal muerto o herido no dure más que unos pocos momentos. El animal rápido que se volviera lento,

sufriría una muerte instantánea, lo mismo que el que abriera su concha a destiempo, o el que siendo fiero se volviera tímido. Parece ser que el castigo por cometer una falta o un error es la muerte rápida, y no existe una segunda oportunidad.

Sería una buena idea guardar algunos de aquellos sensitivos erizos vivos, y observar sus métodos de locomoción y de ataque. Desde luego, nunca más volveremos a viajar sin un acuario de tamaño adecuado, en el cual podamos meter a los animales interesantes y conservarlos durante algún tiempo. Los acuarios que teníamos estaban hechos con cristal polarizado, por lo cual los peces podían mirar afuera, pero nosotros no podíamos ver el interior. Esto fue un error por nuestra parte.

Existen tres maneras de observar a los animales: muertos y conservados, en sus propias regiones durante el corto espacio de la marea baja, y durante largos períodos en el acuario. Lo ideal es usar las tres. Solamente tras una concienzuda observación, llega uno a conocer el animal en cuestión. En su lugar nativo uno puede ver su vida normal, pero en un acuario es posible crear condiciones anormales y anotar si el animal se adapta o no a ellas. Como ejemplo de este tercer método de observación, podemos usar unas cuantas notas tomadas de una pequeña colonia de anémonas en un acuario. Las tuvimos durante varios meses.

En un lugar natural, en la ensenada, están apretadas y unidas a las rocas. Cuando la marea las cubre, extienden sus hermosos tentáculos, y con sus células urticantes capturan y se comen microorganismos. Si un animal poderoso, un cangrejo pequeño por ejemplo, las toca, lo paralizan y lo envuelven en su estómago, comenzando el proceso digestivo antes de que dicho animal esté muerto, y arrojando a la vez la concha. Al ser atacadas por un enemigo se pliegan en sí mismas para protegerse. Llevamos un grupo de estas anémonas al laboratorio, y las colocamos en un acuario, en el que habíamos metido agua fría y oxígeno para mantenerlas vivas. Entonces les dimos varias clases de alimentos, y descubrimos que no responden al simple tacto estimulante de los tentáculos, pero que tienen algo que es al menos un vago paralelo a un germen, sea cual sea el método químico o mecánico. Así, la comida con proteínas la agarraban con los tentáculos, y se la comían sin meditar; la grasa la tocaban con cautela, se la metía sin

entusiasmo en el estómago, e inmediatamente la vomitaban; las féculas las rechazaban. Los azúcares, si eran concentrados, parecían quemarlas. Parecían ser un método químico de diferenciación y elección. Hacíamos circular la misma agua de mar una y otra vez, sólo enfriándola o refrescándola. El oxígeno puro, introducido en su estómago en ampollas, les producía algo parecido a una borrachera; el animal se relajaba, su reacción al contacto se hacía más lenta, y a veces se detenía completamente durante un rato. Pero la reacción ante los estímulos químicos permanecía activa. A su debido tiempo, toda la comida microscópica se sacaba del agua por medio de una constante circulación, y entonces las anémonas empezaban a cambiar de forma. Sus cuerpos, que habían sido espesos y gruesos, se hacían largos como cuellos; de su longitud normal de una pulgada pasaban a medir tres. Nosotros sospechábamos que eso se debía al hambre. Entonces, un día al cabo de tres meses, echamos un pequeño cangrejo en el acuario. Las anémonas, moviéndose y curvándose, lo atacaron como lentos reptiles. Su reacción normal habría sido acercarse y atraerlo con sus tentáculos, pero el hambre había cambiado su sistema, y ahora se encontraban que cuando rozaba su cuerpo, se curvaban hacia abajo, mientras sus tentáculos buscaban hambrientamente comida. Incluso parecía haber una competición entre ellas, cosa que nunca habíamos visto en una ensenada. Esta versatilidad nos resultaba nueva, y no se menciona en ningún libro.

El acuario es como un trozo de costa muy valioso para la observación. Los animales tímidos y de mirada rápida, se acostumbran a tener seres humanos alrededor, y pronto reanudan sus ocupaciones bajo las luces. Si hubiéramos podido meter a nuestros sensitivos erizos en un acuario, habríamos visto por qué se mueven con tanta rapidez, y cómo se preparan ante el peligro de algo que se aproxima. Pero los conservamos, y naturalmente perdieron color y varias de sus hermosas púas. También hubiéramos podido observar en un acuario cómo los grandes caracoles son capaces de consumir el tejido animal tan aprisa. Pero al no tenerlo, no sabemos estas cosas.

Marzo, 29

Las mareas nos habían estado causando molestias, porque nos hallábamos ahora bastante adentrados en el golfo y su flujo tenía que ser tomado en consideración. Al anochecer habíamos colocado una estaca con banderines al nivel del agua, de modo que desde cubierta pudiéramos observar con anteojos el ascenso y descenso del mar con relación al palo. A las siete y media de la mañana la marea estaba bajando en nuestro marcador. Los mapas que teníamos ya no nos servían, y como nos deteníamos tan poco tiempo en cada sitio, no podíamos hacer otros nuevos. La duración irregular de nuestras paradas nos impedía hacer pronósticos con certeza, y, además, un perezoso estado mental se había apoderado de nosotros, que no tenía nada que ver con la velocidad de la recolección. Es posible trabajar mucho con una actitud de holgazanería, y en cambio trabajar poco con gran nerviosismo.

Aquel día, el sol que brillaba en la playa nos hacía sentir bien. Nos recordaba a Charles Darwin, que había llegado en el *Beagle,* avanzada la noche, a la bahía de Valparaíso. Por la mañana se despertó, miró a tierra, y entonces escribió: «Al amanecer todo aparecía encantador. Después de Tierra de Fuego, el clima era tan delicioso, la atmósfera tan seca y el cielo tan claro y azul, que toda la naturaleza parecían centellear de vida»[62].

Darwin no explicaba cómo era en realidad en Valparaíso, sino su impresión subjetiva. Al ser un naturalista decía: «Toda la naturaleza parecía centellear de vida», pero de hecho era él quien estaba centelleando. Se sentía tan bien, que con estos adjetivos generales, puede trasladar su éxtasis

a nosotros a través de cien años. Y nosotros podemos imaginar cómo estiraba sus músculos al aire de la mañana, cómo se sacaba el sombrero, lo lanzaba y lo volvía a coger.

Aquella mañana nos sentíamos del mismo modo en la bahía de la Concepción. «Todo aparecía encantador». Unas olas diminutas se deslizaban arriba y abajo de la playa sin apenas romperse. A los lejos, los pelícanos revoloteaban pescando; a veces, plegaban sus alas y se sumergían en sus chapuceras zumbullidas, que, sin embargo, debían de ser efectivas, pues de otro modo no habría más pelícanos.

A las nueve el agua estaba bien baja, y a las diez comenzó a subir de nuevo. Fuimos a tierra. La playa era empinada durante un trecho, y luego se allanaba en una pendiente gradual. Cogimos dos ejemplares de erizos, los *Encope californica* de Verrill[63]. Eran muy comunes allí los grotescamente hermosos dólares de arena[64], y encontramos también un curioso miembro del mismo grupo, que sólo produjo tres individuos de la especie cuando los animales fueron separados en cubierta. A unos dos pies de profundidad con la marea baja, había una clase de pepino nueva para nosotros[65]; eran unos ejemplares chatos e incrustados de arena. En algunos sitios, los erizos-corazón gigantes[66] estaban disponibles a millares. Se hallaban entre los dos y tres pies bajo la superficie del agua, y eran muy pocos los que se encontraban más abajo. La mayor cantidad estaba a tres pies de profundidad.

El contorno de la costa era allí muy parecido al de Puget Sound. La parte alta estaba formada de grava, guijarros y rocas pequeñas; el litoral bajo, la arena gruesa y fina, con algunas piedras bajo el nivel de la marea baja. En aquella zona, a una profundidad máxima de cuatro pies, crecían matas de algas, seguramente *Sargassum,* altas y abundantes, que se extendían hasta la superficie. Excepto por la falta de césped de anguilas, podía haber sido Puget Sound. Cogimos dos conchas gigantes, varias especies de holoturias, y algunos *Cerianthus,* la anémona de arena[67], que tiene la cabeza muy hermosa, pero el cuerpo tan desagradable como un traje gris podrido. Tiny bautizó al *Cerianthus* como «intestinos sucios», y el nombre le pegaba. Sumergiéndonos, encontramos varias hachas, las enormes almejas parecidas al mejillón[68]. Sus conchas estaban incrustadas

con esponjas y tunicados, bajo los cuales se escondían pequeños cangrejos y camarones saltones. También había lapas pegadas a las hachas. Éstas se cierran tan fuertemente con su músculo aductor, que ni un cuchillo puede penetrarlas, y la concha se rompe antes de que el músculo llegue a rebajarse. El mejor sistema para abrirlas es meterlas en un cubo de agua, y cuando se abren un poco, introducir un cuchillo de hoja fina y aguda, y cortarlas con rapidez. Probablemente, si un dedo queda cogido en la concha, se hará daño. En muchas de las hachas encontramos grandes y pálidos camarones comensales, viviendo en los pliegues de su cuerpo. Tienen el cuerpo blando y por lo que parece, viven siempre allí.

Hacia el mediodía nos pusimos en camino para cala San Lucas, y como de costumbre realizamos nuestro trabajo de preservación y clasificación mientras navegábamos. Matamos algunos dólares de arena con formol y los pusimos a secar al sol; la mayoría los conservamos en un pequeño barril con una solución de ácido fórmico. Sparky ya había llenado varios sacos con las hermosas conchas rosas y blancas de los múrices, explicando, como si se le hubiera pedido una explicación, que sería muy bonito delinear con ellas un sendero de jardín. En realidad, le gustaban simplemente, y deseaba tenerlas.

Pasamos Mulege, la ciudad de la malaria y de los derechos de puertos caros, y con sus tejados rojos y paredes blancas, resaltaba alegremente contra las montañas. Hubiéramos querido bajar a tierra allí, pero el muro de nuestra propia resolución nos detuvo. Habíamos dicho: «No nos detendremos en Mulege», y, por tanto, no podíamos cambiar nuestra decisión. Sparky y Tiny la miraron ansiosamente al pasar; les habían llegado a gustar las rápidas excursiones por las pequeñas ciudades, pues descubrieron que su italiano les servía para todos los propósitos que tenían en sus mentes. Tenían por costumbre vagar por las calles con sus máquinas fotográficas, y al poco tiempo ya tenían amigos. Tony y Tex eran extranjeros, pero Tiny y Sparky se sentían en su casa en aquellas ciudades… y nunca preguntaban la casa de quién. Esto no era reserva, sino mejor un tacto innato.

El trabajo de Tiny y Sparky en el timón había mejorado, y excepto cuando cogían un pez espada (lo cual ocurría bastante a menudo), no nos

desviábamos de rumbo más que dos o tres veces durante sus guardias.

Al mismo tiempo descubrimos que Tex se estaba engordando, y como tenía que casarse en seguida después de su regreso, decidimos ponerle a dieta y dejarle en buenas condiciones para el matrimonio. Él protestó débilmente cuando le disminuimos su ración, y se dedicó a robarnos comida. Durante los tres días que duró su régimen, comió probablemente dos veces más que antes, pero la idea de que se estaba muriendo de inanición le producía tanta hambre, que al final del tercer día no lo pudo soportar más, y se tomó una cena que casi le mató. En realidad, con sus robos de comida había aumentado unas cuantas libras de peso, pero siempre se estremecía ante el recuerdo de aquellos tres días. Solía decir:

—Un hombre no se siente nada bien cuando está muriéndose de hambre.

Y se preguntaba qué bien podía hacerle el matrimonio, si estaba débil y enfermo.

A las cinco de la tarde del 29 de marzo, llegamos a cala San Lucas, y anclamos fuera. La cala, una albufera profunda de agua salada, resguardada por un gran arenal, tiene una entrada que nos habría permitido pasar, pero la corriente es fuerte y no había sondeos previos disponibles. Además, Tony se ponía nervioso ante la idea de meter su barco en tales sitios. Había también otra razón para anclar fuera: en el golfo abierto, al moverse la brisa, no hay chinches, mientras que si uno fondea en un agua quieta cerca de los mangles, los pequeños visitantes pasan toda la noche en el barco. Hay una pequeña mosca negra parecida a un escarabajo, que se mete en la cama contigo, porque le gustan los lugares blandos. Cuando el viento soplaba en los mangles sufríamos mucho. Estos bichos odian la luz, pero en cambio hallan seguridad en una cama bajo los riñones de uno. Su mordisco deja una picazón ardiente. Si tenemos alguna influencia en la Corte celestial, su alma colectiva se estará asando en el infierno. Tras alguna experiencia con ellos, anclábamos siempre un poco lejos.

Cuando llegamos a San Lucas la marea estaba subiendo, y el pequeño estrecho parecía un canal artificial. Sería necesario esperar hasta la mañana. Nos sentíamos ansiosos por ver si en aquel arenal tan perfectamente situado podíamos o no encontrar anfioxos, los vertebrados más primitivos. Mientras

echábamos el ancla se cruzó con nosotros un gran tiburón, cuya aleta sobresalía por la superficie del agua. Le disparamos un tiro con una pistola atravesándole la aleta. La cortó como una hoja de afeitar y pudimos oír el silbido del agua. ¡Qué increíble velocidad pueden desarrollar los tiburones cuando tienen prisa! Nos preguntamos si se puede comparar con la de las marsopas. Las variaciones de velocidad entre las especies que nadan aprisa deben de ser muy grandes. Deben de existir tiburones increíbles, que hacen parecer a los otros lentos.

Aquella noche volvimos a colgar la lámpara por la borda, y capturamos algunos calamares pequeños, los usuales *heteronereis,* varios crustáceos, cantidades de larvas de cangrejos y los transparentes peces-cinta. Los muchachos habían desarrollado una técnica para pescar peces voladores: uno les espantaba con una red, haciéndoles entrar en la red del otro. Pero incluso así no se podían coger, porque luchaban y se escapaban con facilidad. Aquella noche celebramos una pequeña fiesta por un suceso sin importancia que no merecía la pena ser recordado. Las cacerolas de animales estaban todavía en cubierta, y uno de nosotros, confundiendo las sales Epsom con galletas trituradas, intentó anestesiar con ellas a las holoturias. La espesa pasta resultante no parecía tener cualidades narcóticas.

Avanzada, muy avanzada la noche, recordamos que Horacio dice que los camarones fritos y los caracoles africanos son capaces de curar la mayor borrachera. No disponíamos de ninguno, y nos preguntamos si este remedio clásico ha sido prescrito y probado desde los tiempos antiguos. No sabemos a qué caracol se refiere, si al marino o al de tierra. De todos modos es una pena que esos remedios tan imaginativos hayan sido abandonados por la vulgaridad de los antibióticos, estimulantes del corazón y analgésicos. El misterio báquico se califica y anula a causa de una bioquímica, que casi es una ciencia mística. Horacio sugiere que el vino de Cos tomado con estos camarones y caracoles, garantiza el remedio. Quizá sí. En tal caso, su remedio es en algún aspecto, como esos ungüentos usados en brujería, que mezclan cerebros secos de bebés, ojos de rana, lenguas de lagartos, lo meten en el cráneo de un hombre ahorcado cubriéndolo con opio en crudo, y así sirve para estimular la imaginación y al mismo tiempo el sistema nervioso central. En nuestra fatigosa discusión en cala San Lucas

descubrimos que no teníamos caracoles, camarones, ni vino de Cos. El remedio se vino, pues, abajo; decidimos que lo que necesitábamos era una buena dosis de proteínas y alcohol; por tanto, lo sustituimos por una nueva mezcla: pescado frito y un poco de whisky.

El uso del eufemismo en la publicidad nacional está dando una mala fama a la borrachera. Le llaman «tolerancia excesiva». Existe una curiosa sordidez en la tolerancia excesiva. El nombre es desagradable, y la palabra «excesiva» indica que uno no tendría que haberlo hecho. Nuestra fiesta no tenía tal implicación. *No* bebimos demasiado, sólo lo suficiente, pues no queríamos profanar una agradable reunión con la despreciativa frase «tolerancia excesiva».

Hay que hacer una referencia al cajón de las medicinas. Al dejar Monterey, como ustedes recordarán, habíamos terminado la «medicina», pero tan pronto como nos hicimos a la mar, descubrimos que cada uno de nosotros, con la salud de todos en la mente, había traído medicina para casos de emergencia. Cuando la buena voluntad de todos se hizo patente, el cajón de medicinas no tuvo nada que envidiar al bar mejor surtido. Las emergencias se presentaron. ¿Quién dice que una necesidad del alma no es peor que un mal resfriado? Lo que era bastante bueno para Li Po, lo era también para nosotros. Ha habido muy pocos hombres inmortales a quien no les ha gustado el vino; en este momento no se nos ocurre ninguno y la verdad es que no nos interesa demasiado. Los indios americanos y los pioneros australianos son las únicas gentes grandes e idealistas que no han descubierto un licor alcohólico. También hay grupos en nuestro pueblo que han abandonado el uso del alcohol, debido sin duda a su sangre india o pionera, pero nosotros no deseamos intimar con ellos. Uno puede imaginarse a tal clase de personas leyendo este Diario y diciendo:

—¡Caray! Se pasaron el tiempo bebiendo cerveza… y en cala San Lucas hasta whisky.

Esto es como si un sereno gritara:

—¡La gente duerme continuamente!

O un ciego se quejara:

—Existe una costumbre perniciosa y malvada entre la gente que se llama «vista». Ésta puede causar la muerte y debería ser evitada.

En realidad, con algunas excepciones triviales, nuestra raza tiene una historia alcohólica triunfal, a la que no se pueden atribuir síntomas definitivos de degeneración. La teoría de que el alcohol es un veneno ha sido demasiado fácil y ciegamente aceptada. Así es para algunos individuos, como lo es el azúcar o la carne para otros. Pero para la raza en general, el alcohol ha sido anodino, un confortador del alma y un reforzante de los músculos y del espíritu. Ha dado valor a los cobardes, y ha hecho a la gente muy fea, atractiva. Se cuenta una historia de un vagabundo sueco, que se había sentado una noche de verano en una zanja de riego. Iba andrajoso, sucio, y estaba borracho, pero se decía a sí mismo con asombro:

—Soy rico, feliz, y hasta un poco guapo.

Marzo, 30

A las ocho y media de la mañana, la marea estaba menguando, y la gran extensión de arena iba quedando al descubierto. Este llano se componía un buen trecho de conchas rotas de moluscos. Cavando, encontramos muchas almejas pequeñas y unas cuantas parecidas a la clase *Venus.* Cogimos un cangrejo violinista macho muy grande, y varios *Cerianthus,* «intestinos sucios». Había cantidades de cangrejos ermitaños, y muchos cangrejos nadadores con pinzas de un color azul brillante[69]. Los mexicanos se los comen y son deliciosos. Nadan a gran velocidad. Cuando los perseguimos intentaron escaparse durante un rato, pero pronto se instalaron en el fondo y levantaron sus pinzas en una posición parecida a la de un boxeador a la defensiva. Su pinchazo era muy doloroso. Al capturarlos y meterlos en un cubo, se pelearon unos con otros, expresando así su furia; a nuestra vuelta el cubo estaba lleno de patas y pinzas rotas. Estos cangrejos no parecen salir del agua; cuando se les saca, se debilitan en seguida y pierden su fuerza. Además, no mueren tan rápidamente como los otros cangrejos. Quizás al vivir en las albuferas, que a veces deben de ser casi salobres, han adquirido una mayor tolerancia por el agua fresca que los demás; más grande incluso que la de ciertos biólogos que nunca tendrán nombre.

Este variable principio de tolerancia resulta siempre algo asombroso. Los anfioxos suelen vivir en la parte que da al mar de los bancos de arena, o en los fondos que sólo las mareas más bajas han descubierto. Cavamos para encontrarlos y cogimos sólo unos pocos, que debían de haberse quedado rezagados. Sin embargo, es posible que una marea extremadamente baja

descubriera un llano donde vivieran muchos. La captura de estos animales es excitante y requiere velocidad. Son en parte transparentes y además extremadamente nerviosos. A veces, si se remueve la arena con una pala, saltan y se retuercen con frenesí intentando esconderse de nuevo… lo que hacen en seguida. Pueden moverse por la arena y debajo de ella con gran rapidez. Nosotros les cortábamos el paso antes de que pudieran escapar. Solía haber muchos en Playa Balboa al sur de California, pero el dragado del canal y quizás el gran número de barcos de motor, los hacen hoy en día raros. Y son unos animales muy interesantes, casi el punto intermedio entre los vertebrados e invertebrados. Su longitud es por regla general de unas tres pulgadas, y su forma de lanzadera les permite deslizarse por la arena sin resistencia.

La barra de arena era rica en almejas, sobre todo en las pequeñas *Chione.* Extraímos *Cerianthus* de sus sucias cubiertas, y encontramos grandes cantidades de diminutos gusanos comensales[70]. Éstos podían dilatarse tanto que parecían pelos, o contraerse hasta el punto de adquirir aspecto de cacahuetes. No hallamos en cambio cangrejos comensales, como pensábamos.

Cala San Lucas es casi como un cenagal. El agua es muy caliente y probablemente está podrida, a causa de su exposición a un sol fulminante. Esta misma cualidad de salinidad alta hacía difícil preservar al *Cerianthus* en un estado de dilatación. Tras anestesiarlos durante seis u ocho horas en una solución de sales Epsom, e incluso de colocarlos en cacerolas bajo el ardiente sol, eran capaces de contraerse rápida y violentamente sacando agua cuando les tocaba el líquido preservador. Tarde o temprano hallaremos el método perfecto para anestesiar a las anémonas, pero de momento todavía no ha sido encontrado. Tenemos la esperanza de que el frío pueda servir de anestésico, si podemos forzar la absorción de formol mientras los animales están relajados en hielo seco. Pero es necesario realizar muchos experimentos, pues si el frío es excesivo no reciben el formol, y si no es suficiente se contraen.

Volvimos a bordo alrededor de las once y media, y zarpamos para la bahía de San Carlos. No teníamos intención de detenernos en Santa Rosalía, ciudad bastante grande que se ha mantenido durante mucho tiempo con las

minas de cobre de sus alrededores, bajo el control de una compañía francesa. Una ligera sensación de prisa se iba apoderando de nosotros, pues ahora empezábamos a ver la magnitud del trabajo que habíamos emprendido, y nos dábamos cuenta de lo limitado que teníamos el tiempo, el equipo y el personal. El tiempo pasaba velozmente. Aunque Sparky y Tiny deseaban proseguir su búsqueda y recolección en Santa Rosalía, no nos detuvimos. Desde el mar, parecía menos mexicana que las otras ciudades, quizá porque sabíamos que estaba en manos de una compañía francesa. Una ciudad mexicana crece de la tierra; uno no puede concebir que no haya estado siempre allí. Santa Rosalía, en cambio, tenía el aspecto de haber sido «construida». Había fábricas industriales de gran tamaño, andamios por todas partes, y montones de rocas rotas. Las montañas calcinadas, hasta llegar a ser blancas, contrastaban asombrosamente con los tejados rojos y las plantas de alrededor de las casas. Sparky manejaba el timón mientras pasábamos por allí, y tuvo que realizar un esfuerzo infinito para no dirigirse a tierra.

Hacia las seis de la tarde llegamos a la bahía de San Carlos, formada por una curiosa curva de tierra cerrada. A las afueras se puede anclar con facilidad, pues hay de cinco a siete brazas de agua. El interior de la bahía o albufera está bordeado por una playa de arena. Allí pensamos que debería de haber una fauna contraste con la de la costa llana de la mañana. Aquella playa estaba llena de algas podridas, quizá dejadas por alguna reciente tempestad, o posiblemente por el ciclo de corrientes. Existe un litoral parecido en San Antonio del Mar, en la costa occidental de la Baja California, a unas sesenta millas al sur de la Ensenada. Allí se apilan las basuras de barcos de cientos de millas a la redonda… cajas, cestos, tablones, botellas, latas y trozos de ropas. Es como el sumidero del Pacífico.

En San Carlos había pocos escombros humanos; los barcos no suelen adentrarse tanto en el golfo, y la gente aprecia tanto la madera y las latas, que las recoge rápidamente. En las algas putrefactas había millares de moscas y saltamontes de playa, que buscaban comida. Pero a pesar de su increíble número, sólo pudimos coger unos cuantos saltamontes, porque eran demasiado veloces para nosotros. Volvimos a tener la sensación de que en el golfo hay algo extraordinario que protege a los animales. Parecen

pinchar y morder peor que en otros sitios. En la arena encontramos algunas almejas bastante parecidas a las Pismo de California, pero éstas eran de un color marrón brillante tirando a negro. En las rocas cogimos dos especies de gasterópodos, cangrejos y caracoles. Había también erizos azules de agudas espinas y muchos gusanos chatos. Éstos son difíciles de coger porque se escurren como el mercurio, y no pueden conservarse bien; algunos se deshacen y otros se arrollan fuertemente. Hallamos también la estrella *Heliaster,* aunque mucho más pequeña.

Aquella noche volvimos a colgar la lámpara en la borda, y cogimos varios peces transparentes, incluyendo una clase nueva para nosotros; calamares, larvas de camarones, los usuales *heteronereis* y crustáceos.

Marzo, 31

La marea era muy pobre aquella mañana; sólo había decrecido de dos y medio a tres pies por debajo de la línea más alta de percebes. Empezamos a trabajar a las diez y realizamos un poco de pesca submarina, pero pronto se levantó el viento, y agitó tanto la superficie del agua, que no podíamos ver lo que estábamos haciendo. Hasta cierto punto, eso nos fue bien. Al no poder introducirnos en el litoral bajo, donde sin duda las langostas espinosas nos hubieran distraído, podíamos realizar un examen más detallado de la parte alta. Un hecho se hacía cada vez más patente: el pepino sulfúrico verde y negro es el animal costero más ubicuo de todo el golfo de California, con la estrella *Heliaster* en segundo lugar. Estas dos especies las encontrábamos por todas partes. En aquella región de San Carlos, los *Sally Lightfoots* vivían por encima del nivel de la marea alta, junto con unos cuantos *Ligyda occidentalis,* crustáceos parecidos a las cucarachas. Adheridos a las rocas y laderas de los acantilados, expuestos al sol, había percebes y lapas colocados de un modo que sólo debían sumergirse ocasionalmente. Más abajo estaban las almejas parecidas a mejillones, gasterópodos de color marrón, pepinos, *Heliasters* y estrellas de vidrio. La especie *Ophiothrix spiculata* no la encontramos allí, aunque la habíamos visto en todos los demás sitios. En aquella zona, las anémonas verrugosas crecían en los salientes y hoyos de las rocas. Había también estrellas vulgares[71], erizos, profusión de esponjas (algunas de color azul muy hermosas), pulpos[72], gasterópodos y tunicados.

Encontramos esponjas extremadamente grandes, unas de clase amarilla (*Clionas*), con un vago parecido a las *Lissodendoryx noxiosa* de Monterey, y otras blancas, *Steletta,* de malignas espinas. Hallamos también nudibránqueos de un brillante color naranja, gusanos gigantes, algunos caracoles sin concha de respiración pulmonar, un gusano-cinta y varios corales solitarios. Había allí los animales corrientes, y aquellos por los que sentíamos más interés respecto a sus grandes cantidades y asociaciones… implicando la palabra «asociación» una reunión biológica, es decir, todas las especies en una región dada.

La idea de comensalidad parece muy elástica, más amplia que la relación anfitrión y huésped; parece como si ciertas clases de animales se encuentren a menudo juntos por varias razones. Una, porque no se comen entre sí; dos, porque estas especies distintas se desarrollan mejor bajo condiciones idénticas de oleaje y fondo; tres, porque toman la misma clase de alimento, o aspectos diferentes de él; cuatro, porque en algunos casos el armazón y armas de algunos protegen a los otros (por ejemplo, las agudas espinas de un erizo pueden defender a un pececillo de un animal rapaz); cinco, porque puede ocurrir alguna división comensal de actividades. Así, el lazo de comensalidad puede soltarse o estrecharse.

Cuando uno contempla a los animales pequeños, las palabras precisas que los describen parecen hacerse confusas y menos exactas, y como unas especies se mezclan con otras, toda la idea de independencia empieza a vacilar y un concepto de variaciones animales ocupa su lugar. En biología todo el sistema taxonómico es pesado y rústico; ha surgido de los chistes de los naturalistas y del amor propio de los hombres que quisieron dar sus nombres a los animales.

Originalmente, el método descriptivo de denominación no era tan malo, porque cada uno de los observadores sabía bien latín y griego, y podía por tanto descifrar las descripciones. Pero tal conocimiento es bastante raro hoy en día; ni siquiera es un requisito. ¡Cuánto más fácil sería si los animales llevaran números y los nombres fueran sólo auxiliares! Entonces, sabiendo que los Artrópodos se representaban con la cifra romana VI, los Crustáceos con una B mayúscula, medida por el número arábigo 13, y los géneros y especies por una combinación de letras minúsculas, uno podría localizar a

los animales en su mente mucho más rápidamente de lo que puede ahora con el método descriptivo.

A medida que ascendíamos por el golfo, éste aparecía habitado más espaciadamente; había menos rancherías batidas por el calor, y menos canoas de indios pescadores. Por encima de Santa Rosalía navegaban muy pocos barcos mercantes. Uno se encontraba allí realmente incomunicado, pero, sin embargo, hallábamos en las playas evidencias de grandes grupos de pescadores. En una había quince o veinte conchas de tortugas marinas y las brasas de una hoguera donde habían asado o ahumado carne. En aquel mismo sitio encontramos también un pequeño arpón de hierro, que probablemente era la más valiosa posesión del hombre que lo había perdido. Los indios no parecen tener armas de fuego; su precio está por encima de sus sueños más descabellados. Hemos oído decir que en algunas casas, las armas atesoradas de otros tiempos, mosquetes, arcabuces, viejos fusiles, se guardan de generación en generación. Nos lo contó un hombre que había hallado un peto de una armadura española en una casa india.

Existe un pequeño cambio en el golfo. Creemos que es muy difícil asombrar a sus gentes. Un tanque o un jinete armado de la cabeza a los pies, lograrían la misma reacción…: un discreto y escaso interés. La comida es difícil de obtener, y el hombre vive encerrado en sí mismo, estrechamente relacionado con el tiempo; es un primo del sol, enemistado con la tormenta y la enfermedad. Nuestros productos, los juguetes mecánicos que se nos llevan buena parte de nuestro tiempo, y que tanto nos preocupan y asombran, serían considerados como lo que son, unos trastos bastante inteligentes, pero no relacionados con las cosas reales. Resultaría interesante intentar explicar a uno de esos indios nuestros tremendos proyectos, nuestros grandes impulsos, la fantástica producción de bienes que no pueden ser vendidos, la confusión de posesiones que esclavizan a poblaciones enteras con deudas, la preocupación y nerviosismo que origina la cría y educación de niños neuróticos que no encuentran lugar para ellos en este complicado mundo; la defensa del país contra una frenética nación de conquistadores; la corrupción, desgaste y muerte, necesarios para la

retención de algo absurdo; la ciencia que trabaja para adquirir conocimiento, y el movimiento de la gente y de los bienes contrario al saber obtenido. ¿Cómo podría uno hacer comprender a un indio la medicina que se esfuerza por salvar a un sifilítico, y las bombas y gases que se fabrican para matarle cuando está bueno; las armas que restituyen la salud para que la muerte sea más activa y violenta? Es muy posible que para un indio ignorante, esto no fuera evidencia de una gran civilización, sino mejor de un inconcebible contrasentido.

No queremos decir con eso que este indio pescador viva una vida perfecta o incluso muy buena. Un dolor de muelas puede ser para él una cosa terrible, y un dolor de estómago puede matarle. Pasa hambre a menudo, pero no se muere por cosas que no le conciernen íntimamente.

Muchas veces nos fue preguntado:

—¿Por qué hacéis esto, por qué cogéis y conserváis pequeños animales?

A nuestra propia gente podíamos haberles dicho un montón de cosas sin sentido, que habrían aceptado con beneplácito como significativas. Podríamos haber contestado:

—Deseamos llenar ciertos huecos en el conocimiento de la fauna del golfo.

Esto habría satisfecho a nuestra gente, porque el saber es algo sagrado, sobre lo que no se debe interrogar y ni siquiera examinar. Pero el indio podría decir:

—¿Para qué sirve este conocimiento? ¿Cuál es su propósito?

A nuestra gente le habríamos contestado lo usual sobre el progreso de la ciencia, y de nuevo eso sería suficiente. Pero el indio podría preguntar:

—¿Hacia qué progresa? ¿O es que simplemente se vuelve complicada? Vosotros salváis la vida de los niños para un mundo que no los ama. Nosotros —diría el indio— tenemos la costumbre de construir una casa antes de trasladarnos a vivir a ella. No querríamos que un niño se salvara de una pulmonía, sólo para estar herido toda su vida.

Las mentiras que contamos sobre nuestro deber y nuestros propósitos, las insensatas palabras de la ciencia y la filosofía, son muros que se vienen abajo ante un pequeño y aturdido «por qué». Por último aprendimos por qué hacíamos estas cosas. Los animales eran muy hermosos; nos

proporcionaban vida y excitación. En otras palabras, hacíamos aquello porque era agradable hacerlo.

No deseamos insinuar en ningún sentido que este indio hipotético es un salvaje noble que vive dentro de la lógica. Sus magias, técnicas y teologías, están tan llenas de contrasentido como las nuestras. Pero cuando dos personas de distinto nivel social, racial e intelectual, se encuentran y desean comunicarse, deben hacerlo apoyándose en una base lógica. Clavigero discute lo que a nuestra gente parece una sucia costumbre de algunos indios de la Baja California. Estaban siempre medio muertos de hambre, y cuando tenían carne, lo cual ocurría muy pocas veces, ataban cada bocado a una cuerda, y la comían pasándola de boca en boca. Clavigero lo encontraba repugnante. Esto viene a ser algo como el chino que, al ser ridiculizado por comer huevos de veinte años, dijo:

—Vuestro queso es leche podrida. A vosotros os gusta la leche podrida…, a nosotros nos gustan los huevos podridos. Los dos somos necios.

La manera de vestir había degenerado completamente en el *Western Flyer*. Ya no llevábamos camisas, pero en cambio los grandes sombreros de paja nos eran necesarios. A bordo íbamos descalzos, porque así era sencillo saltar al agua y refrescarnos. Nuestra ropa nunca llegaba a estar seca; la sal depositada en sus fibras la hacía higroscópica, absorbiendo siempre la humedad. Lavábamos los platos en agua salada caliente porque se quedaban adheridos pequeños cristales. Nos parecía que una pizca de sal pegada en la cafetera, hacía el café más delicioso. Comíamos pescado casi todos los días…: bonito, delfín, pez sierra, etc., y hacíamos miles de grandes bizcochos calientes, grasosos y poco sanos. Dos veces a la semana, Sparky cocinaba sus magníficos spaghetti, y además consumíamos grandes cantidades de café. Uno de nosotros hacía algunos pasteles de limón, pero ocasionaron grandes peleas, y los hurtos, sospechas de favoritismos, y los rasgos de egoísmos y perfidias que trajeron consigo, nos entristecieron a todos. Y cuando uno del grupo, que por ser el más instruido tendría que haber sabido controlarse, escondió un pastel en su cama y se lo comió

cuando las luces estuvieron apagadas, decidimos no hacer más. El carácter se estaba derrumbando, y la ley de la defensa estaba demasiado cerca de nosotros.

Una cosa nos había impresionado profundamente en aquel pequeño viaje: el gran mundo había quedado atrás en seguida. Perdimos el miedo, la fiereza y la corrupción de la guerra y de la inseguridad económica. Los asuntos importantes que habíamos dejado, ya no nos lo parecían tanto. Debe de existir una cualidad infecciosa en estas cosas. Nosotros habíamos perdido el virus, o éste había sido anulado por los anticuerpos de la tranquilidad. Nuestro ritmo se había retardado considerablemente; las Cientos de miles de pequeñas reacciones de nuestro mundo diario quedaban reducidas a muy pocas. Cuando el barco se movía, nos sentábamos horas enteras contemplando las pálidas y calcinadas montañas. Un pez espada juguetón, girando y saltando, nos absorbía por completo. Teníamos tiempo para observar las tremendas pequeñeces del mar. Cuando pasaba un banco de peces, las gaviotas le seguían de cerca; entonces el agua se llenaba de plumas y de espuma de aceite. Los peces solían ser demasiado grandes para que las gaviotas los mataran y se los comieran, pero en un banco hay algo más que los peces mismos. Existe el vómito continuo, los animales heridos, débiles y viejos, la presa más pequeña con la que el banco se alimenta y que a veces se escapa y muere. Un banco es como un campamento ambulante; deja unos despojos parecidos, con los que las gaviotas se alimentan. Las pieles desprendidas cubren la superficie del agua con una especie de aceite.

A las seis de la tarde anclamos en la bahía de San Francisco. Esta bahía, parecida a una ensenada, tiene alrededor de una milla de anchura y señala al Norte. En su parte meridional hay una pequeña cala muy bonita, con una entrada estrecha entre dos picos rocosos. Estaba rodeada por una playa de arena blanca, donde se alzaba una pobre casa india y a su frente, una canoa azul. No apareció nadie. Quizá sus habitantes estaban fuera, o enfermos o muertos. No nos acercamos; teníamos la fuerte sensación de ser unos intrusos, una sensación lo suficientemente aguda como para impedirnos recolectar en aquella pequeña bahía interior. El paisaje de los alrededores era pedregoso, estéril, e incluso los matorrales eran pobres. Anclamos en la parte occidental a cuatro brazas de profundidad; luego fuimos a tierra

inmediatamente y colocamos la estaca para medir la marea al borde del agua, con un pañuelo atado en la punta para poder verlo desde el barco. Soplaba el viento y el agua estaba dolorosamente fría. La marea había decrecido dos pies por debajo de la línea más alta de percebes. Tres clases de cangrejos eran allí muy corrientes. Había además muchos percebes, grandes lapas, dos especies de caracoles, *Tegula* y un pequeño «Púrpura», y varios gasterópodos de un marrón suave. Debajo de las rocas hallamos grandes masas anatómicas de gusanos-tubo con agallas rojas, algunos tunicados, *Astrometis* y las usuales holoturias.

Tiny encontró el caparazón de una gran langosta, recientemente limpiado por isópodos. Los millones de éstos y de anfípodos realizan un buen trabajo. Es corriente dejarles limpiar esqueletos destinados al estudio. Se coloca un pez muerto en un frasco con la tapa agujereada para permitir la entrada de los isópodos. Entonces se coloca en el fondo del agua, y al poco tiempo el esqueleto queda limpio de carne, y sigue articulado y perfecto.

Soplaba tanto el viento y el agua estaba tan fría, que no permanecimos en tierra durante mucho tiempo. Una vez a bordo, bajamos las redes al fondo, para ver qué clase de criaturas se arrastraban por allí. Al subir una, nos pareció muy pesada. Contenía un gran tiburón córneo. No había quedado cogido, pero se había agarrado al cebo a través de la red como un *bulldog,* y no se quería soltar. Lo sacamos del agua sin que opusiera ninguna resistencia, y una vez en cubierta, siguió sin soltarse. Eran alrededor de las ocho de la tarde. Deseábamos conservarlo, pero no lo matamos porque pensamos que moriría rápidamente. Sus ojos eran como los de una cabra. No luchaba sino que yacía quieto, pareciendo mirarnos con odio y tristeza. Su placa córnea en la aleta dorsal, era limpia y blanca. A grandes intervalos sus orificios de las agallas se abrían y se cerraban, pero él no se movía. Estuvo así toda la noche. A la mañana siguiente todavía estaba vivo, pero sobre su cuerpo habían aparecido manchas de sangre. Tiny y Sparky estaban horrorizados. Los peces fuera del agua deben morir, pero aquél seguía vivo. Sus ojos estaban muy abiertos, y por alguna razón no se habían secado; parecía contemplarnos con aversión, y todavía los orificios de sus agallas se abrían y cerraban a intervalos. Su perezosa tenacidad había

empezado ya a afectarnos. Era una triste personalidad en el barco, una gris longitud de odio, y las manchas de sangre no le hacían más agradable. Al mediodía le metimos en el tanque de formol, y sólo entonces luchó un poco, antes de morir. Había estado fuera del agua durante dieciséis horas, sin luchar o dar coletazos. Los peces rápidos y delicados como los alunes y caballas consumen su vida en una repentina y completa agitación, y mueren en seguida. Pero en aquel tiburón había una aterradora cualidad de resistencia perezosa e impasible. Había subido a bordo porque se había agarrado fuertemente al cebo y no quería soltarse; vivía porque no quería desprenderse de la vida. En tiempos antiguos podría haber sido la base para uno de aquellos horribles mitos que abundan en la literatura hablada del mar. Poseía una personalidad determinada y terrible, que nos incomodaba a todos como nos había ocurrido con la tortuga de mar. Tiny se sentía asqueado y disgustado porque el tiburón no moría. Este pez y toda la familia de los Heterodontidae, vive ordinariamente en las albuferas cálidas y superficiales, y aunque no lo sabemos, se nos ocurrió la idea que a veces, quizá bastante a menudo, puede quedar encallado de un modo que le haya hecho desarrollar la habilidad para vivir así hasta que regrese la marea. En tal caso, su misma pereza sería una conservación de la energía vital, mientras que el hermoso y frágil atún lucha por escapar, no conserva nada y muere inmediatamente.

Dentro de nuestra propia especie poseemos una gran variedad de estas dos reacciones. Un hombre puede perder su vida luchando furiosamente por ella, mientras que otro espera que la marea le recoja. Tal variación es también observable entre los vertebrados superiores, en especial entre los animales domésticos. Pero sería extraño si no ocurriera en los vertebrados inferiores, en los individualistas. Un pez que viva en un banco, como el atún y la sardina, es menos posible que varíe que este solitario tiburón córneo, porque el banco le impone una disciplina de velocidad y uniformidad, y aquellos individuos que no cumplan los requisitos serán matados, perdidos o abandonados. Los excesivamente rápidos serán eliminados por el banco tan pronto como los lentos, hasta que se consiga un término medio. Sin querer hacer un juego de palabras, podemos observar que nuestras universidades tienen hasta cierto punto la misma tendencia. Un

hombre de Harvard, de Yale o de Stanford —es decir, el hombre idea— se reconoce tan fácilmente como un atún, y por un proceso de eliminación, ha sobrevivido a las pruebas contra la idiotez y la inteligencia. Incluso en los asuntos físicos, el *standard* se mantiene hasta tal punto que, por la manera de hablar, los trajes, los cortes de pelo, gestos e ideas, es imposible distinguir a un estudiante de otro. En esta conexión sería interesante saber si la colectivización general de la sociedad humana podría tener el mismo efecto. La producción masiva industrial, por ejemplo, requiere que cada hombre se ajuste al compás del todo. El lento debe adquirir velocidad o ser eliminado, y el rápido debe retardarse. En un Estado enteramente colectivizado, la eficiencia mediocre podría ser muy grande, pero sólo por medio de la completa eliminación del veloz, el listo y el inteligente, así como también del incompetente. En realidad, el hombre auténticamente colectivo podría abandonar su versatilidad. Entre los bancos de animales existe una pequeña técnica defensiva, a excepción de la fuga precipitada. La supervivencia de tales especies depende de la tremenda reproducción. La gran pérdida de huevos y la eliminación de los jóvenes por los animales rapaces, es la salvación del banco, pues éste depende para su existencia de la ley de probabilidades de los que empiezan y acaban.

Es interesante, aunque probablemente no tiene ninguna importancia, observar que cuando un Estado humano tiende a la colectivización, uno de los primeros pasos que dan los jefes es pedir frenéticamente que aumente la tasa de nacimientos… piezas de repuesto de una máquina artificial y mediocre.

Desde el principio habíamos sentido interés por los animales comunes, y no por los raros. Pero era evidente que estábamos cogiendo cantidades de especies nuevas y desconocidas. Éstas tendrán que ser luego examinadas, descritas, clasificadas y denominadas por los especialistas. Algunas quizá no se determinen durante años, pues uno de los subproductos de la guerra es que los hombres de ciencia están incomunicados unos de otros. Un danés especializado en cierta materia, no puede mantener correspondencia con sus colegas de California. Por eso muchos de estos animales nuevos pueden seguir sin nombre durante mucho tiempo. Nosotros hemos anotado los ya

especificados, y hemos indicado en lo posible aquellos que no han sido trabajados por los especialistas.

El doctor Ralph Bolin, ictiólogo de la Estación Marina Hopkins, descubrió en nuestra colección lo que creíamos era una nueva especie de pez comensal, que vive en el ano de un pepino entrando y saliendo, alimentándose posiblemente con los excrementos de su anfitrión, y quizá ocultándose de los posibles enemigos. Este pez resultó ser una especie ya conocida, pero siguiendo la antigua tradición de los biólogos, habíamos tenido la esperanza de llamarlo con el eufemístico nombre de *Proctophilus winchellii.*

Existen algunos biólogos marinos, cuyo interés primordial consiste en hallar animales raros y desconocidos. Éstos suelen ser aficionados ricos, de quienes se sospecha que desean clavar sus nombres en los confiados e irresponsables invertebrados. La pasión de inmortalidad a expensas de un bicho pequeño debe de ser muy grande. Tales coleccionistas tendrían que ser considerados, hasta cierto punto, como de la misma clase que aquellos filatélicos que se emocionan ante un sello poco corriente. El animal raro puede ofrecer un interés individual, pero no es probable que tenga mucha trascendencia en el panorama ecológico. En cambio, los animales numerosos y conocidos, como las langostas rojas pelágicas que llenan el mar, o los billones de cangrejos ermitaños que se amontonan en las calas, afectarían con su traslado de la región entera. La desaparición del plancton, aunque sus componentes son microscópicos, eliminaría probablemente en poco tiempo todos los seres vivios del mar y cambiaría la vida del hombre, si es que no liquidaba toda la vida del Globo, por una alteración sísmica del equilibrio. Pues estas cantidades incalculables de pequeños organismos, son la base alimenticia del mundo. En cambio la extinción de un animal raro, tan ávidamente buscado, cogido y denominado, no se notaría seguramente en el panorama celular.

Nuestro propio interés radica en las relaciones entre animal y animal. Si uno observa en este sentido relativo, parece evidente que las especies son sólo las comas de una frase, que cada ejemplar es a la vez la cúspide y la base de una pirámide, que toda la vida es relativa hasta el punto donde la relatividad de Einstein parece surgir. Y entonces, no sólo el significado sino

también la sensación de las especies se hacen confusos. Uno se sumerge en otro, los grupos se funden en grupos ecológicos, hasta que la que conocemos como vida se encuentra y une con lo que creemos que no es vida: percebe y roca, roca y tierra, tierra y árbol, árbol y lluvia. Las unidades anidan en el todo y son inseparables de él. Entonces uno puede regresar al microscopio, a la cala y al acuario, pero los pequeños animales se encuentran para ser cambiados, no ya para seguir separados y solos. Es una cosa extraña el que la mayor parte del sentimiento que llamamos religioso, del grito mítico, que es una de las reacciones más valiosas, acostumbrada y deseada de nuestra especie, sea en realidad la comprensión y el esfuerzo para decir que el hombre está relacionado con el todo, con la realidad conocida y desconocida. Esto se dice fácilmente, pero su profundo sentimiento creó un Jesús, un san Agustín, una san Francisco, un Roger Bacon, un Charles Darwin y un Einstein. Cada uno de ellos, en su tiempo y con su voz, descubrió y reafirmó con asombro que todas las cosas son una sola, y que ésta una es todas las cosas… el plancton, una trémula fosforescencia en el mar, los planetas que giran, y el universo en expansión, todo está unido por la elástica cuerda del tiempo. Es aconsejable mirar de la cala a las estrellas, y luego volver a la cala de nuevo.

Abril, 1

Habríamos perdido la cuenta de los días de la semana, a no ser por el hecho de que Sparky nos hacía spaghetti los jueves y domingos. Nosotros pensábamos que hacía eso por instinto, que podía salir de una profunda amnesia, y si sentía el impulso de cocinar spaghetti, se encontraría con que era jueves o domingo. El lunes zarpamos para la bahía de Los Ángeles, que iba a ser nuestro último campo de operaciones en la península. Las mareas se estaban volviendo tremendas, y aunque la desembocadura del Colorado estaba todavía muy lejos, Tony ya se sentía nervioso. Durante el trayecto desde San Francisquito hasta la bahía de Los Ángeles, nos volvimos a preocupar por el hecho de que no tomábamos fotografías. Como hemos dicho, nadie quería conservar las manos secas el tiempo suficiente para usar las cámaras, y además no entendíamos demasiado. Pero aquello nos producía remordimientos constantes.

Aquel día, nuestra conciencia nos fastidió tanto, que sacamos la máquina grande y empezamos a intentar hacerla funcionar. Lo adivinamos todo, excepto cómo volver a poner el obturador en una abertura más grande sin estropear la foto. Se sugirieron varios modos de hacerlo, y como sucede a menudo cuando el sistema es más de uno, se originó una discusión que nos hizo olvidar al obturador y a la máquina. Fue una discusión buena. A excepción de Tiny y Sparky que estaban en el timón, todos nos reunimos alrededor de la cámara; la disputa fue demasiado para los timoneles. Mandaron el respetuoso aviso de que o subíamos la máquina para que pudieran oír la pelea, o abandonaban sus puestos. Nosotros insinuamos que

eso sería un motín, y entonces Sparky explicó que en un barco pesquero italiano de Monterey, la insurrección, en lugar de ser algo frecuente, era la situación dominante, y que él y Tiny no vacilarían en amotinarse. Subimos la máquina al puente de mando y en seguida la olvidamos para enfrascarnos en otra discusión.

A excepción de una película sin valor de 8 mm, sacamos pocas fotografías más. Pero algún día tendremos éxito.

La bahía de los Ángeles es muy grande… veinticinco millas cuadradas, dice la *Guía de la Costa.* Está rodeada por quince islas, entre varias de las cuales existe una entrada profunda. Éste es uno de los pocos puertos en todo el golfo en el que el anclaje está a salvo de los vientos. Entramos por un estrecho canal entre Punta Roja y dos isletas, y echamos el ancla a ocho brazas de profundidad cerca de la costa. La *Guía de la Costa* no mencionaba ninguna colonización, pero había edificios nuevos, resguardados y modernos, y un diminuto campo de aviación con un aeroplano. Aquello nos produjo una extraña sensación; hacía tiempo que no veíamos nada moderno. Y nuestra sensación era más de resentimiento que de placer. Fuimos a tierra hacia las tres y media de la tarde, e inmediatamente nos vimos rodeados por mexicanos, que parecían curiosos y excitados por nuestra presencia. Estaban también con ellos tres americanos, quienes dijeron que habían ido allí para pescar, y que demostraron mucho interés en lo que nosotros queríamos, hasta que se convencieron de que era animales marinos. Entonces ellos y los mexicanos nos dejaron cruelmente solos. Quizá habíamos oído demasiados rumores; se decía que muchos cañones eran llevados a la frontera, a causa de los disturbios que se esperaban durante las elecciones. Los pescadores no parecían pescadores, y los mexicanos y americanos habían demostrado *demasiado* interés por nosotros hasta que descubrieron lo que estábamos haciendo, y demasiado poco después que lo averiguaron. Quizá todo aquello eran imaginaciones, pero el lugar nos producía una fuerte sensación de secreto. Tal vez había allí minas de oro y nuevos edificios, por el reciente desarrollo. Nos dijeron que partía una carretera hacia el Norte, que llegaba hasta la bahía de San Felipe. La región era completamente seca y desolada, pero en medio de una colina podíamos ver una mancha verde, como si

surgiera una primavera en medio de las montañas. No cuesta más que eso crear una colonización en la Baja California.

Fuimos primero a recolectar en una playa rocosa en el lado occidental de la bahía, y encontramos una fauna bastante rica. Las rocas más altas estaban pobladas de anémonas, pepinos, cucarachas de mar y algunos porcelánidos. No había *Sally Lightfoots* visibles, de hecho ningún cangrejo grande, y sólo unas pocas *Heliaster* pequeñas. El animal dominante allí era el pulmonado marino, que se amontonaba a millones. Cogimos cientos de ellos. Encontramos también algunos gasterópodos, los pardos *Chiton virgulatus* y los vellosos *Acanthochitona exquisitus.* Vimos grandes racimos del diminuto gusano-tubo, *Salmacina,* y gran cantidad de gusanos chatos escurriéndose entre las rocas como gotas de jarabe. Hallamos dos pulpos, ambos *Octopus bimaculatus,* que resultaron muy listos y activos para escapar, pero cando al fin los capturamos se agarraban a la mano y brazo con sus ventosas. Si los hubiéramos dejado mucho tiempo así, nos habrían causado coágulos de sangre. Bajo el agua y aparentemente más allá de la extensión de la marea, había *Geodias* de un amarillo brillante, y otras esponjas de magnífica forma, tamaño y color. Estas últimas (colonias de cosmopolitas *Cliona celatas,* más conocidas como esponjas taladradas)[73] eran de un rosa rojizo, y estaban en pie como copas, teniendo algunas varios pies de diámetro. La mayoría tenían una forma perfectamente regular. Cogimos varias y las secamos con formol. La zona de algas en aquel declive era aguda y aparente… Los *Sargassum* se sumergían dos o tres pies. Las rocas eran perfectamente suaves y desnudas, pero debajo de estos *Sargassum johnstonii,* en agua más profunda, había unas algas planas como hojas, las *Padina durvillaei.* El viento rizaba la superficie, pero cuando llegaba un momento de calma podíamos mirar al fondo. No parecía rico en vida a excepción de las algas, pero no podíamos levantar las rocas.

Mientras recolectábamos, nuestros pescadores remaban por alrededor sin objeto, y dado nuestro suspicaz estado de ánimo, parecían estar más ansiosos por aparentar que estaban pescando, de lo que en realidad estaban. Tenemos la pequeña duda de que quizá nos equivocábamos, pero aquel lugar despertaba sospechas y no se parecía a ningún otro.

Regresamos a bordo y depositamos nuestra pesca; luego fuimos en el bote a los llanos de arena del lado septentrional de la bahía. Era una arena dura, cenagosa y compacta, por lo que resultaba difícil ahondar en ella. Cogimos allí cantidades de almejas *Chione* y *Tivela,* y un pobre anfioxo medio muerto. De nuevo la marea no era lo bastante baja para llegar a la verdadera región de los anfioxos, pero había unos cuantos dispersos en la zona alta. Encontramos muchos caracoles en forma de torre, con anémonas comensales en sus conchas. En aquel llano había cantidades de rocas pequeñas ricas en animales. Se incrustaban en ellas ostras, grandes lapas y caracoles pequeños; gusanos-tubo y cangrejos comensales; también un pulpo (no *bimaculatus*) tenía allí su hogar. Esas piedras deben de haber sido como puertos para muchos animales. La arena cenagosa hace difícil la locomoción, y las rocas son un lugar seguro.

La marea empezó a crecer rápidamente, el viento arreciaba y regresamos al *Western Flyer.* Cuando estuvimos a bordo, vimos un barco que entraba en el puerto, una gran goleta verde con las velas plegadas. No se aproximó a nosotros, sino que ancló lo más lejos que pudo. Era una de esas increíbles embarcaciones del golfo mexicano, de las que resulta imposible decir cómo flotan y si lo hacen, cómo navegan. Están llenas de grietas, despintadas, con los hierros oxidados, y las cubiertas combadas. Se dice que están tan sucias, que si las cucarachas no se alimentaban o eran insultadas, se amotinarían, tomarían el barco, y, como decía un marinero mexicano, «probablemente lo gobernarían mejor que el capitán».

Una vez la goleta hubo echado el ancla, no dio más señales de vida, ni tampoco los edificios de tierra. El pequeño avión seguía en el campo y las casas parecían vacías. Nos habían preguntado cuánto tiempo permaneceríamos allí, y contestamos que hasta la mañana siguiente. Teníamos la curiosa sensación de que nos estábamos interfiriendo en algo, de que alguna clase de actividad comenzaría cuando nos marcháramos. Posiblemente nos equivocábamos de nuevo, pero es extraño que cada uno de nosotros tuviera la misma sensación siniestra en aquel lugar. A menos que el viento arreciara, no manteníamos vigilancia cuando estábamos anclados, pero aquella noche los muchachos se sentían inquietos y se levantaron varias veces. Quizá todo eran imaginaciones, como lo del

hombre lobo. Al anochecer, hubo durante un rato luces en tierra, pero luego desaparecieron. La goleta yacía completamente oscura sobre el agua.

Abril, 2

Partimos por la mañana temprano y salimos al golfo a través del canal. No tardaríamos mucho en poder distinguir Sail Rock, con la isla del Ángel Guardián al Este. A distancia Sail Rock parece una alta vela Marconi. Es una pirámide elevada y fina, tan blanqueada con guano que refleja la luz y puede ser vista desde muy lejos. A causa de su extrema visibilidad debe de haber sido una especie de faro para muchos navegantes. Tiene más de 160 pies de altura, termina en una aguda punto, y el agua a su alrededor es profunda. Disponiendo de mucho tiempo, habríamos recolectado en su base, pero teníamos que ir a Puerto Refugio, en el extremo superior de la isla del Ángel Guardián. Tomamos algunas fotografías de Sail Rock, que resultaron algo peores de lo normal porque había ropa tendida y colocamos la máquina detrás de ella. Una vez reveladas, mostraban muy poco de Sail Rock, y en cambio aparecían muy claramente un par de pantalones azules y blancos de Tiny. Es imposible decir lo malas que eran nuestras fotografías y películas. Si tomábamos animales de cerca, alguien se ponía en la luz; la abertura era siempre demasiado ancha o demasiado estrecha; tenemos una de las mejores secuencias de fotografías del cielo raso que existen, y cuando filmábamos algo que no nos importaba, entonces salía perfectamente. Nos atrevemos a decir que en todo el mundo no existe una fotografía más espiritual y hermosa de un par de pantalones azules y blancos que la que sacamos al pasar Sail Rock.

La larga costa parecida a un reptil del Ángel Guardián yacía a nuestro Este; era una costa desolada y fascinante. Tiene cuarenta y dos millas de

longitud, diez de anchura en algunos sitios, carece de agua y no está habitada. Se dice que hay en ella serpientes de cascabel e iguanas, y corre el rumor de que también hay oro. Muy poca gente la ha explorado, y casi nadie ha pasado del litoral, pero es un buen puerto. Como indica su nombre, Puerto Refugio es un lugar seguro para los barcos cuando hay tempestad. Clavigero llama a la isla «Ángel de la Guarda» y «Ángel Custodio». Nosotros preferimos este último nombre.

Las dificultades de exploración de la isla deben ser muy grandes, pero existe un poder de atracción en su aspecto prohibitivo… un Vellocino de Oro y el inevitable dragón, en este caso las serpientes de cascabel, la guardan. Las montañas, que forman su espina dorsal, se levantan a más de cuatro mil pies, sombrías y desoladas en las cumbres, pero llenas de matorrales en las laderas. Al acercarnos al extremo Norte nos encontramos con un gran oleaje y una fresca brisa. Las mareas son muy grandes allí; sin ser exactamente altas durante nuestra estancia, se levantaron a catorce pies. Es probable que una marea de diecisiete pies no sea anormal. Puerto Refugio consta en realidad de dos puertos conectados por un estrecho canal. Es un lugar de anclaje seguro; el único peligro estriba en la fuerza y velocidad de la corriente, que tensa la cadena del ancla. Era un efecto tan fuerte, que no pudimos tender redes con lastre en el fondo; se ladeaban y dejaban pasar la corriente de hierbajos y animales pequeños; de todos modos esta pesca merecía bastante la pena.

Nos llevó tiempo anclar con firmeza, y alrededor de las tres y media de la tarde remamos hacia una playa arenosa y llena de cascajos, situada al sudeste de la bahía. Había un montón de basura: vértebras enormes de ballena, hierbas y esqueletos de peces y pájaros. Encima de algunos arbustos bajos que bordeaban la playa, había grandes nidos de tres a cuatro pies de diámetro; quizás eran nidos de pelícanos, pues se veían en ellos trozos de espinas de pescado, pero estaban desiertos… si eran viejos, o si aquélla no era la estación apropiada, no lo sabemos. Estamos tan acostumbrados a encontrar en las playas huellas del hombre, que resulta extraño, solitario y aterrador, no hallar nada que el hombre haya tocado o usado. Tiny y Sparky hicieron una pequeña excursión por la isla, sin adentrarse más que unos cientos de yardas, y regresaron subyugados y

tranquilos. No habían visto ninguna serpiente de cascabel, ni lo deseaban. La playa rebosaba de saltamontes que se alimentaban de las basuras, pero la basta arena no producía ninguna otra vida animal. Estaba bajando la marea, caminamos hacia el Oeste doblando una punta rocosa, y llegamos a un llano donde la recolección era muy rica. El agua, al retroceder, había dejado muchos charcos. La suavidad de las rocas indicaban un oleaje bastante fuerte; eran peligrosamente resbaladizas, y abundaban los *Sally Lightfoots* y los *Pachygrapsus.* Mientras nos dirigíamos a la entrada del puerto, las rocas se hacían más grandes y suaves; luego apareció un arrecife cubierto de percebes y hierbas. La marea había bajado unos diez pies, dejando al descubierto hermosas esponjas, corales y pequeñas algas. Intentamos cubrir el máximo territorio posible, pero continuamente nos quedábamos fascinados ante un charco pequeño y perfecto, poblado de camarones y cangrejos.

La punta era una roca dentada y volcánica, en la que se abrían misteriosas cuevas. Al entrar en una, percibimos un olor familiar, que en seguida reconocimos. Nuestras voces alarmaron a millares de murciélagos, y sus chillidos sonaban como una tromba de agua. Tiramos algunas piedras intentando hacer salir a algunos, pero no eran valientes a la luz del día y sólo chillaron más fieramente.

Al anochecer empezó a hacer frío. Nuestras manos estaban desgarradas por la larga recolección, y nos sentimos contentos cuando fue demasiado oscuro para trabajar más. Habíamos cogido grandes cantidades de animales. Encontramos un gusano con una probóscide en forma de cuchara, muchos camarones, un coral incrustado (*Porites*), gasterópodos y varios pulpos. La especie que más predominaba eran los mismos pulmonados marinos que habíamos visto en la bahía de Los Ángeles, y éstos debían de ser fuertes y duros, porque estaban en las rocas más altas, expuestos al fulminante sol. El arrecife aparecía cubierto de percebes. La variación del tamaño de los animales en los distintos niveles era interesante. En los charcos elevados, había ejemplares pequeños, mejillones, caracoles, cangrejos ermitaños, lapas, percebes y esponjas; en cambio en los charcos más bajos, las mismas especies eran más grandes. Entre las rocas pequeñas y la grava encontramos una gran cantidad de gusanos espinosos y una clase de ofiuro nueva para

nosotros, que en realidad resultó ser la familiar *Ophionereis* en su etapa juvenil. Estos charcos que deja la marea pueden ser considerados como los lugares de cría de las zonas más sumergidas. Había también erizos de distintas especies. Las cavernas dejadas al descubierto en las rocas mostraban hermosas esponjas, algunas blancas, otras azules y púrpuras. Esas cuevas eran tan bonitas como las de Punta Lobos en la California Central. Nos dio mucho trabajo tender y clasificar los animales capturados; entretanto, las redes tensaban la corriente. En ellas cogimos varios gusanos gruesos, cortos y espinosos (*Chloeia viridis*), que no habíamos visto antes, y que probablemente habían sido arrastrados hasta allí por la fuerza de la corriente. Con una red de mano pescamos un nudibránqueo pelágico, *Chioraera leonina,* encontrado también en Puget Sound. El agua chocaba contra el barco a una velocidad de unas cuatro millas por hora, y mantuvimos las redes tendidas hasta la noche. Aquel era un extraño lugar. El agua estaba muy fría, y muchos de los ejemplares de la fauna del Norte y del Sur, se reunían allí. En el puerto había unas condiciones de tracción, corriente, oleaje y frío que parecían alentar la vida animal. Y es lógico que fuera así, porque el agua agitada y activa, no sólo implica un fuerte contenido de oxígeno, sino también un movimiento constante de alimento. Además, las mismas dificultades que envuelve tal circunstancia, parecen provocar una ferocidad y tenacidad en los animales, que no sólo les hace sobrevivir, sino reproducirse con éxito. Donde hay peligro, parece haber estímulo. Quizá la lucha está tan profundamente impresa en los genes de toda la vida concebida en este planeta hostil, que la eliminación de obstáculos atrofia el estímulo de supervivencia. Con agua caliente y comida abundante, los animales pueden retirarse en una estéril e indolente felicidad. Esto parece ser cierto en los hombres. La fuerza, la inteligencia y la versatilidad son seguramente los hijos de los obstáculos. Tácito, en su *Historia,* señala como uno de los sistemas tácticos avanzados para ser usado contra los ejércitos alemanes el exponerlos a un clima cálido y a una rica provisión de alimentos. «Esto —dice— derrotará a las tropas más rápidamente que cualquier otra cosa». Si estas cosas son ciertas en un sentido biológico, ¿qué le va a suceder al alimentado, resguardado y protegido futuro Estado ideal?

El clásico ejemplo del efecto de tal protección en las tropas en que invariablemente perdieron la disciplina y malgastaron sus energías en peleas ineficaces. No se sintieron felices ni satisfechos, sino siempre dispuestos a consentir sangrientas y amargas riñas personales. Tal vez esto no tiene énfasis. Sólo conocemos un Estado que protegió a su pueblo *sin* mantenerlo constantemente alerta, y organizado contra un enemigo exterior real o imaginario. Éste fue el Estado Inca anterior a Pizarro, y su gente era tan débil, que una pequeña banda de hombres fieros y medio amargados pudo vencer a toda la nación. Y su transformación también es cierta. Cuando las provisiones alimenticias fueron malgastadas y destruidas por los españoles, cuando la buena economía que había distribuido ropas y grano fue derrocada, sólo entonces, en su hambre, frío y miseria, el pueblo peruano se convirtió en una fuerza peligrosa. Tenemos muy pocas dudas respecto a que un victorioso Estado colectivo se derrumbe un poco menos aprisa que uno vencido. De hecho, una derrota amarga debe mantener vivo un ideal de conquista mucho más tiempo que una victoria, pues los hombres pueden luchar mejor contra un enemigo que contra ellos mismos.

Las islas han sido siempre unos lugares fascinantes. Los antiguos narradores de cuentos, deseando relatar un prodigio, fijaron casi invariablemente el escenario en una isla… Faëry y Avalon, Atlantis y Cipango, islas doradas en el horizonte donde nada podía suceder. Y al menos antiguamente era bastante difícil contradecirles. Quizá esta cualidad de prodigio potencial está todavía viva en nuestra actitud hacia las islas. Tenemos grandes deseos de volver al Ángel Guardián, con tiempo y provisiones. Queremos andar por las colinas y valles, expuestos al calor y a los insectos, al veneno y a la sed; deseamos creer casi todo lo que oímos de eso. Estamos convencidos de que se encuentran allí grandes pepitas de oro, de que animales sobrenaturales tienen allí su hogar, de que abunda el carnero de montaña, del que se dice que nunca bebe agua. Y si nos dijeran que hay una raza de trogloditas, nos lo pensaríamos dos veces antes de no creerlo. Es una de las islas doradas, que un día se desplomará por una compañía minera o por un campo de concentración.

Hasta entonces no había habido ninguna enfermedad a bordo del *Western Flyer.* Tiny se mareó un poco en Puerto Refugio y confesó que no

se sentía muy bien. Celebramos una consulta en la cocina, explicándole que era algo más agradable que la autopsia. Tras varias preguntas, algunas de las cuales podían haber sido consideradas personales, pero que Tiny usó como un medio para presumir descaradamente, recetamos un remedio que podía curar casi todas las cosas… que era lo que él tenía. Tiny apareció en cubierta varias horas más tarde, temblando, pero sonriente. Dijo que lo que había estado considerando como amor, había resultado ser una simple vanidad. Dijo que deseaba que todos sus problemas románticos pudieran ser resueltos tan fácilmente.

Hacía mucho tiempo que Tiny y Sparky no podían demostrar la buena voluntad que sentían hacia México, y estaban un poco impacientes por llegar a Guaymas. En realidad no se quejaban, pero hablaban tiernamente de sus intenciones. Tex tenía su buena voluntad inhibida por su compromiso matrimonial, que ya no mencionaba nunca por miedo a que le pusiéramos a dieta de nuevo. En cuanto a Tony, el capitán, no tenía ánimos, pero los problemas de encontrar anclajes nuevos y desconocidos parecían fascinarle. Tony habría sido un gran explorador. Habría cometido muy pocos errores. Los demás estábamos demasiado ocupados.

Hemos mencionado la salud de la tripulación porque creemos verdaderamente que la condición física, y a través de ella la mental, son muy importantes en la recolección de los animales. Un hombre con un dedo herido no puede levantar las rocas. Es probable que veamos más por nuestra indigestión que por nuestros ojos, y nos da la impresión de que el punto de vista retorcido por una úlcera es a menudo evidente en las descripciones de los animales. El hombre que mejor podría observar a las especies, comprenderlas tanto emocional como intelectualmente, sería el hombre hambriento y libidinoso, porque él y los animales tendrían las mismas preocupaciones. Quizá nosotros llenamos estos requisitos tan bien como la mayoría.

Abril, 3

Doblamos el extremo septentrional de la isla del Ángel Guardián y bajamos por su costa oriental. El agua era clara y azul, rizada por grandes olas. Hacia el mediodía atravesamos un numeroso grupo de medusas en forma de zepelín, ctenoforas o posiblemente sifonoforas. Tenían de unas seis a unas diez pulgadas de longitud, y el mar estaba cubierto de ellas. Aminoramos la velocidad e intentamos pescarlas con palas, pero la tensión de sus cuerpos no era suficiente para sacarlas del agua. Se rompían a trozos. Poco después pasó un banco de ballenas, algunas tan cerca que los chorros de su nariz mojaron nuestra cubierta. No hay nada que huela tan mal como una ballena, y su respiración es aterradoramente nauseabunda. Parece una completa putrefacción. Quizá quedaron gotas en el barco, pues nos pareció que las olíamos mucho después que se habían ido. Los grandes bancos de atún, tan abundante en el bajo golfo, no se veían aquí, pero unos pocos ejemplares pereceaban por el agua, y a veces tropezábamos con alguno dormido en la superficie. Sentíamos profundamente la soledad de este mar, sin barcos, sin canoas, sin pequeños ranchos o pueblos en la costa. Habríamos recibido con gusto a un indio pescador, le habríamos obsequiado con ensalada de frutas en lata, pero todo estaba desierto.

La extraña espalda de Tiburón sobresalía al sudeste de nosotros, y nos dirigimos hacia ella probablemente contra viento y marea, a gran velocidad. Bajamos la costa occidental de Tiburón y contemplamos sus altos acantilados con los anteojos. Las rocas son bastante enhiestas y las montañas más altas que las de la isla del Ángel Guardián. Ésta es la isla a

donde van los indios Seri durante épocas del año. Se dice de ellos que son o han sido caníbales, pero esta historia ha sido negada firmemente una y otra vez. Es cierto que han matado a muchos extraños, pero no está probado si se los han comido o no. El canibalismo es un tema fascinante para la mayoría de la gente, y en cierto modo un pecado. Posiblemente el sentimiento profundo es que si la gente aprende a comerse mutuamente, las provisiones alimenticias serían tan abundantes que nadie estaría a salvo o pasaría hambre. Resulta muy curiosa la cantidad de odio y miedo que inspira el canibalismo. Esos pobres indios Seri no serían muy temidos por sus costumbres criminales, pero si llevados por el hambre cortaran un filete de carne de un ciudadano americano, cundiría el pánico. La razonable sugerencia de Swift respecto a un posible uso de carne humana para los bebés irlandeses, levantó una tormenta de emociones por encima de toda proporción. Se cree que en aquel tiempo no había suficientes bebés bien acondicionados para proveer una adecuada provisión alimenticia. Swift sugirió sin duda aquello sólo como un experimento. Si hubiera tenido éxito, habría habido entonces tiempo suficiente para criar más bebés. Se ha descubierto que la inanición es la única causa del canibalismo. En otras palabras, las personas no se comerán las unas a las otras si pueden conseguir otra clase de alimento. Hasta cierto punto, esta repugnancia debe de ser causado por el sabor desagradable de la carne humana, producto sin duda de nuestras sucias costumbres alimenticias. Esto no necesitará, sin embargo, ser un obstáculo en el futuro, pues si se eliminan otras barreras, tales como la natural aversión por comerse a los parientes, o la aprensión de un hombre galante ante la idea de comerse a una mujer, si se salvan todas estas dificultades, será sencillo mejorar el sabor de la carne humana, a base de dietas especiales antes de la carnicería, y preparar luego salsas y condimentos. Si esto sucediera, los indios Seri, en lugar de ser odiados, serían considerados como los pioneros de un nuevo campo de actividades, y honrados por ello.

Clavigero, en su *Historia de la Baja California*[74], relata algo de los Seri:

> El bajel *San Javier* —dice—, que había salido de Loreto en setiembre de 1709, con tres mil escudos para comprar provisiones en Yaqui, fue arrastrado por una violenta tempestad a 180

millas al Norte de su puerto de destino, y embarrancó en la arena. Varios miembros de su tripulación se ahogaron, y el resto se salvó en un pequeño bote; pero después de desembarcar, se vieron expuestos a otro peligro no menos serio, ya que aquella costa estaba habitada por los Seríes, que eran gentes guerreras y enemigos implacables de los españoles. Por esta razón se apresuraron a enterrar el dinero y todas las pertenencias del barco; volviendo a embarcar en el pequeño bote prosiguieron el viaje hasta Yaqui con mil peligros, y desde allí enviaron noticias a Loreto. Al poco tiempo los Seríes fueron al sitio donde los españoles habían enterrado sus posesiones, las sacaron y se las llevaron. Quitaron incluso el timón del bajel y lo destruyeron, para quedarse con los clavos.

Tan pronto como el padre Salvatierra se enteró de esta desgracia, partió en el poco marinero bajel *Rosario,* y se dirigió al puerto de Guaymas. Desde allí envió este bajel al lugar donde el *San Javier* había embarrancado, y él mismo, acompañado por catorce indios yaquis, emprendió el camino por tierra. No había agua potable y por esta razón sufrieron una sed terrible durante dos días. En los dos meses que vivió allí, expuesto al hambre, a las penalidades y a grandes peligros —mientras el bajel era reparado—, se ganó de tal modo la buena voluntad de los Seríes, que no sólo recuperó todo el cargamento del barco que habían robado, sino que también les indujo a hacer la paz con los Pimas, que eran sus vecinos cristianos y los enemigos a quienes más odiaban. Bautizó a muchos de sus niños, catequizó a los adultos, y les inspiró tanto afecto, que quisieron tener inmediatamente un misionero para instruirlos, bautizarlos y gobernarlos en todos los aspectos.

Así, la predominante dulzura del carácter del padre Salvatierra, ayudado por la gracia del Señor, triunfó sobre la ferocidad de aquellos salvajes, tan temidos, no sólo por los otros indios, sino también por los españoles. El padre lloró con ternura al ver su inesperada docilidad y sus buenas inclinaciones, dando gracias a Dios por el bien que había causado la desgracia del bajel.

La «dulzura predominante» del carácter del padre Salvatierra no cambió, sin embargo, completamente a los Seríes, pues han seguido matando gente hasta hace poco. También es interesante observar en este relato, la afirmación de Clavigero de que el padre Salvatierra tomó el «poco marinero» bajel *Rosario.* En las largas crónicas de naufragios, de desastres marítimos de cualquier clase, es maravilloso observar cómo podían juzgar si un barco era o no marinero. La lectura de las narraciones contemporáneas de viajes, escritas por navegantes religiosos y soldados, demuestra que ponían más fe en la oración que en la brújula. Nosotros creemos que los actuales navegantes del golfo han aprendido su náutica en la misma escuela. Algunos de los barcos que vimos en Guaymas y La Paz se mantenían a flote, violando todas las leyes físicas. Debe de existir en el Cielo una pequeña torre de control, donde un aturdido y preocupado san Cristóbal pasa buena parte de su tiempo vigilando la navegación del golfo de California con un puñado de milagros.

La isla Tiburón tenía un aspecto rojizo, y sus matorrales parecían más fuertes y verdes que los que habíamos visto desde hacía mucho tiempo. Por las colinas había brotes de pequeños árboles parecidos a nuestras encinas achaparradas. Lo que eran, naturalmente, no lo sabemos. Alrededor de las cinco de la tarde doblamos Red Bluff Point en el extremo sudoeste de Tiburón y anclamos a sotavento de la gran punta, protegidos de los vientos del Norte. Buscamos Seríes en la costa y no vimos ninguno. En nuestra usual condición de hambre, habríamos tenido que jugar a cara o cruz con aquellos indios, para ver si nos comían ellos a nosotros o nosotros a ellos. El que ganara tendría su cena, pero no vimos a ningún Seri.

En aquel lugar la costa era interesante. A distancia de Red Bluff Point había rocas llanas muy buenas para la recolección que, en la marea baja, constituían un hermoso acuario natural. Hacia el Sur se extendían una especie de arrecifes, con bancos de arena en medió. Cerca, había una playa rocosa con piedras encajadas en la arena, y por último otra playa de grava. Allí estaban de nuevo todas las clases de medio ambiente, a excepción de los llanos cenagosos y de albuferas. Empezamos a trabajar en el arrecife, y encontramos bonitos hidroídos, corales, esponjas de colores y pequeñas algas. En aquellos charcos había también camarones, muy difíciles de coger porque eran casi invisibles de puro transparentes, y se movían a gran velocidad chasqueando sus colas como langostas. Sólo sus estómagos y agallas eran visibles, y podíamos ver cómo funcionaban sus vísceras como si fueran pequeños ejemplares de cristal. Cogimos muchos metiendo las manos con lentitud y elevándolos pausadamente hasta la superficie.

En el arrecife había las usuales *Heliaster,* anémonas, pepinos, erizos, y grandes cantidades de caracoles gigantes, que cogimos a cientos. Más arriba encontramos más caracoles de la misma clase que habíamos visto en cabo San Lucas, aunque aquí el agua era más clara y fría. Había muy pocos *Sally Lightfoots;* los *Pachygrapsus,* cangrejos del Norte, habían ocupado su lugar. Cogimos muchos corales solitarios y los guardamos cuidadosamente para que no se pudieran romper. Estos animales, al menos en apariencia, se parecen tanto a las plantas, que sugieren un puente entre la flora y la fauna, lo mismo que las plantas carnívoras tropicales, con su aparente versatilidad nerviosa y muscular.

Comimos también cantidades de percebes, muchos *Phataria* y *Linckia,* esponjas y tunicados, además de un cangrejo-araña, con muchas patas y un cuerpo pequeño[75]. En el fondo arenoso yacían quietas muchas rayas, y cerca del borde de un pequeño puerto había dos en copulación con las cabezas juntas. Quisimos cogerlas, y tras endurecer las fibras de nuestros sentimientos románticos les clavamos un arpón y las subimos enojadas y desilusionadas. Habíamos pensado conservarlas unidas, pero se sintieron ofendidas y se despegaron.

Entretanto, Tiny, moviéndose con el botecillo, arponeó varias rayas más. En la playa cogimos varios pepinos de arena, y en el fondo de un charco cenagoso intentamos en vano capturar un cangrejo peludo, que habíamos visto asomarse en su madriguera. Aquel era un campo rico para la recolección, pero no había nada nuevo.

Al anochecer encendimos las luces de cubierta, y vimos cantidades de picudas que venían a comerse a los peces pequeños. Pusimos un sedal en un pequeño arpón y empezamos a tirárselo. De cada diez tentativas acertábamos una, y subíamos el pez a cubierta. Entonces sucedió una cosa curiosa. De la costa llegó un enjambre de murciélagos grandes. Sus cuerpos eran pequeños, pero sus alas tenían de doce a quince pulgadas de anchura. Volaban sin descanso alrededor del barco, aunque no había insectos. Sparky, que teme mucho a los murciélagos, estaba en la barandilla arponeando a las picudas. De pronto, un murciélago se acercó a él, y Sparky le tiró el arpón. Por una de esas extrañas casualidades, las púas se clavaron en el ave capturándola, mientras cuatro o cinco más acudían rápidamente. Sparky tiró el arpón y corrió a la cocina. El murciélago muerto cayó al agua desde la borda, y más tarde lo cogimos.

Entonces sucedió una cosa todavía más extraña. Como respondiendo a una señal de aviso, todos los murciélagos volaron hacia la playa, y no los vimos más. Aún no tenemos un informe del que cogimos, y por tanto no sabemos de qué clase eran. Tal vez fueran de los que se comen a los peces. Previnimos seriamente a Sparky para que conservara la calma respecto al incidente.

—Sparky —le dijimos—, sabemos que tu reputación es muy buena en Monterey. Si nosotros fuéramos tú, no mencionaríamos a nadie que has

arponeado a un murciélago. Inventaríamos historias y aventuras, pero no hay razón para perder la buena fama.

Sparky nos prometió que no se lo diría a nadie, pero de regreso a Monterey no pudo aguantarse, y, como suponíamos, fue el hazmerreír general. La gente decía:

—¿Sabéis lo que dice ese Sparky? Jura que ha arponeado a un murciélago.

Y para castigarle, cuando nos preguntaban, decíamos:

—¿Un murciélago? ¿Qué murciélago?

Sparky está ahora muy sensible respecto a aquel asunto, y aborrece intensamente a los murciélagos.

Entretanto habíamos capturado doce picudas. Conservamos algunas, pero no intentamos comerlas. Los peces sierra y los atunes eran demasiado deliciosos para justificar el hacer experimentos con un pescado fuerte.

Las montañas de Tiburón resultaban oscuras contra las estrellas, y el mar estaba en calma. En cubierta, Tiny se lavaba una camisa, porque no estábamos lejos de Guaymas, y el muchacho se iba impacientando. Nosotros empezamos a hablar de los murciélagos, del horror que producen a la gente, y de los mitos que se han creado sobre ellos… En su obra *Tesoro del Caribe,* página 56, Iván Sanderson hace unas observaciones muy interesantes sobre los murciélagos vampiros como portadores de la hidrofobia, y sobre su vínculo con la tradición vampírica, tan íntimamente relacionada en la mente popular con los hombres lobos. Uno podría deducir que un hombre que tiene la rabia, podría muy bien ser el hombre lobo, y que éstos y los vampiros van a menudo juntos. Es una especulación fascinante, y seguramente el temor irracional y casi instintivo hacia los murciélagos, indica otra de esas ideas-recuerdo del mal que pueden hacer.

Tras leer varios relatos científicos y semicientíficos de exploraciones, hemos descubierto que tenemos dos fuertes prejuicios: el primero de ellos surge cuando hay una mujer a bordo… la esposa de uno de los miembros de la expedición. Nunca se la llama por su nombre o se la considera como una igual. En la crónica aparece como la «compañera del barco», la «capitana», o la «amiga». Casi siempre es una rubia tenaz, que se incluye en todas las fotografías para darles «interés». Nuestro segundo prejuicio se refiere al

amor histérico que se manifiesta en llantos por la partida, y que normalmente se escribe en español. Esta explosión ocurre al final del libro. Acaba diciendo: «Y así…». «Y así nos despedimos de Tiburón, prometiendo regresar de nuevo. Adiós, Tiburón, amigo».

Por alguna oscura razón esa rubia y su estallido de emoción nos resulta ligeramente obscena. Y así dijimos adiós a Tiburón y nos dirigimos hacia Guaymas.

Abril, 4

Durante el viaje cogimos dos hermosos peces sierra en los anzuelos emplomados. Nuestros cebos artificiales se habían roto a pedazos a causa del uso, y tuvimos que repararlos con plumas de pollo. Estuvimos navegando todo el día, y al atardecer empezamos a ver los barcos de pesca deportivos de Guaymas con sus cargamentos de deportistas equipados de un modo que no podía menos que asombrar a los peces. Esos aficionados pescaban casi mentalmente. Nosotros pensamos que debía de ser divertida esta pesca intelectual, en lugar de nuestro primitivo sistema de tirar un sedal por la borda con un cebo a base de plumas de pollo. Aquellos pescadores, en sus sillas giratorias, tenían un aspecto cómodo, limpio y rosado. Nosotros habíamos estado lavando nuestras ropas con agua salada, y nos sentíamos pegajosos y cubiertos de sal; y al sentirnos menos cómodos y limpios que los deportistas, nos defendimos con una armadura de desprecio. Sin ningún esfuerzo por su parte, sentíamos una gran aversión por ellos. Es posible que Tiny y Sparky sintieran un verdadero desdén, pues descienden de varias generaciones de pescadores, que salían en busca de peces, no de brillantez. Pero incluso a ellos podría haberles gustado sentarse en una silla giratoria, con una caña en una mano y una bebida helada en la otra, echando la culpa si hacía mal día a los demócratas, y ofreciendo oraciones a Calvin Coolidge para lograr una buena pesca.

No podíamos entrar en Guaymas aquella noche, porque los precios del pilotaje crecían según las horas, y nos estábamos quedando sin dinero. Por tanto, alrededor de las seis de la tarde doblamos Punta Doble y fondeamos

en puerto San Carlos. Éste es otro de esos perfectos puertos pequeños con entradas rocosas estrechas. La entrada de San Carlos, guardada por rocas empinadas, tiene menos de ochocientas yardas de amplitud. Dentro se puede anclar de cinco a siete brazas de profundidad. El extremo de la bahía está bordeado por una playa arenosa.

Todavía nos quedaba tiempo para recolectar. Fuimos a la playa y cogimos algunos caracoles nuevos, pero bajo las rocas no había nada distinto a los animales de Tiburón. El agua era caliente y estaba llena de camarones, que pescamos con una red. Realizamos una rápida inspección del área porque estaba oscureciendo. Ya de noche, empezamos a oír extraños sonidos alrededor del *Western Flyer*... un periódico silbido y muchos chapoteos fuertes. Fuimos al puente de mando y encendimos la luz de reconocimiento. La bahía estaba infestada de peces pequeños, que aparentemente venían a comerse a los camarones. De vez en cuando un banco de peces de unas seis a diez pulgadas se dirigía hacia los peces más pequeños a tal velocidad y en tan gran cantidad, que producía el agudo silbido que habíamos oído, mientras más lejos otras especies más grandes saltaban y chapoteaban pesadamente. Sin decir una sola palabra. Tiny y Sparky sacaron una red grande, subieron al bote y se dirigieron hacia un banco de peces. Nosotros les gritamos, preguntándoles qué harían con el pescado si lo cogían, pero no nos oían. Las grandes cantidades de peces que había allí, les había despertado una pasión; eran pescadores e hijos de pescadores; los hombres de negocios podían disponer del pescado, pero su trabajo era cogerlo. Trabajaron frenéticamente, pero no pudieron cercar a ningún banco, y pronto estuvieron de regreso exhaustos.

Entretanto, el agua parecía casi sólida con diminutos peces de una a dos pulgadas de longitud. Sparky fue a la cocina y puso al fuego la sartén más grande que teníamos llena de aceite de oliva. Cuando estuvo muy caliente, empezó a pescar los diminutos peces con redes de mano, cogiendo un centenar cada vez. Nosotros pasábamos las redes a través de la ventana de la cocina, y Sparky las vaciaba en la sartén. Al poco rato los pececillos estaban crujientes y dorados. Los secamos, les pusimos sal y nos los comimos sin limpiarlos; estaban deliciosos. Probablemente no se ha comido nunca un pescado más fresco, excepto quizá por los japoneses, de quienes

se dice que se los comen vivos, y por los estudiantes que se fotografían haciéndolo. Cada pececillo era un bocado crujiente, dorado y exquisito. Nos comimos centenares de ellos. Luego, como era usual cada noche, fuimos a redar a los animales pelágicos que se acercaban a la luz. Cogimos camarones y sus larvas, cantidades de pequeños cangrejos nadadores y peces transparentes. El silbido y chapoteo de cazadores y presas duró toda la noche. Nunca habíamos visto un agua tan densamente poblada. La luz mostraba una superficie llena de peces hambrientos, frenéticos, de increíble voracidad. Los bancos nadaban, ordenaban y patrullaban. Daban vueltas y se zambullían como una unidad. Seguían una norma de dirección, velocidad y profundidad. Debe de existir algún sofisma en nuestra idea de estos peces como individuos. Sus funciones en el banco están en algún sentido todavía desconocido, tan controladas como si el banco fuera una unidad. No podremos comprenderles hasta que podamos pensar en el banco como en un animal, reaccionando con todas sus células ante estímulos, que quizá no influenciarían a un pez en absoluto. Y este animal más grande, el banco, parece tener una naturaleza, impulsos y fin propios. Es algo más que la suma de sus unidades; es algo distinto. Si podemos pensar de este modo, no nos parecerá increíble que todas las cabezas de los peces vayan en la misma dirección, que el espacio de agua entre pez y pez sea idéntico en todas las unidades, que el banco parezca ser dirigido por una inteligencia. Si es un animal unitario, ¿por qué no tiene que reaccionar como tal? Quizás ésta es la más disparatada de las especulaciones, pero tenemos la sospecha de que cuando un banco se estudia como un animal y no como una suma de peces, se descubre que ciertas unidades están designadas para realizar especiales funciones; que las unidades más débiles o lentas, pueden estar destinadas a aplacar el hambre de los animales voraces.

En la pequeña bahía de San Carlos, donde había muchos bancos de varias especies, existía la sensación de una unidad superior, que era la interrelación de las especies con su dependencia mutua para el alimento, aunque ese alimento fueran ellas mismas. Un animal grande que se desarrolla bien viviendo dentro de sí mismo, es un mecanismo operante. Y quizás esta unidad puede encajar en el animal más grande, que es la vida de todo el mar, y éste en el mundo. Esto sería sólo un mandamiento para las

cosas vivientes: ¡Sobrevivir! Las formas, especies, unidades y grupos están armados para la supervivencia, por ella son tímidos, fieros, inteligentes y venenosos. Este mandamiento determina la muerte y destrucción de millares de individuos para la supervivencia de todo. La vida tiene un fin último: vivir. Y todos los trucos y mecanismos, todos los éxitos y fracasos, se dirigen hacia ese fin.

Abril, 5

A la mañana siguiente zarpamos para Guaymas. Era la primera ciudad en la que nos deteníamos, después de dejar San Diego. El mundo y la guerra se había convertido en algo remoto para nosotros, y en lugar de alegrarnos, nos resentíamos por regresar a los periódicos, a los telegramas y a los negocios. Nos habíamos estado moviendo por una especie de mundo dual, realístico y paralelo, y las preocupaciones de este mundo del que veníamos estaban llenas de espejismo mental. La economía moderna, los estímulos de la guerra, los partidos políticos, odios, la política social y racial, no pueden sobrevivir con dignidad la perspectiva de la distancia. Nosotros podíamos comprender, porque podíamos sentir, que los indios del golfo, al oír hablar de las grandes obras del Norte, sacudieran sus cabezas tristemente y dijeran:

—¡Pero es absurdo! Sería estupendo tener «Ford» nuevos y agua corriente, pero no a costa de la locura.

También había cambiado para nosotros el factor tiempo; las mareas eran nuestro reloj, y la pulsación del motor nuestra manecilla de segundos.

Ahora, al aproximarnos a Guaymas, nos estábamos acercando a un fin. Planeábamos recolectar sólo en dos o tres sitios más; el tiempo estipulado en el contrato estaba terminando y tendríamos que apresurarnos para estar de regreso a su debido tiempo. Pero la tripulación pensaba ya en cómo volver al golfo. Este viaje había sido como un sueño, y en nuestros contactos con los mexicanos nos habíamos enfrentado con un cambio de actitudes. Quizá —casi seguro— esas gentes eran oportunistas, pero en otro plano que nosotros. Lo que hacían era sin esperar provecho. Nos

imaginamos que debían conseguir de todos modos alguna ganancia, pero no de la clase a la que estábamos acostumbrados, no de cosas materiales. Y, sin embargo, al estrecharnos las manos, se realizaba algún comercio… se cambiaba algo innominado de gran valor. Quizás esas gentes son oportunistas respecto a los innominables. Tal vez negocian con los sentimientos, los placeres e incluso los simples contactos. Cuando los indios llegaban al *Western Flyer* y se sentaban en la barandilla prescindiendo del tiempo, es posible que estuvieran percibiendo algo. Nosotros les dábamos regalos, pero no habían venido por ellos. Cuando nos ayudaban, no lo hacían con la idea del pago material. Existen precios materiales para las cosas materiales, pero uno no podría comprar la amabilidad con dinero, como puede hacerse en nuestro país. En todos los contactos era así, y estaban tan acostumbrados a la transacción espiritual, que tenían dificultad en traducir lo material en dinero. Si queríamos comprar un arpón, inmediatamente surgía el obstáculo. ¿Cuánto valía? Un indio había pagado tres pesos por él hacía varios años. Naturalmente, como él había pagado eso, ése era el precio. Pero todavía no había aprendido a dar al tiempo un valor monetario. Si tenía que perder tres días en una canoa para conseguir otro arpón, no añadiría su tiempo al precio, porque nunca había pensado en el tiempo como un medio de cambio. Al principio intentamos explicar que para nosotros el tiempo es un artículo vendible, pero tuvimos que desistir. «El tiempo —decían los indios— sigue». Si uno pudiera pararlo, quedárselo y atesorarlo, entonces se podría vender, lo mismo que el aire, el calor, el frío la salud o la belleza. Y nosotros pensamos en el gran negocio que podría montarse en nuestro país… la venta de aire puro, de calor y frío, los anuncios de salud ofrecidos por la radio, la belleza embotellada a un precio único. Eso no era ni malo ni bueno; sólo era distinto. Ellos pensaban que el tiempo y la belleza no podían ser capturados y vendidos, pero nosotros no sólo sabíamos que sí, sino también que el tiempo podía ser retorcido y la belleza oscurecida. Y de nuevo eso no era ni bueno ni malo. Nuestra gente pagaría más por las píldoras que fueran en una caja amarilla que por las de una caja blanca… incluso la refracción de la luz tiene su precio. Comprarían libros más porque deberían hacerlo que porque lo desearan. Compraban la inmunidad

contra el miedo, poniéndose salvavidas bajo los brazos. Compraban la aventura romántica en pastillas de jabón de color tomate. Compraban la cultura y sopesaban los volúmenes. Adquirían el dolor, y luego los analgésicos para quitárselo. Compraban valor y tranquilidad, y no tenían ninguna de las dos cosas. Y en cambio se sienten muy divertidos ante el indio, que con su plata compró el Cielo y rescató a su padre del infierno. Aquellos indios eran demasiado ignorantes para comprender los absurdos que el comercio puede adquirir cuando lo trabaja una gente experimentada.

Uno puede ir de raza en raza. Es una vuelta que tiene su violación. Como percibimos la grandeza, pensamos que esa gente es muy grande. Nos parece que el descanso de una mujer india sentada en el arroyo de la calle está por encima de nuestras posibilidades de adquisición. Pero incluso esa gente desea nuestro envolvimiento en las cosas temporales y materiales. Hubo un tiempo en que creímos que el puente entre las culturas podría tenderse por medio de la cultura, la salud pública, la buena vivienda, y por medio también de los vehículos políticos —democracia, nazismo, comunismo—, pero ahora parece mucho más sencillo que eso. La invasión llega con las buenas carreteras y los hilos de alta tensión. Donde se presentan esas dos cosas, tiene lugar un cambio inmediatamente. Cualquier forma política puede introducirse una vez la radio es conectada, una vez los caminos de hormigón y hierro cruzan las montañas y destruyen el «localismo» de una comunidad. Cuando la gente del golfo esté dispuesta a relacionarse, también llegarán a considerar más importante el tener los pies limpios que la mente. Éstos son los factores de la civilización y sus caminos, las buenas carreteras, los hilos de alta tensión y posiblemente los alimentos en conserva. Una unidad local de 110 voltios de intensidad y una carretera sucia y retorcida, pueden dejar a unas personas incomunicadas durante mucho tiempo, pero una instalación de voltaje alto que trabaja día y noche introducirá a la gente en la trampa de la civilización, tanto si está en la Rusia Asiática, en la campiña inglesa o en México. Ese *Zeitgeist* funciona en todas partes y no hay escapatoria.

Tampoco eso va a ser considerado bueno o malo. A nosotros, que estamos un poco cansados de la complicación y falta de sentido de nuestro panorama familiar, el indio nos parece un hombre sencillo y reposado. Si

nos permitiéramos ignorar sus complicaciones, entonces podríamos anhelar su condición, creyéndola superior a la nuestra. Por otra parte, el indio, expuesto constantemente al hambre y al frío, llorando la muerte de un abuelo y sacando a tíos del Purgatorio, angustiado por el dolor de muelas, puede envidiar nuestro lujo. Es fácil recordar cómo, cuando nos hallábamos con las terribles complicaciones de la niñez, suspirábamos por ser mayores. Entonces no tendríamos más que buscar por los bolsillos para conseguir dinero, entonces todos los problemas serían resueltos. El propietario del rancho había dicho:

—En vuestro país no existe la pobreza ni la desgracia. Cada americano tiene un «Ford».

Llegamos temprano a Guaymas, pasamos las usuales aduanas, recogimos nuestra correspondencia en el consulado, y luego realizamos los variados asuntos del puerto. Algunos son divertidos, pero carecen de atractivo para este relato. Guaymas ya estaba en la senda de la buena carretera; ya no era «local». En La Paz y Loreto, el golfo y la ciudad eran una sola cosa, pero allí en Guaymas, el ferrocarril y los hoteles habían roto tal relación. En todas partes había chucherías para los turistas. No es que critiquemos el cambio, pero Guaymas nos parece estar fuera de los límites del golfo. Nos trataron bien allí, conocimos a personas encantadoras, hicimos cosas buenas y malas, y partimos con disgusto.

Abril, 8

Zarpamos el lunes, un poco andrajosos y cansados. El capitán Corona, propietario de barcos camaroneros, que se había mostrado muy amable y hospitalario, nos pilotó y detuvo a una de las embarcaciones suyas que entraba, para que la visitáramos. Era un barco pobre y no tenía mucha pesca. En aquella vecindad todos se quejaban de que los japoneses estaban destruyendo las pesquerías de camarones. Nosotros decidimos ir a verlas al día siguiente. En el momento en que dejamos al capitán en las afueras de Guaymas, el golfo fue de nuevo parte del diseño que habíamos trazado en nuestras mentes. El espejismo estaba sobre la tierra y el mar era muy azud. Navegamos un corto trecho y echamos el ancla en una pequeña cala opuesta a la luz de isla Pájaro. Aquella noche cogimos unos peces que parecían gatas. Tex los despellejó y los preparó, pero no nos los comimos. Una ligera tristeza nos embargaba a todos. Tiny y Sparky se habían enamorado de Guaymas y planeaban regresar y quedarse a vivir allí para siempre. Pero Tex y Tony estaban sombríos y un poco nostálgicos.

Antes del amanecer nos despertaron las voces de hombres que salían remando para la pesca del día. Con algo de alivio levamos el ancla, y zarpamos para realizar el trabajo que teníamos que hacer. El día estaba espeso de niebla, a través de la cual se filtraba un sol caliente y desagradable; el agua estaba aceitosa, y una pegajosa humedad nos envolvía.

Al cabo de una hora llegamos a la flota pesquera japonesa. Había seis barcos que realizaban el dragado efectivo, mientras otro más grande, de lo

menos 10.000 toneladas, estaba anclado lejos de la costa. Los buques de drenaje medían de 150 a 175 pies, y eran de unas 600 toneladas. Había doce en la flota, incluyendo el barco nodriza, y estaban haciendo una labor muy sistemática, no sólo sacando todos los camarones del fondo, sino también cualquier cosa viviente. Se cruzaban lentamente con dragas superpuestas, barriendo literalmente el fondo. Si un animal se escapaba debía de ser desde luego muy rápido, pues ni siquiera los tiburones podían huir. Por qué el Gobierno mexicano permitía la destrucción de una valiosa reserva alimenticia, es uno de esos misterios que no se pueden explicar.

Deseábamos subir a bordo de uno de los barcos dragadores. Tony puso el *Western Flyer* enfrente de uno de ellos, sacamos el botecillo y nos metimos dentro. La tripulación que nos contemplaba desde el dragador de hierro nos parecía muy cordial. Nos acercamos casi yéndonos a pique, y les dimos la carta del Ministerio de la Marina. Mientras esperábamos, veíamos al oficial mexicano leyendo nuestra carta en el puente. Y entonces, de pronto, la atmósfera sufrió un cambio y se hizo cordial. Nos ayudaron a subir a bordo y amarraron el botecillo.

Las cargas de las dragas eran vaciadas en la cubierta delantera, en uno de cuyos lados había una larga mesa, donde los camarones eran decapitados y echados en un vertedero, no sabemos si para ser helados o metidos en latas en seguida. Pero probablemente eran enlatados en el barco nodriza. La draga estaba afuera cuando subimos a bordo, pero pronto los cables cilindricos empezaron a girar, y el gran raspador cerrado como un saco, depositó toneladas de animales en cubierta… toneladas de camarones, pero también de muchas clases: sierras, tiburones, cazones, peces martillo, rayas águila y rayas mariposa, pequeños atunes, gatas, puercos, anémonas y gorgonias. El fondo del mar debía de haber quedado completamente limpio. En el momento en que la red se abrió y desparramó sobre cubierta aquella masa de seres vivos, los japoneses empezaron a trabajar. Se quedaron sólo con los camarones y tiraron los demás peces por la borda. Casi todos estaban agonizando y muy pocos se recobraron al llegar al agua. La pérdida de reservas alimenticias nos pareció aterradora, y era extraño que los japoneses, que normalmente son tan ahorradores, la consintieran. Los

camarones, recogidos en cestos, eran luego colocados en la mesa. Entretanto, la draga seguía trabajando.

Con el permiso del capitán, cogimos varias muestras de todos los peces y animales que vimos. Si hubiéramos permanecido algunos días en el barco, habríamos recogido una colección grande y completa de todas las especies de aquella profundidad. La tripulación, en parte mexicana y en parte japonesa, nos había cogido tanta simpatía ahora, que sacaron sus tesoros y nos los dieron: caballitos de mar de un rojo brillante, abanicos y camarones gigantes. Nos los ofrecieron como algo curioso que había atraído su atención.

A intervalos, un grito fuerte y melodioso surgía de la borda del barco y era repetido en el puente. En la cubierta superior, el sondeador vigilaba la profundidad, la cantaba en japonés con una voz de falsete, y su grito era repetido por el timonel.

Subimos al puente, y al pasar junto al sondeador, nos dijo:

—*Hello.*

Nos paramos y le hablamos durante unos instantes, antes de darnos cuenta de que era la única palabra de inglés que sabía. El capitán japonés era ceremonioso, pero muy cortés. No hablaba ni español ni inglés; debía hacer todos sus negocios por medio de un intérprete. El oficial mexicano que había a bordo era un hombre agradable, pero dijo que no sabía gran cosa acerca de los animales que estaba inspeccionando. Los camarones grandes eran *Penaeus stylirostris,* y los pequeños *P. californiensis.*

Todos los camarones examinados tenían los ovarios dilatados, y aparentemente tenían sucesión femenina y masculina, lo mismo que el *Pandalus* canadiense. Es decir, todos los animales nacen machos, pero se convierten en hembras al llegar a cierta edad. El oficial mexicano parecía muy ansioso por saber más sobre esta materia, y nosotros prometimos mandarle el estupendo volumen de Schmitt sobre los *Crustáceos decápodos marinos de California,* y cualquier otra publicación sobre los camarones que encontráramos.

Nos gustaba mucho la gente de aquel barco; eran hombres buenos, pero presos en una gran máquina destructiva; eran hombres buenos que hacían una cosa mala. Con sus numerosos barcos, con su industria y eficiencia,

pero sobre todo con su intensa energía, esos japoneses acabarán pronto con los camarones de la región. Y no está comprobado que una especie atacada de este modo, regrese. El equilibrio alterado proporciona siempre nuevas especies y destruye las antiguas.

Además de los camarones, estos barcos matan y desperdician cada día centenares de toneladas de peces, muchos de los cuales se necesitan penosamente para la alimentación. Quizás el Ministerio de Marina no se había dado cuenta de que una de las mejores y más abundantes reservas alimenticias de México, estaba siendo agotada. Si no se ha hecho todavía, las vedas de pesca serán impuestas, y no se permitirá que la región sea tan intensamente batida. Entre otras cosas debería emprenderse un estudio cuidadoso de esta área, para que su energía potencial pudiera ser comprendida, y la pesca equilibrada. Entonces podría haber camarones disponibles indefinidamente. Si no se hace esto, la industria camaronera mexicana se extinguirá en poco tiempo.

Nosotros, en Estados Unidos, hemos agotado tanto nuestras propias reservas, nuestra madera, tierra, pescados, que se nos debería mirar como un ejemplo horrible, y nuestros métodos tendrían que ser evitados por cualquier Gobierno o pueblo lo bastante inteligente como para desear una economía progresiva. Hemos sido pródigos con nuestras fuentes de riqueza, y las cicatrices de nuestra codiciosa estupidez tardarán mucho en desaparecer. Pero en la industria camaronera, vemos un conflicto de naciones, de ideologías y de organismos. Las unidades de los organismos son buena gente. Tal vez podríamos hallar un paralelo en una compañía cinematográfica, como por ejemplo la «Metro-Goldwyn-Mayer». Las unidades son magníficas —grandes artesanos, estupendos directores, los mejores actores de la profesión—, y, sin embargo, dependen de una oportunidad; su trabajo es a veces malo, estúpido, inepto, y nunca tan bueno como los hombres que lo hacen. El oficial mexicano y el capitán japonés eran ambos hombres buenos, pero por su asociación en un proyecto dirigido por fuerzas superiores a ellos, estaban cometiendo un verdadero crimen contra la naturaleza, contra el inmediato bienestar económico de México y contra el eventual de toda la especie humana.

La tripulación nos ayudó a regresar al bote, nos tendió los cubos, y soltó la amarra. Tony nos recogió en el *Western Flyer,* y Sparky se puso furioso porque no habíamos traído nada para comer, pero nos habíamos olvidado de eso. Emprendimos rumbo sur en dirección a Estero de la *Luna,* un gran mar interior cuyos bordes eran líneas interrumpidas en nuestros mapas. Allí esperábamos encontrar una rica fauna de estuario. En la cavidad entre Cabo Arco y Punta Lobos hay un agua muy poco profunda. Fue Tiny quien observó las grandes cantidades de rayas mantas, y quien sugirió que las cazáramos. Eran monstruos, de unos doce pies de anchura entre sus aletas. Carecíamos de un equipo adecuado, pero preparamos un arpón con púas en un sedal fino. Este arpón era una saeta de bronce de cinco pulgadas, prendida a un mango de hierro. Cuando se da un golpe, la púa se prende en la carne.

Las enormes rayas nadaban lentamente a nuestro alrededor, con las puntas de sus aletas surgiendo por la superficie del agua. Sparky subió a la atalaya, donde podía mirar al fondo y dirigir al timonel. A cien pies de uno de los grandes peces paramos el motor y nos acercamos en silencio. Yacía todavía en el agua. Tiny se recostó sobre la proa, y cuando estuvimos en línea recta, tiró el arpón. El monstruo no se agitó, simplemente se dejó caer al fondo. El sedal se tensó hasta el máximo, vibró como una cuerda de violín y se rompió. Una curiosa excitación recorrió el barco. Tex trajo un sedal de cáñamo de una pulgada y media de grosor, lo ató a otro arpón, y Tiny volvió a ocupar su posición, tan nervioso que se le enredó un pie con la cuerda. Por fortuna nos dimos cuenta y le avisamos. Nos acercamos a otra raya, y Tiny falló el golpe. A otra, y sucedió lo mismo. La tercera vez la saeta se clavó, y el sedal tuvo que desenrollarse doscientos pies. Al fin vibró durante un instante y se partió. Lo estábamos haciendo todo mal y lo sabíamos. Un pez que pesa una tonelada y media no debe subirse con rapidez. Tendríamos que haber echado por la borda un barrilito con el sedal, y dejar que el animal luchara contra la flotación del barril hasta quedar exhausto. Pero no íbamos equipados. Tiny se había puesto casi histérico. Tex trajo una cuerda de tres pulgadas de grosor y gran resistencia. No teníamos más arpones de púas, y por tanto la atamos a un tridente. Esta vez Tex cogió el arpón, y no perdió el tiempo con golpes atolondrados; esperó a

que la proa estuviera enfrente de una de las rayas más grandes, y entonces tiró la lanza con toda su fuerza. La gruesa cuerda casi sacaba humo al rozar la barandilla. Al terminarse, chocó con un ruido seco, tembló y quedó lacia. Cuando alzamos el arpón, había un trozo de carne en él. A Tiny se le partió el corazón. El viento arreciaba y la superficie del agua estaba tan movida ahora, que ya no podíamos ver a los monstruos. Intentamos consolar a Tiny.

—¿Qué habríamos hecho si hubiéramos cogido alguna? —preguntamos.

—Yo quería colgarla de la escotilla —dijo Tiny.

—¿Para qué? ¿Qué habrías hecho con ella?

—Me hubiera sacado una fotografía. Nadie en Monterey creerá que he arponeado a alguna, a menos que pueda probarlo.

Durante mucho tiempo se lamentó por nuestra falta de previsión al no traer un equipo para pescar mantas. Avanzada la noche, Tex trabajó haciendo un arpón de púa nuevo con una lima y una piedra de esmeril. Pensaba usarlo con su cuerda de tres pulgadas. Dijo que podría sostener quince o dieciséis toneladas, y que la púa no se perdería. Pero nunca tuvo una oportunidad de probarlo; ya no volvimos a ver rayas en cantidades.

Aquella noche fuimos a anclar al sur de Lobos, a unas cinco millas de la entrada de Estero de la Luna. A Tony no le gustaba adentrarse por agua poco profunda por miedo a embarrancar. Era una noche extraña, aterradora, y nadie sabía por qué. El mar estaba de nuevo vidrioso, y la cubierta empapada de humedad. Teníamos la curiosa sensación de que había un extraño a bordo, una presencia no vista pero notada, una persona cubierta con una capa oscura. Estábamos nerviosos, irritables y asustados, pero no podíamos descubrir lo que nos asustaba. Tex trabajó en el «Sea-Cow» y lo hizo funcionar perfectamente, pues queríamos utilizarlo para ir a tierra por la mañana. Habíamos comprobado las mareas en Guaymas, y era necesario entrar en el estuario antes del amanecer. Por la noche, uno de nosotros tuvo una pesadilla, gritó pidiendo socorro y los demás nos desvelamos. Antes de que saliera el sol, sólo dos de nosotros nos levantamos; nos vestimos en silencio y tomamos el desayuno. La luz de Punta Lobos relampagueaba al Norte, y las cubiertas estaban cubiertas de escarcha. Al saltar al bote, uno de nosotros se cayó y se dislocó la pierna. El «Sea-Cow» no se puso en marcha, y tuvimos que salir remando hacia la apenas visible costa,

precisando el rumbo con la luz de Lobos. Una ligera forma blanca apareció sobre el agua, y fue aumentando hasta que nos vimos rodeados por una densa niebla. Habíamos perdido de vista al *Western Flyer,* y ya no divisábamos la costa. Con el último relampagueo de la luz de Lobos intentamos averiguar la dirección del oleaje para navegar, pero luego la luz desapareció y nos quedamos incomunicados en aquella siniestra agua vidriosa. La atmósfera se puso de un color gris-acero al amanecer, y la niebla era tan espesa que no podíamos ver nada a quince pies de distancia del bote. De pronto, oímos un pequeño silbido como si hubiera millones de reptiles a nuestro alrededor, y los dos a la vez dijimos:

—Es el *cordonazo.*

El *cordonazo* es una rápida y violenta tormenta que ha destruido más barcos que nadie. El viento sopla de un modo que corta el agua. Por un momento nos sentimos asustados, muy asustados, pues con la niebla el *cordonazo* nos arrastraría adentro del golfo y nos iríamos a pique. No podíamos ver nada, y el silbido se hacía cada vez más grande.

Siempre parece ocurrir lo mismo en un instante de peligro. Un ligero escalofrío de terror recorre la espina dorsal, y una especie de náusea inunda la garganta. Luego eso desaparece en un insensible sentimiento de «¡qué demonios!». Quizás esto es la obra de un proceso mente-glándula-cuerpo. Tal vez algún choque terapéutico se apodera del control. Pero nuestro miedo pasó, y nos agarramos para protegernos del impacto del viento. En aquel momento la proa del bote embarrancó suavemente, porque no era el viento lo que soplaba, sino pequeñas olas que acariciaban barras de arena. Saltamos fuera, arrastramos el bote y nos sentamos en la playa. No hay duda de que habíamos estado muy asustados. Incluso sentíamos el soñoliento embotamiento que sigue a una borrachera. Mientras permanecíamos sentados allí, se levantó la niebla y con la luz de la mañana pudimos ver al *Western Flyer.* Habíamos desembarcado sólo a un cuarto de milla de donde deseábamos ir. El sol era ahora brillante, y como no había peligro ni mucho trabajo, el «Sea-Cow» se puso en marcha fácilmente, y doblamos la entrada del gran estuario. Ahora que había salido el sol, comprendíamos por qué había líneas interrumpidas en los mapas para indicar los límites de Estero. Era interminable… no tenía fronteras. El

espejismo agitaba el horizonte y lo cubría de niebla, de formas retorcidas, de montañas deformadas; hacía incluso que los matorrales flotaran en el aire. Hasta que cada pie de esa costa sea cubierto y medido, la dimensión de sus estuarios no será conocida.

En la entrada del estuario estaba anclada una gran canoa, y cuatro indios se dirigían a tierra después de la pesca nocturna. Eran sombríos, no sonreían y gruñeron cuando les hablamos. En su barco tenían pescados parecidos a los múgiles y eran tan grandes que se necesitaban dos hombres para acarrearlos. Debían de pesar de sesenta a cien libras cada uno. Los indios llevaban los pescados a un campo abierto entre los matorrales, del que sólo podíamos ver el humo, y decididamente no eran cordiales. Era la primera experiencia de esta clase que habíamos tenido en el golfo. No es que *nosotros* no les gustáramos… es que tampoco parecían gustarse mutuamente.

La marea iba bajando en el estuario, y una corriente se formaba en la entrada. Biológicamente, el área parecía bastante estéril. Había cantidades de animales pequeños, varias especies de caracoles grandes, anémonas de tentáculos transparentes casi sin color, y *Cerianthus* como flores por todas partes. En el fondo se amontonaban diminutos dólares de arena, de un verde brillante, con agujeros y espinas alargadas. Dentro del estuario cogimos erizos-corazón y varios más grandes. La arena estaba llena de madrigueras, pero aunque las revolvíamos no podíamos hallar a sus propietarios. Eran muy rápidos o muy profundos, pero incluso bajo el agua sus escondites estaban siempre abiertos y montones de escombros se apilaban en sus puertas. Pensamos que debían de ser grandes crustáceos, posiblemente de la familia de los cangrejos.

El animal más común de todos era el enteropneusto, un gusano de unos tres pies de largo que habíamos encontrado en la cala San Lucas y en la bahía de Los Ángeles. No estábamos convencidos de que con nuestras excavaciones sacáramos al animal entero ni siquiera una vez (¡y los especialistas confirmaron después nuestra opinión con pesar!).

Muy adentro del estuario cogimos varias almejas como las *Tivela,* y otras nacaradas. Había centenares de cangrejos ermitaños y grandes conchas de gasterópodos. Encontramos también una estrella de vidrio de

grandes brazos escondida en la arena, que resultó ser la *Ophiophragmus marginatus,* y nuestra anotación sobre ella es el único informe archivado, desde que Lütken, en Dinamarca, descubrió la especie hace cerca de cien años. En la arena, cada palo, concha y roca, estaban incrustados de percebes; incluso un cangrejo nadador gigante los llevaba en su espalda.

Mientras recolectábamos se había levantado el viento, y nosotros navegábamos por los bajíos tratando de ver el fondo. Había grandes cantidades de tiburones moviéndose por la arena, pero el fondo era limpio, estéril, y no estaba tan bien poblado como suponíamos. El espejismo se hacía cada vez más absurdo. Quizás aquellos indios sombríos se sentían aturdidos en aquel mundo tan incierto, donde a media milla de distancia nada podía mantener su forma o tamaño, donde el mundo flotaba y temblaba como un sueño. Pero tal vez sea cierto lo contrario. Tal vez esos indios sueñan en un mundo duro, agudo y confiable, como contraposición a su visión diaria.

No habíamos recogido mucho en aquel sitio. Cuando empezó a subir la marea, regresamos al *Western Flyer.* El «Sea-Cow» debía de haberse asustado también aquella mañana, porque funcionó con firmeza. Pero la marea era tan fuerte que tuvimos que ayudarlo con los remos, pues de lo contrario no habría podido resistir la corriente. Tardamos dos horas en llegar al *Wester Flyer.*

Teníamos la sensación de que aquél no había sido un sitio ni bueno ni amistoso. Alguna cualidad dañina le envolvía y nos infectaba. No sentimos en absoluto dejarlo. Todos estábamos inquietos a bordo, hasta que levamos el ancla, y nos pusimos en marcha para Agiabampo, que, según pensábamos, iba a ser nuestra última estación de recolección.

Había algo curioso en Estero de la Luna. Era un sitio malo…, de malos sentimientos, malos sueños y pequeños accidentes. Sería interesante saber si otros lo han encontrado también así. Hemos pensado en cómo los lugares pueden evocar estados de ánimo, en cómo el color y la línea de un cuadro puede sumergirnos lo que el pintor quería decir. Y si al color y a la línea pudiera añadirse en una yuxtaposición accidental el olor y la temperatura, podríamos captar en este accidente la inquietud que sentimos en el Estero. Debajo de Monterey hay una extensión de costa que afecta profundamente a

la gente sensitiva, y si ésta intenta describir sus sentimientos, casi siempre lo hace en términos musicales, en un lenguaje de música sinfónica. Quizá su mente y sus nervios son auténticos índices de una realidad ni separada ni comprendida en un plano intelectual. Boodin observa la nobleza esencial de la filosofía, y cómo ha caído en descrédito. «De algún modo —dice—, las leyes del pensamiento deben ser las leyes de las cosas, si queremos intentar una ciencia de la realidad. El pensamiento y las cosas son parte de una matriz evolutiva y esencialmente no pueden luchar»[76].

Y en una hipótesis sobre una materia unificada, o en la vida, que es una materia unificada de la realidad, cada cosa es un índice de las demás cosas. La verdad de la mente y el modo como es la mente deben ser un índice de las cosas, de cómo son las cosas, a pesar de lo mucho que uno pueda oponer contra lo otro como un índice de orden secundario o irregular, mejor que como un índice armónico o de primer orden. Estas dos clases de índices pueden compararse a las dos clases de olas, pues los índices son unos símbolos tan primitivos como las olas. El primer tipo-ola es el regular o coseno, tal como la marea, o las ondulaciones de luz, sonido u otra energía, especialmente cuando el rendimiento es firme y puro. Estas olas pueden ser progresivas —crecientes o decrecientes—, o pueden parecer estacionarias, aunque sea factible hallar algún cambio o progresión en toda oscilación. Todos los términos de una serie deben estar influidos por la torsión del primero y por la del último, pues de lo contrario la serie debe cambiar o interrumpirse. Las olas deben ser pronosticables como la marea. El segundo tipo, el irregular para el momento, al igual que los diagramas de las precipitaciones de lluvia en una región determinada, cae dentro de unas posibilidades que son las funciones de la extensión del tiempo durante el cual han sido hechas las observaciones. Esto es individualmente impronosticable; o sea, uno no puede decir que mañana lloverá o no lloverá, pero al cabo de diez años, uno puede pronosticar una cierta cantidad de precipitaciones y su estación. Y este segundo tipo mental secundario podría estar cerrado con goznes e índices «clave».

Habíamos sostenido muchas discusiones en la mesa de la cocina, y nos habíamos esforzado sinceramente en comprender el pensamiento mutuo. Hay varias clases de recepción posible. Existe la mente que espera con

trampas los fallos, y que por no cogerla, puede perder la verdad. Existe una segunda mente que no es receptiva en absoluto, sino que vuela ciegamente por pereza, o porque alguna norma es alterada por el proceso de la discusión. La mejor recepción de todas es la natural y relajada, la que dice con fuerza: «Déjame enfrascarme en esto. Déjame intentar comprenderlo sin prejuicios privados. Y cuando haya entendido lo que está diciendo, sólo entonces lo someteré a mi propio escrutinio y crítica». Éste es el mejor acceso crítico y también el más raro.

La mente más pequeña y mediocre de todas es la que, sintiéndose ultrajada o asustada por un pensamiento ajeno, se venga a sí misma absurdamente. Salta sobre una palabra mal deletreada o pronunciada, saca por los pelos una definición falsa, y mordiendo como un pequeño perro desagradable, deja la estructura a trizas. Hemos conocido a un crítico que podía basar su censura en una letra mal colocada en una palabra, cuando en realidad estaba expresando su rabia por una idea que odiaba. Éstos son los suspicaces, los autoproteccionistas, los que viven vidas de defensa difícil, los que se protegen de la tontería con tonterías…, los que obstinadamente se defienden a sí mismos a un precio demasiado alto.

Las ideas no son peligrosas a menos que se puedan sembrar en una tierra más profunda que la mente. Los líderes temen demasiado que la *idea* «comunismo» o la *idea* «fascismo» puedan provocar una revolución, pero en realidad son inefectivas si carecen de la tierra negra del descontento para crecer. El hombre de negocios que teme la huelga puede inclinarse hacia el fascismo que la prohíbe, olvidando que también le elimina a él. El rebelde puede anhelar violentamente libertarse de la dominación capitalista, poniendo su esperanza en un estado de trabajadores, pero ignora el hecho de que tal estado está libre de rebeldes. En cada caso la idea sólo resulta peligrosa cuando se planta en el descontento y la inquietud. Pero una vez sembrada y creciendo en dicha tierra, deja de ser idea y se convierte en emoción y luego en religión. Entonces, como en la mayoría de las cosas a las que se llega teleológicamente, es atacado el fin equivocado del animal. Lucrecio, asumiendo la teleología de su tiempo, no se aparta mucho de nosotros. «Voy a averiguar por qué poder la naturaleza del navegante guía los sentidos del sol y los laberintos de la luna, no vaya a ser que nosotros

pudiéramos imaginar que trazan sus órbitas perennes libremente, cronometrando sus movimientos para aumentar el número de cosechas o de criaturas vivientes, o que pudiéramos pensar que giran por un plan de los dioses. Pues incluso aquellos hombres que han aprendido muy bien que las deidades principales dirigen una larga vida libre de cuidados, si todavía se preguntan por qué planes siguen las cosas, regresan de nuevo a los temores de la vieja religión, vuelven a adoptar amos rígidos, jueces todopoderosos… Son hombres infelices, que no saben lo que puede ser y lo que no puede ser, que no conocen qué ley prescribe su esfera de acción, y cuál es su límite en el Tiempo»[77].

Por la tarde navegamos junto a la costa con mucho cuidado, porque las barras de arena eran muy numerosas y no estaban señaladas en los mapas. No era un azul muy profundo, y el azul del agua se había vuelto verde-gris por la arena y los bancos. Volvimos a ver rayas gigantes aunque no en la superficie. Tex ni siquiera sacó su arpón nuevo. Quizá la tripulación sentía nostalgia. Habían visto Guaymas, tenían un montón de anécdotas y deseaban volver a Monterey para contarlas. Ya no íbamos a detenernos en ninguna otra ciudad, ya no veríamos más gente. Agiabampo era nuestra última parada, y luego, a casa. La costa era baja, caliente, húmeda, y estaba cubierta de matorrales y mangles. El mar era estéril, o estaba poblado de tiburones y rayas. En la arena del fondo no había algas. Aquel sitio nos hada sentir tristeza.

Navegamos toda la tarde y al anochecer anclamos a cinco millas de la costa, en un agua profunda y segura.

Abril, 11

A las diez nos dirigimos hacia la parte septentrional de la entrada del estuario Agiabampo. Los bancos de arena empezaban a mostrarse al bajar la marea. Tiny estaba vigilando en proa y Sparky en la atalaya. Tony no quería acercarse a más de una milla de la entrada; siempre dejaba un margen de seguridad.

Una vez anclamos, nos subimos cinco en el botecillo llenándolo completamente. Si el agua hubiera estado embravecida nos habríamos ido a pique. Tiny y Sparky remaban, compitiendo con violencia, y llevando un curioso rumbo torcido.

Agiabampo es una gran albufera con una estrecha entrada. A diez millas al norte de la costa hay una pequeña ciudad a donde ni siquiera intentamos llegar. La entrada es intrincada y está obstruida por bajíos y barras de arena. Sin poseer un conocimiento local, habría sido difícil navegar en una embarcación de cualquier calado. Nosotros entramos por la parte norte, cubierta por una densa maleza de mangles, entre los que se cruzaban pequeños ríos de agua. Vimos grandes extensiones de llanos arenosos, y encontramos abundante hierba de anguilas[78]. Pero ésta, que suele cobijar una gran variedad de vida animal, no era muy rica. También vimos las depresiones donde yace el botete, el pez venenoso. Y había cantidades de rayas espinosas que nos hacían andar con mucho cuidado a pesar de llevar botas de goma, pues su pinchazo es tan fuerte que puede agujerearlas.

Los bancos de arena cercanos a la entrada estaban cortados por profundas corrientes. En madrigueras de unas dieciocho pulgadas vivían

muchos cangrejos grapsoideos[79], y junto a ellos gran cantidad de conchas enormes y los inevitables cangrejos ermitaños. Más adentro había *Chione* y cangrejos nadadores de pinzas azules, que parecían allí más listos y fieros que en otros sitios. Algunas *Zosteras marinas* estaban sexualmente maduras, y las cogimos para identificarlas. En esta hierba había racimos de huevos de caracol, pero no vimos a ninguno de los caracoles que los habían puesto. Encontramos un gusano con escamas[80], un magnífico ejemplar metido en un tubo parecido al *Cerianthus.* En la arena había cantidades de gusanos-tubo. Apenas soplaba el viento mientras recolectábamos, y ello nos permitía ver el fondo en todas las partes. En los bajíos multitud de pájaros se estaban procurando alimento. A lo largo de la costa, los pescadores de ostras cogían a los cangrejos que estaban en la entrada de sus madrigueras. No era una estación de recolección muy difícil; pertenecía a una clase que ya nos resultaba familiar, aunque indudablemente había muchas cosas que no veíamos. Quizá nuestros ojos estaban cansados de tanto mirar.

Tan pronto como la marea empezó a subir, nos metimos en el botecillo y emprendimos el regreso al *Western Flyer.* En los estuarios de boca estrecha siempre nos equivocamos con las corrientes, pues entramos contra una marea menguante y salimos contra una creciente. Era un trabajo pesado vencer aquella corriente. El «Sea-Cow» nos dio una mano y remamos tenazmente.

Aquella noche teníamos intención de cruzar el golfo y emprender el regreso a casa. Era bueno navegar de nuevo por la noche; resultaba más fácil dormir con el latido del motor. En el timón, Tiny prorrumpió en invectivas contra el pescado que desperdiciaban los japoneses. Para él era un derroche completo, una pérdida de algo. Discutimos la amplitud y estrechez de la imagen. Para Tiny el pescador, cuya función consiste no sólo en pescar peces sino también en suponer que serán comidos por los hombres, los japoneses eran unos malgastadores. Y en esto acertaba. Pero en realidad todos los peces eran comidos; si los pájaros perdían algunas porciones pequeñas, éstas eran aprovechadas por los comedores de detritus, los gusanos y pepinos. Y lo que ellos desechaban era reducido por las bacterias. La pérdida del pescador era una ganancia para otro grupo. Intentábamos decir que en el macrocosmos nada se desperdicia, que la

ecuación siempre está equilibrada. Los elementos que el pez elabora en un organismo físico individualizado, un microcosmos, regresan de nuevo al macrocosmos no diferenciado, que es el gran depósito. No hay, ni puede haber, ninguna pérdida efectiva, sino simplemente formas variantes de energía. Desde luego, para cada grupo debe existir desperdicio —el pescado muerto para el hombre, los trozos rotos para las gaviotas, los huesos para algunos, las escamas para otros—, pero para el todo no existe. El gran organismo, la Vida, lo coge todo y lo usa todo. La imagen es siempre clara y la más pequeña puede serlo…, la imagen del que come y de lo comido. Y el gran equilibrio de la vida de un animal determinado, se postula en la presencia de abundantes larvas. Nada se desperdicia; «no se pierde ninguna estrella».

Y en un sentido no existe la producción excesiva, pues cada cosa viviente tiene su nicho, *un posteriori,* y Dios, de un modo real y no místico, ve todos los gorriones caídos y todas las células utilizadas. Lo que se llama «superproducción» en nuestra fabricación de artículos, es sólo una producción excesiva en términos de una situación dada, pero en la historia del organismo puede muy bien ser un factor o una función de una gran norma de cambio o repetición. Quizás algunas células, incluso intelectuales, deben estropearse antes de que otras funcionen bien; y quizás en nosotros estas graduaciones de producción son las fiebres terapéuticas que causan una precipitación de sangre, que cura la parte enferma. Nuestra historia es tanto un producto de torsión y tensión, como de un estímulo unilongitudinal. Es divertido que en un momento dado no tengamos la más ligera idea de lo que nos está sucediendo. Las guerras actuales y los cambios ideológicos de nerviosismo y lucha parecen tener una dirección, pero dentro de cien años es más que posible que se compruebe que dicha dirección era completamente distinta a la que nosotros suponíamos. La limitación de la visión del tiempo y el espacio es como un lente retorcido.

Entre los hombres, al menos históricamente, parece ser que los procesos de coordinación y desintegración se siguen el uno al otro con gran regularidad, y el índice de coordinación es la medida de la desintegración que viene después. No existe gentuza parecida a un grupo de soldados que han prescindido de la disciplina, así como no existe frustración parecida a la

que siente un hombre cuando se le ha derrumbado una norma en la que creía. El que mejor odia es el que ha sido muy amado.

Nosotros creemos que estas ondulaciones históricas pueden ser trazadas y que las curvas armónicas de la conducta de la especie humana pueden ser observadas. Quizá de tal observación, surgiría un conocimiento de la función de la guerra y la destrucción. Se sabe poco acerca del significado del dolor y el sufrimiento individual, aunque por su profunda organización se sospecha que son necesarios como un mecanismo de supervivencia. Y nada se sabe de los dolores colectivos de las especies, aunque no es irrazonable suponer que también tienen su función de supervivencia. Lo triste es que construyamos una barrera histérica y sentimental contra tal investigación. ¿Por qué tememos tanto pensar en nuestra especie como especie? ¿Es quizá que sentimos miedo por lo que podemos descubrir? ¿Sufriría mucho el amor propio humano si la imagen de Dios resultara ser una máscara? Esto sólo podría ser verdad en parte, pues si pudiéramos dejar de creer en Él, descubriríamos imágenes verdaderas de su reino.

La válvula de seguridad de toda especulación es: *Esto podría ser así.* Y mientras ese *podría* permanezca, como una variable profundamente comprendida, la especulación no se convertirá en un dogma, aunque quede la fluida cosa creativa que podría ser. De este modo, un pintor que valga, mezclando el color y la línea con su experiencia antes de bajar su mano a la tela, ha hecho decir a su pintura: «Podría ser así». Quizás el crítico, no del todo sincero e inteligente, dirá: «No es así. El cuadro es un asco». Pero si ese crítico pudiera decir: «Para mí no es así, pero podría serlo porque mi pensamiento y experiencia no son idénticos a los del pintor», sería el mejor crítico para el cuadro, lo mismo que su pintor es el mejor pintor, porque sabe que él mismo está en la pintura.

Nosotros intentábamos siempre comprender que la realidad que observábamos era parte de nosotros, y la especulación, nuestro producto. Y si todavía de algún modo, «las leyes del pensamiento deben ser las leyes de las cosas», uno puede encontrar un índice de la realidad incluso en la locura.

Navegamos siguiendo el rumbo de la brújula durante la noche, y antes del amanecer nos vimos rodeados por una espesa niebla. Tony paró las máquinas y dejó que el barco se arrastrara. Tiny y Sparky estaban en el timón, y cuando se hizo de día nos informaron de que había oleaje. Saltamos de las literas y subimos al puente de mando, mientras la niebla se levantaba. A media milla apareció una isla. Entonces Tony preguntó:

—¿Habéis mantenido el rumbo que os señalé?

Tiny insistió diciendo que sí, y Tony dijo:

—Bueno, pues entonces habéis descubierto una isla, y muy grande, porque el mapa no señala aquí ninguna. Quiero felicitaros —prosiguió con delicadeza—. La llamaremos «isla de Colletto y Enea». ¡Pero por todos los demonios! Sabéis muy bien que no habéis mantenido el rumbo, y que os habéis desviado varias millas.

Tiny y Sparky no discutieron. No reclamaron la isla, ni la mencionaron de nuevo. Resultó ser la isla del Espíritu Santo, y se habrían sentido muy orgullosos si la hubieran descubierto, pero los españoles ya lo habían hecho hacía unos cientos de años.

La bahía de San Gabriel, con su arena de coral deslumbradoramente blanca, sus arrecifes y sus mangles, estaba cerca de nosotros. Fuimos a tierra para recoger animales por última vez. La atmósfera era tan agradable y el agua tan clara, que nos sacamos la ropa y tomamos un baño. Los animales habían sido afectados allí por la blanca arena. Los cangrejos eran pálidos, e incluso las estrellas tenían un extraño color. En el centro de la pequeña bahía, una gran mancha de coral verde surgía del agua. Encima había *Phataria* y muchos erizos espinosos. Bajo la arena se amontonaban almejas *Chione,* muy difíciles de encontrar hasta que descubrimos que en sus valvas crecía un diminuto velo de algas. Cogimos muchas.

Cerca de los lechos de almejas vivían erizos-corazón con malignas púas[81]. Estaban tan enterrados en la arena que al sacarlos nos heríamos las manos. Había también numerosas hachas con sus colonias incrustadas de fauna asociada, y encontramos anémonas solitarias, cangrejos *Callinectes* y un gran pepino en forma de reptil[82], parecido a los que habíamos cogido

en Puerto Escondido. En el arrecife había más anémonas, lapas y muchos percebes. Pero el animal más común era un gusano-tubo con tentáculos como un sarpullido[83]. Estos tentáculos eran de color púrpura y marrón, pero cuando nos acercábamos se contraían y el animal se volvía del color de la arena. La zona de mangles era allí muy rica. Sus raíces, arraigadas en las rocas, mantenían a una multitud de cangrejos y pepinos. Dos grandes cangrejos grapsoideos[84] vivían en la parte alta del litoral. Eran rápidos, activos y difíciles de coger. Una vez capturados, luchaban fieramente.

Había también un cangrejo *Xanthodius hebes,* parecido al *Panopeus,* pero perezoso y lento, y cantidades de cangrejos porcelana y camarones. En el arrecife y en las raíces de los mangles encontramos percebes, dos nuevos ofiuros, una gran liebre de mar y varios caracoles y almejas. Hicimos una buena pesca aquel último día. El sol era caliente, la arena agradable, y nosotros nos sentíamos cómodos excepto por las picadas de mosquitos. Cuando nos cansamos de recolectar, jugamos mucho rato en el agua.

Una vez las máquinas se pusieran en marcha de nuevo, ya no pararíamos hasta llegar a San Diego. No teníamos ganas de regresar. Aquella era una de las pocas ocasiones en la que poseíamos el derecho del «sí» y el «no», pero las cartas estaban contra el «sí».

Al fin recogimos los cubos, las barras y los tubos, y volvimos remando lentamente al *Western Flyer.* Aún entonces hallábamos difícil ponernos en marcha. Alguien estaba nadando en el agua todo el tiempo. Tony y Tex, que se habían sentido impacientes por regresar a casa, no demostraban ahora mucha prisa. Todos habíamos percibido el encanto del golfo y nos considerábamos parte de él. Tex puso al fin en marcha las máquinas con tristeza, y nosotros levamos el ancla por última vez.

Nos pasamos toda la tarde empaquetando el equipo, colocando centenares de tubos de corcho en tubos de cristal, apretando las tapas de los frascos y amarrando los botes. Cubrimos la librería con una triple lona, y volvimos a sentir el impulso de arrojar al «Sea-Cow» por la borda. Navegábamos hacia el Sur. Los peces espada saltaban a la luz de la tarde, brillando en la distancia como heliógrafos. Aquella noche volvimos a hacer guardia con un mar en calma. Por la mañana teníamos a nuestra derecha la

punta de la península. Atrás, quedaba el golfo soleado y tranquilo, pero fuera, en el Pacífico, se dibujaba una amenazadora línea de nubes.

Entonces sucedió algo absurdo. Al dirigirnos hacia el cabo, estalló un trueno, se levantaron grandes olas y el viento arreció. El agua era de color gris.

Abril, 13

A las tres de la madrugada, hora del Pacífico, pasamos la luz del cabo falso y enfilamos rumbo Norte. El cielo gris tenía un aspecto amenazador, y el viento arreciaba. El golfo iba quedando atrás… el golfo que era pensamiento, creación, luz del sol y juego. Un mundo nuevo se apoderaba de nosotros, y volvimos a imaginar que había una persona oculta en el puente de mando, una especie de símbolo…, un fantasma, un sentimiento en forma humana.

Todavía no podíamos relacionar el microcosmos del golfo con el macrocosmos del mar. Mientras nos dirigíamos al Norte, las olas grises envolvían al *Western Flyer* levantando una nube de espuma blanca. Pasó el día, llegó de nuevo la noche, y el mar estaba cada vez más revuelto. El barco navegaba ahora como un caballo nervioso, y la mano debía sujetar con firmeza el timón. En la cocina, una lata de aceite de oliva se había caído del estante, inundando el suelo. En el hornillo, la cafetera saltaba de un lado para otro.

Sobre la superficie del mar, los pájaros volaban hacia la costa zigzagueando en el seno de las olas para preservarse del viento. El hombre que estaba en el timón era afortunado porque era el único que poseía un punto de apoyo contra el balanceo, y el que se sentía más cerca del barco y de la tempestad. Era el que recibía, pero también el que daba, y su mano mantenía el rumbo.

¿Cuál era la forma, el tamaño, el color y la tonalidad de esa pequeña expedición? Nos habíamos deslizado dentro de una estructura nueva, y nos

habíamos convertido en una parte de ella, relacionada de un modo sutil con los arrecifes y playas, con los animales pequeños, con las aguas agitadas y con las cálidas albuferas salobres. Este viaje tenía dimensión. Sus límites se filtraban a través de sí mismo y más allá, dentro de un tiempo y un espacio, que eran algo más que todo el golfo y que nuestras vidas.

Cogidos a la barandilla del puente de mando, contemplábamos cómo la chata nariz del barco luchaba contra las olas, mientras el agua verde-gris nos golpeaba el rostro. Estaba aconteciendo algo creador, una auténtica tempestad en el vaso de agua de nuestras pequeñas mentes. Pero tanto en un vaso como en una turbina, el hervir agua produce un vapor que siempre es igual… débil o explosivo, según su uso. La forma del viajé era un núcleo integrado, del cual salían tenues fibras de pensamientos, que se introducían en todas las realidades alcanzables; y a la vez era una realidad que llegaba hasta nosotros a través de nuestro sistema nervioso receptivo. Las leyes del pensamiento parecían identificarse verdaderamente con las leyes de las cosas. Había allí una cualidad musical, quizá no para ser comunicada, pero sonando clara y grave en nuestras mentes.

El barco se sumergía y agitaba; ríos de agua salían por los imbornales. Abajo, en la bodega, había miles de pequeños animales muertos y metidos en frascos, pero no los considerábamos como trofeos, como algo separado de las calas del golfo, sino mejor como dibujos incompletos o imperfectos. El cuadro real de lo que habían sido allí estaba en nuestras mentes; era brillante por el sol, mojado por el agua del mar, y estaba cubierto por el pensamiento explorador. Allí no había servicio a la ciencia, ni denominación de animales desconocidos…, simplemente había placer personal. Un placer inmenso. Los indios morenos, los jardines del mar, la cerveza y el trabajo, todo era una misma cosa, y nosotros nos identificábamos con ella.

El *Western Flyer* dobló hacia la isla de los Cedros, mientras el viento hacía vibrar el cable que iba de la proa al mástil, como el tubo de un órgano.

FIN

NOTAS

[1] *Sea-Cow:* literalmente ‘Vaca Marina’. <<

[2] MARMER, *La Marea,* 1926, pág. 26. <<

[3] *Suplemento Científico,* vol. 80, núm. 2.069, páginas 7 a 24, agosto de 1934. <<

[4] *Ciencia,* vol. 81, núm. 2.091, pág. 101, 25 de enero de 1935. <<

[5] *Eretmochelys imbricata* (Linn.). Normalmente conocida como *Chelone imbricata.* <<

[6] *Planes minutus* (Linn.). <<

[7] *Pleuroncodes planipes* (Stimpson). <<

[8] *Sarda chiliensis* (Girard). <<

[9] *Cypselurus californicus.* <<

[10] Juego de palabras. *After,* en inglés, significa ‘según’ y ‘detrás’. <<

[11] *Coryphaena equisetis* (Linn.). <<

[12] Universidad de Stanford. Prensa, 1937. <<

[13] La palabra *Dog,* en inglés, significa perro. <<

[14] *Holothuria lubrica.* <<

[15] *Oreaster.* <<

[16] *Sally Lightfoots* significa literalmente ‘Sally, pies ligeros’. (Sally es el diminutivo inglés de Sara). <<

[17] El *sarape* es una prenda usada por los indígenas mejicanos. <<

[18] *Pocillopora capitata* (Verrill). <<

[19] *Arbacia incisa.* <<

[20] *Eucidaris thouarsii.* <<

[21] *Phataria unifascialis* (Gray). <<

[22] *Pharia pyramidata.* <<

[23] *Trapezia* spp. <<

[24] *Mithrax areolatus*. <<

[25] *Porites porosa* (Verrill). <<

[26] *Arlc. f. zool. K. Svenska Vetens,* vol. 26 A, número 16. Estocolmo, enero de 1934. <<

[27] *Neothunnus macropterus*. <<

[28] *Holothuria lubrica.* <<

[29] GISLÉN, T., «Epibioses del Gullmar Fjord II», 1930, pág. 157. *Kristinebergs Zool. Sta.,* 1877-1927. *Skrift. ut. av. K. Svenska Vetens,* núm 4. <<

[30] *Pinna* sp. <<

[31] *Porites.* <<

[32] *Phataria.* <<

[33] *Aletes,* o parecido. <<

[34] *Lithophaga plumula,* o parecido. <<

[35] *Cerianthus.* <<

[36] Pez muy corriente en la costa occidental mexicana y en otras aguas cálidas. <<

[37] Peces venenosos e inútiles: «Un relato sobre los plectognatos filipinos», *Phil. Journ. Sci.,* vol. 25 (4), pág 415. <<

[38] El *quantum* es una medida de energía. <<

[39] *La naturaleza del mundo físico,* págs. 208-210. <<

[40] *Othilia tenuispinus*. <<

[41] Probablemente *Stichopus fuscus*. (Esta especie hace tiempo que ha sido perdida de vista). <<

[42] *Pyrosoma giganteum.* <<

[43] *La annélida Polychaeta,* 1919, pág. 28. <<

[44] *Arbacia incisa.* <<

[45] *Stichopus fuscus*. <<

[46] *Carditamera affinis.* <<

[47] En su apariencia superficial era idéntica a las formas de las Indias Occidentales, *Zoanthus pulchellus,* ilustrados en «Actinianos de Puerto Rico», de Duerden, 1902, U. S. «Boletín pesquero para 1900», vol. 2, pág, 321-374. <<

[48] *Dolabella californica.* <<

[49] *Chorodes* sp., probablemente C. occidental Montgomery, según J. T. LUCKER, del Museo Nacional, núm 159.124. <<

[50] *Neothunnues macropterus*. <<

[51] *Germo alalunga.* <<

[52] *Astrangia pederseni.* <<

[53] La incongruencia de estos párrafos aparece en el original del libro de papel; al parecer faltan dos líneas y sobra, evidentemente, el siguiente párrafo que está repetido. [*Nota del editor digital.*] <<

[54] *Catálogo de conchas marinas… en la costa oriental de la Baja California…, Proc.* Calif. Acad. Sci., vol. 5 (2), pág. 37. <<

[55] *Faunas de moluscos recientes y cuaternarias de la costa occidental de la Baja California,* Bol. South. Calif. Acad. Sci., vol. 23 (5), página 146. <<

[56] *Phyllonotus bicolor.* <<

[57] *Encope californica* y *E. grandis*. <<

[58] *Clypeaster rotundus*. <<

[59] *Tedania ignis*. <<

[60] *Strombus* spp. <<

[61] *Astropyga pulvinata.* <<

[62] *Viaje del Beagle,* cap. 12, julio, 23. <<

[63] *Encope grandis* (L. Agassiz). <<

[64] *Clypeaster rotundus* (A. Agassiz). <<

[65] *Holothuria inhabilis*. <<

[66] *Meoma grandis*. <<

[67] *Strombus galeatus*. <<

[68] *Pontonia pinnae.* <<

[69] *Callinectes bellicosus.* <<

[70] *Phascolosoma hesperum.* <<

[71] *Astrometis sertulifera.* <<

[72] *Octopus bimaculatus.* <<

[73] Determinada por el doctor E. Yale Dawson, del Departamento de Botánica de la Universidad de California. <<

[74] Traducción de LAKE y GRAY, 1937, págs. 217-218. <<

[75] *Stenorhynchus debilis*. <<

[76] *Un Universo Realista,* pág. XVIII, 1931. Macmillan, Nueva York. <<

[77] LUCRECIO, *Sobre la naturaleza de las cosas,* trad. W. E. Leonard. Biblioteca Everyman's, 1921, pág. 190. <<

[78] La verdadera *Zostera marina,* de acuerdo con el doctor Dawson, botánico de la Universidad de California, quien informa que no ha sido observada tan al Sur. <<

[79] *Ocypode occidentalis*. <<

[80] *Polyodontes oculea.* <<

[81] *Lovenia cordiformis.* <<

[82] *Euapta godeffroyi.* <<

[83] *Magalomma mushaensis.* <<

[84] *Geograpsus* y *Goniopsis*. <<

Document Outline

- Cubierta
- Por el mar de Cortés
- Ed Ricketts
- Por el mar de Cortés
- Introducción
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28

- 29
- Notas